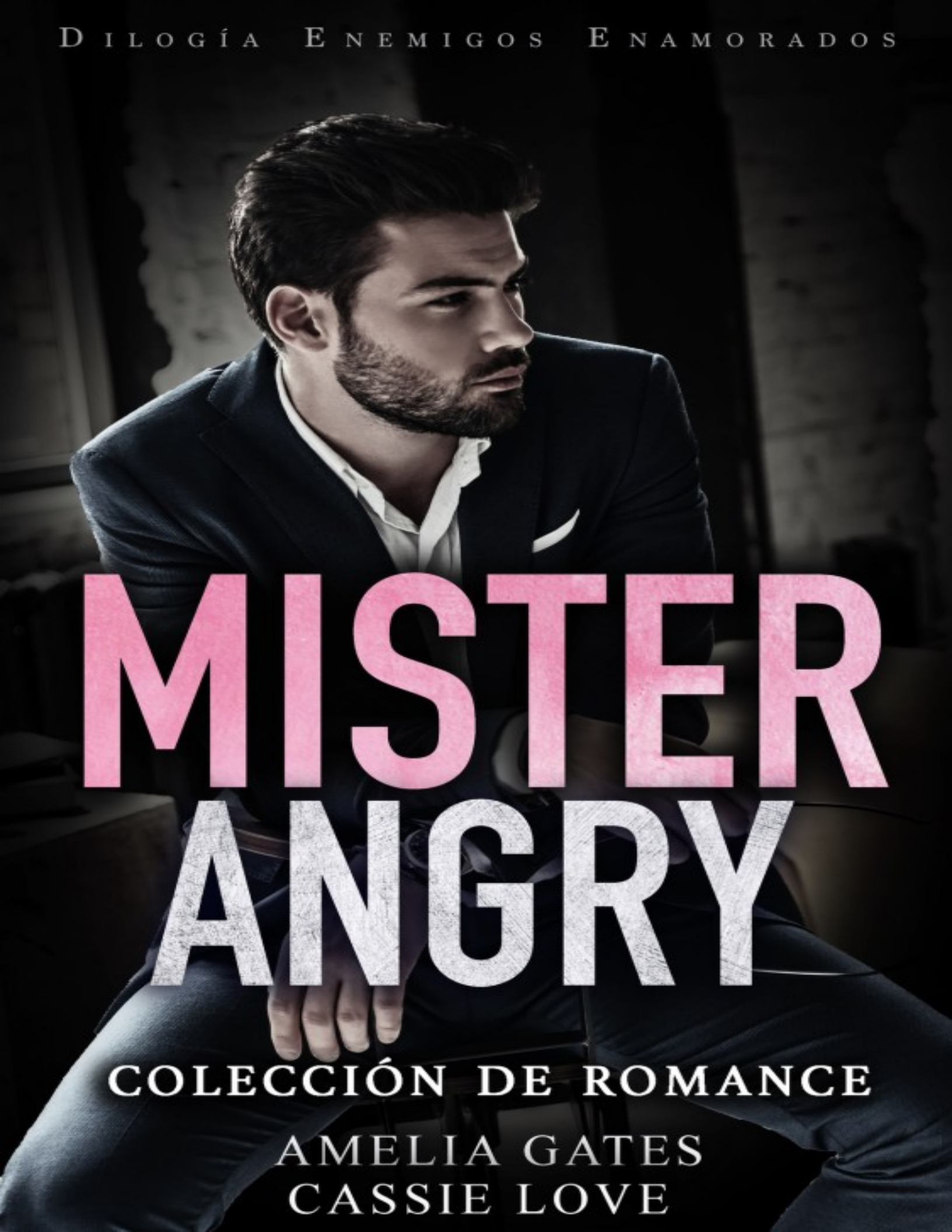

Dilogía Enemigos Enamorados
MISTER ANGRY
COLECCIÓN DE ROMANCE
AMELIA GATES
CASSIE LOVE

CONTENTS

Mister Angry

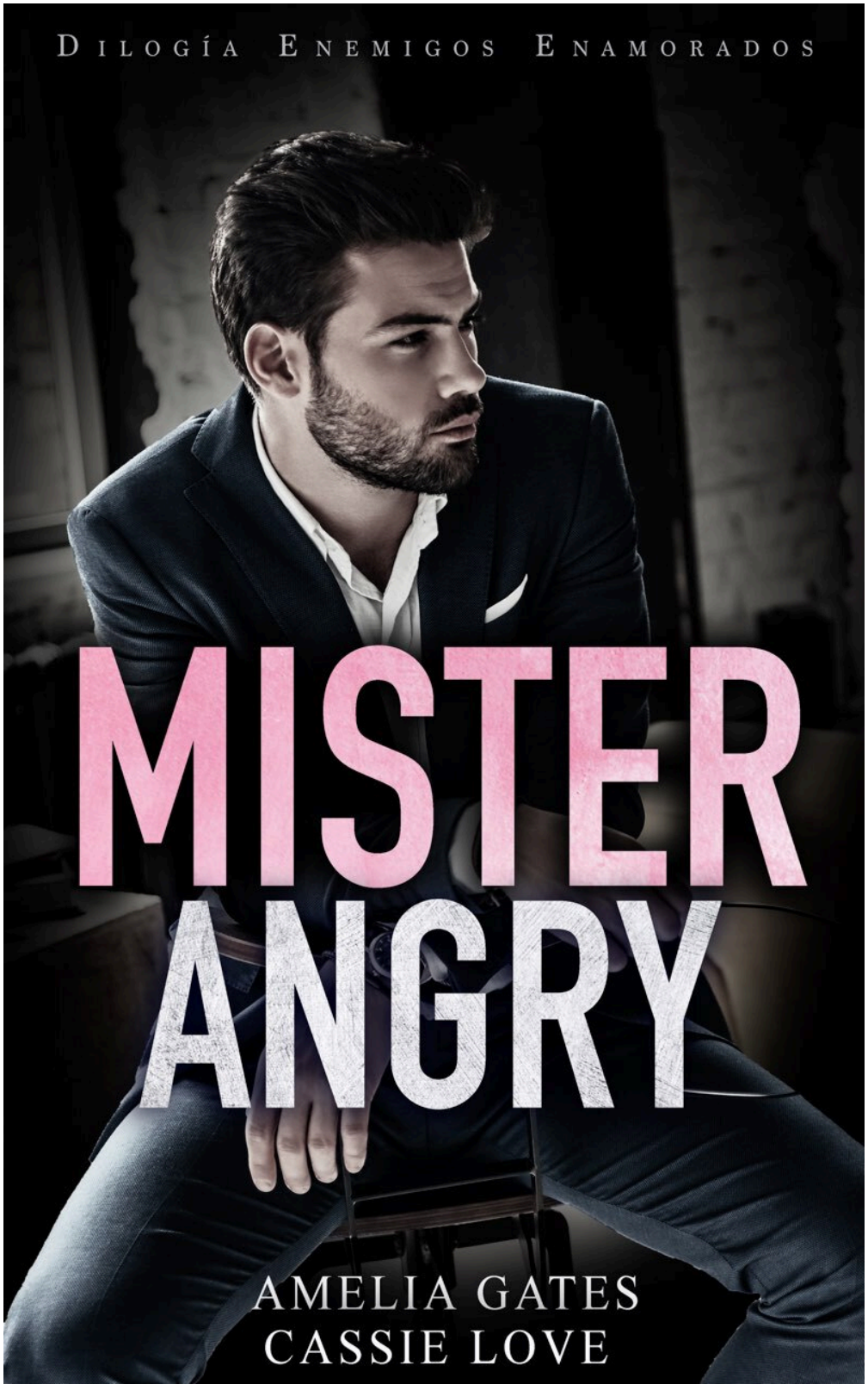
1. Rhue
2. Madison
3. Rhue
4. Madison
5. Madison
6. Rhue
7. Madison
8. Madison
9. Madison
10. Rhue
11. Madison
12. Madison
13. Rhue
14. Rhue
15. Madison
16. Madison
17. Madison
18. Rhue
19. Rhue
20. Madison
21. Madison
22. Rhue
23. Rhue
24. Madison
25. Madison
26. Rhue

Mister Trouble

1. Madison
2. Rhue
3. Madison
4. Rhue
5. Rhue

6. Madison
7. Rhue
8. Madison
9. Madison
10. Madison
11. Rhue: domingo por la mañana
12. Madison
13. Rhue
14. Madison
15. Madison
16. Rhue
17. Madison
18. Rhue
19. Rhue
20. Madison
21. Rhue
22. Madison
23. Rhue
24. Madison
25. Rhue
26. Madison
27. Rhue

Manten el contacto


DILOGÍA ENEMIGOS ENAMORADOS
MISTER ANGRY
AMELIA GATES
CASSIE LOVE

MISTER ANGRY



ONE
RHUE

No debería estar en Ithaca.

Harvard era mi destino. Su equipo de hockey se enamoró de mis estadísticas, de mi encanto, de mi ego. Estaba destinado a ser el favorito: un jugador sin pelos en la lengua en el hielo, acalorado, hambriento y abrasador por fuera.

Pero las cosas cambiaron. Yo cambié. Con todas ellas, también lo hicieron mis objetivos y mi visión de la vida, así como el camino que he decidido tomar.

La irá, sin embargo, permaneció. No soy tan estúpido como para creer que alguna vez desaparecerá. El linaje de los Echeveria está lleno de hombres enfadados que pagan por los pecados pasados, presentes y futuros de sus padres. Hablando de padres, el mío cree que estoy jodiendo mis sueños. La verdad es que son sus sueños los que estoy jodiendo.

Mi querido padre quería Harvard, yo elegí Cornell. Y el lacrosse podría ser el nuevo jodido hockey. Al menos lo es para mí. Tiene que serlo. Lo que sea con tal de dejar atrás mi antigua vida. Lo que sea para demostrarle al viejo pedorro que su palabra y sus deseos no hacen girar el maldito mundo. Para demostrarle que no puede tenerlo todo. Diecinueve años de mi vida, claro, los tuvo. Mi chica,

también la tuvo. Mi futuro, sin embargo, es mío. Eso no puede tenerlo.

Respiro profundamente y observo el mundo que me rodea. Collegetown siempre está moderadamente lleno, por lo que he visto hasta ahora. Solo hace unos días que he puesto el pie en Ithaca, pero esa conclusión aún no se ha demostrado. Nunca hay demasiada gente, pero tampoco está del todo vacío.

La vida avanza aquí, siempre hacia adelante. Los escaparates están limpios y son en su mayoría shabby chic. Las floristerías se abren a las calles con estallidos de rosas y lirios blancos, cuyas fragancias embriagadoras llegan hasta mi coche.

Pulso el botón de la ventanilla y me encierro. Se supone que el olor debe provocar una sonrisa, pero lo único que hace es recordarme la muerte.

El funeral de mi madre.

Toda la gente con los puños apretados agarrando ramos de flores.

Las coronas en la tumba de mi madre.

El puto jardín que se hizo de nuestra mesa.

Sacudo la cabeza. El carril de los recuerdos es como un viaje al infierno y no hace suficiente frío como para que quiera dar ese paseo.

Hace un año que enterré a mi madre. El dolor ya debería haber remitido. Excepto que no lo ha hecho. Solo persiste en algún lugar del fondo, sordo y frío y fantasmal.

No sé si eso me convierte en una buena persona: el hecho de que, de alguna manera, siga llorando su pérdida. Lo que sí sé es que haría cualquier cosa para desterrar ese sentimiento para siempre.

Vuelvo a mirar por la ventanilla, desviando mis pensamientos hacia otra cosa mientras veo pasar los coches. No es exactamente la hora punta, pero el tráfico sigue siendo más denso que el pudin.

Me pregunto cuántos de estos coches acabarán en el aparcamiento de estudiantes de Cornell. Me pregunto a qué han venido. Qué esperan conseguir con sus carreras. Qué les espera de vuelta a casa. Si son mejores que yo y más felices que yo. O si,

como yo, cargan con el vacío, un padre de mierda y una hermana rota que han intentado arreglar sin éxito.

Luz roja. Me detengo. Suena música de fondo, pero no le presto mucha atención. Mi mente sigue divagando.

El tiempo puede percibirse de forma lineal, pero yo tiendo a estar por todas partes, sufriendo el pasado y el presente, los recuerdos y las experiencias con igual y demoledora intensidad.

Luz verde. Vuelvo a conducir. Es mejor cuando estoy concentrado en algo. Últimamente siempre me mantengo ocupado. Cada vez que me detengo, me sumerjo involuntariamente en la cadena de acontecimientos que me trajo hasta aquí. Acabo echando de menos el instituto y el mundo tal y como lo conocía antes de que muriera mamá. Antes de ver a papá con...

Sacudo la cabeza. Tengo que controlarme, joder.

Todavía queda algo de Redbull en mi lata, actualmente abandonada en el portavasos del salpicadero. Es una bebida de mierda, pero es lo único que me pone en marcha por las mañanas, aparte de las pastillas, por supuesto, pero en Cornell hacen análisis de orina con regularidad, así que he tenido que dejarlas de lado. Además, bajar de los estimulantes es una puta pesadilla. Me prometí hacer borrón y cuenta nueva, un nuevo comienzo, y esto debería ser así.

Ithaca. Álamos. Bonitos escaparates. Aceras limpias que se limpian cada mañana. Floristerías y pequeños bares de cerveza artesanal que no abren más allá de medianoche. Es mucho más tranquilo de lo que estoy acostumbrado en Rochester, pero aquí nadie conoce mi cara, así que eso es una ventaja inmediata. Ser un extraño nunca se ha sentido tan jodidamente bien.

Para cuando veo la torre del reloj de la universidad que se eleva por delante con su tapa gris y su mampostería de color arena, ya me siento un poco mejor. Más centrado. Más concentrado, incluso. Algo parecido a una lima recién exprimida sobre un vaso de hielo.

Una vez que aparco mi Lexus en el estacionamiento, sé que este movimiento fue el correcto... Me parece más un hogar de lo que podría ser la casa de mi padre.

Me miro brevemente en el espejo lateral, solo para asegurarme de que estoy bien. Mi reflejo lo dice todo. Tengo los ojos ligeramente inyectados en sangre, pero eso resalta el azul oscuro.

Tengo el pelo negro cortado medio centímetro demasiado corto, pero me crecerá bien para el verano. Espero que sea entonces cuando vuelva a Rochester. No soy tan estúpido como para pensar que puedo evitar el lugar para siempre, pero es un comienzo.

Por supuesto, se espera que vuelva a casa más de una vez al año. Se supone que aparecer y estar presente ayuda a nuestra familia a superarlo, según el terapeuta de cien dólares la hora con el que mi hermana y yo teníamos que reunirnos semanalmente.

Suena mi teléfono. Primero miro la hora. Tengo diez minutos más, como máximo, antes de llegar oficialmente tarde. Sin embargo, el identificador de llamadas exige toda mi atención, ya que me he prometido a mí mismo no rechazar nunca las llamadas de mi hermana.

—Laura...

Hay un segundo de silencio antes de que responda. —Mierda. Estás ocupado.

—Estoy a punto de ir a clase —le afirmo. —Y no seas tan bocazas. Es impropio.

—Pues vete a la mierda entonces —se ríe Laura. —Lo siento. Solo esperaba que me confirmaras el almuerzo del próximo fin de semana. Me he olvidado por completo de que es lunes por la mañana. Podemos hablar de ello más tarde.

Casi puedo verla junto a su ventana, mirando al exterior, con la mirada perdida sobre las onduladas colinas que rodean nuestra mansión en las afueras de Rochester. Probablemente siga con su bata de satén azul pálido, flanqueada por tres sirvientas diferentes, deseando que la dejen en paz para poder terminar su café tranquilamente. La echo de menos, pero necesito estar lejos de ese lugar durante mucho tiempo.

—No voy a ir este fin de semana —le digo—. Pensé que te había dicho...

—Oh, no, está bien. ¡Voy yo a Ithaca!

¿Por qué eso no me parece bien? No me malinterpretes, quiero a mi hermana. Es el único familiar de sangre que me queda que vale la pena. Entonces, ¿por qué detesto la idea de recibirla aquí?

—Todavía no he deshecho del todo la maleta —respondo, sintiéndome como una mierda por haberla cortado así, pero haciéndolo a pesar de eso. Por otra parte, Laura nunca ha sido una chica que se asuste con facilidad.

—Eres un jodido desastre, Rhue. Te vendría bien una ayudita.

Está de buen humor, y sería un idiota si lo arruinara. Además, esta es su manera de decirme que no la aleje.

Le prometí a mamá hace mucho tiempo que cuidaría de Laura. Una vez fallé y casi la pierdo. Cuando ese recuerdo resurge se hace mucho más difícil impulsar una agenda que no tiene mucho que ver con ella.

—Bueno, supongo.

Con mi concesión en voz alta, me da un beso y cuelga. Si conozco a mi hermana como creo que lo hago, habrá un mensaje de seguimiento deseándome lo mejor y recordándome que la incluya en mi agenda.

Cojo la mochila y me dirijo primero al edificio principal. Ya he pasado por la orientación, pero todavía necesito unos minutos para moverme y entender qué pasillos llevan a dónde. Cuanto más me acerco al edificio, más grande se hace.

La Universidad de Cornell es gigante, de piedra y acero. Un lugar que ha alimentado a muchas grandes mentes.

Políticos, antropólogos, historiadores, arqueólogos y científicos de talla mundial salieron de aquí con sus títulos y con un futuro cegador. En lo que respecta a este lugar, no soy más que una mancha en el tejido de la humanidad.

El propósito de mi presencia aquí es convertirme en algo más grande.

En algo mejor.

En algo que valga la pena.

Unas cuantas vueltas después, pero más pronto que tarde, encuentro mi primera clase. Está repleta, pero eso no debería

sorprenderme. La antropología es uno de los fuertes de Cornell. Lo ha sido durante décadas.

A pesar de lo bien iluminado que está el auditorio, no puedo distinguir ninguna de las caras. Todos están sentados y esperando que entre el profesor. Su escritorio está al fondo, un viejo nogal enmarcado por una enorme pizarra que cubre dos tercios de toda la pared.

En cuanto al resto del aula, aquí huele bastante a gente inteligente. Por un momento, me encuentro acribillado por la ansiedad, brevemente atizado por una especie de síndrome del impostor.

A la mierda. Yo pertenezco a esto. Me gané mi lugar aquí. Con todas las de la ley.

Encuentro un asiento vacío en una fila cercana a la puerta. Es más seguro estar fuera de la vista del profesor, por el momento.

Exhalando profundamente, saco un cuaderno, un bolígrafo y el infame folleto, al que se le ha grapado una bibliografía. Aparentemente hay un montón de libros que tengo que comprar. En eso me concentro, dando vueltas al papel en mis manos cuando el suave aroma de las lilas me hace cosquillas en la nariz.

Es un aroma familiar. Demasiado familiar. Y eso... Me hace vibrar.

Al principio, eso es todo. El aroma y los recuerdos del asociados a él luchan por golpear mi mente. Consigo mantenerlos a raya durante unos segundos antes de que mi cabeza empiece a dar vueltas, sumando uno y dos, tratando de entenderlo.

De repente, una garra helada me atraviesa la nuca y recorre toda la columna vertebral. Conozco ese maldito perfume mejor de lo que he querido conocer una maldita cosa en mi vida.

Giro la cabeza lentamente.

Tan lentamente, de hecho, que el tiempo parece haberse detenido.

Su perfil es un grabado del tipo de pecados que nunca deberían cometerse. La nariz pequeña. Los labios carnosos. Los ojos brillantes donde crecen los antiguos bosques irlandeses.

Las luces LED del auditorio proyectan un cálido resplandor sobre su rostro, no la iluminan por completo, pero sí lo suficiente como

para permitir que la imaginación trace su propio camino. Respiro. De alguna manera, es como si pudiera ver las lilas que se desprenden de ella en delicadas volutas.

Por un momento, la imagino desnuda por la mañana, rociando la fragancia sobre su suave piel. Pero la belleza es efímera cuando me mira, y el destello del reconocimiento instantáneo lo echa todo a perder.

Realmente es ella.

No alguien empapado de los mismos aromas.

No un doble o una copia, sino... ella.

—Oh, por el amor de Dios —me oigo murmurar.

Sueno derrotado. Por razones de peso, además.

—¿Rhue? —Ni siquiera registro el momento en que la tranquila belleza de su rostro ovalado se transforma en esta máscara incolora de verdadero horror. Pero no puedo decir que me moleste.

La hago sentir así. ¡Bien! Debería estar jodidamente mortificada.

De todos los lugares del mundo, aquí es donde nuestros caminos se cruzan. Es jodidamente increíble.

El universo me debe estar jodiendo. ¿O mi padre? Este es el tipo de mierda que haría para castigarme por elegir Cornell en lugar de Harvard. Por labrar mi propio camino en lugar de recorrer el que él eligió para mí.

Fijo mi mirada en Madison Willis, mi antigua profesora particular. La mujer que me puso las pelotas azules y me hizo cantar el alma antes de romperme el corazón.

La mujer que encontré en la habitación de mis padres con mi padre encima, machacándola como la puta de diez dólares que es. La Madison que arruinó a mi familia.

Sin embargo, aquí está sentada la zorra.

Como si pensara que le voy a echar una mano para destruirme a mí también.

TWO
MADISON

Está aquí.

¿Cómo demonios está aquí?

¿Cómo es posible?

Parpadeo una y otra vez. Estoy a punto de pellizcarme o de rogar a un desconocido que me pellizque, Es imposible que esto no sea una pesadilla. Y si no lo es, quizá la leche de mi café matutino estaba estropeada o tenía una bacteria que me come el cerebro.

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —responde Rhue.

Se supone que debo tener una respuesta a eso, ¿no?

Ha pasado un tiempo desde la última vez que nos vimos, y ese encuentro en particular me dejó un sabor agrio en la boca, un sabor del que nunca podré deshacerme.

Destrocé a su familia y a mí misma en el proceso. Lo último que necesito es que Rhue Echeveria, el fantasma de mi pasado adolescente me persiga.

Me estoy mareando.

Las náuseas se arremolinan en el fondo de mi garganta. Aunque no estoy segura de qué hay para que me dé una arcada, ya que me he saltado el desayuno.

La incredulidad me mantiene los ojos clavados en él, a pesar de que lo único que quiero hacer es apartar la mirada. No hay duda del

odio que arde en esos ojos azules oscuro. Me cortaría la cabeza si pudiera. Me desollaría. También me destriparía antes de alimentar a los caimanes con lo que queda de mi cuerpo.

—Te he hecho una puta pregunta.

—Eh... Cierto... —Inspiro y me obligo a volver a mi propio cuerpo.

Maldita sea, he llegado hasta aquí. Mi padre trabajó duro para ayudarme a llegar hasta aquí. Tuve que aguantar a animadoras tontas y deportistas descerebrados durante tres años para llegar a Cornell.

Los Echeveria ya destruyeron la mayor parte de mi vida. ¿Qué más puedo dar? ¿Qué más puedo permitir que me quiten?

No, he terminado. He terminado de ser la víctima. He terminado de ser el saco de boxeo de Rhue.

Esta energía viene de alguna parte, y no tengo ni idea de qué la alimenta, pero estoy agradecida por ello, no obstante. Por lo visto, mis sistemas de defensa funcionan incluso cuando mi corazón es un absoluto desastre y mi cerebro falla. Si no, no puedo explicar la fuerza que llena mis palabras cuando levanto la barbilla hacia él.

—Soy estudiante aquí. Primer año, con especialización en Antropología. Podría preguntar qué haces aquí, pero la respuesta es tan evidente para mí como debería serlo para ti.

—Tú no perteneces a este puto lugar —sisea.

Parece que está a punto de saltar de su asiento y arrancarme la garganta.

Me estremezco. ¿Tiene ganas de llegar a las manos? Nunca lo había intentado. Aunque, a decir verdad, solo lo vi una vez después de la muerte de su madre, y no me quedé entonces para experimentar toda la fuerza de su ira. Lo merecía entonces, y probablemente lo merecería ahora. Pero Cornell ha sido el sueño de mi padre. Mi sueño, también. Y este sueño no solo determina el ahora, sino también el futuro.

Es el resto de mi vida por lo que estoy luchando, y no puedo permitir que Rhue, o cualquier otro, lo queme hasta los cimientos.

—Estoy al corriente de los pagos —respondo con frialdad—. De hecho, he pagado todo el curso.

Enfoca sus ojos hacia mí, el odio que rezuma como el agua de un pato.

—Supongo que chuparle la polla a mi padre te pagó lo suficiente como para que entraras en Cornell. Dudo que las clases particulares cubrieran ni una pizca de la cuota anual.

Vergüenza. Rabia. Lo siento todo. Este lugar no está vacío y aunque nadie ha jadeado por el descaro de Rhue, es imposible que nadie haya escuchado sus acusaciones. Aun así, me niego a darme la vuelta y hacerme la víctima.

Respiro profundamente y alzo mis defensas.

—Cómo he llegado hasta aquí no es de tu incumbencia —respondo, aunque me tiemblan las entrañas. La adrenalina me recorre como grandes rápidos de hielo y fuego. —No voy a moverme, Rhue. Hay otros asientos vacíos más abajo en el auditorio —le indico— puedes moverte tú si quieres.

—Tienes que alejarte de mí, Madison.

No puedo evitar encogerme.

—¿Qué tienes, doce años? Bien, quédate aquí, pero déjame en paz. He venido a estudiar y hacer algo de mí.

—¿Ser la más puta de Rochester no fue suficiente?

Dejando escapar una pesada respiración, opto por ignorarlo. Este no es el terreno de Rhue. La Universidad de Cornell es un terreno neutral.

A diferencia de la mayoría de las universidades de la Ivy League, en Cornell el poder no se reclama por las cuentas bancarias de los estudiantes, sino por su rendimiento. Es lo único que ha mantenido a esta universidad a la vanguardia de la excelencia académica. Es lo único que me reconforta ahora, sabiendo que el dinero de Echeveria no me tocará aquí.

—¿No echas de menos ser puta? —me pregunta, irritado por mi actitud.

De alguna manera, eso me produce un gran placer. Demuestra lo infantil que es todo este debate.

—Se supone que eres un hombre adulto, y sin embargo insistes en comportarte como un niño pequeño —respondo, optando por no mirarle siquiera.

Rhue es un hombre audaz, un hombre orgulloso. Exige toda la atención y el respeto de cualquier persona a la que se dirige, siempre lo ha hecho. Sin embargo, aquí estoy, privándole de ambas cosas.

Su ira burbujea bajo la superficie, tan caliente que casi puedo oír el vapor hirviendo desde donde estoy sentada.

—Preferiría no tener nada que ver contigo, Rhue. Solo estoy aquí para estudiar. No para buscar problemas. Pronuncio las palabras... Pero sigo sentada aquí, ¿no? Al menos soy lo suficientemente inteligente como para saber que mis palabras y mis acciones están en desacuerdo, supongo.

—Bueno, entonces, mala suerte, Madison. Esto es solo el principio.

El profesor Harman entra. Es del tamaño de un muñeco diminuto desde donde estoy sentada, pero es la persona más importante de mi vida en este momento. Me recuerdo a mí misma ese hecho mientras intento apartar toda mi atención de Rhue y centrarla en el buen profesor.

No tengo ni idea de cómo Rhue y yo hemos acabado en la misma clase, pero aquí estamos. Solo puedo prepararme para lo peor y esperar lo mejor mientras sigo trabajando por mi futuro. Mientras tanto, estoy sentada demasiado cerca de un hombre que ha invadido mi mente y provocado incendios en mi cuerpo durante demasiado tiempo.

La colonia de Rhue atormenta mis sentidos y hace que me cosquillee la nuca, pero su presencia se cierne sobre mí como una espesa tormenta negra que está a punto de engullirme.

—¡Buenos días, clase! Bienvenidos a Cornell —el profesor Harman nos da la bienvenida mientras deja su maletín sobre el escritorio y dedica a todo el auditorio una sonrisa brillante, aunque cansada. —Inesperadamente, veo a muchos de ustedes en el primer año, una vez más. Su humor se desvanece y reconozco la estrategia. —Desgraciadamente, menos de la mitad de ustedes llegarán al segundo año. Esta no es una disciplina para los débiles mentales o para los que desean conformarse con algo en su vida. Creo que debo advertirles ahora, para que sepan en qué se están metiendo.

Ya me gusta. Quiere ahuyentar a los alumnos menos aplicados. Me han dicho que siempre hay montones de ellos en casi todas las disciplinas.

Personas que eligen ciertas carreras porque eso complacería a sus padres, pero no a ellos mismos.

Los que abandonan en el primer año suelen tener la oportunidad de enmendar ese error y elegir un futuro mejor para sí mismos.

Los que aguantan la aburrida miseria hasta el final suelen acabar siendo desgraciados. Mi padre me advirtió que no me hiciera eso.

Rhue se aclara la garganta, recordándome discretamente que está aquí, mientras yo intento escuchar el resto del discurso introductorio del profesor Harman. Hirviendo, insisto en ignorarlo.

Así va a ser todo mi año, ¿no? El pasado me perseguirá y atormentará implacablemente.

El presente será una experiencia tortuosa, y el futuro que he soñado mientras lamía mis profundas heridas se alejará de mí, navegando más lejos de mi alcance hasta que me quede sola, vacía por dentro.

Solo tengo que concentrarme en el profesor Harman y pasar el día. Me reagruparé y planearé todo el año que viene, si es necesario, pero déjame esto. Es mi vida. Es mi futuro. No dejar que otro Echeveria destroce mis ganas de vivir.

Algo me dice que no sobreviviré a un segundo asalto.

Apenas conseguí salir viva del primero.

THREE
RHUE

DE VUELTA AL INSTITUTO: Rhue

CUANDO EL CAPITÁN de nuestro equipo de hockey, Lance, dijo que los mayores tienen toda la diversión y también todo el dolor, pensé que estaba bromeando. O, al menos, que no era demasiado literal. Sin embargo, me duele todo el cuerpo, desde la cabeza hasta los dedos de los pies. Me han dado una buena paliza durante el entrenamiento de hockey. Dos horas de extenuante entrenamiento, debo añadir. Me duelen los huesos. Me duelen literalmente los huesos. Tengo la piel dura como una piedra y magullada. Probablemente estoy negro y azul en el 60 % de la superficie de mi cuerpo.

Me siento como si me hubiera atropellado un camión. Un camión de 18 ruedas, para ser preciso.

Pero estoy feliz. Estoy emocionado. Hay tanta energía que sigue estallando y crepitando dentro de mí, que no tengo ni idea de qué hacer con ella. Necesito desesperadamente un baño caliente para remojarme, pero prefiero practicar mis lanzamientos de lacrosse en el patio trasero. No soy tan bueno en el lacrosse como en el hockey:

el hielo es mi amante, después de todo. Pero bueno, a falta de una pista de patinaje, servirá.

Aquí en Rochester, las tardes de octubre ya son tan frías como las de invierno. Me pregunto cómo será Harvard. Es mi mejor opción. Mi madre está encantada. Nunca lo había notado, pero verla feliz me hace rebosar de alegría a mí también. Pero me preocupa Madison. Me está alejando. Por otra parte, tampoco se lo he puesto muy fácil. Ella es tan... deliciosa. Anhelando. Puedo oler su deseo. Demonios, casi puedo saborearlo en la punta de mi lengua. Quizás la semana que viene. Quizás la semana que viene conseguiré ese beso que he estado anhelando. Ella también lo desea.

—Joder, tengo que quitarme a Madison Willis de la cabeza —murmuro mientras llego a las puertas principales que conducen a nuestra mansión familiar. Es demasiado grande, en mi opinión, pero es el único hogar que he conocido.

Altos árboles desnudos crujen con el viento más allá de las puertas. Me imagino brevemente llevando a Madison bajo uno de ellos. Empujando su esbelto cuerpo contra la fina corteza del árbol y abriéndola, pétalo a pétalo, obligando al viento a ceder ante sus gemidos.

Ah, joder, no puedo esperar hasta marzo o abril. La deseo. La necesito. Ahora. Ahora mismo. Ayer, preferiblemente, o mañana a más tardar. Esta noche es Halloween. Puedo ser cualquier cosa que ella quiera. La idea de enviarle un mensaje de texto cruza mi mente. Se supone que no debo salir con mi profesora particular, pero oye... esto de la ética no es lo mío y mamá es más permisiva de lo que pretende.

Entro en la casa y cierro la puerta tras de mí, observando lo silenciosa que es. La enorme entrada, los pasillos abiertos, la decoración estancada y perfecta. Esta es realmente la clase de casa que nunca será un hogar. Incluso cuando el silencio se rompe, esa sensación permanece. Se oye un ruido en la cocina, seguido del tintineo de copas de cristal. Marie debe estar limpiando o algo así. Si fuéramos una familia normal y esta casa fuera la mitad de grande, no necesitaríamos a Marie. Juego con la idea de mi madre en la cocina, con el aroma de la tarta de cereza llenando el aire mientras

corre hacia la puerta. Solo la escena me hace reír a carcajadas. Quiero a mi madre, pero su forma de cocinar, bueno, eso es discutible. Sacudiendo la cabeza, me recuerdo a mí mismo que hay hordas de personas que cometerían literalmente un asesinato para vivir en un lugar como este. Soy afortunado. Más afortunado de lo que puedo imaginar. Y aunque mi madre no tiene madera de ama de casa, aunque no hornea ni plancha ni tiende la ropa, sigue siendo una de las mejores personas que conozco.

Al revisar brevemente mi teléfono, veo dos mensajes de mi hermana, Laura. Uno de los mensajes me avisa de que ha salido con mamá a hacer unas compras de última hora para Halloween. El otro es una foto de todos los disfraces y decoraciones que se pelearán por el espacio en el ático. Mamá siempre hace eso. Se olvida de Halloween, y luego se pone nerviosa si alguno de nosotros no celebra la Navidad, su fiesta favorita, como si fuera el momento más importante del año. Sin embargo, lo compensa, y por eso sale con Laura a comprar todos los artículos espeluznantes que hay en Target.

Mi zumbido anterior empieza a desaparecer. Cuanto más pienso en ese baño caliente, más me relajo. Mis músculos se convierten en gelatina. Algo me dice que esta tarde no voy a hacer el tonto con ninguna pelota de lacrosse. Lo más probable es que... me pida una siesta. Si me despierto antes de tener que llevar a Laura al baile de Halloween del colegio, seré el puto rey.

Subo las escaleras y me dirijo directamente a mi habitación.

Madison vuelve a aparecer en mi cabeza. Caramba, estaba preciosa antes, durante nuestra clase particular. Esas curvas estaban bien envueltas en lana carmesí: un sencillo vestido de cuello alto y mangas largas, cortado justo por encima de las rodillas y combinado con un par de botas moteras de cuero negro. Tiene un par de piernas que funcionan con casi todo. Incluso con unas Crocs. Y sus pies... Dios, no es que tenga un fetiche ni nada por el estilo, pero esa chica hace que quiera lamerla desde la cabeza hasta el dedo meñique del pie.

Cierro los ojos, recordando el brillo de su medallón de plata colgado del cuello y la textura de sus medias negras bajo las luces

del estudio. Me resulta más difícil concentrarme cuando estoy cerca de ella, pero la verdadera excitación llega cuando empieza a hablar.

Es la mujer más brillante que he conocido. Su mente es un puto látigo, azotando y lamiendo todo, locamente rápido. Recita de memoria pasajes enteros de libros y es un calendario andante. Estoy seguro de que entraría en Mensa si lo intentara, pero Madison está más interesada en la arqueología y la antropología. Supongo que le gustan las cosas muertas y la historia. He oído todo tipo de rumores sobre ella, pero no estoy seguro de cuáles creer.

Algunos de los chicos de mi clase dicen que es tan buena usando su boca para algo más que para hablar.

No me lo creo. Madison está fuera de su puta liga. No puedo culpar a los chicos por difundir esos rumores. La mayoría de los chicos están locos por ella, como yo. Solo que... ella nunca los mira como me mira a mí. No estoy loco. La veo. Claramente. La atracción está ahí. Es innegable. El aire entre nosotros se vuelve tan espeso, a veces, que no podrías cortarlo ni con una cuchilla de carnicero.

Sacudiendo la cabeza lentamente, llego al último piso, comprensiblemente agotado. Incluso la ducha me parece un trabajo demasiado duro. ¿Cómo he podido volver a casa después del entrenamiento sin desfallecer? Ah, sí. La adrenalina.

La pista de hielo era un jodido campo de batalla hoy. Dustin podría tener un motivo para meterse conmigo, pero eligió el lugar equivocado para hacerlo. Soy el rey del hielo del instituto. Nadie puede derribarme en la pista. Dustin aprendió eso por las malas, pero no sin chocar conmigo un par de veces. También es un gran cabrón, así que cada placaje se sentía como el equivalente a una estampida de elefantes. Solo un tonto pensaría que sus placajes no venían con una venganza. Le gusta Madison y viendo la forma en que reaccionó a mi presencia durante el último estudio en grupo sobre la historia de los nativos americanos... bueno, si yo estuviera en su lugar, también estaría cabreado. La única pregunta es, ¿por qué demonios retrocedió después de que la besara antes? Mierda, ya tengo una respuesta para eso, y es mi apellido. La aterrorizo, igual que mi padre aterroriza a la mayoría de Rochester. Él tiene poder y influencia en el Congreso. Soy su hijo. Su supuesto

heredero, aunque siempre fue Laura la que se interesó por la política, no yo. Cualquier mujer con algún tipo de discernimiento sabría que soy peligroso solo por asociación.

Un gruñido apagado sale del dormitorio de mis padres justo cuando paso por delante. El sonido me detiene, pero sobre todo porque va acompañado de una fragancia familiar. Un leve toque de lila que no pertenece a este lugar.

También hay un golpeteo rítmico y no sé qué hacer con él. Joder, intento no darle importancia. Pero, el hecho es que ya sé lo que es. Lentamente, me acerco a la puerta. Más cerca del sonido de los gruñidos de mi padre y mi estómago se revuelve.

Mamá no está en casa. Estoy al tanto de sus escapadas y libertinaje, en general. Sus trasnochadas, su segundo teléfono móvil, joder, me he sentado a pocos metros del bastardo cuando llamó la atención de una chica joven y guapa en el bar. Mi padre es el tipo de hombre que deja a su hijo adolescente cenando solo en su cumpleaños, mientras él persigue un pedazo de culo al que luego se refiere como «negocio». Su negocio, sí. Y yo trato de que no sea ninguno de los míos. Pero ahora mismo estoy jodidamente horrorizado. Una cosa es echar un polvo en una suite del Hilton y otra muy distinta es traer esta mierda a casa. Abro la puerta de la habitación de un golpe y paso el marco.

Mi corazón se detiene.

Y casi me trago la puta lengua.

Mi padre está a los pies de la cama, penetrando a una chica de piernas largas y suaves, cubiertas desde los pies hasta las rodillas con... botas de motero. Unas botas moteras que están firmemente plantadas en la suave alfombra gris. Unas botas moteras que conozco como la palma de mi mano.

Trago con fuerza, atascado en el tiempo, mientras capto las medias y las bragas estiradas alrededor de las rodillas de esta chica. No respiro mientras entro, rezando para que no sea Madison. Rezando para que, por alguna jodida coincidencia, quienquiera que sea esta puta haya comprado las mismas malditas botas que Madison llevaba antes. Pero cuanto más veo, más me cuesta convencerme de que no es ella.

Mi padre se mantiene firme y la folla con fuerza, con una mano inmovilizando su nuca y la otra sujetando con fuerza las nalgas. La penetra con todas sus fuerzas, arrancándole un gemido tras otro en las sábanas de satén que mi madre trajo de su viaje a París.

El vestido de Madison se enrolla alrededor de su cintura y su carne pálida se agita con cada empujón. Mi padre le pasa la mano por el culo antes de deslizarla por debajo de su vientre y acariciar su coño mientras la folla con más fuerza. Me quedo mirando, con la bilis acumulándose en mi garganta mientras todo mi mundo empieza a desmoronarse, trozo a trozo. Los ojos de Madison encuentran los míos, y nos quedamos fijados el uno en el otro durante lo que parece una eternidad. No veo nada en ellos, nada más que un verde vacío, mientras sus mejillas se enrojecen y sus gemidos se intensifican.

Creo que está llegando al orgasmo. —Eso es, nena, córrete para papá —gruñe mi padre cuando está a punto de llegar a su clímax también. Se ha bajado los pantalones, pero sigue llevando la camisa y la corbata, siempre tan profesional.

Su mirada me pone enfermo, pero me cuesta una eternidad apartar los ojos de él, incluso cuando me alejo de la puerta.

Finalmente, me alejo unos metros de la habitación.

La rabia no tarda en llegar y soy un volcán a punto de estallar.

¿Cómo ha podido hacer eso?

¿Cómo ha podido dejarse follar así?

¿Cuándo ha ocurrido?

¿Cuándo llegó mi padre a ella?

¿Justo al principio? ¿Hace poco? ¿Cuánto tiempo lleva pasando esto?

Es cierto que Madison lleva ya unos meses viniendo aquí... pero no recuerdo que hayan coincidido más de un minuto o dos. Tal vez me equivoqué. Tal vez había señales y no vi nada porque no quería ver nada.

Porque me engañé pensando que por muy traviesa que quisiera que fuera conmigo, era una puta chica decente.

Qué imbécil he sido.

Mi propio maldito padre se me adelantó. Es un capullo. Es el peor. ¿Pero en qué convierte eso a Madison? Ella sabe quién es. Ella conoce a mi madre. A mi madre le cae genial. Una parte de mí se pregunta cómo se habrá sentido al verme ahora mismo, mirándome a los ojos mientras la polla de mi padre la llenaba bien. Mierda, creo que voy a vomitar.

Ahora estoy corriendo. Cruzando el pasillo. A través de mi habitación. Todo pasa a mi lado como manchas sueltas de acuarela. Todo está borroso. Cuando llego al cuarto de baño, ya tengo todo claro. La comida. Las entradas del entrenamiento de hockey. Todas las erecciones que he tenido por culpa de Madison Willis. Lo vomito y lo meto en el retrete, el sudor estalla y me cubre la cara mientras lucho por respirar de manera uniforme... mientras me doy cuenta de que mi vida tal y como la conozco se ha acabado. Que he estado viviendo una puta mentira.

Madison Willis es una puta de mierda.

Y una puta de mierda acaba de romper mi corazón.

FOUR
MADISON

He conseguido relegar la existencia de Rhue a un segundo plano, al menos durante el primer día. Lógicamente, la idea de tener que luchar así hasta las vacaciones de Navidad a diario me pone la piel de gallina y me llena de pavor, pero poco a poco soy más consciente de que ésta podría ser mi única opción, de cara al futuro. Ya he manifestado mi intención de luchar. Sería cobarde dar la espalda.

Además, hay algunas cosas que Rhue no sabe. O lo sabe y está siendo un verdadero idiota al respecto. De cualquier manera, está buscando sangre y no voy a cortarme la muñeca para complacerle.

Me gusta este lugar. Ithaca es una ciudad maravillosa, infinitamente más pequeña que Rochester. Mi ciudad natal también es infinitamente más pequeña que Nueva York, solía soñar con mudarme allí, así que no se me escapa la ironía de ir en dirección contraria. Hay una tranquilidad inherente que forma parte de la identidad de Ithaca. Cornell, por supuesto, es sinónimo de ilustración y educación superior. Despierta cierto tipo de reverencia, una profunda admiración por la ciudad que la alberga, y por cada persona que contribuye a abrir las puertas académicas a diario. No es de extrañar que me sienta humilde y agradecida cada mañana que me despierto con las vistas desde mi dormitorio.

El campus de la universidad es algo bastante chulo, si tienes suerte. Me tocó uno de los dormitorios individuales del ala oeste. Tiene vistas a los jardines, y yo tengo una vista directa de la biblioteca de Artes y Humanidades. En sus plantas superiores hay amplios espacios con sofás y sillones de cuero, perfectos para leer mientras se disfruta de la luz natural.

Abajo, las flores florecen en hipnóticos estallidos de fucsia y amarillo crudo, los arbustos de color verde lima tiemblan suavemente bajo el resplandor naranja oscuro. Me encanta este lugar.

Cada centímetro de este lugar está cuidadosamente cepillado y limpiado, barrido y fregado. No es una perfección obsesiva, pero sigue siendo una perfección. Hay algún arce torcido de vez en cuando o un par de rosales desparejados cerca de la fuente artesanal central en el centro de la zona ajardinada, pero este es sin duda mi lugar favorito. Por lo que me han dicho, este año es raro que no haya un alto grado de ocupación en los dormitorios. Al parecer, los alquileres han bajado en Ithaca a precios lo suficientemente bajos como para atraer a los estudiantes lejos de las habitaciones compartidas del campus y a estudios y apartamentos de dos habitaciones propios. El resultado final es un jardín menos concurrido una vez terminadas las clases de la tarde.

He tomado prestado un ejemplar de A History of Pirates para leer durante el fin de semana, pero hace tan buen tiempo fuera que he decidido devorarlo ahora. Uno de los bancos más cercanos a la fuente está libre, así que me acurruco en un lado con mis historias de espadachines. Durante casi una hora, me olvido de todo lo demás.

El jardín del campus de Cornell me abraza con sus perezosas fragancias de rosas y el tintineo del agua que brota y salpica en un delicado estanque de Koi de mármol blanco, mientras leo página tras página sobre la vida real de los piratas. Por supuesto, este libro tiene una forma narrativa más consistente y un estilo coloquial y fácil de entender, pero es una buena introducción a una cultura que tantas películas y novelas han interpretado de forma horrible. Me preocupa que pueda coger escorbuto solo con este primer capítulo.

—Oye, tú eres... Tú eres Madison, ¿verdad? —Una voz que nunca había oído antes me devuelve al presente. Por un instante, me doy cuenta de que me habría quedado en el barco. Mi oído interno cree que aún estamos cortando las espumosas olas del océano Atlántico. Casi puedo oír el gemido del casco y los gritos de los marineros mientras desafían una tormenta mortal.

Levanto la vista y me encuentro con los suaves ojos marrones de un hombre. Parece joven. Quizás tan joven como yo. Le he visto en clase. Después de todo, es difícil pasar por alto a un tipo como él. Parece sacado de una revista, tiene los hombros anchos, la barbilla hendida y los hoyuelos más dulces cuando sonríe. Tiene el pelo castaño claro con reflejos cobrizos bajo el sol poniente, sus ojos son dos charcos de chocolate fundido. Un puñado de pecas salpica el puente de su nariz y sus mejillas, solo delicadas manchas de color moca que apuesto a que desaparecen al primer bronceado.

—Hola. Sí. Madison Willis —respondo.

—Soy Cameron Kennedy —se presenta, poniendo una sonrisa brillante mientras me ofrece una mano para que la estreche. De nuevo, mis reacciones son lentas. Me prometí a mí misma que sería una Madison diferente aquí, pero acabo haciendo lo mismo. Perder las palabras. Quedarme boquiabierta. Ralentizarme hasta el punto de que la gente asume que puedo necesitar asistencia médica. Más de una vez me han preguntado si estoy sufriendo un derrame cerebral. Me resulta muy difícil explicar lo que le cuesta a mi cerebro incluir la socialización en sus procesos diarios.

Me terminaré este libro en un par de horas, aunque su tiempo de lectura oficial ronda las nueve horas y media. Mi cerebro es muy bueno para hacer fotos y saltar a través de las páginas de texto sin perder nada de la información que recoge por el camino. Sin embargo, un tipo guapo con ojos marrones chocolate y una sonrisa de revista consigue hacerme tartamudear.

—¿Ken-Kennedy? —pregunto.

—Hay alguna relación, sí, pero lejana —se ríe—. Espero que eso no sea un problema.

—¿Por qué iba a ser un problema?

Lo decía de broma, y yo he tardado demasiado en darme cuenta.

—Solo trataba de amenizar el ambiente —responde Cameron, decidiendo ser el mejor hombre mientras yo respiro aliviada—. La mayoría de la gente suele quedarse boquiabierta y desmayarse cada vez que confirmo una conexión familiar con los grandes.

—Ah. No pasa nada. ¿Estás interesado en seguir una carrera política?

—No. Por Dios, no. Solo tengo... Dos tíos lejanos en el Congreso, eso es todo. Un tercero haciendo presión para toda la gente equivocada. No. Creo que lo mejor de lo que teníamos que dar como... Dinastía, digamos, murió hace unos cuarenta años. Todo lo que nos queda ahora son buenas intenciones y enormes zapatos que llenar, y aquí estoy, ya parloteando sobre la misma gente que esperaba no permitirme parlotear.

No puedo evitar reírme. Cameron está tan nervioso como yo. Es casi entrañable. Un nombre tan importante, tan guapo también, y a pesar de ello es igual de torpe y está deseoso de interactuar. De hablar con la gente, incluso cuando todo en él me dice que preferiría acurrucarse con un libro de piratas en algún banco.

—Está bien. Nuestras familias tienden a perseguirnos y a seguirnos —le aseguro, intentando sonreír de una manera que sugiera calidez y amistad—. La historia se pega un poco.

Esta afirmación viene acompañada de un fuerte escalofrío. Sé un par de cosas sobre la historia y la incapacidad de uno para librarse de ella. Diablos, me tropecé con uno de mis fantasmas en este mismo lugar, hace apenas ocho horas. Mi mente vuelve a Rhue, y el esfuerzo del día se desmorona de repente. Lo estaba haciendo tan bien...

—La cosa es... Que tenía en mente una mejor manera de presentarme. Te he visto hoy en clase y pensé que deberíamos conocernos —explica Cameron—. Si hay algo que me enseñó mi abuelo y a lo que me gusta atenerme, es a tener cuidado con los callados. —Sus palabras me hacen reflexionar y me quedo mirándole. —Los callados son los que esconden las mejores historias.

Me estoy riendo demasiado de eso. Claro que tengo mis propias historias, pero dudo que puedan calificarse como tal. Sobre todo,

porque las historias más interesantes también son las más dolorosas de contar.

—Parece que te vendría bien un amigo —añade Cameron.

—¿Y qué te hace pensar eso? —Pregunto, algo intrigada.

—Tu sonrisa es cálida. Parece que tienes ganas de caer bien. Corrígeme si me equivoco, por supuesto, y tampoco quiero ofenderte. Es que se me da bien leer a la gente. La mayoría de las veces acierto con mis primeras impresiones.

Asiento con la cabeza.

—A decir verdad, no estás muy lejos de la realidad. Me prometí a mí misma que haría nuevos amigos en este lugar.

—El instituto fue duro, ¿eh? —Cameron se ríe, luego mira al banco. —¿Te importa si me siento contigo un rato?

—Claro. —Respondo, sin apartar los ojos de la portada de mi libro, que ahora estoy agarrando con ambas manos como si fuera mi objeto más preciado. Un hombre guapo está sentado a mi lado, y lo único que puedo pensar es que no es Rhue. Que Rhue preferiría despedazarme, poco a poco, hasta que no quedara más que un puñado de huesos y miseria.

Este hombre tan guapo está tan cerca de mí, y lo único que puedo pensar es que ahora mismo no estoy oliendo la colonia de Rhue. Soy un puto desastre.

—El instituto me fue casi siempre bien, en realidad. Simplemente me alejé de la gente, en general. Por supuesto, eso me hizo antisocial. Algunos de mis profesores estaban preocupados. Mi orientador no dejaba de intentar que me hicieran pruebas de autismo.

Esta vez es Cameron el que se ríe.

—Y yo que pensaba todo este tiempo que yo era el raro.

—Los raros atraen a los raros, ¿no lo sabías? —Le respondo con una risilla.

Y así, el hielo se ha roto. Los copos fríos pasan volando por mi cara. La tensión rezuma de los jardines y vuelve la impresión de un refugio dulce y seguro. Llevo mucho tiempo esperando una sensación como ésta: la emoción de conocer a alguien nuevo, el anhelo de conocerlo mejor, de desgranar las capas que lo convierten

en quien es. Siempre he creído que las personas están hechas de historias, algunas buenas, otras malas, algunas emocionantes; y otras, quizás, aburridas. Pero todas son historias, no obstante, que esperan ser contadas. Nunca fui de los que tienen la suficiente paciencia para escucharlas todas, pero sí prometí que me abriría un poco más.

—Así que estamos estudiando antropología juntos, ¿eh? —comenta Cameron, recostándose en el banco mientras ambos nos tomamos un momento para mirar a nuestro alrededor.

—¿Qué te atrajo a ella? Sinceramente, no creo que sea para todo el mundo.

Asiente con la cabeza.

—No, no lo es. La antropología es compleja, mezcla la historia con la psicología y la sociología... un estudio de la naturaleza humana, supongo. Creo que eso es lo que me atrajo, en primer lugar, el tamaño de la antropología como disciplina. —Me mira a mí. —¿Y a ti?

—Me gusta estudiar a las personas. El comportamiento. La cultura. Las tendencias sociales. Tratar de entender por qué una facción prefiere una costumbre, pero irá a la guerra con otra facción porque prefiere otra costumbre. Somos realmente fascinantes como especie, y nuestro pasado puede dictar fácilmente nuestro futuro si no tenemos cuidado. No me malinterpretes —le explico y enarco una ceja— no lo digo en el buen sentido.

—Ah, entonces estás entrando en la política con esto.

Sacudo la cabeza.

—Dios, no. Me estoy especializando en arqueología. ¡Voy a salir a explorar el mundo, nene! Si consigo conservar una antigua colección de artefactos de una tribu perdida hace mucho tiempo que habré descubierto, será lo más grande que podría hacer con mi vida.

Cameron sonríe.

—Te interesa más desenterrar el pasado para que la gente pueda mirarse en él como una especie de espejo.

—Sí. Mira las tribus mesoamericanas y sudamericanas. Los aztecas, los mayas, los incas, y su forma de vida. Las fosas comunes que siguen apareciendo con cada excavación arqueológica. Gente

matando niños, niños inocentes, para complacer a dioses que no existen y así poder salvar sus imperios.

—Imperios que se marchitaron y murieron, de todos modos —se ríe amargamente. —Sí, te entiendo.

—El propósito de la antropología es arrojar luz sobre quiénes somos como especie, de lo diversos que hemos sido siempre al compartir este planeta, ¿sabes? Es un estudio de la humanidad, básicamente, un estudio en profundidad que muestra lo bueno, lo malo y lo feo, también... y se supone que debemos hacer algo con eso. Tal vez no debería estar a cargo de la mensajería, pero seguramente... ya me entiendes.

Cameron me mira fijamente durante un rato, sonriendo con lo que solo puedo describir como una sensación de fascinación. Sus ojos marrones se entrecierran en rendijas, como si quisiera verme mejor, o ver más allá de mi cara y directamente en mi cerebro. Sus labios se estiran y se forman dos hoyuelos en las comisuras de los labios. No solo es guapo. Es mono. Qué combinación tan letal puede ser. Por desgracia, su efecto en mí es mínimo, y me irrita. Son los gilipollas los que normalmente nos cuesta superar. No los chicos buenos.

—Te entiendo perfectamente —comenta finalmente Cameron—. Te lo estás montando a la vieja usanza en los dormitorios, ¿eh?

—Es más barato que alquilar un apartamento. Mi padre y yo ahorramos mucho para llegar hasta aquí, lo menos que puedo hacer es que sea más fácil para el bolsillo en adelante —respondo.

—Qué raro —dice una voz familiar con una dureza escalofriante que solo puede describirse como odio crudo—. Creía que mi padre pagaba sumas considerables por los servicios prestados.

Rhue Echeveria está de pie a pocos metros, con una mano en el bolsillo del pantalón mientras la otra sostiene una bolsa de cuero en el hombro. Tiene buen aspecto. Muy bueno. Sus ojos son carbones negros con chispas azules profundas que provocan un incendio en mi interior. Un músculo se mueve en su mandíbula cuadrada y la luz de la tarde acentúa el brillo capuchino de su piel. Sin embargo, a pesar de todo este esplendor que desprende, Rhue se enfurece con

rencor y furia. Le he herido profundamente, aunque nunca lo planeé. Fui estúpida al pensar que podía seguir adelante.

—Perdona, ¿nos conocemos? —pregunta Cameron, levantándose lentamente del banco. Aunque su caballerosidad me resulta atractiva, sé que acabará mal para él. Cameron no merece quedar atrapado en la rivalidad entre Rhue y yo.

—Rhue —responde con una sonrisa fría—. Aquí todos somos futuros antropólogos, ¿no?

—Ah, vas a nuestra clase. Cameron. Lo siento, no recuerdo haberte visto.

—Por supuesto. No recordarías nada más que a Madison aquí. Ese es su rasgo característico —añade Rhue sin mirar hacia mí—. Está muy buena. Tan buena, de hecho, que te pone las pelotas azules. Supongo que ya habrás fantaseado con las muchas formas en las que la follarías con todas tus fuerzas.

—Eeeh, espera —Cameron intenta cortarlo, pero Rhue no ha terminado.

—No, no, es absolutamente natural. Evidentemente no te culparía —continúa, hablando muy rápido y en voz alta para impedir cualquier otra interrupción—. Pero el problema es, Cameron, que a Madison no le gustan los chicos jóvenes como tú o como yo. Le gustan mayores y asquerosamente ricos. Si tienes un padre que se ajusta a esa descripción, ahórrate el trauma emocional y mantenla alejada de él. Me han dicho que su coño es adictivo. Y que cuesta mucho dinero. ¿Me equivoco, Madison?

Cameron se abalanza contra Rhue a una velocidad impresionante, pero aún así falla, aunque, por escasos centímetros. Eso hace reír a Rhue, que se aleja y levanta las manos a la defensiva.

—¡Estás enfermo! —sisea Cameron. Le gustaría tirarse de nuevo a por Rhue, pero duda. Un movimiento inteligente para no seguir con esto, creo.

Rhue Echeveria no es un cobarde. Solo prefiere evitar las peleas por lo fácil que pierde el control si se involucra en ellas. Se convierte en una bestia. Cameron no lo sabe, pero está esquivando una bala.

—Estoy siendo sincero. —Rhue ofrece una inclinación cortés. —Considera esto una advertencia. No estoy buscando peleas aquí, Cameron. Pero tu padre es un senador, si no me equivoco. No lleves a Madison a ninguna comida familiar. Créeme, vivirás para lamentarlo.

Cameron exhala bruscamente y me lanza una mirada oscura pero curiosa. Una parte de él probablemente se pregunta si lo que ha dicho Rhue es cierto. Puedo verlo en sus suaves ojos marrones: la duda. El «y si...» acechando y esperando para clavar sus garras en su conciencia, para envenenar sus pensamientos y hacer que ni siquiera me considere una persona lo suficientemente limpia para estar cerca. Debería haberlo visto venir. Rhue meterá mierda a todos sobre mí, tarde o temprano.

—Como habrás adivinado, Rhue y yo nos conocemos desde hace tiempo —le cuento, recuperando la voz. Sueno débil. Desaparecida. —Siento que te hayas visto implicado en esto.

—No, no, espera —Cameron contesta—. Nada de esto es cierto. Mira a Rhue. —Eres tú el que tiene que pedirle disculpas.

—Amigo. —Rhue se ríe. Es solo una palabra, pero está destinada a insultarme. Funciona.

—Es él quien tiene que disculparse contigo —exclamo, luego cojo mi libro de piratas y me alejo. Ni siquiera necesito saber qué hace Rhue aquí a estas horas. Ya lo he comprobado con los estudiantes, y está de alquiler en un apartamento fuera del campus. Las clases terminaron hace tiempo. No debería estar merodeando por aquí, por lo que parece, solo se está dejando la piel por espiarme y acosarme. Sin embargo, Rhue es mucho más inteligente que eso.

Sabe que hoy en día se toman en serio las denuncias de acoso, o eso espero. Existe la posibilidad de que el nombre Echeveria me entierre aquí también. Rochester es una zona prohibida para mí por culpa de Julian... joder, no puedo dejar que me quiten a Cornell también. No, he llegado demasiado lejos y he trabajado muy duro. No.

Señalo con el dedo a Rhue.

—El problema lo tienes conmigo, no con Cameron. Así que discúlpate. No seas idiota —le suelto y me voy.

Se me rompe el corazón de nuevo. Los pedazos se desmoronan, los trozos se derrumban en la oscuridad que ha estado supurando dentro de mí desde aquel día en la casa de Rhue. Debería haberme quedado en casa. No debería haber vuelto allí. Ahora lo sé: lo rápido que una decisión puede cambiar toda tu vida.

Cameron me grita, pero decido ignorarlo. Si mantengo las distancias a partir de ahora, quizá Rhue le deje en paz. No quiero que nadie más salga perjudicado por esto.

Va a ser una bonita noche, me doy cuenta al levantar la vista y ver el cielo rosa oscuro. Las rayas de color naranja fluorescente y el blanco abultado se ondulan, los tonos se oscurecen a medida que la noche comienza a asentarse sobre Ithaca. Una bonita noche, ya estropeada por mi pasado que vuelve a morderme en el culo.

FIVE
MADISON

Papá no lo sabe.

Nunca le conté nada. No podía romperle el corazón de esa manera. Además, es el tipo de caballero de brillante armadura que nunca teme al dragón, salvo que, en este caso, el dragón es Julian Echeveria, y tiene suficiente fuego como para quemar todo nuestro árbol genealógico. Nada de esto merece la pena, sobre todo después de que haya conseguido poner cierta distancia entre mí y esa familia.

Bueno, Laura es un poco la excepción. Dicen que no se puede elegir a los padres. Que nacer es básicamente una lotería. O te tocan buenos padres como los míos, o te tocan calamidades, como los de Rhue y Laura. Los niños nunca buscan problemas, pero los problemas los encuentran de todos modos. Así es como resumo mis experiencias hasta ahora, igualmente.

—Parece que estés a años luz de aquí —comenta papá. Su voz me recuerda que seguimos hablando por teléfono, mientras doy un paseo por el edificio del campus con mis auriculares Bluetooth que me permiten descansar las manos en los bolsillos de la chaqueta, donde hace calor. Las tardes se han vuelto más frías. El aire es fresco y, a veces, a primera hora de la mañana, el vaho lechoso se queda en mis labios cuando respiro. Estoy deseando que llegue el

invierno a Ithaca. Me han dicho que es precioso. —¿Qué te pasa? —Pregunta papá, sacándome de mis pensamientos una vez más.

—Nada, papá. Es solo el nerviosismo del primer día —lo evado.

Al cruzar la calle, miro a ambos lados y solo veo un par de luces traseras carmesí que se dirigen al centro. Me doy cuenta de que esta ciudad está prácticamente desierta después de las ocho de la tarde. Claro, todavía hay algunas personas fuera, pero en su mayoría acuden al supermercado para hacer las compras de última hora. Nadie camina sin rumbo ni va de bar en bar. Por otra parte, debería haber esperado esto. Ithaca no es Nueva York. Al menos no en el sentido tradicional. Siempre me olvido de atenuar un poco mis expectativas.

—Pero ya se ha acabado el primer día, Maddie. Deberías estar descansando —responde papá, casi riéndose. Supongo que mi ansiedad tiene sentido para él, pues le trae recuerdos de sus propias experiencias universitarias. —Lo peor ya ha pasado. Te estás adaptando.

Lo peor aún no he llegado, pero no puedo decírselo. Se mudará a Ithaca y me acompañará a las clases solo para asegurarse de que nadie se mete con el precioso ángel de su hija... augh, soy todo menos eso. Pero eso tampoco puedo decírselo.

Papá ha sido así, sobreprotector, desde que murió mamá. No puedo culparlo. Yo lo protejo con la misma fiereza.

—Es cierto. Tienes razón, papá, debería relajarme un poco —comento, intentando sonreír mientras camino por la calle. Me resulta fácil pasar desapercibida con este chándal negro que llevo. Es una de las primeras cosas que aprendí en Rochester después de que las cosas estallaran con Rhue. Permanecer fuera de la vista y de la mente de la gente es más fácil que afrontar el problema de frente. —Pero supongo que es por algo más. El estrés de mudarse de un lugar a otro. No conocer a nadie aquí. Una nueva universidad. Es mucho para asimilar.

—Pero siempre has sido buena adaptándote, Maddie. Desde que puedo recordar, has sido esa galletita dura que puede resistir cualquier cosa. ¿Recuerdas cómo te llamaba tu madre? Se le quiebra

la voz. Sé que tiene una imagen de mamá en el fondo de su cabeza. —Su pequeño tardígrado.

Me río. —Eso es. Sí. Deja que mamá, la rebelde profesora de ciencias de secundaria, se invente un apodo genial para su única hija.

—Era un bonito apodo. Y muy cierto. ¡Admítelo!

—¡Lo admito! Los tardígrados son conocidos por sobrevivir a las condiciones más duras, incluida la atmósfera de la Luna —respondo —. Supongo que mamá sabía algo que yo no sabía.

Papá suspira profundamente. —Y tenía razón. Eres fuerte, Maddie. Más fuerte de lo que yo nunca fui. Y saldrás adelante, no importa lo que la vida te depare. Maldita sea, eres demasiado inteligente para dejarte pisotear.

Podría llorar. Podría. Si él supiera los golpes que he recibido desde que Rhue Echeveria irrumpió con suficiencia en mi vida. Nunca pedí nada de esto. Nunca busqué estar cerca de él. Eso fue cosa suya. Todo de él. Mi alma se rompió por culpa de esa familia suya, y aquí estoy, todavía deprimida por ellos. Por él. Todavía me aterroriza Julian. Sin embargo, la mente de Rhue ya está fijada. No hay manera de que yo lo cambie. Yo no. Nunca.

—¿Cómo están las cosas por Rochester? —pregunto a mi padre— ¿Cómo va la tienda?

La tienda de muebles de mi padre dio un gran golpe hace unos años cuando cambió toda la estrategia de marketing y centró sus esfuerzos en Internet. Siempre ha sido de la vieja escuela y fanático de la publicidad impresa, pero los tiempos le pillaron a contrapié. Costó convencerle, pero una vez que cogió el tranquillo a las redes sociales, se convirtió en una bestia imparable.

—La verdad es que va bien —afirma papá—. Pensé que tu ausencia me daría un bajón, pero no ha sido así.

Eso está bien. La puta de tu hija se ha ido. Eso es lo que toda la ciudad de Rochester piensa, de todos modos. Soy como esa nube de lluvia que se fue, y ahora hay un sol que brilla, los pájaros cantan en los árboles y otras tonterías por el estilo.

—Sabes moverte por las redes sociales —afirmo—. Nunca has necesitado que publique cosas por ti. Además, la mayor parte de

Rochester ya sabe lo buena que es tu carpintería.

—Es cierto, pero he recibido muchos pedidos de fuera desde que lo pusimos online, y tú estabas haciendo un buen trabajo gestionando ese aspecto —responde—. Afortunadamente, Noelle ha sido una sustituta más que adecuada.

Tiene que ser más tolerante con Noelle y quizás casarse con ella. No me importaría. Es diez años mayor que yo y está locamente enamorada de mi padre. A pesar de la diferencia de edad, encajan tan bien juntos. Él es el Yin de su Yang, en cierto modo. Y ella sabe cómo darle una colleja cuando se pasa de la raya. Me duele el corazón cada vez que pienso en ellos. Supongo que una parte de mí desearía que mi madre siguiera viva. Por desgracia, no puedo pedir lo imposible. Solo puedo esperar lo mejor, y en este caso, que Noelle y papá se casaran sería sin duda una buena noticia.

—Os echo mucho de menos ahora mismo —suelto, con los ojos escocidos por las lágrimas. O tal vez sea por el aire frío. Empieza a hacer mucho frío y me pregunto cuánto tiempo pasará antes de que tenga que volver a ponerme el forro polar. Los inviernos en Nueva York nunca han sido suaves. No espero que empiecen a calmarse ahora.

—Solo llevas fuera un par de días, Maddie, vamos. —Sin embargo, le hace reír. Supongo que encuentra mi angustia bastante entrañable. Si supiera la verdad, no le parecería gracioso. No tiene la menor gracia.

La cuidad está tranquila. Casi dormida mientras la contemplo desde el extremo superior de la calle principal. La mayoría de los escaparates están a oscuras, algunos poco iluminados, solo unos pocos son luminosos y muestran movimiento: la gente se está relajando para el resto de la noche, tal vez preparando la cena y sentándose alrededor de la mesa. Casi puedo oír cómo se desenrosca el corcho de una botella de prosecco. La albahaca rallada espolvoreada sobre un plato lleno de salsa de tomate y pasta. Casi puedo saborear el parmesano salado rallado sobre el fettucine caliente, el vino blanco fresco y glaseado con miel que le sigue. Me río con ellos mientras hablamos de nuestro día.

Solo que en realidad no existen. Mis amigos. No tengo ninguno.

Son solo bonitos productos de mi imaginación mientras deseo ser una persona totalmente diferente. Quien era no me trajo más que problemas, pero quien estoy tratando de ser es prácticamente imposible porque Rhue insiste en asegurarse de que sea una marginada durante los próximos cuatro años en Cornell. Maldita sea.

—El Día de Acción de Gracias está a la vuelta de la esquina —comienza a decir papá. —Los Echeveria van a celebrar una fiesta benéfica en el centro de la ciudad y nos han invitado. Por supuesto, me han encargado que les construya una docena de mesas nuevas para cenar al aire libre y sillas a juego para el evento. Van a cobrar un buen dinero por las entradas, pero Noelle, tú y yo podemos ir gratis por los servicios prestados.

Las últimas dos palabras me llevan de nuevo al episodio anterior con Cameron. El recuerdo me revuelve el estómago, y el sabor imaginario de la albahaca, la salsa de tomate y el queso italiano se vuelve amargo y vil y algo que me gustaría expulsar de lo más profundo de mi ser por lo asqueroso que me hace sentir.

—Realmente no creo que sea una buena idea —respondo, oyendo cómo mi tono tiembla como una caña en una repentina ráfaga de viento abrasador.

Estoy a punto de arder por dentro ante la idea de que mi familia se enfrente a los Echeveria. Nada bueno salió del primer desencuentro. ¿Por qué saldría bien la segunda vez? Hay mala sangre ahí, y papá... joder, no lo sabe. No puedo decírselo. Tengo que encontrar una mejor manera de mantenerlo alejado de Julian y de su desgraciado hijo.

—¿Por qué no venís a Ithaca este año? Podemos reservar una mesa en un restaurante local, y podrías traer a Noelle también. Hay un pequeño motel no muy lejos del campus que tiene habitaciones bonitas y baratas, y los dos podríais pasar la noche. Quizás también podríamos desayunar juntos después del Día de Acción de Gracias, ¿no?

Papá no parece convencido.

—Cariño, eso suena muy bien, pero ya le he dicho al Sr. Echeveria que vamos a ir. Bueno, al menos, Noelle y yo iremos. De todos modos, yo no lo he confirmado en tu nombre. Pensaba que

te llevabas bien con sus hijos. ¿No le diste clases particulares a su hijo durante un tiempo?

Es como un puñetazo en el estómago. Llega con fuerza y rapidez y me hace tambalearme. Casi pierdo el equilibrio, pero encuentro la barandilla de hierro negro en la base de la escalera que lleva a la cima de un pequeño montículo que da al parque Strawberry Fields. Desde aquí, tengo el camino despejado para bajar por el otro lado y subir por la calle Mitchell directamente hacia el campus. Hasta ahora no me había dado cuenta de la longitud de mi paseo. A veces, estoy tan perdida en mis pensamientos que me olvido de parar y dar la vuelta durante estos paseos.

También es un poco difícil aquí, ya que no conozco Ithaca tan bien todavía.

Pero definitivamente es un lugar tranquilo y acogedor. No hay nada que me dé miedo, ni siquiera de noche. Se trata más bien de la longitud de mi camino de vuelta.

Comprobando mi reloj, me doy cuenta de que he estado fuera más tiempo del que me hubiera gustado. Había planeado tener una noche relativamente temprana, y ni siquiera he cenado todavía. Pero ¿quién coño tiene ganas de comer cuando Rhue Echeveria está en la ciudad?

—Sí, le di clases particulares a Rhue. Pero esperaba que pudiéramos pasar algún tiempo en familia —le contesto a papá, y luego me dirijo lentamente hacia la colina baja y sigo el camino pedregoso que lleva a la salida del parque.

Un perro ladra a lo lejos, haciéndome saber que no estoy completamente sola. Me reconforta un poco y pongo un pie delante del siguiente. Como he dicho, no tengo exactamente miedo, pero si necesito que alguien me indique la dirección de mi casa, al menos sé que hay alguien ahí fuera.

—Oye, dejemos a un lado lo de Acción de Gracias por ahora y en una semana retomamos el tema, ¿vale? —Papá replica. Es su manera de decirme que de todas maneras va a ir. También que se va a llevar a Noelle. Si estoy en Rochester y no voy en esa cena pública, habrá movida. Será la prueba de que no quiero estar cerca de Julian, y será la verdad. ¿Por qué negarlo, aún, cuando es

técnicamente él quien me envió lejos, en primer lugar? A decir verdad, me habría gustado tener otro año sabático antes de volver a empezar las clases. Me hubiera gustado evitarle a mi padre cualquier gasto adicional por este esfuerzo educativo, pero terminé haciendo exactamente lo contrario. A él no le importa, por supuesto, pero maldita sea, ese día sigue persiguiéndome.

Cuando llego a mi habitación, papá ya se está preparando la cena. Creo que también ha traído a Noelle. Puede que la haya oído antes de fondo. No sé por qué es tan reservado cuando ella está en casa. Sabe que me cae bien Noelle, a pesar de la diferencia de edad. La idea de una mujer más joven y un hombre mayor no debería hacer que nadie se retuerza, a menos que...

Un relámpago blanco pasa por delante de mis ojos y estoy segura de que empiezo a sudar frío. La decadencia y el descenso a la desesperación son tan repentinos, tan mezquinos y despiadados y decididos a derrumbarme que... simplemente me derrumbo. Mi padre, Noelle, mi madre... todo en mi vida se desvanece mientras consigo cerrar la puerta principal y apoyarme con la espalda en ella.

El corazón me late mientras el pasado se abre paso en mi futuro. La forma en que Julian me tocó, me dio la vuelta, lo fácil que se abrieron mis piernas cuando se introdujo en mi interior.El calor me sube por la garganta, chocando con el arrepentimiento que siento desde que tomé la decisión de volver a la casa de los Echeveria aquella noche.

—No, no más... —Estoy llorando. Un lloro ahogado, nadie puede oírme.

Y entonces lo veo como si volviera a suceder, los ojos de Rhue encontrándose con los míos. La ira en ellos. El dolor en ellos. Nunca olvidaré ese momento. Lo destrocé en ese momento. Le rompí el corazón. Su felicidad. Su familia, Pero he pagado por mis errores.

Los golpes siguen su ritmo. Es áspero y duro. Duele. Puedo sentir que me aprieta. Puedo sentir el agarre del pasado en mi carne, sus garras atravesando mi alma mientras comprendo por millonésima vez que nunca se acabará de verdad.

El vívido recuerdo se convierte en una especie de realidad, mientras la amargura del arrepentimiento sube por mi garganta y se

mezcla con la bilis que está tan deseosa de salir y derramarse por toda la alfombra crema del dormitorio. Al menos no comparto esta habitación con nadie. Puedo simplemente caerme de rodillas, estremecerme y llorar a mares hasta que mis ojos estén secos y vacíos.

Me acurruco en posición fetal y dejo que las primeras oleadas de un ataque de pánico se apoderen de mí. He aprendido que es mejor dejarse llevar que luchar contra él. Es mejor dejar que la tormenta me atraviese hasta que desaparezca. Con el tiempo, desaparece. Solo tengo que soportarla hasta que termine, aunque me rompa, una y otra vez. Así es mi vida ahora.

En un momento, intento ser una mejor Madison, hacer amigos, labrarme una carrera y mirar hacia el futuro. Lo siguiente que sé es que todo se desmorona, y el pasado vuelve con fuerza, las pesadillas vívidas hacen que mi espíritu grite de agonía. No, no ha terminado. Dudo que alguna vez se acabe de verdad. Tan solo puedo sobrevivir. Ahora mismo, volver a ver a Rhue ha desencadenado nuevas crisis. Tengo que encontrar una manera de superarlas. Tan solo puedo sobrevivir. Un día a la vez, ¿verdad? Solo un día... a la vez.

SIX
RHUE

Laura cumple su promesa, para mi desgracia.

Mi hermana va a pasar el fin de semana conmigo en Ithaca. Es mejor que volver a Rochester para verla, así que esto es lo más parecido a un resquicio de esperanza después de la semana de pesadilla que he tenido. Tres días en Cornell, y ya estoy pensando en volar todo el lugar. El fuego lo limpia todo, y solo el fuego puede borrar el recuerdo de la presencia de Madison y la huella de cada una de sus caricias, de cada uno de sus pasos. Y ese tal Cameron, el descaro del cabrón...

No es su culpa. Es de Madison. Mueve ese glorioso culo, enciende esa dulce sonrisa, abre la boca y suelta su característico encanto, y eso es todo. Se acabó el juego para cualquier hombre que se atreva a cruzarse en su camino. Yo también fui una de sus víctimas... Una vez.

Me giro para mirar a mi hermana. Laura está a medio camino de desempaquetar algunos utensilios de cocina que pedí para este apartamento, de dos dormitorios en la planta baja de un edificio histórico en el centro de Ithaca. Hay una gran vista desde las enormes ventanas del salón, con vistas a toda la ciudad con sus altos álamos y sus luces nocturnas parpadeantes.

—Me sorprende que no hayas insistido más en que fuera el fin de semana —le comento a Laura.

Termina de llenar el armario de abajo con unos cuantos cacharros antes de girar su silla de ruedas para mirarme. Esa sonrisa seca que pone a veces me recuerda a mamá. La mayoría de los rasgos físicos de Laura provienen del lado de la familia de papá, al igual que los míos: pelo negro como un cuervo, piel aceitunada, nariz fina y labios carnosos, mejillas altas y hombros anchos. Tenemos algunos genes aztecas, o al menos eso decía la abuela. Pero nuestros ojos azul oscuro vienen de mamá, junto con muchas de sus expresiones faciales. Desde un punto de vista antropológico, eso se debe a que pasamos más tiempo con mamá. Como papá siempre estaba ocupado, recibimos la mayoría de nuestras señales sociales de ella, incluidos los gestos.

—Imagino que papá querrá que cenemos juntos.

—Ambos sabemos que papá es la última persona a la que quieres ver ahora mismo —responde Laura—. Además, esperaba que este fin de semana fuera más para nosotros dos. Tres son multitud.

—Vaya, sí que desprecias al viejo —me río y abro otro paquete. Esta tiene la máquina de café expreso. Me resulta placentero instalarla, con mi atención dividida entre el manual de instrucciones y mi hermana, que ahora está metiendo papeles de envolver y plástico de burbujas en una caja vacía antes de poder coger otra. Estoy orgulloso de ella. Laura ha sido extraordinariamente autosuficiente desde su caída.

La llamada a la puerta de mi apartamento me recuerda que papá no confía tanto en ella.

—¡Srta. Laura, he vuelto! —grita Steve. Todavía estoy reflexionando sobre si dejarle entrar o no. Es un buen cuidador. Tiene buenas intenciones y le pagan bien, pero Laura no soporta que esté cerca. Steve es un recordatorio constante de su invalidez, como la silla de ruedas. Ella lo necesita cuando yo no estoy, y nada me gustaría más que hacer que mi hermana se sienta mejor. El suicidio de mamá nos pasó factura, sobre todo a Laura. Papá y su forma de afrontar la nueva condición de Laura tampoco lo han hecho más fácil. —Abrid la puerta, por favor —pide Steve.

Laura pone los ojos en blanco. —Ugh.

—Es útil —me río.

—¡Ahora mismo no lo es! ¿No podemos deshacernos de él? De todos modos, papá básicamente le ha mandado para espiarnos. Ya lo sabes.

En ese sentido, no puedo evitar darle la razón.

—Déjame ver si puedo hacer algo.

Me acerco a la puerta y salgo al pasillo para un mano a mano con Steve. Tiene el tamaño de un armario y parece carecer de la delicadeza necesaria para manejar físicamente a alguien tan frágil como mi hermana paralizada de cintura para abajo.

—Hola, tío.

—Hola, tú. Déjame entrar —Intenta pasarme por encima, pero, aunque sea más ancho, yo soy más alto y tengo la suficiente rabia fluyendo crónicamente por mis venas como para que no tenga ninguna posibilidad. Educadamente, le bloqueo el paso y él me mira mal.

—Laura agradecería pasar un tiempo a solas con su hermano —le explico, intentando sonreír—. Seguro que lo entiendes.

—Se supone que debo cuidarla.

Parece disgustado, no puedo culparlo. Sé que es difícil ser un empleado de mi padre. Por desgracia, no es su comodidad emocional lo que me preocupa. Laura tiene prioridad sobre todo y sobre todos los demás.

Le dedico un encogimiento de hombros a Steve.

—Puedo cuidar de ella mientras esté conmigo, Steve. Los dos lo sabemos. Envíale un mensaje a papá, dile que está bien y búscate un motel u hotel para pasar la noche. Puedo recomendarte un par de ellos justo al final de la carretera. —Saco algo de dinero de mi cartera y se lo meto en el bolsillo de la chaqueta. —Coge una botella de vino y relájate. Yo me encargo a partir de aquí, y Laura se reunirá contigo mañana más tarde, cuando esté lista para volver a Rochester. ¿Qué te parece?

Steve se lo piensa un momento y luego intenta devolverme el dinero.

—Sabes que tengo al Sr. Echeveria respirando en mi nuca. Eso no va a suceder.

—Insisto. —Mi tono le habla de repercusiones que él sabe que son peores que cualquier cosa que le haría mi padre. —Steve, ambos sabemos que vas a dejar a mi hermana sola esta noche. Está conmigo y está a salvo. Si el Sr. Echeveria te regaña por esto, no dudes en culparme. No puede hacer demasiado, de todas formas. Laura se merece una noche de libertad. De ti, de su vida, de todo el mundo. ¿No te parece?

Suspira profundamente. —Es solo una cría.

—Sí...

—Hago todo lo que puedo para no molestarla, créeme —explica Steve—. Pero el Sr. Echeveria no la pierde de vista, ya lo sabes.

Asiento con la cabeza una vez.

—No te preocupes. Si te hace pasar un mal rato, te cubriré. Te lo prometo.

—Vale. Parece algo dubitativo.

—Yo me encargo de esto, Steve.

—Vale. Os veré mañana a los dos. Pero si pasa algo, lo que sea, me llamas. ¿De acuerdo? —Me mira con esperanza y, por un instante, veo un atisbo de miedo en sus ojos. Tiene miedo de mi padre. Y no de una manera profesional, sino en el sentido más genuino, más humano. Julian Echeveria asusta a Steve, que parece tan grande y musculoso como para luchar contra un puto tren.

Le doy una palmadita en el hombro y sonrío.

—Por supuesto.

Una vez que se ha ido, vuelvo a entrar en el apartamento y cierro la puerta tras de mí. Para mi sorpresa, Laura ya me ha preparado la cafetera. Por otra parte, es una Keurig, no es que tenga demasiada ciencia. Se le ilumina el rostro como el sol cuando se ve que Steve no está conmigo.

—¡Lo has conseguido!

Me río.

—No me ha costado demasiado. Ahora, me amenazaste con la cena, el desayuno y el almuerzo de mañana, Sis. ¿Cómo vamos a hacer algo de eso si ni siquiera he desempaquetado todo, eh?

De nuevo, sonríe, y me acuerdo de lo alegre y amante de la vida y la diversión que siempre ha sido Laura. Me recuerdo a mí mismo lo mal que le sentó todo el intento de suicidio. ¿Qué sentido tenía? Laura nunca tuvo ni siquiera un indicio de depresión, y mucho menos tendencias suicidas o autolesivas. Ocho meses después, todavía estoy desconcertado por cómo eligió intentar acabar con su vida. Papá estaba allí. Sin embargo, nunca habló de ello. Solo sé que se lo contó a la policía cuando acudieron a la mansión. Leí su declaración, pero eso fue todo.

Ahora miro a Laura y las piezas no encajan cuando trato de juntarlas. Pero eso es lo que pasa con la depresión, ¿no? Por fuera, todo puede parecer bien, todo puede parecer incluso feliz. Pero por dentro, al contrario, por dentro solo hay desolación.

Laura sigue siendo la criatura más vibrante y más colorida de la faz de la Tierra. Es dulce, amable y desinteresada. Ella era todas esas cosas mientras estaba sufriendo, también. Así que, por muy enfadado que esté con mi padre, y por mucho que no piense que atar una niñera del tamaño de un barril a Laura sea la mejor decisión, sé que solo está siendo protector.

—¿Cómo va la terapia regresiva? —pregunto una vez que estamos sentados en la mesa. He pedido tacos y comida china a domicilio, así que todo está desparramado en cajas de reparto por todas partes, junto con una botella de vino blanco y un paquete de seis limonadas con gas para Laura. No soy su hermano favorito porque no la dejo beber alcohol, pero teniendo en cuenta la medicación que tiene que tomar hasta siguiente evaluación psiquiátrica dentro de tres meses, ni me lo planteo. De todos modos, soy el único hermano que tiene.

—No va a ninguna parte —responde mi hermana mientras rebusca en una caja de Kung Pao con los palillos. Su ceño de frunce. —Y no por falta de intentos. El doctor dice que estoy tan profundamente traumatizada por mi propia decisión impulsiva de acabar con mi vida que mi cerebro acaba bloqueado en todo momento.

—Podríamos probar con otro especialista. —Yo tampoco tengo mucha hambre, pero ambos necesitamos comer. También me

vendría bien algo bastante más fuerte que el vino. Por desgracia, no podemos tener todo lo que queremos. Ver a Madison con mi padre hace un año me enseñó eso, aunque de una manera más dura. —Podría tirar de contactos.

—¿Para qué? —Laura replica. —En serio, ¿qué sentido tiene eso?

—El sentido es entender exactamente lo que pasó ese día. —No me gusta hacia dónde va esta conversación. La búsqueda de la verdad debería tener prioridad. Es la única cosa que mi madre siempre valoró. Nos enseñó a Laura y a mí a valorar el concepto. Verdad. Honestidad. Hacer lo correcto. Por otra parte, no es que haya sido el scout que a ella le hubiera gustado que fuera. Y mira a Laura. Atada a una silla de ruedas después de intentar suicidarse. Joder, qué puto desastre de familia.

Mi hermana sacude la cabeza.

—No sé qué más quieres saber sobre ese día, de todos modos. Papá estaba allí. Lo vio todo. Y recuerdo mi propio estado de ánimo en ese momento. Todo ese dolor... —Se le quiebra la voz, los ojos le brillan con lágrimas repentinas. No puedo evitar estirar la mano del otro lado de la mesa y cubrir la suya con la mía.

Le doy un buen apretón.

—Está bien. No tenemos que volver a recordar esos momentos si no quieres —afirmo—. Solo pensé... Que estabas a favor de esto de la terapia regresiva.

Laura cierra los ojos y respira hondo. Cuando los abre de nuevo, se encuentra directamente con mis iris.

—Lo hice principalmente por ti, Rhue. Quiero decir, claro que me gustaría recordar mis propias acciones, pero... viendo dónde acabé, no hace falta ser un genio para darse cuenta de que no era feliz. Además, lo hice delante de papá. Creo que eso significa algo. Mi terapeuta cree que tal vez fue más un grito de atención que un intento de morir. Sé que papá y tú no estabais de acuerdo. Diablos, él y yo no pensamos siempre de la misma manera, pero cada vez que recuerdo eso, lo que debe hacer pasado... joder.

—Oye. El vocabulario. ¿Te acuerdas? —Gruño suavemente.

—¿Por qué seguimos rememorando ese día cuando lo único que hace es perjudicarnos a papá y a mí, por no hablar de ti? ¿No

podemos dejarlo atrás y centrarnos en la recuperación? —Hace una pausa para sonreír. —Eso es lo que sugirió el doctor, por cierto. Al parecer, he bloqueado el recuerdo tan intensamente que cada intento de abrir esa lata de gusanos solo me da más ansiedad, me hace empeorar.

Dejo escapar un fuerte suspiro y le suelto la mano. Ahora mismo lo que necesita es amor y simpatía. Necesita comprensión y afecto. Tiene razón. No puedo dejar que hurgue en esa vieja herida solo para satisfacer mis curiosidades morbosas. Bueno, en realidad no son curiosidades morbosas. Más bien una necesidad de entender lo que pasó el día que llegué a casa y encontré la ambulancia y tres coches de policía fuera de mi casa solo tres meses después de haber enterrado a mamá. No hay mucho que pueda soportar. Algo sucedió que hirió a mi hermana. Algo la llevó al punto de querer morir, y no puedo deshacerme de la necesidad de saber exactamente qué fue.

Sin embargo, ella quiere dejarlo pasar. No puedo presionarla.

—Papá también ha sufrido bastante. Ya lo estoy castigando mucho metiéndome con Steve y gastando de más con mis tarjetas —añade Laura con una risita. No le llega a los ojos. —Quizás deberíamos tomarnos un descanso como familia.

—La verdad es que estoy de acuerdo. Ya hemos tenido bastantes problemas este año.

—¿Cómo te ha ido? —Me pregunta, ansiosa por cambiar de tema. Me imagino que se quedará hasta mañana. Tal vez pueda volver a hablar de este tema tan desagradable, o tal vez yo la haga volver a él. Me veo obligado a seguir intentándolo. Esperaré a ver cómo me siento mañana después de haberme bebido toda la botella de vino.

—¿Cómo me ha ido? Acabo de empezar la universidad —respondo con una risita—. Un poco nervioso, tal vez, pero muy emocionado.

—¿Y a Madison? Me enteré por su padre de que ella también iba a Cornell —afirma.

Y así como así, toda mi noche se va a la mierda. La comida pierde su sabor. El toque de las especias desaparece. Incluso el aroma floral de mi vino ha desaparecido. Me quedo con una amarga

sensación de estancamiento en la punta de la lengua y un aumento de la presión arterial.

—¿Ya habéis coincidido por allí? —pregunta Laura. Es como un cuchillo que se retuerce en mi herida, cortando y desgarrando y llenando todo de sangre fresca, enviando ondas de dolor al rojo vivo por mi cuerpo. —Creo que el Sr. Willis comentó que se está especializando en antropología, como tú.

—La verdad es que no quiero hablar de esa puta —respondo, con un tono tenso y cortante.

Ella levanta una ceja.

—Oye, ¿sigues odiándola por lo que pasó?

—¿Debería canonizarla, en lugar de eso?

—Es que... Ya sabes cómo es papá. Es insistente. Influyente. Consigue lo que quiere —comenta Laura, repentinamente seria. Diablos, parece casi sombría. Eso es extraño, viniendo de ella. Siempre ha adorado al hombre, aunque últimamente la ha tratado como una mierda. Especialmente desde el accidente. Actúa como si ella fuera una molestia, un apéndice molesto del que tiene que asegurarse de que está bien alimentado y cuidado. Sin embargo, a pesar de todo eso, Laura suele defenderlo.

—¿Quieres decir que Madison no se lo ha buscado?

Laura se encoge de hombros.

—No lo sé. Yo no estaba ahí. Pero tenemos que admitir que Julian Echeveria es un imbécil de primer grado y un mujeriego. Hasta mamá lo sabía. Diablos, probablemente es lo que...

—No —la interrumpo, ya temblando—. No vayas por ahí, por favor. O si no, voy a vomitar todo lo que he logrado comer hasta ahora.

—Escucha, hablo con Madison de vez en cuando. Intentó disculparse un par de veces, pero la detuve —cuenta Laura—. Ella solía enseñarme matemáticas y física, ¿te acuerdas? Durante dos años enteros, incluso antes de graduarse. Gracias a ella conseguí subir mi nota media.

—Eso es porque la pagaban por hacer su puto trabajo.

—La cosa es, que tal vez es necesario escuchar su versión de la historia. Se necesitan dos para bailar un tango.

Oh, Madison y mi padre se pusieron a bailar el tango ese día.

—No quiero ni oír hablar de ella. ¿Por qué insistes en sacarla a colación? —Respondo, acercándome a un borde oscuro.

—Vosotros tuvisteis algo, ¿no? Quiero decir, te gustaba.

—¿Estás intentando juntarnos? ¿ahora? ¿Hablas en serio? ¡joder!

Me pasa la caja de Kung Pao y yo le entrego lo que queda de los rollitos de primavera.

—Rhue, no has tenido más que dolor, miseria y sufrimiento. ¿No crees que es hora de seguir adelante? Ha sido un año de mierda para todos nosotros.

—¿Y quieres que siga adelante con la misma mujer que rompió nuestra familia?

Laura echa la cabeza para atrás con una risa fría.

—Oh, Gran Hermano, si crees que Madison es la que destruyó nuestra familia, eres un idiota. Papá rompió sus votos matrimoniales. Le engañó. Si puedes superar lo que él hizo, tienes que superar lo que hizo Madison también.

Y así, me quedo mirando a mi hermana. La chica que una vez adoró a Julian Echeveria como una especie de dios. Incluso cuando nada me hubiera gustado más que romperle la puta mandíbula, Laura me contuvo. Mirando ahora nuestras relaciones, lo veo. La disfunción. Nuestra incapacidad individual para alejarnos de los elementos tóxicos de nuestra familia.

Nunca conocí a Laura como amiga de Madison Willis. Nunca supe que su ambivalencia hacia nuestro padre fuera tan aguda. Tal vez esto es la manifestación de algún tipo de resultado emocional. Los años de torpeza y maldad en nuestra familia, principalmente causados por el comportamiento de mierda de papá... tal vez ahora los pollos finalmente han vuelto a casa para dormir. Si Laura está tratando de defender a Madison, entonces tal vez eso significa que está empezando a ver a papá por lo que realmente es.

En ese sentido, se está poniendo al día conmigo. Pero dudo que alguna vez perdona a Madison por lo que hizo. Por otra parte, Laura no estaba a punto de enamorarse de ella. No... Ese era yo.

SEVEN
MADISON

Hasta ahora, Rhue ha mantenido una distancia prudencial.

No lo esperaba, teniendo en cuenta las promesas de infierno que ha hecho en días anteriores. Se las arregló para ahuyentar a Cameron desde aquella tarde. Qué imbécil. No Rhue, no, yo sabía que Rhue era una mala noticia. Me refiero a Cameron. Me parece un cobarde. Supongo que el nombre Echeveria tiene un gran alcance, llegando hasta Ithaca. Por supuesto, esa debería ser una conclusión lógica, considerando el tirón que tiene Julian en el Congreso. Cornell es un juego de niños.

Esta vez, sin embargo, estoy contando mis bendiciones, agradecida de no tener que luchar por mi derecho a estar aquí. Al menos no hoy.

Es mi segunda semana aquí y he hecho algunos amigos. Bueno, «amigos» podría ser una palabra demasiado fuerte por ahora, pero ya veremos. Las chicas son simpáticas. Dulces importadas de Georgia y Carolina del Norte. Me esperan fuera del auditorio. Estamos a punto de empezar uno de los tres módulos de historia antigua y creo que estoy más emocionada por eso que por el tiempo que voy a pasar con Lindsey y Rita esta noche después de clase. Supongo que los viejos hábitos mueren con fuerza cuando eres un nerd introvertido.

—¡Ahí está! —Exclama Rita al verme.

Llevo pantalones vaqueros y una simple camisa gris, esperando que me ayude a pasar desapercibida. Pasar desapercibida es una de las formas en las que espero mantener alejado a Rhue, pero al final no tiene sentido ese esfuerzo. Vamos a la misma clase. Lo veré muy pronto. Tal vez hoy sea como los demás días. Sin incidentes.

Las chicas llevan vestidos de verano cortos, blancos y amarillos pálidos, supongo que piensan que todavía estamos en el sur, pero seguro que a las cuatro ya tendrán frío. Sonriendo, me acerco a ellas con cierta cautela. Supongo que no quiero parecer necesitada. Lindsey y Rita eran claramente las más populares en sus institutos, me doy cuenta de lo excesivamente amistosas que son y de lo fácil que les resulta hacer amigos.

—Hola —las saludo mientras me separo del aluvión de estudiantes que llenan los pasillos. Es un momento de mucho tráfico, ya que todo el mundo sigue intentando averiguar qué sala es cada una, qué auditorio alberga qué seminarios, etc. Es un caos de orientación durante un par de semanas más hasta que todos nos acostumbremos al edificio y a su intrincado laberinto de aulas, salas y pasillos. —¿Qué tal el fin de semana?

—Oh, aburrido —responde Rita con burla—. Se suponía que mi prometido iba a venir, pero lo canceló. No sé qué asunto tenía en casa que era más importante que yo. Hace una pausa y me dedica una sonrisa oscura de ojos estrechos. —Digamos que este ha sido el primer strike. Pero no va a haber un segundo strike.

Lindsey se ríe ligeramente.

—Yo, en cambio, me divertí bastante al instalarme en la ciudad. Probé como tres restaurantes diferentes y busqué en todas las licorerías de Ithaca. Dejemos las cuestiones legales para después, no parezco tener 18 años, y eso es todo lo que la gente detrás del mostrador necesita saber cuando me llaman. Me mira a mí. —Iba a organizar una pequeña quedada en mi habitación mañana por la noche. ¿Te apuntas?

—No es una noche de fin de semana —respondo, sonriendo torpemente mientras rezo para que no me hagan caer en la tentación. Mis notas son más importantes que el cambio de mi vida

social, y se me da muy mal rechazar a la gente. Se me revuelve el estómago al recordar a Julian Echeveria por enésima vez. Ahí también me costó decir que no. —Pero creo que puedo hacerlo.

—Oye, para los exámenes todavía falta mucho —insiste Lindsey —. Estarás bien si pasas un día de clase en compañía de una resaca que te rompe la cabeza.

—Bueno, no si le enseñamos a Maddie a beber como una campeona —remata Rita, sonriendo como el mismísimo diablo que convierte a los santos en pecadores.

Me caen bien las dos. Son valientes y francas y carecen de la mayor parte de las inhibiciones, que es exactamente lo que necesito si quiero soltarme. También son bastante brillantes y con un promedio de notas por encima de la media, aunque fue sobre todo el dinero de sus papás lo que les hizo entrar en Cornell. Esta última parte no importa mucho. Están dispuestas a ser mis amigas, así que voy a centrarme en eso.

—Vale, me apunto —les afirmo, y recibo asentimientos de aprobación—. Pero voy a ir con cuidado. No suelo beber.

—Nosotras tampoco —responde Rita—. Solo chicas, algo de música, algo de comida rápida. Ese tipo de cosas. Puedes pedir la pizza y Lindsey se encargará de las bebidas.

—Me parece un plan estupendo —comento, casi mareada, con mis emociones interpretando una banda sonora digna de una soleada película californiana de poder adolescente. Entonces Rhue aparece por detrás de las chicas como una puta pesadilla y el disco se raya, anunciando la muerte de un buen momento.

Parece divertido.

—Oye, chicas. ¿Estáis seguras de que queréis que os vean junto a Madison Willis, la puta de Rochester?

—¿Perdona? —Rita pregunta, arrugando la nariz mientras da unos pasos hacia un lado y se gira para mirarle. Como una imagen en el espejo, Lindsey hace lo mismo, y ambas se cruzan de brazos mientras miran con desprecio a Rhue.

Prácticamente me estoy cagando en los pantalones, la sangre se me hiela mientras intento pensar en formas de salvar esta incipiente amistad. He sido una tonta al bajar la guardia. Debería haber

advertido a las chicas sobre Rhue. Tal vez una mentira, algo sobre que está trastornado o algo así, no lo sé. Algo, lo que sea, para ponerlas en su contra antes de que apareciera para hacer algo así.

—Solo digo que sus reputaciones en casa son inmaculadas. La de Madison manchará a todos los que entren en contacto con ella. Y si queréis tener algún tipo de carrera política en el futuro, os recomiendo que dejéis a esta chica en paz —detalla Rhue, intentando mantener un tono tranquilo y educado. Le gusta demasiado llamarme puta—. La conozco lo suficiente como para entender el tipo de peligro al que os exponéis, eso es todo.

Lindsey estrecha los ojos.

—Eres Rhue Echeveria, ¿verdad?

—Así es, y es un placer conocerte —responde, poniendo su sonrisa más encantadora. Supongo que las considera ya en su campo.

—Tu padre es Julian Echeveria. Gran empresario inmobiliario, lobbista del Capitolio durante las sesiones del Congreso. ¿Verdad? —Continúa Lindsey, mientras Rita ya está buscando su nombre en Google.

Rhue asiente.

—Eso también es correcto, todavía.

—Le encanta torcer los brazos y conseguir que se firmen varios proyectos de ley —explica Lindsey—. Proyectos de ley que le benefician a él y a sus socios comerciales, sobre todo. Proyectos de ley que consiguen aburguesar barrios enteros y echar a cientos de personas cada mes.

Veo que el buen humor se desvanece en su expresión. Mi corazón da un salto de recuperación cuando me doy cuenta de a dónde quiere llegar Lindsey con esto y Rhue también se pone al día.

—Creo que me has malinterpretado —intenta arreglarlo, pero se detiene rápidamente.

—No, no, te hemos entendido bien —responde Rita—. El proyecto de ley de vivienda del año pasado. La que recortó los fondos para Baltimore y Nueva Jersey, en particular. El Washington Post escribió algunos editoriales y artículos de opinión mordaces

sobre el asunto, aunque no mencionaron el nombre de tu padre a pesar de que todos sabemos que fue el autor intelectual.

Rhue se irrita ahora.

—¿Y cómo sabes eso?

—Porque mi padre es Reginald Spencer III, senador por Carolina del Norte y uno de los autores de ese proyecto de ley —aclara Lindsey—. Así que, déjeme dejar algo perfectamente claro, Sr. Echeveria. Cualquier problema que tenga con Madison, es vuestro y solo vuestro. Sin embargo, si decide seguir con esta estrategia de avergonzar a las «putas» del campus, voy a tener que presentar una queja oficial sobre usted, y estoy segura de que mi amiga, Rita Manning, hija del Honorable Juez Manning del Tribunal Supremo del Estado de Alabama, la firmará con mucho gusto.

Y así, mis rodillas caen.

No tenía ni idea de que estuvieran tan conectados. Joder, hacen que el padre de Rhue parezca un niño pequeño con una caja de arena y nada más. Supongo que el poder viene en diferentes formas, pero nunca pensé que me encontraría protegido por él. Siempre me ha dado miedo, sabiendo lo que sé sobre Julian y sus asuntos turbios.

Pero me tomaré esto como una victoria.

Me rompe el corazón ver a Rhue así, pero no puedo permitir que siga arruinando mi vida. Ya tengo suficiente en mi plato y años en esta tierra. Mis pecados pueden ser terribles, pero merezco una oportunidad de hacerlo mejor.

—¿Qué estás diciendo, exactamente? ¿Me estás amenazando? —Pregunta Rhue, con su buen humor muerto y enterrado.

Lindsey se encoge de hombros con descarada despreocupación.

—Oh, quiero, no es una amenaza... Es una promesa. Y estoy segura de que tú también has contado historias de la supuesta promiscuidad de Madison a otros, desde que estás aquí. Quiero decir, ¿cómo podrías explicar si no por qué se ha puesto tan pálida desde que apareciste?

—Verás, tenemos clases de psicología como parte de nuestro plan de estudios de antropología con el propósito de hacer carreras políticas, al igual que tú. Sin embargo, a diferencia de ti, ya hemos

aprendido algunas cosas de nuestros estudios —añade Rita—. Yo, por ejemplo, soy capaz de identificar la patología de un acosador, y tú, querido... —le lanza una mirada cortante de arriba abajo. —... Tú reúnes los requisitos. Estoy segura de que el Rectorado también lo verá.

—Te vendría bien vigilar tu boca y tu espalda —sisea Rhue, y entonces sus ojos se dirigen a los míos. Puede que mis amiguitas hayan ganado este asalto, pero por la mirada de Rhue sé que está a punto de empezar una guerra.

Se acerca un paso más, dejando claro que soy el único objetivo que le importa. Me parece alucinante que, después de todo lo que ha pasado entre nosotros, siga siendo tan sorprendentemente receptiva al propio espacio que él ocupa con su forma física. Pero me mantengo firme, intentando estabilizarme con el apoyo que Rita y Lindsey me han ofrecido.

—Esto no está ni mucho menos acabado —me advierte Rhue, y su mano sube para marcar una línea en mi mejilla, tal vez marcando el curso que tomarán mis lágrimas cuando el grueso de su ira surta efecto.

—Otra vez estoy escuchando amenazas —suspira Lindsey y pone los ojos en blanco.

Rhue la ignora y se abre paso hacia el auditorio mientras entran los últimos alumnos de nuestro curso.

Pasa un minuto en el más incómodo de los silencios mientras intento encontrar las palabras adecuadas para agradecer a Lindsey y a Rita que me hayan cubierto las espaldas hace un momento. Sin embargo, en cuanto abro la boca para hablar, Lindsey me interrumpe.

—No te preocupes. Pero vas a tener que hacer algo con él, cariño. Si el joven potro se parece a su padre, y si las historias de mi padre sobre Julian Echeveria son ciertas, su hijo nunca dejará de atormentarte.

—No podemos hacer mucho aquí. Quiero decir, claro, la facultad nos cubre las espaldas como mujeres en un entorno universitario y todo eso, pero los hombres como Rhue tienen dinero y poder.

—Lo sé. —Las palabras caen pesadas como piedras de mis labios.

Lindsey suspira suavemente.

—Vas a tener que llegar a un entendimiento con el tipo o algo así. Sea cual sea la mala sangre que tengáis, será mejor que lo solucionéis, cariño.

Tienen razón. Tienen toda la razón, aunque me amarga un poco que su apoyo llegue hasta aquí. No debería escandalizarme. Son quienes son. Hijas de gente importante. Mi padre es carpintero y yo estuve en la cama de Julian Echeveria. La bilis me hace cosquillas en el fondo de la garganta mientras empujo el recuerdo hacia abajo. No es el momento adecuado para ello, maldita sea.

Les ofrezco a Lindsey y a Rita un gesto de agradecimiento.

—Creo que os debo una, en cualquier caso.

—Considéralo un regalo —responde Lindsey, ligeramente divertida—. Además, me molesta que un hombre intente intimidar a una mujer.

—Ah, sí, ¿y la vergüenza de las putas? ¡Eso es lo peor! —Comenta Rita.

Entramos y sonrío con todo mi corazón. Parece que es la primera vez que sonrío de verdad. Como si saliera de lo más profundo de mi alma, bañada en luz, esperanza y amor por la vida. Ya no estoy sola. He tenido a Lindsey y a Rita apoyándome. Lo he superado. Tal vez nunca estuve sola para empezar.

Tal vez la gente buena estaba esperando a cruzarse en mi camino.

Después de todo, mi mayor error fue casi enamorarme del tipo equivocado. Eso fue todo. Y todavía estoy pagando por ese «horrendo» crimen.

EIGHT
MADISON

15 de julio de 2018: Madison

ESTA NO ES mi primera clase de refuerzo en grupo, pero es la más grande, y estoy un poco nerviosa. Ya estoy haciendo más que cualquier otro profesor particular de diecinueve años, y tener tantos estudiantes como yo definitivamente se lleva la palma. Me encanta esto. Diez asistentes: cinco de último año, tres de segundo y dos de tercero; estos últimos del instituto Lincoln, a dos distritos de distancia. Se corre la voz rápidamente cuando hay un buen profesor particular en la ciudad, supongo.

Estoy intentando con todas mis fuerzas no brillar de orgullo en este momento, pero no puedo evitarlo.

Desde que mamá se fue, he estado tratando de hacer cosas, de destacar, de alguna manera... de ser algo que haga que mi padre esté orgulloso. Algo que le devuelva la sonrisa a su cara. En cierto sentido, parece que estoy intentando borrar la decepción —o al menos eclipsar el dolor— de que mamá no esté aquí. Han pasado dos años y hemos sufrido muchísimo. Se merece un descanso. Yo también. Supongo que este es el mío. El punto álgido de mis esfuerzos como profesora particular. Diez estudiantes a la vez, cada

uno de ellos con ojos de estrella y pagando lo suficiente por el año para cubrir un semestre en cualquier escuela de la Ivy League de mi elección. Es hora de que considere el avance académico, ahora. Hay un número limitado de años sabáticos que puedo tomar antes de que una educación superior sea irrelevante para alguien como yo.

Esta clase está teniendo lugar en el comedor de Jamie Tancredi. Es una casa enorme de tres pisos con catorce habitaciones, que se extiende como una villa de estilo español del siglo XIX. En la parte delantera, unas vallas de hierro forjado y una enorme puerta doble separan este lugar del mundo exterior. Incluso sentada aquí, puedo oír las fuentes artesanales que brotan en el exterior.

En cuanto al interior, es el epítome de la suntuosidad y la nueva riqueza, notablemente hortera, aunque hace un trabajo decente para impresionar a los de menor gusto. Hay demasiados objetos decorativos dorados, y el revestimiento de madera de la mitad inferior de las paredes resulta aún más pesado y complicado por el papel pintado floral de la mitad superior. Las lámparas de cristal con elementos metálicos dorados tampoco ayudan, pero oye, es dinero de Tancredi. Yo gastaré el mío más sabiamente cuando lo consiga.

—¿Cómo estáis todos esta bonita tarde? —pregunto mientras tomo asiento en la cabecera de la mesa del comedor. Es una cosa enorme de caoba lacada, y el centro está cargado de jarras de cristal de Bohemia y elegantes vasos de tulipán para que disfrutemos de la limonada de melocotón y sandía de la señora Tancredi. Aunque en realidad no es de ella. La prepara Marnie, la criada, y me encanta cada gota de ese refrescante brebaje. Es como fundir el alma con un huerto bajo una refrescante lluvia en medio del abrasador verano.

Mis alumnos me saludan con amplias sonrisas. Eso me gusta. Hace que mi trabajo sea mucho más fácil sabiendo que disfrutan en mi presencia.

—Ha sido una semana de locos— comenta Sarah, una de las estudiantes de último curso.

Algunos de los alumnos asienten, otros suspiran y otros se ríen, antes de tomar asiento y sacar sus cuadernos y libros de texto. Uno de los jóvenes se encarga de servir la limonada mágica de Marnie en nuestros vasos. Admiro cómo trabajan juntos sin que nadie se lo

diga. A pesar de ser criaturas privilegiadas, todos son respetuosos y decentes entre sí. Es algo raro de contemplar.

—El Sr. Manning fue despiadado. Nos hizo un examen sorpresa el lunes. Casi nos diezma.

—¿Cuáles fueron las notas del examen? —Respondo, y luego le dedico a Millie un gesto de agradecimiento por el vaso de limonada que pone en la mesa frente a mí.

—Oh, he aprobado. Ochenta de cien —contesta Sarah—. Jennifer y Cole no tuvieron tanta suerte. Algo me dice que sus padres se pondrán en contacto a finales de la semana que viene. —Hace una pausa para soltar una breve risita. —Te he recomendado. Espero que no te importe.

—En absoluto, ¡gracias! —le respondo. Sería tonta si rechazara más trabajo. Las matemáticas en mi cabeza se disparan. Las cifras danzan por mi cerebro, las sinapsis disparan sus conexiones, vinculando causa y efecto con respecto a cómo voy a gastar cada dólar una vez que entre en la universidad que elija. Mi nota media es astronómica y tengo suficientes actividades extracurriculares como para pasar cualquier tipo de escrutinio académico. Lo único que me falta es el dinero, pero si el Sr. Manning sigue jodiendo a los estudiantes, tendré trabajo uno o dos años más, por lo menos.

El instituto está tan cerca que casi puedo oír las risas en el pasillo de mi dormitorio.

—Los exámenes sorpresa son una mierda —les afirmo a mi grupo de estudio mientras se ponen cómodos y dan un sorbo a sus bebidas.

Suelo darles unos minutos para que se relajen antes de ponernos manos a la obra. Soy bastante intensa en mi forma de enseñar, así que les doy todo el espacio posible para respirar antes de verter la información en sus gargantas.

Curiosamente, solo tengo un año más que los alumnos del último curso, pero me siento muy mayor en comparación. Algo pasa cuando terminas el instituto. El mundo se abre. Tu universo anterior se queda de repente pequeño, aislado del interminable mar de experiencias potenciales que se despliega ante ti una vez que pisas

el escenario. Ese momento de comprensión, el reconocimiento de la grandeza del mundo, es el catalizador de un nuevo tipo de madurez.

—Pero los exámenes sorpresa son también las hogueras en las que se forjan los campeones. Sé que os costará creerlo, pero el instituto se parece mucho a un foso de gladiadores, y todos vosotros sois luchadores a la espera de ser convocados. Tenéis que estar preparados en todo momento. Es una batalla a muerte, pero mientras vivas para ver otro día, estás bien. Piensa en tus profesores como los señores romanos. Están esperando a que te equivoques. Esperando que cometas un error para echarte a los leones. Si, por algún milagro, sigues en pie al final del día, entonces te has ganado otro día para luchar.

—Por Dios, eso es oscuro —murmura Sarah, con los ojos muy abiertos y definitivamente asustada.

Me hace reír.

—Lo sé. Estoy usando mucho la hipérbole, pero mi punto de vista se mantiene. Los profesores tienen buenas intenciones. La mayoría de ellos, al menos. Sin embargo, los que manejan los exámenes sorpresa como si fueran armas, son unos absolutos imbéciles. Son los que hay que tener en cuenta. Por suerte para ti, conozco su estilo lo suficientemente bien como para poder predecir cómo será cada una de las pruebas flash, el 90 % de las veces. Sacan la estructura de internet y la retocan.

—Oh. ¿Hablas en serio? —pregunta uno de los juniors, genuinamente sorprendido.

—Sí. Llevan años haciendo lo mismo, y son impresionantemente hábiles para hacer creer a los demás que es una especie de magia vudú o ciencia oculta o algo así —me río—. Dadme los correos electrónicos y os enviaré el modelo para que lo veáis y lo tengáis como referencia. Pero aún tenéis que mejorar el tema, así que en eso nos centraremos esta noche. El Sr. Manning enseña química, si no recuerdo mal. ¿Habéis traído vuestros libros de texto? —Miro a los de segundo y tercer año. —Esto también es válido para ustedes. El señor Manning os dará una sorpresa en algún momento. No penséis que solo los de último año se llevan la peor parte.

Eso hace que el grupo se ría a carcajadas y que coopere y preste toda su atención. Durante la siguiente media hora, sus mentes se convierten en bloques de masilla a los que puedo dar la forma que quiera. Durante clases como esta, a menudo llego a la misma conclusión: me gusta enseñar, me gusta transmitir todos estos conocimientos, pero no puedo soportar una clase entera de adolescentes mocosos. Es demasiada gente para una persona introvertida como yo. Incluso los diez de esta tarde me parecen demasiado, pero son manejables. Sobre todo, porque son respetuosos. Aquí no tengo que preocuparme por los escupitajos y los chicles en el pelo. Aquí, todos los que están frente a mí están dispuestos y preparados a aprender. En un aula llena, nunca es así.

Justo cuando tenemos las cabezas hacia abajo, en medio de un capítulo introductorio sobre polímeros, la puerta del comedor se abre y la magia sale volando por la ventana. De repente, son once personas con las que tengo que tratar. Y no es que esa persona extra haga que esta enorme habitación sea más pequeña, sino que esa persona parece hacer que esta enorme habitación sea mucho más pequeña. No es el número. Es él. Rhue Echeveria.

Es alto y tan guapo que debería ser ilegal. Increíblemente guapo. Y esos ojos... Su mirada arde mientras me atraviesa. Me cuesta mucho quedarme quieta, no reaccionar de forma que mis pensamientos queden al descubierto. Mientras cruza la habitación, Rhue mantiene sus ojos fijos en los míos, con el inicio de una sonrisa en sus labios. Hay un hoyuelo que se está formando donde termina la sonrisa. No es lo suficientemente profunda como para perderse en ella, pero de alguna manera, encontrar la salida sigue siendo imposible.

Ningún chico de dieciocho años debería ser capaz de mirar a la gente como lo hace Rhue. Ningún chico de dieciocho años debería ser tan guapo como Rhue. Sin embargo, toda esa belleza no viene sin poder. Rhue es dominante tanto en la superficie como en el fondo. Hijo de Julian Echeveria, uno de los hombres más ricos de la costa este y una de las figuras más influyentes de Washington, el linaje de Rhue prácticamente posee la mitad de Rochester.

—¿Eres tú la profesora? —me pregunta, midiéndome. Me siento como un donut en un expositor de pastelería. Hay hambre en sus ojos azul oscuro, y la forma en que se lame el labio inferior me dice que, si ha venido a comer, no se va a ir hambriento. Lo que más me asusta es que no soy inmune a su presencia. No sé qué tipo de química es esta. Podría explicar el choque de feromonas y otras hormonas relacionadas con el sexo en el cuerpo humano, pero no puedo dar sentido a lo que está sucediendo en este mismo momento. Solo sé que ya no tengo control sobre mi propio cuerpo. No ahora. No mientras tenga la atención indivisa y ardiente de Rhue Echeveria.

—¿Y tú eres? —Pregunto, luego me aclaro la garganta y espero por Dios que no sepa que ya sé quién es.

—Rhue. El hijo de Julian Echeveria —responde Sarah, poniendo la sonrisa más lánguida. Oh, le gusta mucho. Se derrite por toda la mesa de la cena, inclinándose hacia delante para que él pueda ver los bultos bajo su cuello de tortuga verde oscuro. A Sarah le han crecido las tetas estos últimos meses. Es lo que se llama una floración tardía, y viene de una carne de primera para alguien como Rhue, pero él no le presta ninguna atención. Sus ojos nunca se apartan de los míos, y me siento diminuta e insignificante a pesar de mi posición de relativo poder como profesora en esta ecuación específica. Lo último que quiero es que este tipo piense que tiene algún tipo de control sobre mí.

—No sé quién es Julian Echeveria —respondo, mintiendo entre dientes—. Pero llegas tarde, Rhue. El grupo de estudio empezó hace cuarenta minutos. Solo nos queda una hora y veinte minutos de clase esta tarde. Vas con retraso.

Rhue se encoge de hombros.

—No pasa nada. Considera esta mi hora de introducción, entonces. Me sentaré a escuchar y ver si me gusta tu forma de dar clase.

—Así que me estás poniendo a prueba, ¿es eso? —respondo, ligeramente insultada.

Por extraño que parezca, me siento inclinada a actuar lo mejor posible, no necesariamente para impresionarle, sino para

consolidarme como el alfa de la sala. Es todo lo que puedo hacer como introvertida para no desmoronarme en posición fetal bajo la mesa de Jamie Tancredi.

—No, no te estoy poniendo a prueba —contesta Rhue, sonriendo secamente—. Solo quería ver de qué se trataba el alboroto. Considérame ya... intrigado.

Esa última palabra no se suelta sin contacto visual directo, o sin que el hedor de su confianza en sí mismo marque cada sílaba. Tal vez si Rhue pareciera de su edad, esto sería mucho más fácil. Un macho alfa en ciernes no es tan letal ni tan intimidante como un alfa en formación. Pero Rhue, con la barba incipiente en su mandíbula afilada y los músculos definidos que amenazan con salir de su camisa abotonada, parece haber escrito el maldito libro sobre los alfas.

—Creo que no te sigo —le digo, contenta de que no me tiemble la voz—. No es que anuncie mis servicios, y ciertamente no me pareces del tipo erudito.

—Sigo necesitando buenas notas si quiero entrar en la universidad que he elegido —explica—. Y eres más popular de lo que crees. Tus alumnos te tienen en gran estima.

Echo un vistazo a la mesa y me doy cuenta de los débiles asentimientos de aprobación. Una sonrisa se dibuja en mis labios. Es casi un reflejo, un rayo de orgullo que me atraviesa como un sol glorioso.

—Voy a seguir adelante y suponer que se enteró de mí por uno de vosotros— suspiro, y luego asiente lentamente—. Muy bien, señor Echeveria, eres libre de acompañarnos y... observar.

—Sí, señora —responde y es difícil no darse cuenta de que se está burlando de mí. Burlándose de mí por lo severa y profesional que intento ser.

—Oh, señora no, por favor. Soy Madison.

—Sí, Maddie.

—Maddie no —replico—. Madison. Maddie es solo para los amigos y familiares, y tú no eres ninguna de las dos cosas.

No le molesta. En todo caso, a juzgar por el brillo de sus ojos, Rhue está fascinado. Curioso. Seguramente está decidido a aguantar

toda la clase, aunque solo sea para meterse más en mi piel.

—Mis disculpas, Madison. —Hay algo en la forma en que mi nombre sale de sus labios que me hace sentir un cosquilleo en la nuca. Respiro profundamente y señalo la última silla vacía en el otro extremo de la mesa.

—No te preocupes. Toma asiento, por favor. Estamos repasando el plan de estudios de química.

Frunce el ceño mientras mira alrededor de la mesa.

—Bueno, eso no tiene mucho sentido. Hay de diferentes años aquí. ¿Verdad?

—Tienes razón. Pero tus compañeros más jóvenes tienen un alto rendimiento académico. Sammy, aquí —digo, señalando a mi alumno favorito— está a punto de saltarse un curso. Letitia, en cambio, está pagando voluntariamente por estar un año por delante de su clase. Es extraordinariamente competitiva. Verás, cada uno tiene una razón particular para estar aquí. Los de último año, como tú, necesitan mejores notas. Los otros desean mejorar su rendimiento o simplemente están decididos a enriquecer su educación. Desde el momento en que acepté hacer estos grupos de estudio, que, por cierto, requieren una participación activa, determinamos que cada reunión cubriría lecciones específicas de diferentes asignaturas. Esta tarde, por ejemplo, haremos...

—El plan de estudios de química de Manning —me corta Rhue con una risa seca—. Me lo imaginé después de la carnicería del examen sorpresa.

—Casi te has sacado la maldita asignatura —le dice Jamie Tancredi, estudiante de último año y anfitrión, con una ceja arqueada—. Y tus notas están por encima de la media. No veo por qué necesitas un profesor particular si aspiras a una beca de hockey.

Se encoge de hombros.

—Eso se lo tendrás que preguntar a mi madre. Ella insiste en que mis notas sean excelentes. Supongo que no tiene plena fe en mis habilidades para el hockey. Quiere asegurarse de que no dependa de una beca de hockey, para empezar.

—Además, cualquier escuela de la Ivy League en la que quiera entrar exigirá algo más que una deportividad exquisita —apostillo—.

Las calificaciones altas te harán subir automáticamente en todas las listas. También te abrirá las puertas de Harvard, Cornell y Princeton.

Una vez más, me encuentro en el blanco directo de la admiración de Rhue.

—Eso es exactamente. Me quedo absolutamente con la idea, ahora. —Me señala con el dedo. —Puede que me apunte a tus clases, Maddie. —Saca mi apodo, lo hace girar en su lengua de una manera que lo hace parecer sucio y travieso y mucho más intrigante de lo que es.

Decido no corregirle, apretando los dientes, pero manteniendo mi sonrisa. No puedo dejar que Rhue se meta en mi piel. A pesar de la irrisoria diferencia de edad, yo sigo siendo la profesora y él el alumno en este escenario.

El resto de la sesión transcurre lentamente. Demasiado lento. Se hace eterna porque siento los ojos de Rhue sobre mí todo el tiempo. Hace que se me erice la piel y se me endurezca la columna vertebral, mientras se me forman imágenes en la nuca.

Por las estrellas, apesta a problemas. Problemas que aplastan la vida.

El tipo de problema en el que nunca me he metido. Demasiado inteligente, demasiado sabio, demasiado centrado. El tipo de problema en el que nunca debería meterme. No si planeo seguir siendo demasiado inteligente, demasiado sabia, demasiado centrada.

Pero cuando vuelvo a levantar la vista y mis ojos se estrellan contra la profundidad de los de Rhue, sé que él cree que ya me ha clavado el anzuelo.

Se equivoca.

Puede que ahora me pille desprevenida, ya que ha entrado aquí como lo ha hecho. Pero cuando llegue la próxima clase, vendré con guardias de acero. Guardias tan altas y tan duras, que ni siquiera la intensidad de los ojos de Rhue Echeveria podrá derribarlas.

NINE
MADISON

Correr se ha convertido en una parte integral de mi vida, especialmente durante el verano. Cuando vuelvo a casa, no hay nada más catártico que sentir cómo me arden las pantorrillas y los muslos después de una buena carrera de ocho kilómetros por el parque Genesee Valley. Aquí tengo los senderos para hacer footing alrededor del lago Beebe y unas vistas realmente hermosas para hacerme compañía. El otoño es esplendoroso en estas partes de Nueva York, con explosiones de rojo, oro oxidados y naranja quemado bajo un cielo azul claro.

El aire fresco me pica los pulmones, pero me encanta la sensación. Es un frescor instantáneo que me llena hasta los topes. El sudor me cubre de pies a cabeza mientras me dirijo a la pista de carreras. Siempre termino mi trote con un sprint completo de una vuelta a toda velocidad para aprovechar al máximo mi cardio. Hace maravillas para el corazón. Cuando llegue a la ducha tengo que quitarme las mallas y la camiseta de tirantes, pero aún no he llegado. Mis músculos endurecidos exigen su explosión de carrera, y no puedo esperar a sacudir la suciedad roja de mis zapatillas una vez que haya terminado.

Esta es mi terapia.

Es lo único que ha funcionado para calmar la mayoría de mis ataques de pánico. Afortunadamente, aquí también es ridículamente seguro durante las noches, gracias a un riguroso sistema policial en el campus, así que nunca es un problema para mí salir a correr a medianoche si eso es lo que se necesita para sofocar los demonios de dentro de mi cabeza. Desgastarme a mí mismo también desgasta a esos cabrones. Casi puedo oírlos jadear en busca de aire, ahora... esos demonios que se han instalado dentro de mí. Un regalo de Julian, supongo. Algún día me desharé de ellos. Hasta entonces, correr hace el truco.

La pista de atletismo está muy concurrida. En el centro, en el campo de fútbol, el equipo de lacrosse de Cornell está practicando, lanzando la pelota a larga distancia y corriendo con sus palos para marcar puntos en la red del equipo contrario.

Otros atletas están entrenando en carreras de larga distancia, pero yo todavía puedo tomar la pista interior para mi sprint. Nadie se fijará en mí. Respirando profundamente, me preparo para la carrera mientras recuerdo brevemente el incidente de ayer con Rhue y las chicas. De lejos, lo manejaron un millón de veces mejor de lo que yo lo habría hecho. Por otra parte, ellas no tienen nada que ver con él. Es fácil para ellos mirar desde fuera y llamarle la atención. Tengo una culpa monstruosa que me retiene, esta idea vergonzosa de que de alguna manera merezco todo lo que me da en términos de dolor y miseria.

Lógica y éticamente, eso está mal, y lo sé.

Estoy corriendo, ahora.

Corriendo por la pista. Respiraciones cortas y escalonadas salen de mí cada dos pasos. Voy ligera de equipaje. Necesito sacarlo de mi cabeza. Cuanto más corro, más lejos parece estar. Rhue Echeveria no era más que un problema, empezando por el día en que acepté las clases particulares con él. Debería haberle metido en el estudio en grupo. Allí no habría pasado nada. Nunca habría tenido la oportunidad de conocerlo, de encontrarme intrigada e incapaz de dejar de pensar en él.

—Puta —exclama. Le gusta llamarme puta. La palabra sale de su boca con tanta toxicidad, con tanto odio. No creo que yo haya hecho

nada para merecer tanto vitriolo, pero Rhue no tiene ningún problema en repartir su especial estilo de venganza. La palabra resuena en mi cabeza mientras corro más rápido.

Dejo atrás al equipo de atletismo. Corren a su propio ritmo, con músculos tensos que se sacuden con cada breve contacto entre los talones y el suelo. Sus respiraciones silban al unísono en algún lugar detrás de mí. Es como una música, y yo trato de adaptarme a ella. Inhalación, luego exhalación. Dentro, luego fuera, mientras corro aún más rápido. Estoy a mitad de camino, y el cronómetro de mi reloj de Apple sigue registrando segundos y milisegundos mientras me pregunto si voy a batir el récord de ayer.

«Puta». Qué palabra más fea. Nunca quise hacerle daño, y mucho menos a su madre o a su hermana. ¿Cómo es que Laura entiende eso y Rhue insiste en ser un imbécil y un abusón? No, esto no está bien. Cuanto más lo pienso, más lo rechazo. He trabajado mucho para llegar hasta aquí. No puedo dejar que me eche de esta ciudad.

La pelota de lacrosse pasa por delante de mí y no llega a mi cara por menos de un centímetro. Casi siento su dura curva rozando la punta de mi nariz. Respiro y reprimo un grito cuando me detengo de repente. Casi tropiezo y me caigo cuando la pelota se estrella contra un depósito de agua y lo hace añicos. Las chicas encargadas del «puesto de agua» saltan de sus asientos, gritando y derramando vasos de papel por todas partes. Son como gacelas, asustadas por un ruido fuerte y repentino.

Trozos y fragmentos de cristal caen por todas partes alrededor del dispensador de agua. En un abrir y cerrar de ojos se han perdido unos veintidós litros, ya que el agua del manantial se filtra en la tierra rojiza. La pelota de lacrosse está a un par de metros a la derecha. Parece un poco culpable, si me preguntas, o lo sería si fuera sensible. Solo ahora, cuando me he detenido y me he tomado unos segundos, me doy cuenta de lo que acaba de ocurrir. Esa pelota casi me rompe la cabeza. Casi me abre el cráneo como una sandía. Falló, pero maldita sea... estuvo demasiado cerca. Demasiado cerca, joder.

—¿Pero qué cojones? —grito. Me doy la vuelta, ignorando por completo a las chicas del bebedero y sus quejidos de decepción. Una de ellas va a tener que traer un nuevo tanque de la sala de suministros, pero hay un montón de chicos entre aquí y allá que estarán más que felices de ayudarlas, así que su angustia es exagerada en el mejor de los casos. Por otra parte, probablemente estén igual de asustados. Tampoco vieron venir la maldita cosa.

Oigo los murmullos del equipo de atletismo cuando se acercan, habiendo frenado detrás de mí después de que la pelota destrozara el depósito de agua. Y entonces lo veo. De pie en el borde del campo de fútbol, mostrando con orgullo su palo de lacrosse y una sonrisa de satisfacción. Rhue. No hace falta ser un científico de la conducta para señalarlo como culpable. No lo oculta, de todos modos. Joder, está realmente orgulloso. Divertido, incluso. Sus compañeros de equipo parecen confundidos. Algunos se ríen e intercambian bromas, un par se tapa la boca para ser menos obvios al respecto, al menos. Unos cuantos se han alejado de él, como si supieran que de repente es la María Tifoidea o algo así. No puedo tocar al tipo en este momento, no mientras lo esté mirando fijamente.

—Deberías tener más cuidado por dónde corres —dice Rhue, lo suficientemente alto como para que todos los oigan. Se esfuerza por no añadir una risa a la mezcla, pero veo el desprecio escrito en su cara. No importa si ha planeado el golpe o si ha apuntado directamente a mi cabeza. Solo la intención hace que este momento sea imperdonable.

—Hijo de… —me detengo antes de decir algo terrible. Roxanne Spaulding-Echeveria merece más respeto, sobre todo después de lo que ha tenido que soportar, en parte por mi culpa, sospecho. —Lo has hecho a propósito.

—¿Has dicho algo? Estás demasiado lejos —responde Rhue, haciendo reír a los demás. Cuanto más observo las consecuencias, más me enfado. Mi sangre hierve, burbujeando bajo mi piel acalorada. Me gustaría desprenderme de ella para enfriarme, pero puedo hacer algo mejor. Puedo alimentar a la bestia que Rhue y su padre han creado, el monstruo que acecha en los oscuros recovecos

de mi alma. Nació de la muerte de la inocencia. Nació del dolor y la vergüenza.

Y ahora mismo, tengo una opción.

Mientras estoy en la pista, temblando como una hoja y preguntándome cuándo terminará todo esto, me doy cuenta de que el poder todavía me pertenece. Lo tengo en mis manos.

Al mirar a las chicas del agua, me doy cuenta de que también están esperando mi reacción. Creo que están en el mismo año que yo, pero de otra facultad. Sin rumbo, preguntándose dónde encajan.

De alguna manera, la pelota está en mi campo, y no es la pelota de lacrosse. La pelota metafórica, mi favorita. Supongo que soy la que va a marcar el tanto hoy.

—Ha sido un buen lanzamiento, tío, lo reconozco —dice uno de los compañeros de Rhue.

Eso me hace explotar.

—Maldito cabrón —murmuro y me dirijo primero a la fuente de agua. Cojo el balón de lacrosse y me dirijo directamente al campo de fútbol. Siento su peso en la mano. Es más pesada que la goma vulcanizada de la que pensaba que estaría hecha normalmente. Es extraño. Ahora que lo pienso, la pelota de lacrosse no debería haber sido capaz de hacer ese tipo de daño al tanque de agua. A ver, era cristal del fino, pero, aun así, habría requerido una velocidad increíble para reventar. Esto fue obra de Rhue. No puedo dejar que se salga con la suya.

—Oh, mira eso, es lo suficientemente amable como para traernos la pelota de vuelta. —Se ríe.

Solo quedan unos metros entre nosotros. Pronto serán centímetros, y veo que el humor se desvanece de su cara. Creo que tengo un cierto empuje en mi paso. Seguramente puedo sentir la ardiente tormenta que se está gestando en mi interior, enfurecida y gruñendo y pidiendo que la libere.

Finalmente, cuando se da cuenta de lo que está a punto de suceder, es demasiado tarde.

Me balanceo hacia fuera mientras agarro con fuerza la pelota de lacrosse. Eso amplifica la fuerza del golpe, pero sigo gimiendo de dolor cuando mis nudillos se estrellan contra su pómulo. Me arde

toda la mano. La cabeza de Rhue gira casi por completo sobre su hombro, y se tambalea y tropieza antes de conseguir mantenerse en pie. Sus ojos son grandes y redondos y están en blanco mientras se lleva una mano para cubrirse la mejilla.

—Esta es tu última tarjeta para salir del partido —siseo entre dientes apretados—. He terminado con esta mierda, Rhue Echeveria. Tienes que alejarte de mí. Si no lo haces, me defenderé. Legalmente... y de otras maneras.

Endereza la espalda y mira brevemente la pelota de lacrosse mientras la lanzo. Al caer a sus pies, parece perdida. El vehículo de un acto violento, fuera de su alcance por un momento. Su mirada vuelve a encontrar la mía y veo que la furia estalla como flores de hielo bajo los charcos casi negros de sus ojos. La temperatura se dispara, tanto dentro como a mi alrededor. El aire se espesa, obstruyendo mis vías respiratorias mientras lucho por mantenerme erguida y con la barbilla alta. No puedo flaquear. No puedo mostrar ni el más mínimo atisbo de duda.

—Tienes que tener mucho cuidado con cualquier otra cosa que vayas a decir —me advierte Rhue, masajeando lentamente su mejilla enrojecida. Bueno, al menos lo he hecho bien.

—¿O qué? ¿Vas a usar tu apellido contra mí? —Le respondo como si fuera un disparo, decidida a salir de aquí con mi dignidad intacta. Ya se ha divertido lo suficiente. Se trata de un precedente. —Ya estoy harta de esta mierda. No tienes ningún derecho. Aléjate de mí. No me hables, Rhue. No me dirijas con ninguna de tus bromas de abusón. No me lances bolas de lacrosse. No me insultes solo para avergonzarme delante de otras personas. Estoy harta.

—¿De verdad? Si apenas estamos empezando —contesta Rhue, con los ojos sonrientes.

—No, no, estamos terminando —respondo.

Uno de sus compañeros intenta interponerse entre nosotros.

—Tal vez deberíamos tomarnos un minuto para pensar con la cabeza fría y eso...

—No te metas en esto, joder —gruñe Rhue.

—Esto no te concierne —le digo al tipo, y luego vuelvo a centrarme en mi némesis—. Ya te has divertido. Me has avergonzado

delante de extraños. Has estado al acecho en el auditorio, rumiando como si hubiera ahogado a tu cachorro, pero es hora de madurar, Rhue. He pagado mis deudas. He cometido mi cuota de errores, y nunca podré borrar o deshacer lo sucedido. Pero no permitiré que me jodas el resto de mi vida. He trabajado durante años para llegar a este lugar. Mi padre puso todos sus ahorros para ayudarme. Cualquier conflicto que quede entre nosotros, mantengámoslo fuera de Cornell. Si insistes en librar tu guerra contra mí aquí, ten la seguridad, Rhue, de que no me quedaré de brazos cruzados.

Sonríe secamente. —¿Me está amenazando, señorita Willis?

—Oh, ¿ahora soy la señorita Willis? ¿Te has cansado de llamarme puta? —Puedo sentir al menos tres docenas de ojos sobre nosotros.

Sus compañeros de equipo.

El equipo de atletismo.

Las chicas del agua.

Esto es todo. Mi oportunidad de establecer el estándar de los imbéciles del campus. Puede que haya sentido algo por el tipo —probablemente aún lo haga— pero eso no le da derecho a mi honor.

—No, no te estoy amenazando. Estoy haciendo una promesa, en público, con testigos. Detén esto, o tomaré acciones legales. Y si la acción legal no es suficiente, iré a los medios de comunicación. Haré un maldito circo de todo esto, si es lo que hace falta para detenerte. Porque tienes que parar, Rhue. Joderme no la traerá de vuelta.

Se acerca a mí.

—¡No te metas a pronunciar su nombre en tu asquerosa boca! —Uno de los jugadores de lacrosse lo detiene y lo retiene, pero está cabreado. Hará falta más de un tipo para mantenerlo alejado. He liberado al dragón. Me siento fatal por ello, pero había que hacerlo.

—No me has dejado otra opción —murmuro. Con la cabeza alta, me doy la vuelta y me alejo.

Él sigue luchando. Puedo sentir su odio ardiendo en mi nuca. Empiezo a sudar frío y mis músculos doloridos se agitan con cada movimiento. Me duele el corazón, que se rompe un poco a cada paso mientras pongo más distancia entre nosotros. Aun así, estoy orgullosa de mí misma por lo que he conseguido. He llegado a este

lugar por mi cuenta, respaldada únicamente por mi duro trabajo y el orgullo de mi padre.

Rhue... tiene fantasmas que aún lo persiguen. No se me puede culpar de todo. Ni siquiera debería dejar que lo intente. Casi teníamos algo, él y yo. Luego Julian lo arruinó todo. No ayudé. O no pude. O no sabía cómo... pero se acabó antes de que pudiera empezar. La familia de Rhue fue destruida en el proceso. Pero Laura, a pesar de ser solo una adolescente, en su infinita sabiduría, expresó la verdad a través de un único mensaje a última hora de la noche.

No puedes culparte para siempre.

No puedo. Y tampoco puede Rhue.

Me alejo de la pista y del campo de lacrosse. Los dejo atrás.

A él también, con su rabia no resuelta y sus gruñidos de odio mientras sus compañeros de equipo siguen reteniéndolo, agarrándolo con fuerza mientras lanza una serie de insultos hacia mí. Seguro que ha entendido mi mensaje. Y si no lo hizo, tal vez los chicos lo ayuden. Necesita ayuda.

DE VUELTA AL INSTITUTO: Rhue

DIRÍA que no puedo creer que haya conseguido esto, pero bueno... soy el hijo de mi padre en ese sentido. Lo que Rhue Echeveria quiere, Rhue Echeveria lo consigue. Quería tiempo a solas con Madison Willis, y ahora estoy en el estudio privado con Madison Willis, la legendaria profesora particular de Rochester. Solo es un poco mayor que yo y lleva un año en el instituto, o quizá dos. No lo recuerdo. Creo que la subieron de curso; a diferencia de mí, que me mandaron al colegio un año después. En cualquier caso, está aquí, y juro que está tan caliente como una acera de Las Vegas en pleno julio.

Desde el momento en que la conocí en ese grupo de estudio, supe que tenía que acercarme.

Ni siquiera se da cuenta de lo jodidamente guapa que es. ¿Y se supone que debo concentrarme mientras me enseña cosas que

quizás nunca lleguemos a escuchar en el instituto? Eso va a ser un reto.

—Supongo que debería haber prestado más atención cuando dijiste que siempre te salías con la tuya —murmura Madison mientras se acomoda en el sillón de invitados frente al enorme escritorio de ébano de papá, mientras yo tomo el asiento del rey detrás. Joder, qué bien sienta esto. Victoria, dulce como la miel y la ambrosía diluida con un crujiente chardonnay seco. Me pregunto si los labios de Madison sabrán igual.

—Bueno, no te martirices. Al final es un dinero extra para ti, ¿no? —Miro mi cuaderno y mis libros de texto mientras respondo. Un año más y se acabó. Me han dicho que la universidad es mucho más divertida. De todos modos, solo puedo pensar en el hockey, pero agradezco la insistencia de mamá en que refuerce mi expediente de solicitud de ingreso a la universidad. Necesito notas de primera si quiero jugar en el equipo de hockey de Harvard. Mi segunda opción es Cornell, pero su equipo es más bien una causa perdida que necesita desesperadamente buenos jugadores como yo. Sin embargo, en cuanto a la carrera, el departamento de ciencias políticas de Harvard es de primera categoría. Eso satisfará a papá. Sin embargo, su plan de estudios de antropología pone una sonrisa en la cara de mamá. —Además, es un honor ser su estudiante, Srta. Willis. Un honor y un placer.

—Por favor, para ya con la tontería de la señorita Willis. Pensé que ya habíamos hablado de eso.

—Bien. Madison. Por supuesto. Culpa mía —digo, conteniendo una risa. Tío, estoy radiante solo por su presencia. Hay algo en ella, esa energía silenciosa pero increíblemente poderosa que se desprende, como vapores de energía que se filtran de su delicada piel de porcelana.

—Y tienes razón. Las clases privadas con usted aumentan considerablemente mis ingresos —responde mientras saca una carpeta llena de fotocopias de varios puntos clave. Los números de *El Federalista* junto con los comentarios y las notas en papel legal amarillo están salpicados entre ellos. Desde el principio va en serio. —Tu madre dice que tenemos que mejorar tus conocimientos de

ciencias políticas y antropología —añade y coloca la carpeta en el escritorio entre nosotros. Se siente como un mar de ébano casi negro y exquisito que se extiende entre nosotros, una extensión dura que me impide tocarla. —He pensado en empezar con *El Federalista* y ver si te gusta.

La puerta del estudio se abre y entra mamá. Su presencia se hace notar de inmediato; me doy cuenta de que eso es algo que ella y Madison tienen en común. Ambas exigen toda la atención de uno sin siquiera decir una palabra.

—Os he traído un té helado y unas galletas de chocolate de Laura. —Se desliza por la habitación con una bandeja de plata en las manos. Antes de que pueda quejarme de la pésima cocina de mi hermana, mi madre interviene. —Te comerás una, Rhue, y después felicitarás a Laura y le dirás lo buenas que están. Luego puedes tirar el resto al cubo de la basura, si es lo que quieres.

—Solo asegúrate de no darle nada al perro —responde Madison, esforzándose por no reírse. —El chocolate es letal para ellos.

—Vaya, así que las dos tenéis el corazón de piedra —murmuro, mirando nerviosamente los discos desiguales del plato de postre. Son de color dorado-marrón y están espolvoreados con trocitos de chocolate fundido. Parecen comestibles, pero hay algo en la forma en que mi madre los mira que me hace preocuparme un poco.

—Al contrario, la señora Echeveria tiene razón. Al comer una, participas en el acto de repostería de tu hermana. Que te guste o no el sabor no importa. Lo que importa es cómo animas a tu hermana a seguir intentándolo, porque la práctica hace la perfección —afirma Madison, cogiendo una galleta y sosteniéndola entre los dedos pulgar e índice. —Puedes decirle que son malas, si quieres ser brutalmente honesto. Pero si alguna vez deseas considerar una carrera en la política, ahora es un buen momento para aprender a mentir y hacer feliz a la gente.

Mamá se ríe.

—Realmente eres brillante. Rhue no exageraba en absoluto.

Bueno, eso me pone en un aprieto, pero en presencia de dos mujeres tan poderosas, sería un tonto si luchara contra esas fuerzas titánicas de la naturaleza. No conozco bien a Madison. Joder, apenas

la conozco. Pero todo en ella lo demuestra, y cada vez que me mira me pongo nervioso por dentro. Ligeramente inseguro. Incluso me siento ridículo, como si todo lo que soy no valiera una mierda en su presencia. No debería sentirme así, pero no lo puede evitar.

He tenido chicas en mi cama antes. No se trata del aspecto sexual. O, mejor dicho, también es eso. Todo lo que hace que Madison sea quien percibo que es me enciende por dentro, como un fuego salvaje fuera de control. La excelencia académica es mucho más atractiva ahora que estoy trabajando con ella para llegar a alcanzarla.

—Pero Madison tiene razón —añade mamá, alejándose amablemente del escritorio. Me gusta su traje de hoy. Un vestido camisero estilo años cincuenta, blanco con finas líneas horizontales de color amarillo pálido, y una gran rosa de gasa de color limón prendida en la solapa. Combinaba el conjunto con un delicado reloj blanco y unas sandalias abiertas, con el suficiente tacón como para elevarla por encima de la altura de los ojos. —Tu hermana necesita todo el ánimo posible. Si le dices que estas galletas son tan chiclosas como los neumáticos de mi coche, se le romperá el corazón y no volverá a intentar hacerlas.

—Pero si miento, la animará a seguir intentando envenenar a toda la familia —respondo, y Madison da un mordisco a su galleta.

—No están tan mal. Aunque está claro que se ha pasado con la sal —dice, masticando varias veces antes de tragar. Su siguiente movimiento es ir a por el vaso de agua y tragar la mitad—. Por Dios, esto parece el Mar Muerto.

Mamá se ríe. Me encanta ese sonido, sobre todo sabiendo lo gilipollas que está siendo mi padre últimamente. He olido el licor y los perfumes basura en él, más de una vez. He oído a mamá hablar por teléfono con su hermana, quejándose de su libertinaje y desvergüenza. Ella cree que me ha protegido de esta basura, y no me atrevo a decirle que no es así. Cuanto más tiempo conservemos Laura y yo nuestra «inocencia», mejor se sentirá mamá. Y ella necesita una victoria.

—Os dejo con vuestros estudios —comenta, colocando un mechón de su pelo rubio arenoso detrás de su delicada oreja. Una

perla cuelga del lóbulo, con un engaste de oro. Para empezar, nunca lleva muchas joyas, a pesar de tener suficiente dinero para comprar una tienda entera de Harry Winston. Solo pendientes y una pulsera. Tal vez un anillo de vez en cuando. Mamá cree que la riqueza no debe ser ostentada. La verdadera fuerza está en el poder que ejercemos entre bastidores, no en las riquezas que compramos donde todo el mundo puede ver.

—Sabes que debes llamar a la línea interna si hay algo más que necesites. Charlie está al mando esta noche.

—Charlie es nuestro mayordomo —le explico casualmente a Madison.

Ella me mira con desprecio.

—¿Por qué lo dices como si tuviera que impresionarme?

—¿No lo hace? —Solo puedo rezar para que se dé cuenta de que estoy bromeando.

—Tal vez. Un poco —se ríe Madison, y parte de la tensión empieza a desaparecer de la habitación justo cuando mamá sale y la puerta se cierra tras ella. Por un momento, contemplo el silencio que sigue. No es incómodo, sino tranquilo. Como si Madison y yo estuviéramos perfectamente cómodos el uno con el otro en la completa ausencia de palabras. No hay necesidad de decir nada.

Durante lo que me parece una eternidad, la miro y capto cada detalle. Las elegantes líneas que dibujan su rostro. Las ligeras curvas y los bordes suaves, su piel que lo envuelve todo en un precioso tono marfil con un ligero brillo nacarado. Su pelo es del tono de la miel pálida, que cae por sus hombros en ricos rizos, y el azul de sus ojos me recuerda al cielo de verano que vi fuera hace solo unas horas. Por todos los parámetros físicos, esta chica debería dominar las revistas de belleza. No es solo su rostro americano, de chica de al lado, de gran belleza, lo que la favorece.

Madison tiene un cuerpo de nadadora, con hombros ligeramente más anchos que la mayoría de las mujeres, y piernas interminables. Ahora puedo ver por qué ella es la principal causa de las bolas azules en todo el instituto, aunque no vaya allí. Y también puedo ver por qué los chicos de mi equipo de hockey se atreven a decir que ella les ha hecho una o dos mamadas; creen que pueden salirse con

la suya con esas mentiras porque ella ya no está en el instituto. Tal vez ella hace esos favores, pero honestamente, me cuesta creerlo. Ella es la fruta prohibida. No percibo que le hayan dado un mordisco. No sé, es solo mi instinto que me dice que ella es pura, en el fondo.

Me pregunto si alguna vez se ha enamorado.

Tal vez sea virgen.

Sé que su padre es muy estricto con esas cosas. Pero aun así... los rumores de otros chicos la pintan de la manera más salaz.

¿Acaso me importa si ella ha montado una polla antes o no? ¿Pienso follármela o pienso casarme con ella? Empezaría por el primer paso y vería a dónde nos lleva, porque no hay nada más excitante ahora mismo que la perspectiva de perder la cabeza entre sus piernas.

—Tierra a Rhue —dice Madison. Y así como así, mis fantasías se marchitan. Estamos de vuelta en mi estudio. Estoy en la silla giratoria del rey, por así decirlo. El asiento de mi padre. Ella me observa desde el otro lado del escritorio. Sus ojos se estrechan en un par de rendijas de zafiro. —Espero que no te quedes así durante toda la clase. Al final, será dinero fácil para mí, pero el que se lo pierde eres tú.

—Oh, no, en absoluto, lo siento —respondo y me aclaro la garganta, señalando con la cabeza la carpeta—. Veo que ibas en serio con tu colección de *El Federalista*.

—Son solo fotocopias de mis copias impresas —suspira—. No es que pueda permitirme comprar ninguna de las copias originales.

No puedo evitar una sonrisa. —¿Quieres una?

—¿Intentas sobornarme?

No sé si habla en serio o si está bromeando. Decido ir a lo seguro.

—He visto originales subastadas en eBay. Podría enviarte un enlace. Algunas de las ofertas eran bastante asequibles —aseguro—. O, si hay algún ejemplar en particular que te interese, podría hablarle bien a Papá Noel por ti este año.

Madison se reclina en el sillón y sonríe con frialdad mientras cruza las piernas. Esta noche lleva unos vaqueros ajustados y un sencillo jersey negro, pero puedo ver el tirante de encaje de su

sujetador en un hombro semidesnudo, y esas botas de cuero de motorista le dan un cierto toque que me hace arder.

—Se nota que vas a ser muy duro de pelar —me dice.

—Oh, eso espero —respondo, deseando que se dé cuenta del doble sentido tan rápido como lo inventé antes de abrir la boca. La sola idea de que me toque y me coja la polla con las manos hace que me mueva en mi asiento, ligeramente incómodo por un bulto que crece y se endurece.

—Creo que ahora entiendo por qué las chicas dicen que eres peligroso.

Estoy intrigado. —¿Peligroso? Dime, ¿quién ha dicho eso de mí?

Se ríe ligeramente. —Todas las mujeres con las que trabajo están absolutamente aterrorizadas y cautivadas por ti, a partes iguales. ¿Practicas estas líneas, o te salen naturalmente?

—¿Qué más te han dicho sobre mí?

Sacude la cabeza lentamente. —Lo siento. No puedo detallarlo. Hay una cierta privacidad en mis clases particulares.

—Ah, entonces, todo lo que pase esta noche queda única y estrictamente entre nosotros —respondo.

Su agudeza se disuelve como un terrón de azúcar tirado en agua caliente. No sé qué ha pasado, pero la fría y perfectamente autocontrolada Madison Willis parece desaparecer, y otra criatura ocupa su lugar. Hay algo en la idea de que estemos solos que parece ponerla increíblemente nerviosa. La fuerza que desprendía se ha esfumado de repente, como volutas de humo en el viento, pero la criatura en la que se ha transformado es otro tipo de espectáculo.

Hay una dulce fragilidad en Madison Willis, una timidez que me conmueve profundamente. Un instinto de protegerla, de protegerla de cualquier cosa que pueda estropear la belleza que tengo delante. Estoy obligado. No, estoy ordenado por las fuerzas del universo a levantarme y mantener a esta maravillosa criatura a salvo y eternamente complacida.

Oh, hombre, puedo ver por qué todo el alboroto.

Lance tenía razón. Madison Willis hace que el corazón crezca tres tamaños y las pelotas tres tonos de azul. Y ahora soy yo quien lo recibe. Mierda, ella es toda mía esta noche... al menos por un par de

horas. Es mi oportunidad de atraparla y reclamarla. Tarde o temprano, fría o aguda o tímida, será mía.

Tengo que hacerla mía.

TEN

RHUE

Por mucho que haya intentado evitarlo, la cena con la «familia» sigue siendo inevitable. Y si Mohammed se niega a volver a Rochester para la montaña, la montaña ha encontrado su camino a Ithaca un fin de semana después de Laura. Trajo a mi hermana, también, aunque no estoy seguro de por qué. Ella parece totalmente miserable. Al menos la mesa en la que estamos sentados es redonda. Nos une, pero nos separa un brazo.

A papá le gustan más los restaurantes italianos, lo cual es curioso teniendo en cuenta que somos de ascendencia mexicana. Es un buen lugar el que ha elegido. En el centro de la ciudad, con mucho aparcamiento, y focaccia de romero y agua con gas de cortesía. Me gusta. O al menos, me hubiera gustado, si no estuviera sentado en la mesa con él.

Las paredes están pintadas de un suave color crema con molduras de corona esculturales de gesso blanco. Los suelos son de madera de nogal, lo que provoca un contraste oscuro con el alto zócalo blanco. Las cortinas son de color marfil con corbatas de raso, y los manteles son de lino perlado bajo la porcelana lechosa y la cubertería de colores vivos. Es una combinación excelente, y aunque no suelo pararme a admirar la decoración, aquí estoy haciéndolo. Eso demuestra lo bueno que es este lugar en ese aspecto.

Es una noche muy concurrida en Il Truffatore, pero la música es principalmente de Sinatra y se mezcla melodiosamente en el fondo, ahogada solo por el ocasional estallido de risas y el tintineo de las copas, por lo que el ambiente es el adecuado.

Lo que hace que nuestra presencia aquí sea simplemente... incorrecta.

Papá se sienta en su silla parcialmente encorvado, con un codo apoyado en la mesa mientras consulta su PDA. Laura hurga con el tenedor en los trozos de focaccia de su plato, ausente e incómoda mientras mira la hora en su teléfono cada dos segundos. No puede esperar a que esto termine. Y no puedo culparla por querer salir de aquí. Seguimos mirando los menús, fingiendo que realmente tenemos apetito. Bueno, hablo por Laura y por mí, al menos. Papá siempre ha sido una bestia en sí mismo.

Es difícil incluso mirarlo, después de todo lo que ha pasado. Quizá parte de lo que hace que la visión de mi padre sea tan insoportable es lo mucho que nos parecemos. Tengo los ojos de mi madre, pero la mayor parte de lo que soy viene de Julian Echeveria. La mayor parte de cómo soy, también, por mucho que lo odie. Al final, es por lo que vine a Cornell. Para ocupar su lugar, algún día. Él me quiere, me adora, y yo apenas soporto estar cerca de él.

—¿Cómo va la uni hasta ahora? —pregunta papá tras un largo e incómodo silencio.

Creo que se dirige a mí, ya que Laura aún está en el instituto.

—Es genial —le digo—. Es todo lo que imaginaba que sería.

Vivir como un Echeveria me ha enseñado a decir las cosas que sé que querrá escuchar. Suele mantenerlo contento y ayuda a mantener las conversaciones al mínimo. No podría mandarlo a la mierda. Cuando papá dice que vamos a tener una cena familiar, pues bien, vamos a tener una cena familiar nos guste o no. Laura toma un sorbo de su agua con gas. Steve está en el coche fuera, esperando a que lo llamen si es necesario.

—¿Y el apartamento? Supongo que lo veremos más tarde —responde. Hay una sonrisa plana en su rostro que me irrita sobremanera. Miro de reojo a Laura. Pobrecita. Quiere desesperadamente que esto termine.

—Está bien —digo—. Confortable. Tiene todas las comodidades necesarias.

El camarero vuelve para tomar nuestro pedido.

—¿Ya se han decidido? ¿O tal vez quiere que les haga una recomendación? —Tiene un poderoso acento italiano. Es casi cómico ver a mi padre observar sus labios.

—¿Puedo hacerle yo una recomendación antes de seguir adelante? —pregunta papá, y el camarero asiente amablemente. Julian Echeveria tiene una manera de imponerse en una sala, y empieza con sus elecciones de vestuario. Esta noche, reina con unos pantalones negros y una camisa azul oscuro informal con un jersey de lana que descansa sobre sus anchos hombros, con las mangas sueltas atadas por delante. Es la pesadilla de cualquiera en la Ivy League. —Deja el acento falso. Es un insulto para cualquier italiano que entre en su establecimiento. Y es un insulto para mí, también, ya que he sido capaz de detectarlo. Cualquier idiota con medio cerebro puede decir que eres un Guido de Jersey, en el mejor de los casos.

El camarero se queda paralizado, y yo también. Laura tiene los ojos muy abiertos y está totalmente avergonzada, mientras mi atención va de papá al camarero, y luego de nuevo a papá. No puedo creer que esto esté sucediendo. Ese hombre se pelea con cualquiera en cualquier momento. Por Dios, es la persona más combativa que he conocido.

—Pe... ¿Perdón? —logra pronunciar el camarero, ahora pálido como una hoja de papel.

—Es simplemente ridículo. No necesitas un acento italiano para vender comida italiana, y si vas a fingir porque el jefe te dice que lo hagas, al menos hazlo bien. Puedo recomendarte un par de profesores de West Hollywood a los que no les importará enseñarte a ti y al resto del personal a sonar correctamente en italiano —continúa papá con un aire molesto.

—¿Podemos pedir nuestra comida? —murmuro.

Papá sacude la cabeza.

—No. Esto tiene que pasar. —Mira al camarero. —¿Cómo te llamas?

—Ted, señor...

—Ah, ahí está... el todo americano Ted. Es un placer conocerte, Ted. Así que, déjame sacar esto del camino, primero. Tendrás más éxito como local si eres honesto con tus clientes, o si mejoras en mentirles en primer lugar. La fórmula actual es un fracaso. —Respira profundamente y sonríe, instando a Ted a hacer lo mismo. —Vamos, no es el fin del mundo. Un poco de verdad nunca hace daño a nadie.

—No, señor —responde el tipo. Debe de tener unos veinte años y parece un ciervo atrapado en los faros cegadores. Papá es el camión de dieciocho ruedas que viene hacia él.

—Quiero la bruschetta de tomate y mozzarella de entrada y el fettucine de trufa de plato principal —pide papá, desviándose en el último momento para evitar un choque frontal. —Luego decidiremos el postre, pero puedes ir abriendo una botella de Banfi Fontanelle. Una copa, ya que soy el único en esta mesa que puede beber legalmente. —Añade esto último con una risa. Al haber crecido con este tipo, he tenido mi cuota de borracheras con los chicos, y él lo sabe. Solo está utilizando un entorno público para restregarme en la cara la ilegalidad de mis anteriores aventuras. —Los chicos también están listos para pedir.

Laura se aclara la garganta y trata de sonreír. —Vale... así que, sí... ¿puedo pedir los crostini de burrata y los espaguetis a la boloñesa, por favor?

—Claro que sí —responde el americano Ted mientras toma notas con una mano temblorosa y un bolígrafo sudado. —¿Algo para beber?

—El agua con gas está bien, gracias —afirma Laura.

Asiente una vez, y luego me mira, francamente aliviado de estar fuera de las garras de mi padre. —¿Y usted, señor? —Su buen humor ha vuelto, y de hecho piensa que va a salir indemne de esta mesa. El pobre idiota.

—El crostini de judías blancas suena bien. Y los bucatini de Amatriciana, por favor. Ah, y la limonada de menta. —Si papá invita, yo también puedo invitarme. Además, la cocina aquí solo trabaja con ingredientes italianos originales. Este lugar es lo más auténtico que

se puede encontrar, lo que hace que el berrinche de papá sobre el acento de Ted sea más bien válido, para mi consternación.

—No hay vino para ti, entonces —comenta papá, claramente satisfecho.

—Tú mismo lo has dicho. Todavía no soy legal —respondo.

Laura sonríe durante unos breves segundos. —Te queda un año más, y luego eso también se acabará.

—¿Eso es todo? —pregunta Ted tan amablemente como puede, aunque evita activamente el contacto visual con mi padre mientras se prepara para abandonar esta miserable mesa del infierno.

—Sí. Por ahora —responde papá—. Pero estaré escuchando. Espero que no vuelvas a intentar el truco de la basura del acento. Mi crítica picará.

—Jesús —murmura Laura, sin poder ocultar ya su disgusto. —¿Podrías dejar en paz al tipo?

Papá se encoge de hombros mientras Ted se aleja como si alguien le hubiera metido una antorcha encendida por el culo y las llamas ya le estuvieran devorando los pantalones.

—Odio los fraudes.

—Eso no es excusa para ser un idiota con la gente —responde—. Estoy muy avergonzada ahora mismo.

—Imagina cómo me sentí hace ocho meses cuando tuve que explicar lo que pasó a los enfermeros que hicieron el maldito trabajo de coserte de nuevo.

Y ahí está. El momento cumbre de la gilipollez. El reproche que siempre llega cada vez que Laura dice algo que no le gusta a nuestro padre. No sé cómo coño lo hace, pero siempre encuentra la manera de relacionar su intento de suicidio con prácticamente cualquier refutación que se le haga. Es realmente horrible y, francamente, sorprendente. Se necesita una cierta habilidad. Una habilidad que solo un completo gilipollas podría tener.

—Vaya. Pensaba que bailaríamos esta parte del tango mucho más tarde en la cena —interrumpo, sorprendentemente tranquilo a pesar del creciente deseo de patear a mi propio padre en las pelotas. Es muy difícil querer a este hombre. Mamá lo dijo una vez, pero yo era demasiado joven para entender lo que significaban esas

palabras. Sin embargo, ahora lo entiendo perfectamente. —Esperaba que tuviéramos una cena decente, o al menos tranquila, por una vez.

Papá levanta una ceja, mientras las lágrimas llenan los ojos de Laura, que centellean como gotas de rocío a la luz del sol de la mañana. Me siento mal por lo que está sufriendo, pero sé que no podemos levantarnos e irnos. Bueno, yo puedo, pero sería muy incómodo para Laura, dada la silla de ruedas. Le da a papá demasiado tiempo para idear réplicas lo suficientemente agudas como para dañar a mi hermana sin remedio. Él es así.

Un idiota sin corazón. Trata a Laura como si fuera un peso muerto, solo otra boca que tiene que alimentar.

—¿Esperabas a alguien más? —Papá pregunta.

—Admito que no vi venir lo de Ted. Pero serías mucho más feliz si no te ofendieras tan fácilmente por absolutamente todo —respondo.

—Oh, hijo, no estoy ofendido. Solo molesto. ¿Por qué tú y tu hermana sentís la necesidad de darle tanta importancia?

Laura se burla, sacudiendo la cabeza lentamente. —Porque una vez que te vayas de este lugar, Rhue todavía tendrá que mostrar su cara por aquí, en algún momento. Tal vez quiera cenar aquí. O traer a una chica. ¿Cómo va a hacer eso después de lo que acabas de hacer con ese pobre camarero?

—¿Y qué fue eso, exactamente?

—Un acto circense de mierda —comento, recostándome en mi silla mientras mantengo mis manos ocupadas en romper una rebanada de focaccia en trozos más pequeños. Me meto uno en la boca y empiezo a masticar, dejando que la mantequilla de romero y ajo se derrita en mi lengua mientras aprecio un bocado auténtico y claramente artesanal. ¿Y qué pasa si el camarero que me sirvió fingió un acento? Eso es solo una colina tonta para morir. —Esperaba más de un tipo con su influencia en el Congreso.

Me lanza una mirada de asco, casi de odio.

—¿Qué sabes de mi influencia en el Congreso, eh? —Intenta reírse en mi cara, como si fuera un idiota que lleva su nombre y sus genes. —No tienes ni idea de quién soy ni de lo que hago. Y no por

falta de intentos, tampoco. Más de una vez te he pedido que te unas a mí. Cada maldita vez, dijiste que no. Te gusta el hockey. —Dice esa última parte con una inflexión nasal, puramente para hacerme parecer quejumbroso.

—Laura habría estado más que feliz de ser tu mano derecha —añado, entrecerrando los ojos hacia él. Por desgracia, no es un golpe doloroso. No para este tipo.

—Ese barco ha zarpado —murmura, aunque podemos oírla.

—Una mujer no tiene cabida en la política —responde papá, arrancando jadeos a sus dos progenitores—. Siempre aposté por ti, Rhue. Ya lo sabes.

Laura se muerde el interior de la mejilla. Lo hace cuando retiene ciertas reacciones o palabras duras. Pero hay algo en sus ojos que me dice que no puede morderse las mejillas ni la lengua durante mucho más tiempo.

—Ya veo por qué les gustas tanto a tus compañeros de golf —exclama sin ocultar su disgusto—. Pero no te preocupes, papá, si alguna vez me meto en política, no será para seguir tus pasos. No estás capacitado para ser un modelo a seguir. Si alguna vez me meto en política, me presentaré contra uno de tus amigos y lo desbancaré. Derribaré tu asqueroso legado, poco a poco.

Hace que papá se ría burlonamente, pero yo estoy impresionado. Nunca había oído ese tipo de fuego en la voz de Laura. Es algo nuevo y maravilloso, porque me dice que mi hermana tiene muchas ganas de luchar, a pesar de sus difíciles circunstancias.

—Que te den por culo —añade—. Llegará el día en que te arrepentirás de haberme tratado así.

—Sinceramente, espero que me demuestres lo contrario —responde papá—. Pero lo dudo. Y el hecho de que estés sentada en una silla de ruedas no hace más que reforzar mi punto de vista. Nunca tendrás una carrera en la política, Laura. Eres una mercancía dañada. Suicida. Una mocosa malcriada que lloró para llamar la atención y se arruinó en el proceso. La prensa tendrá un día de campo con usted. Tus potenciales oponentes te comerán viva. Te sugiero que consideres otros caminos en la vida. Todavía te faltan dos años para graduarte en el instituto. No te precipites.

Laura tiembla en su silla de ruedas. Hay tantas cosas que le gustaría decirle. Nada bueno, por supuesto. En el fondo, es igual que yo. Estamos unidos a él por la sangre, y eso es todo. Sin embargo, este es un lugar público. Demasiada gente lo vería, y ni Laura ni yo sobreviviríamos a la derrota si avergonzamos a papá delante de cualquiera. Puede que sea un gilipollas, pero incluso yo sé que no hay que pinchar al oso.

—Papá, ¿he mencionado que me he encontrado con Madison Willis? —Pregunto con tanta inocencia que ni siquiera ve venir el golpe hasta que es demasiado tarde. Por un momento, me mira con una mezcla de sorpresa e incredulidad. Le sonrío. —Supongo que es un nombre que no pensabas escuchar esta noche.

—¿Dónde? —pregunta, y me toca reírme, mientras Laura se recompone y me mira con complicidad. Sabe que lo hago para apartar la conversación de ella.

—Pensaba que estabais muy unidos. ¿Nunca te ha enviado postales? —Le respondo.

Un músculo se mueve furiosamente en su mandíbula cuadrada. Hay una pizca de barba incipiente que ensombrece su piel aceitunada.

—¿Dónde la has visto? —vuelve a preguntar, y sé que tendré que responder antes de que cruce la mesa y me abofetee. El tema de Madison sigue siendo delicado para el grandullón. Bien. Se merece una buena reprimenda por lo de la zorra.

—Van a la misma clase —interviene Laura con una pequeña y taimada sonrisa—. Antropología, es decir, para una especialidad. Son distintas las asignaturas secundarias, pero se reúnen con bastante frecuencia. ¿En cuántas coincidís, Rhue?

—No estoy seguro. Diría que el sesenta por ciento de las asignaturas y la mitad de los seminarios. —Reflejo su expresión mientras ambos miramos a nuestro padre. Por primera vez esta noche, es él quien se transforma en un animal herido. Es un buen momento para que nos echemos atrás y cambiemos de tema de nuevo, para que pueda procesar lo que acaba de aprender.

Me emociono cuando los entrantes llegan a nuestra mesa. —¡Oh, mi crostini! —Casi chillo como un niño, disfrutando del ceño de

incomodidad en la cara de mi padre. Enseguida me pongo a comer, mientras Laura dirige la conversación hacia otro lado. Hablamos del primer año de carrera y de las actividades extracurriculares que podrían ser útiles para ella, aunque todavía no haya elegido una universidad. Hablamos de los cotilleos de Rochester y de cualquier otra cosa que no esté directamente relacionada con papá, mientras él se zampa su aperitivo y me mira fijamente con una mirada asesina.

—La comida de aquí está buenísima —comento tras unos minutos de silencio—. Solo por el entrante merece la pena volver. Espero que Ted no me guarde rencor cuando te vayas —le recalco a papá— Probablemente tendré que darle una propina. Bastante buena. Pero creo que nos arreglaremos.

—Yo me encargaré de Madison —responde, preocupantemente tranquilo. El ambiente cambia dentro del restaurante, o tal vez Laura y yo somos simplemente súper receptivos a los cambios de humor de nuestro padre. Su rabia es a menudo silenciosa pero potencialmente mortal y siempre es prácticamente palpable. —¿Antropología como tú, dijiste?

—Aléjate de ella —subrayo, manteniendo la mirada en el último trozo de crostini de mi plato. Si le miro ahora, sabrá que voy de farol. —Vas a olvidar que he mencionado su nombre.

—¿Perdón?

—Papá, ella entró en Cornell por su cuenta. Su padre está orgulloso y feliz. Está haciendo algo increíble y tú no se lo vas a estropear —me apoya Laura.

Para ser honesto, no tengo el mayor interés por Madison aquí. No, claro que no. Una puta es una puta. Pero papá se lo pasaría en grande atormentándola. Me niego a darle una pizca de satisfacción. No es un buen hombre. No puedo dejar que la haga daño. Si alguien va a hacer miserable a Madison, seré yo.

—¿Desde cuándo te importa esa chica? —Papá le pregunta a Laura.

Antes de que pueda responder, decido dejarle las cosas claras.

—Vas a dejar a Madison Willis en paz, y vas a mantener su nombre fuera de tu boca. Tus aventuras amorosas han dañado a

esta familia sin remedio. Me niego a daros a ti o a esa zorra avariciosa más protagonismo.

—No estás en posición de decirme lo que puedo o no puedo hacer —responde, sus ojos reducidos a rendijas negras que me retan a seguir. Parece que tiene ganas de pelea. Me gusta demasiado Il Truffatore como para que me prohíban la entrada, aunque la perspectiva de darle un puñetazo es tentadora. Apenas hay nada entre nosotros. Ya no es tan rápido como antes. Podría ponerme de pie y golpear con mi gancho de izquierda. Eso es todo lo que se necesita. —La última vez que lo comprobé, aún dependías de mí, al menos económicamente, ya que soy yo quien paga tu matrícula.

Sonrío. —Quizá no me he explicado bien. Tu asquerosa indiscreción arruinó a nuestra familia. Mamá está muerta...

—Los problemas de Roxanne eran más profundos que mis problemas de fidelidad —sisea papá—. Nunca te mostró nada de eso, por supuesto, porque no podía arrastrarte a su lío. Pero tu madre era una mujer con problemas. Bajo la superficie, detrás de esa fachada controlada y pulcramente cuidada, tu madre era un desastre a punto de ocurrir.

—¡Papá, para, por favor! —Laura está tan cerca de llorar que me rompe el corazón. No es aquí donde vi que iba la discusión cuando saqué el tema de Madison.

—Roxanne nunca supo lo de Madison —sigue papá—. Y eso es lo último que oirás de mí sobre tu madre. Es un tema delicado para cada uno de nosotros. Por favor, Rhue, no luches más contra mí en esto. Deberíamos estar más cerca y ser más fuertes juntos, no discutir así por... por una zorra buscadora de oro.

—Yo no soy el que está discutiendo. Simplemente quiero ser claro —respondo—. Has insinuado que le vas a hacer algo. Supongo que intentarás que la echen de Cornell o algo igual de malo para evitar que nuestros caminos se crucen.

Ted se mueve discretamente alrededor de la mesa y retira nuestros platos vacíos, alejándose como un fantasma incoloro.

—Nada de eso va a suceder. Vas a dejar a Madison Willis en paz. No quiere tener nada que ver conmigo ni con nuestra familia, así

que lo que le dijiste parece haberse quedado grabado. Por lo tanto, esta es una situación que no merece tu atención.

Papá ladea la cabeza. Siempre que hace esto, siento que está a punto de darme una patada en los huevos. Como si estuviera dudando entre reírse o romperme la cara. Es un hombre difícil de leer, pero rezuma peligro y determinación. Su espíritu latino le ha ayudado a abrirse paso a codazos tanto en los negocios como en la política. Su mayor error fue intentar hacer lo mismo con su familia. Puedo ver más allá de su mierda amenazante. Sí, tiene dinero y poder y lo que sea... pero yo soy el hijo de mi padre, y dos pueden jugar el miserable juego.

—Parece que me estás dando una especie de ultimátum —afirma —. ¿Estás tratando de amenazarme, hijo?

—No, Dios me libre. Solo estoy afirmando un hecho. Si haces algo que perjudique a Madison, me aseguraré de que la prensa se entere de tu aventura. No habrá más persecución y acoso a esa puta —le aclaro—. En todo caso, yo diría que ella ya ha pagado su cuota. Al final, ella nunca fue el problema. Lo fuiste tú. No podías mantener tu polla en los pantalones.

Está a punto de decir algo, pero Ted aparece como un regalo caído del cielo con nuestros platos de pasta. Lo único que puedo hacer es sonreír, sabiendo que mi padre es muy consciente de mi incapacidad para vender gilipolleces. He dicho todo lo que he dicho. Si se le ocurre perjudicar la vida académica de Madison, lo sabré y tomaré medidas. No tengo nada que perder. Los pecados del padre no se reflejan en el hijo. La prensa venderá eso en gloriosos titulares. Es consciente de que no estoy jugando.

No se hablará más de Madison Willis, ahora.

La cena irá tan bien como puede ser en esta familia disfuncional y miserable, pero al menos la puta está fuera del alcance de mi padre. Ella es mi juguete y de nadie más. Solo yo puedo atormentar a Madison Willis.

ELEVEN
MADISON

Ha pasado un mes desde que llegué a Ithaca. Debería ser un motivo de celebración: un mes lejos de Rochester y de todas las cosas desagradables que conlleva esa ciudad. Pero una porción particularmente atractiva de esa asquerosidad me ha seguido hasta aquí, aunque sin querer. Rhue y yo no hemos hablado en días, y nuestra última interacción tuvo cinco palabras, como máximo, de las cuales dos fueron improperios.

Desde entonces, todo está tranquilo. Felizmente tranquilo.

Estoy pensando en él. Específicamente, estoy pensando en los días antes de que me viera con Julian. Cuando mi alma era pura y mi corazón cantaba canciones diferentes. Cuando Rhue era todo lo que soñaba. Esos eran buenos tiempos. Tiempos sencillos. Por desgracia, no hay botón de rebobinado en esta vida. Solo puedo avanzar, y mi camino es tan rocoso y complicado como siempre. Hay un peso en mi pecho que no he podido quitarme. Quiero volver a respirar con plenitud y libertad, pero mi garganta se cierra cada vez que Rhue aparece en mi cabeza, como una polilla no invitada atraída por la llama.

Llevo noches dando vueltas en la cama, extrañamente. Aunque he disfrutado del silencio, de su ausencia, no puedo evitar pensar que las cosas entre nosotros no deberían acabar así. Creo que

podríamos hacerlo mejor como seres humanos, como miembros de la misma facultad y participantes de la misma sociedad.

Ya va haciendo más frío por estos lares. Las mañanas arrojan una delicada escarcha sobre las hojas de color rubí y bronce, que se escurre al mediodía, desterrada por el terco sol. En un día luminoso, podría salirme con una camiseta de manga larga y una bufanda. Pero en días como este, cuando el rey celestial baila entre las nubes, me veo obligado a añadir una capa extra. Atravesando la pista de atletismo, me acerco al ruido y al alboroto. Hay un partido de lacrosse en el campo, y he venido a verlo; bueno, no solo eso, sino que lo considero un buen comienzo para todo lo demás que voy a hacer.

Cameron me ve desde el borde de las gradas. Le dedico una sonrisa incómoda y trato de ir a otro lugar con una buena vista, pero el partido está sorprendentemente lleno. Todos los estudiantes de primer y segundo año están presentes, a excepción de un puñado de personas.

—¡Madison! —Cameron grita, y yo me quedo helada. No sé por qué. Se acerca corriendo. Hay calidez en sus ojos. —Hola.

—Hola.

—Lo siento.

Miro a mi alrededor, solo para vislumbrar a los jugadores en el campo con su equipo de color académico mientras corren y persiguen la pelota de lacrosse en territorio enemigo. Los nuestros son rojos con cascos blancos. La de Harvard es exactamente lo contrario, así que no es difícil, incluso para un novato, darse cuenta de que Cornell tiene una estrategia bastante agresiva esta temporada. Pero Cameron reclama mi atención, y sería una grosería no ofrecérsela, sobre todo desde que nuestra última conversación fue bruscamente mutilada por la tormenta de mierda de Rhue.

—¿Qué es lo que sientes? —Pregunto—. No lo entiendo.

—He sido un idiota —suspira, bajando los hombros—. Ese tipo, Rhue. Se me metió en la cabeza ese día, y no he tenido el sentido común de cuestionar las cosas que dijo. Diablos, e incluso si lo que dijo era cierto, sigue sin ser una buena razón para que te rehúya de

la forma en que lo hice. Por eso, Madison, te debo una enorme disculpa.

No puedo evitar sonreír.

—Eres amable. Y dulce. Se agradece mucho, sin embargo. Para ser sincera, no hay mucho que perdonar. Debería haber sabido que mi reputación me seguiría en Ithaca tarde o temprano.

—Al final, no importa lo que hagas en tu tiempo libre —comenta Cameron—. Tu promiscuidad o la falta de ella no debería preocupar a nadie, siempre y cuando tu expediente académico sea intachable, que, por cierto, me han dicho que realmente lo es. Nunca mencionaste la parte de ser un genio académicamente —añade con una risa.

—Mira, voy a ser sincera. Rhue tiene sus razones para estar molesto conmigo. Hice algunas cosas tontas. Yo... permití que ocurrieran cosas —respondo con voz temblorosa, aunque me cuesta creerme a mí misma en este momento. Sin embargo, necesita saber algo, cualquier cosa que pueda ayudarle a encontrarle sentido al día en que Rhue se complació demasiado en llamarme puta. —En retrospectiva, tomaría mejores decisiones, por supuesto. Por desgracia, eso no es posible, así que me veo obligado a vivir con las repercusiones de las decisiones que ya he tomado. Pero tienes razón. El enfado de Rhue puede estar dirigido a mí, pero no implica, ni debería implicar a nadie más. Es un asunto personal entre él y yo, y desde luego no es un asunto que concierna a Cornell. Así que, por favor, no te preocupe por rehuir de mí o de cualquier otra cosa. En todo caso, permíteme disculparme porque has tenido que presenciar un intercambio bastante desagradable.

Hay algo en Cameron que me hace sentir como si la tensión entre nosotros se hubiera roto repentina e incómodamente. Casi puedo sentir su alivio, probablemente porque yo también siento una liberación. Es bueno que pueda abordar ese oscuro fragmento de mi pasado sin compartir demasiados detalles. De todos modos, nunca le contaría a nadie toda la historia. No. Eso acabaría conmigo. Destruiría a mi padre y acabaría con mis futuros planes profesionales en un instante.

—Realmente no tienes nada de qué disculparte —afirma Cameron—. Solo espero que podamos... no sé, ¿empezar de nuevo? ¿Intentarlo de nuevo? ¿Tomar un café, alguna vez?

—O podríamos empezar viendo el partido —respondo, sonriendo.

Frunce la nariz y sé que está a punto de rechazarme, aunque está claro que es lo último que le gustaría hacer en este momento.

—Lo siento mucho. Lo siento mucho, pero tengo que volver a la biblioteca. Tengo una llamada por Skype con mis padres dentro de una hora, así que necesito hacer un trabajo antes de que empiece, porque mis padres son dos adorables charlatanes.

—Oh. Eso es genial —añado riendo—. Entonces dejaremos ese café para otro día.

—Claro que sí. Me alegro de que estemos hablando. Maldita sea, debería haber hecho esto antes. Me siento un idiota.

—Oye, no te preocupes demasiado por esto. Tendrás muchas oportunidades de compensarme —respondo, y luego le hago un gesto para que se vaya. Siento que me arde el cogote. —Vete, ve a la biblioteca, ya nos pondremos al día en otro momento.

Sonríe y se marcha, dejando atrás el recinto deportivo al aire libre. Lo veo desaparecer entre la multitud de estudiantes que llegan, aunque no puedo evitar preguntarme cuánto podrán ver los que llegan tarde, teniendo en cuenta que las gradas están prácticamente desbordadas. Hay mucho ruido y zumbido por todas partes. Me hormiguea la piel y se me acelera el pulso. No estoy acostumbrada a estar rodeada de grupos tan grandes de personas. La ansiedad no tardará en apoderarse de mí si no encuentro a alguien en quien concentrarme. Hay tanta gente aquí, tantas caras y sonrisas brillantes y ojos chispeantes... Necesito...

Necesito respirar.

Dando vueltas, me fijo en el partido de lacrosse. Tengo que calmarme, tengo que recordarme a mí misma que esta es una nueva vida en la que estoy intentando asentarme. La introvertida Maddie necesita dar unos pasos atrás y dejar que la extrovertida Maddie despliegue sus alas. Debe aprender a volar, o de lo contrario se estrellará y perecerá como todo lo que era bueno en mi vida.

Exhalando bruscamente, sigo el partido. Rojo contra blanco. Mi escuela contra Harvard. Esto es el paraíso de la Ivy League. Debería hacer algunas fotos y enviárselas a mi padre. Hará bromas sobre ellas durante días.

Si hay alguien que desprecia a los *preppies* que salen a trompicones de la Ivy League y entran en la vida real sin tener ni idea de cómo vivir realmente, ese es mi padre. Tampoco es partidario del mantra de la «escuela de la vida». No, mi padre cree firmemente en la educación como la clave para un futuro saludable y feliz. Pero está seguro de que no viene con fortunas adjuntas.

—Los niños ricos no saben apreciar lo que tienen —susurro, recordando lo que dijo papá hace un tiempo. Mirando a mi alrededor, puedo ver definitivamente a qué se refería. Todo el mundo aquí —o casi todo, al menos— parece tan inexpresivo. Sonríen y se ríen, claro, pero no hay nada detrás de sus caras. No hay nada en sus ojos. Me siento como si estuviera sumergido en un mar de zánganos.

Me invade el miedo a ahogarme, así que vuelvo a concentrarme en el partido de lacrosse. Ha sido así desde aquel día en la habitación de Julian. Soy incapaz de concentrarme cuando hay mucha gente. El terror me agarra por la garganta. La impotencia me apuñala por la espalda y me cuesta respirar. Cuando no estoy entrando en una espiral de ataques de pánico, me desmayo por la falta de oxígeno. Por suerte, no he tenido uno de esos desmayos en más de seis meses. Quizás esta vez también lo evite.

—Ojos en el juego —me digo a mí misma, presionando mi hombro contra una de las vigas de acero que sostienen las gradas—. Los ojos en el juego.

Es el último cuarto, me doy cuenta, según el marcador. Es un partido amistoso, pero los nuestros van ganando. Nuestros chicos. Suena tan bien. Como si realmente perteneciera a este lugar.

—Pero sí pertenezco aquí —murmuro suavemente. He trabajado mucho para llegar a este punto de mi vida. ¿Por qué me cuesta tanto adaptarme y aceptar que este es mi nuevo hogar durante los próximos cuatro años, al menos? Seis, si es que decido hacer un máster también. ¿Por qué me siento como una extraña en lo que es

prácticamente mi propio territorio? Soy una extraña en mi propia tierra, y yo soy la única responsable de este sentimiento. He permitido que Rhue me haga esto.

Sí, pertenezco a este lugar.

Y hay una pizca de decencia en algún lugar dentro de ese hombre. Tengo que encontrarlo y arrastrarlo de vuelta a la luz. Finalmente, lo veo en el campo. Pensé que entraría en el equipo de hockey aquí: el hockey era su pasión en el instituto, era lo único que le importaba de verdad. Su madre también le animó. Ver a Rhue aquí, estudiando antropología, jugando al lacrosse, se siente... no sé, se siente fuera de lugar. Como si se hubiera convertido en alguien completamente diferente. Bueno, excepto por las partes de idiota. Las conservó bastante bien.

Sin embargo, desde donde estoy, puedo ver que sigue siendo un atleta exquisito. Ligero de pies, Rhue se mueve como un puma, saltando y corriendo como si pesara menos que una pluma. Es una sombra que gira a derecha e izquierda. Gira y esquiva, se mueve en una dirección, pero rápidamente se reajusta y se dirige a la dirección opuesta.

Es difícil seguirle el ritmo, y los chicos de Harvard saben que no van a ganar. Su moral ya ha disminuido desde hace tiempo, teniendo en cuenta solo el marcador, pero Rhue no lo hace más fácil. Anota unos cuantos puntos más y sonríe como el diablo mientras lo hace, restregándoselo en la cara sin piedad alguna. Cuando termina el partido, Cornell aventaja a Harvard con una diferencia vergonzosa, pero como se considera un partido amistoso, no deben pensar demasiado en ello.

Al girar la vista, la encuentro a ella y a Rita en el borde del campo, con los vaqueros más ajustados que jamás se hayan fabricado y camisetas de tirantes a juego recortadas de las camisetas del equipo de lacrosse, de un rojo intenso y prácticamente envueltas en sánar alrededor de sus torsos de waspy. Y ambas se derriten cuando Rhue termina de chocar los cinco y felicitar a sus compañeros de equipo, y se dirige hacia ellas. No sabía que ahora se llevaban bien. No después de cómo me defendieron. Toda la escena carece de sentido, y para cuando Rhue me descubre, las dos chicas

le están plantando besos de felicitación en las mejillas mientras yo me quedo boquiabierta como una idiota.

—Humo —murmuro y decido marcharme.

Claro que he venido aquí con intenciones pacificadoras, pero ese momento de trío entre Rhue, Lindsey y Rita me dice que mis amigas podrían no ser mis amigas, después de todo... o ya no, al menos. No puedo arriesgarme a llamar su atención, ahora. Me siento como una presa, y a juzgar por cómo se ríen cuando están cerca de él, Lindsey y Rita son hienas voraces.

Esto ha sido tan estúpido. Escogí el lugar y el momento equivocado para tratar de enterrar nuestro hacha de guerra.

—¡Madison! —Rhue me llama justo cuando estoy a punto de cruzar la pista de atletismo, ansiosa por dejar atrás el resto del mundo. Necesito soledad y silencio. Pero la forma en que mi nombre sale de su boca, casi como una orden severa, me obliga a detenerme.

Esperaba poder salir sin ser notada.

—Madison —pronuncia de nuevo mi nombre al llegar a mí. Soy incapaz de moverme, solo miro mis zapatillas y rezo para que todo esto acabe rápido. Si le miro ahora, si le presto un ápice de mi atención, perderé la concentración. Me perderé a mí misma, porque Rhue es un puto torbellino que lo absorbe todo. —Espera.

—¿Qué? —Respondo sin despegar los ojos del suelo. Siento la piel tensa. El depredador ha puesto sus ojos en mí. A pesar de mi discurso de luchar y no dejar que me arruine esto, me paralizo como un ciervo justo cuando los colmillos del puma encuentran la arteria carótida, el elixir carmesí de la vida fluyendo libremente, filtrándose en el suelo.

—¿Qué estabas haciendo ahí? —me pregunta.

Le frunzo el ceño brevemente. —¿No se me permite estar ahí?.

—Es que no te tenía por una aficionada al lacrosse.

Parece divertirse.

—¿A diferencia de Lindsey y Rita, quieres decir?

Rhue se ríe, pero no suena malicioso como antes. —No era mi intención robarte tus amigas.

—Obviamente no son mis amigas, ya que te encuentran buena compañía —me burlo y me muevo para alejarme. Su mano sale disparada. Me agarra por la parte superior del brazo y unas ondas de calor abrasador me atraviesan como una corriente incendiaria. —Suéltalo.

—Solo quiero hablar, eso es todo —dice. No sé por qué soy tan tonta como para querer creerle, pero mi vacilación se convierte en su señal para seguir hablando. —Es hora de que dejemos esto atrás, ¿no crees?

Mi miedo se transforma en desconcierto. Con lo primero, sabría qué hacer. Con lo segundo, estoy perpleja. Nunca antes me había dejado sin palabras ni confundido. Rhue me ha hecho desfallecer. Ha hecho que mi corazón se agite y que mi coño se moje cada vez que se cruza en mi mente por la noche. He pensado en él más de una vez mientras me daba placer a mí misma, aunque no me he sentido muy bien durante el último año, pero esos son mis demonios que manejar. Rhue me ha hecho enfadar, y también me ha roto el corazón. Sin embargo, nunca me ha hecho pensar así.

—¿Consideras esto una llamada a la paz? ¿Una tregua temporal, al menos? —añade al notar mi silencio. Mis palabras no aparecen por ningún lado, todavía.

—Um...

—¿Quieres saber por qué me hice amigo de Lindsey y Rita? —responde Rhue.

—No.

—Es la única forma en que pensé que podría acercarme a ti —explica—. Te he herido profundamente, Madison. Te he hecho daño de una forma que nada ni nadie podría arreglar, y puede que nunca me perdone la agonía que te he causado.

Siento que mis labios se separan, una larga exhalación deja mis pulmones en puro shock.

—Esto es una especie de sueño enfermizo.

—No, es solo que estoy volviendo a mis cabales —afirma, con una media sonrisa—. Estoy cansado, Madison. Estoy cansado de este odio tóxico, de esta ira entre nosotros. ¿Tú no lo estás?

—Estoy cansada desde hace un año —respondo, nerviosa e insegura de lo seguro que es para mí seguir el repentino cambio de energía entre nosotros. Hasta ahora, la he sentido al rojo vivo y furiosa, odiosa y venenosa, el mismo aire irrespirable cuando estamos demasiado cerca el uno del otro. Sin embargo, ahora... inhalo profundamente, y me doy cuenta de que el dolor de mi alma se atenúa, muy lentamente, perdiendo su vigor mientras contemplo la posibilidad de que tal vez, solo tal vez, ya no tenga que ser así.

Que Rhue pueda encontrar en su corazón la forma de perdonarme. Solo entonces podría encontrar la fuerza para perdonarme a mí misma.

—Madison, he estado furioso durante demasiado tiempo. Odiándote a ti. Odiando a cualquiera que pudiera encontrar, buscando gente a la que culpar por lo que pasó. Pero... la verdad es que... nadie tiene la culpa. Mi padre es un cabrón. Mi madre no pudo soportarlo más. Era una víctima, y debería haberlo sabido.

¿Realmente estoy escuchando esto? —Empiezo a pensar que alguien te echó algo en la bebida —murmuro, mirándolo con total incredulidad.

—No, nada de eso, lo juro. Mira, tuve una cena con Laura y mi padre. Salieron muchas cosas feas, y sí, mi familia es básicamente una basura elitista, pero papá se encargó de recordarme la inestabilidad mental de mamá... y lo bien que la ocultaba. Nunca fuiste la culpable, Madison, y nunca debí tratarte como tal.

—De acuerdo —digo vacilante.

Miro por encima de su hombro y noto que Lindsey y Rita me roban miradas. Sonríen de forma esperanzadora, como si esperaran que les devolviera la sonrisa y les sugiriera que las cosas van a ir bien entre Rhue y yo. Es como si todo un ecosistema estuviera esperando que las dos hiciéramos las paces. No puedo decir que me desagrade esta sensación. En todo caso, me gusta tener este tipo de poder. Pero me han herido, humillado y acorralado tantas veces que me cuesta reconocer una oferta genuina de paz cuando me la ofrecen.

—Lo digo en serio, Madison —reitera Rhue—. Odiarte me quita demasiada energía. No me parece bien. Y tú misma hiciste un buen

punto cuando mencionaste lo importante que es este lugar para ti. El Sr. Willis ayudó a que estuvieras aquí, y nunca me perjudicó, personalmente. Poner en peligro tu rendimiento académico de cualquier manera lo perjudicaría. Está mal. Solo hay más sufrimiento para salir de este conflicto entre nosotros. Así que, ¿por qué no terminarlo?

Tardo uno o dos segundos en asimilar bien los argumentos que expone. Tiene tanto sentido que sería tonta si no considerara su benevolencia en este momento. Tal vez esté cansado. Tal vez quiere que esto termine. Sé que yo ciertamente lo quiero.

—Estoy a favor de la paz y la armonía —responde.

—Bien —contesta Rhue, permitiéndose sonreír.

Es más guapo de lo que recuerdo. Ha crecido en su nueva vida. Quizá también es un poco más alto, y hay una cierta oscuridad que persiste en sus hombros y en los tenebrosos charcos azules de sus ojos. Se trata de un hombre, no del niño Echeveria que me llamó la atención por primera vez con su descaro y sus sonrisas juguetonamente demoníacas. Aquella versión de él era suficientemente atractiva por sí misma. Esta nueva versión, sin embargo... hace que me suba la temperatura.

Rhue lo domina todo en mi vida, aunque nunca lo he querido. Dudo que sea consciente de ello. Pero desde el momento en que nos conocimos, supe, en el fondo lo sabía, que nada volvería a ser igual. Solo deseo que el cambio no vaya acompañado de tanto dolor e infelicidad, de toda esta vergüenza y rabia silenciada.

—Espero de verdad que lo digas en serio. Porque estoy agotada, Rhue.

—Todo irá bien —susurra. Antes de que pueda reaccionar, se inclina y entonces sus labios están sobre los míos, quemando el tipo de fuego que no estoy segura de querer que se apague.

El tiempo se detiene. Los vítores y las risas de la euforia posterior al partido se desvanecen en un silencio sepulcral. Todo movimiento se detiene. El mundo que me rodea se convierte en una elaborada escultura con cientos de personas esparcidas por el campo de fútbol, con las gradas brillando bajo el sol de la mañana y las colas de golondrina atrapadas en pleno vuelo mientras migran hacia el cálido

sur. Siento los labios en carne viva, como si la delicada piel se desprendiera, y puedo sentir los labios de Rhue a un nivel subatómico. Puedo sentir la energía de él vertiéndose en mí.

Mi aliento se ha ido.

Mi mente, también.

Saboreo el dulzor mentolado de un chicle masticado hace más de una hora. No sé cómo ha perdurado, pero lo ha hecho. Saboreo el sudor y el cansancio de un partido de lacrosse muy disputado. Saboreo el potencial de un gran hombre que está forjando su camino en la vida, y rezo a todos los dioses y entidades sobrenaturales para que encuentre una dirección que le lleve lo más lejos posible de su padre.

Mis entrañas se encienden cuando él profundiza el beso y su lengua se desliza a través de él. Me consume, de dentro a fuera, con sus brazos enroscados en mi cintura mientras me acerca. No nos hemos besado desde aquel día, el beso anterior a lo que ocurrió. El beso antes de la ruptura. He pasado innumerables noches preguntándome cómo sería. Imaginando sus manos por todo mi cuerpo, sus labios resbaladizos y deseosos de explorar cada centímetro de mi piel. Ahora estamos tan cerca y de forma demasiado repentina, pero no hay nada que pueda hacer para detenerlo.

Soy mantequilla derretida, brotando y suave en su abrazo, aunque definitivamente puedo sentir el bulto endurecido en sus pantalones. Oh, Dios, esto es increíble. Esto... no, esto no debería estar pasando. No tiene sentido. Pero me gusta demasiado, mi pulso se acelera, no quiero que se detenga. Diablos, mis manos se mueven por sí solas. Le abrazo la cara y me pierdo en este beso, en este momento dulce y peligroso porque es lo único que puedo hacer.

—Madison —susurra Rhue contra mis labios.

—¿Mhm?

Nada se mueve a nuestro alrededor. No oigo nada. Tal vez el tiempo se detuvo realmente, y no es solo una impresión. El olor de su colonia se mezcla con la salinidad del sudor, lo que me hace preguntarme cómo se sentiría su piel bajo mi tacto ahora mismo. Solo tengo que quitarle la ropa de los hombros y la camisa para

hacerme una idea. Durante medio segundo, me veo desnuda bajo él. Está empujando más fuerte y más profundo...

—Madison —susurra de nuevo.

Gimo en su boca, tan suavemente que es incluso más silencioso que un susurro.

Rhue atrapa mi labio inferior entre sus dientes durante un breve instante.

—¿Te importa agacharte para que te penetre como hacía mi padre?

Me alejo, observando cómo su rostro se retuerce en algo oscuro y grotesco antes de adoptar la forma de Julian en mi imaginación. Los brazos de Rhue me sujetan con fuerza. Tal vez demasiado fuerte. Mi suministro de aire ha desaparecido. Siento que me asfixio. Mi fantasía se ha podrido.

—¿Qué? —Consigo decir, tratando de discernir entre la realidad y la horrible fantasía que parece haberse apoderado de mi mente.

—Agáchate y acéptalo como una niña grande —dice Rhue.

Mis ojos se abren porque no puedo soportar la visión de Rhue. No puedo soportar la forma en que se parece tanto a su padre en este momento. El mero recuerdo de lo que pasó entre nosotros me da ganas de vomitar. Qué terrible error fue. La bilis se me agolpa en la garganta cuando me doy cuenta de que Rhue aún me abraza, y su sonrisa es fría y malvada. Fue una mentira. Una asquerosa y bonita mentira. Me atrapó. Le daré crédito a quien lo merece. Me atrapó.

—Solo quiero ver por qué tanto alboroto. ¿O se supone que tengo que pagar por ese polvo como hizo mi padre? —añade, e inmediatamente lucho por zafarme de su firme agarre. Sin embargo, se opone a mi liberación y se ríe.

—¡Pedazo de mierda! —Gruño, doy patadas y puñetazos hasta que finalmente me libero.

Varios metros se interponen entre nosotros mientras recupero el aliento, pero sigo sin poder inhalar bien. No hay nada que inhalar. El tiempo vuelve a fluir, y vuelve a ser ruidoso y alegre. Muchos ruidos. Risas y bocinas. Tonos de llamada y timbres de mensajes. El chasquido y el tintineo de los palos de lacrosse que se tiran al suelo

junto a las gradas. Todo ha vuelto a la normalidad, excepto yo. No puedo respirar. No puedo recuperarme. Estoy en un punto oscuro, y Rhue es quien ha hecho esto. Nadie más. Soy incapaz de culparme por ello.

—¿Qué? ¿Realmente pensaste que querría hacer las paces contigo? —Responde Rhue, solo medio divertido. —Creía que eras la más brillante del estado, según tus resultados en la selectividad. ¿Cómo puedes ser tan estúpida? Tú eres la razón por la que el matrimonio de mis padres se vino abajo. Eres la razón por la que mi madre se ha ido.

—¿Cómo has podido? —Me las arreglo. Esto es un tipo de asalto totalmente diferente. Una violación de mi alma. Un menosprecio de mi dignidad. Me ha engañado una vez, ahora. Esta es para él. La próxima vez, me haré cargo. Pero este es todo Rhue. Pensé que era más genuino que esto, caer tan bajo no es propio de él. O algo terrible está pasando en su vida, o tiene toda la razón, y yo soy la idiota del barrio.

No soy un genio. No soy ni remotamente inteligente.

Si lo fuera, habría visto esto venir.

—Te dije que la guerra acababa de empezar. ¿Qué parte de esa declaración implicaba la más mínima posibilidad de una tregua, eh? —me recuerda Rhue—. Te deseaba, Madison, pero elegiste dejar que mi padre te follara. Me miraste directamente a los ojos mientras te penetraba en la cama de mi madre. ¿Cómo pudiste siquiera imaginar que esto entre nosotros terminaría de otra manera que no fuera con lágrimas y sangre, eh?

Hay tantas cosas horribles que me gustaría hacerle ahora mismo. Cualquier cosa para hacerle sentir al menos una pizca del dolor que me ha causado. Pensé que estábamos llegando a un lugar mejor. Pensé que podría dejar atrás la pesadilla. No me atrevía a desear que fuéramos más que conocidos lejanos, en el mejor de los casos, mejor que enemigos, y sin embargo aquí está, insistiendo en lo último.

—Hace falta un cierto tipo de maldad para hacer algo así —le digo a Rhue—. Puede que tu padre sea un monstruo, pero al menos es honesto consigo mismo, o al menos lo era conmigo. Pero tú...

miserable gilipollas... no puedes hacer frente a tus propias insuficiencias, y crees que atormentándome mejorarás tu vida. Pretendes ser una persona decente, solo para engañar y herir a la gente. ¿Qué dice eso de ti? ¿Qué pensaría tu madre si te viera ahora?

—¡Saca el nombre de mi madre de tu asquerosa boca! —gruñe, señalándome con un dedo furioso. Me burlo y sacudo la cabeza lentamente, ya no me impresiona.

—No puedes llamar sucia a mi boca después de todas las mentiras que me acabas de dedicar. Eres patético, Rhue Echeveria. Eres peor que Julian. Mucho peor, joder.

Eso lo golpea profundamente. Puedo verlo en su cara. La indignación. La ira. La comprensión gradual de una dura verdad. Me alejo, temblando como una hoja. El sudor se cuela en mi camisa y siento la piel floja. Me preocupa no llegar a tiempo a mi dormitorio. Mis rodillas son débiles. Es como si todo lo que soy fuera a derretirse y a caerse de los huesos.

Mi corazón ya estaba roto, pero ahora me duele más. El dolor es más agudo y profundo que nunca, pero sé por qué. Esperaba lo mejor sin prepararme para lo peor.

Esperaba más de un hombre que claramente no espera más de sí mismo. Rhue es un ser humano increíble: fuerte, inteligente, feroz y curioso. Pero también está cegado por el dolor. Desesperado por buscar a alguien que cargue con la culpa del enorme agujero que dejó la muerte de su madre.

Yo soy el chivo expiatorio aquí.

Sin embargo, nunca lo pedí. Nunca pedí tanto dolor y angustia.

Pero acabo de mentir también. Mentí, porque dije que él es peor que su padre. No lo es. Nadie que conozca es peor que Julian Echeveria. Por más que Rhue lo intente, nunca será peor que su padre. ¿Cómo le hago entender eso sin destruirme en el proceso? No estoy segura de cuánto más podré soportar.

Sigo sin poder respirar, maldita sea.

TWELVE
MADISON

2 de septiembre de 2018: Madison

—HOLA, ¿Tierra a Madison?

Venir a la mansión Echeveria es siempre una experiencia totalmente distinta. La elegante decoración y la suntuosa tapicería, los lujosos papeles pintados hechos a mano y las cortinas bordadas en oro me hacen sentir permanentemente diminuta e insignificante. Cada centímetro de este lugar grita buen gusto y un lujo ridículo, el tipo de cosas que nunca podría permitirme, ni siquiera si me convirtiera en la mejor antropóloga del mundo. De todos modos, no estudiamos a la humanidad para hacernos ricos.

—Sí, lo siento —le digo a Rhue después de desmayarme con él durante un buen minuto.

Esta es nuestra enésima sesión juntos. He perdido la cuenta, pero eso se debe principalmente a que ya no soy yo misma cuando estoy con él. La tímida e introvertida Madison entra en coma en cuanto pongo un pie en este estudio. Rhue saca un lado nuevo y sorprendentemente vibrante de mí, esta Madison fría y atrevida que siempre tiene una respuesta inteligente para el jovencito rompecorazones de Rochester. Sin embargo, hay momentos en los

que le estoy escuchando hablar de un tema en particular y me encuentro con que me estoy espaciando, embelesada por su aguda elocuencia y el discreto hoyuelo que se forma cada vez que sonríe.

—¿Qué pasa? —me pregunta.

—Nada —respondo, ofreciendo un gesto de disculpa—. Es mi cabeza la que está hecha un lío. Es decir, tengo muchas cosas en la cabeza estos días y tampoco se me está haciendo fácil.

Esta semana hemos estado trabajando en historias antiguas de Oriente Medio, pero él sabe que no me refiero a eso.

—Ah. No has decidido a qué universidad solicitarlo, ¿eh? —Rhue se ríe—. Bienvenida a mi mundo, entonces.

—Creía que estabas empeñado en ir a Harvard.

Sacude la cabeza.

—Mi madre, tal vez. Papá quiere Cornell. Pero lo he pensado un poco y, sinceramente, no lo sé. Si sigo estrictamente los criterios del hockey, podría perderme algunas ventajas académicas.

—Creo que se te ha pegado un poco —respondo con una risita.

Fui yo quien le insistió en que no debía dejar que la calidad del equipo de hockey de una universidad fuera el único factor determinante de su elección. Me impresiona que haya decidido escucharme. Rhue no es el tipo de hombre que acepta fácilmente los consejos de otras personas. De hecho, es el ejemplo del escepticismo. Se toma todo con un grano de sal, a menos que haya un consenso de la comunidad científica que le ayude a orientarse en la dirección correcta.

Y pensar que su madre es de la realeza política, mientras que su padre es un multimillonario hecho a sí mismo al que le gusta tirar del brazo en el Congreso. Rhue es la manzana que cayó a dos continentes del árbol. Sin embargo, su apellido todavía me tiene en vilo. Es difícil ignorarlo. Es difícil no pensar en Julian Echeveria y su política agresiva cuando miro a su hijo.

—No, pero en serio, ¿qué está pasando? —vuelve a preguntar, sin querer ignorar mi momento de embotamiento. Mis mejillas arden de vergüenza. No he sido más que friki con este tipo, pero ahora está empezando a ver las grietas de mi armadura. —Pareces preocupada. ¿De verdad es solo por el tema de la universidad?

Asiento con la cabeza una vez, aunque estoy mintiendo.

—Estoy en mi segundo año sabático, ahora. No habrá un tercero, y necesito decidirme.

—Pero tienes tiempo hasta abril.

—¿Y si no me decido antes de eso?

Rhue se encoge de hombros. —Entonces te tomas otro año sabático.

—Ridículo.

Se ríe.

—No, piénsalo. Seamos completamente honestos sobre la idea de una educación superior, para empezar. Tú mismo dijiste una vez que no somos ni de lejos lo suficientemente maduros al final de la adolescencia y al principio de la veintena como para apreciar y digerir completamente una educación universitaria adecuada.

—Ah, veo que aprendes rápido. Usando mis propias palabras contra mí, ¿eh?

—No estabas mintiendo, ¿verdad? —Me responde con una sonrisa socarrona. No es de extrañar que todas las chicas lo amen incondicionalmente. Una sonrisa y puf. Te tiene. Enganche, línea y plomada. Sacudo la cabeza como respuesta.

—Entonces, ¿qué tiene de malo practicar lo que predicas? También dijiste que la universidad solo debería estar abierta a los mayores de 25 años y que deberíamos pasar el periodo entre el instituto y la universidad trabajando en diferentes industrias de servicios o cualquier otro tipo de trabajos que solo requieran un título de secundaria.

—Para ganar experiencia en la vida, sí —respondo, concediendo mi propia opinión—. Porque ir a la universidad ahora significaría al menos un 70 % de educación desperdiciada. Estamos demasiado hormonales y emocionalmente verdes para comprender plenamente la elección de una carrera ahora. Sí.

—Dado el incremento de la vida que hemos podido disfrutar desde principios del siglo XX, al menos —añade Rhue—. Y estoy de acuerdo. Personalmente, aceptaría un trabajo en un bar o en algún sitio si no tuviera hockey. Si no fuera por mis esfuerzos deportivos,

probablemente seguiría tu ejemplo y me tomaría al menos un año sabático.

—Sí, lo de practicar lo que se predica no es la razón por la que me imagino expulsada y completamente vetada de tu casa —comento, tratando de no reírme—. Tus padres me matarían si no vas a la universidad el próximo otoño.

Se queda quieto, con una sombra revoloteando por su cara. Sus cejas se fruncen ligeramente mientras considera cuidadosamente mi expresión.

—No quieres que estas sesiones terminen, ¿eh?

—Eres uno de mis trabajos más lucrativos —respondo, aunque siento que la piel me arde. Estoy recibiendo demasiada atención y no sé cómo afrontarlo. Suele reservar esa mirada ardiente para Sarah y similares. Me siento incómoda. Como si fuera una especie de impostora. —Sería un idiota si quisiera que esto terminara.

Rhue se acerca más, aunque el enorme escritorio de ébano sigue separándonos. Se me reseca la garganta, repentinamente encendida por esa mirada oscura en sus ojos.

—¿Es eso todo lo que soy para ti, Madison? ¿Un trabajo bien pagado?

—¿Qué? No —respondo, tratando de minimizar la seriedad de este momento entre nosotros. Supongo que una parte de mí sabe a dónde va con esto, y me asusta demasiado su apellido. Puede parecer absurdo para la mayoría. La mitad de los estudiantes de último año de su instituto matarían a sus propios hermanos para salir con Rhue Echeveria. Por otra parte, la mitad de los estudiantes de último año de su instituto son solo un cepillo de más de dieciocho años y demasiado tonto para su propio bien. No tienen ni idea de la vida.

—No, en absoluto. Aprecio el tiempo que pasamos juntos —aseguro, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. Es que hacemos estas sesiones para que tengas la mejor oportunidad de entrar en la universidad que elijas. No quiero que nada más nos distraiga de ese objetivo.

Lentamente, Rhue se levanta del asiento de su padre. Algo se acerca. Sé lo que es, y se dirige hacia mí. Tiene esa mirada en los

ojos; el hambre que veo en mí cada vez que pienso en él. Se mueve lentamente, como una pantera que merodea, siguiendo a su presa. Mierda, yo soy la presa. Mi corazón se encoge y lucha. Es del tamaño de un guisante, ahora, mi pecho se aprieta y palpita con cada latido rápido. Dum. Dum. Dum.

—Tendrás que perdonarme, Madison, pero me cuesta creer que la única razón por la que nos reunimos aquí dos veces por semana sea únicamente para mi desarrollo académico —comenta, ahora moviéndose alrededor del escritorio en un intento de acercarse a mí. Cada centímetro cuadrado de espacio que desaparece entre nosotros añade una gota de sudor a mi sien. Llevo semanas fantaseando con esos labios. —Tiene que haber algo más entre nosotros.

—Um...

Está demasiado cerca. Se eleva ante mí, mientras yo me encojo en el sillón, con las yemas de los dedos resbalando de sudor contra el tapizado de cuero. Intento pensar en una forma de alejarme y colocarme en una posición mejor, más neutral, pero mi propio cerebro conspira contra mí. Me quedo muda y paralizada cuando se inclina y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. El mero hecho de tocarme es electrizante y me hace estremecerme en respuesta. Rhue sonríe. Sabe exactamente lo que está haciendo.

Debería enfadarme con él. Debería cortar esto antes de que lleguemos demasiado lejos, pero el fuego que arde densamente en mi interior exige que deje que me consuma. Para ello, sin embargo, necesitaría a Rhue para encenderlo. Él no diría que no, a juzgar por esa mirada hambrienta en sus ojos. Sus anchos hombros me hacen sentir tan pequeña. Tan frágil. Sus brazos son fuertes, los músculos sobresalen lo suficiente bajo el jersey de color carbón como para sugerir su poderío físico.

—¿Qué pasa, Madison? —me pregunta, con sus labios a escasos centímetros de los míos. Fui una tonta al confiar en el escritorio. No sirve de nada cuando Rhue está decidido a conseguir lo que quiere. —¿Te ha comido la lengua el gato?

Hay muchas maneras en las que esto podría salir mal.

Rhue está a punto de besarme. Puedo ver la lujuria brillando en su mirada oscura. Los labios se separan lentamente. La punta de una lengua rosada que nada me gustaría más que sentir en mi piel. Mis entrañas tiemblan de placer al pensar en las muchas maneras en que esto podría salir mal. Solo queda un aliento entre nosotros, y yo retengo el mío, con los dedos clavados desesperadamente en los reposabrazos.

Entonces me viene a la cabeza su apellido. Todas las formas deliciosamente erróneas en las que nuestros cuerpos y almas podrían entrelazarse palidecen en la nada insípida cuando me doy cuenta de lo que implica cualquier tipo de relación física entre Rhue y yo.

—Es una mala idea —me oigo susurrar.

¡Lo es! Mi instinto de conservación me grita. Roxanne, su madre, es de la familia política Spaulding. Han sido presidentes en la sombra, senadores y representantes de larga duración durante todo el tiempo que han sido ciudadanos de los Estados Unidos y residentes de los estados de Nueva York y Delaware. Ahora están en todas partes. En el Congreso. En el Departamento de Justicia. Sé de uno en el Departamento de Energía, también. Y no me hagas hablar de Julian.

—A mí no me parece así —respira Rhue, y siento el calor acariciando mis labios.

Oh, Dios, daría cualquier cosa por ver esto hasta el final. Me muero por probarlo, anhelo ser poseída por él. Mis bragas ya están empapadas, y es una sensación tan dolorosa como para dejarla insatisfecha.

Julian Echeveria es dueño de la mitad de Rochester. Está en innumerables consejos de administración. Tiene a tres cuartas partes del ayuntamiento en sus bolsillos, y es amigo de casi todos los miembros del Congreso de los Estados Unidos. Una llamada telefónica es todo lo que necesitaría este tipo para arruinar mi vida si quiere. Papá paga a la empresa inmobiliaria de Julian el alquiler de la carpintería y el estudio. Una mala crítica, y el negocio se va a la mierda. Sin mencionar mis propias ambiciones académicas. Julian

tiene amigos en la Liga de la Hiedra, si un número suficiente de ellos habla en mi contra, estoy jodida.

—No soy lo que tu padre consideraría aceptable en una novia para ti —murmuro, la realidad me golpea con fuerza, como un puñetazo en las tripas. Eso hace que el avance de Rhue también se detenga de repente. Frunce el ceño mientras me mira fijamente durante un rato. Siento la necesidad de seguir explicándolo. —Soy una don nadie, Rhue. No vengo de una buena familia, no somos ricos, papá apenas se las arregla con su carpintería. Los Echeveria podrían aplastarme como a un insecto.

Rhue endereza la espalda. El ambiente cambia casi de inmediato, la temperatura baja rápidamente por debajo de cero mientras trato de mantener el ritmo.

—¿De verdad crees que yo te haría eso? —pregunta.

—No, tú no, Rhue. —Me levanto lentamente y meto el cuaderno de trabajo y la carpeta en mi bolso. —No es a ti a quien tengo miedo. Es a tu padre. ¿Qué pasaría si esto... esto entre nosotros fuera más lejos? ¿Tendría sentido? Por favor, dime que lo que digo tiene sentido.

—Sin embargo, mi padre no es el maldito Boogieman —responde Rhue—. Y mi vida personal es mía y solo mía. ¿No nos caemos bien, Madison? ¿He estado leyendo mal toda esta dinámica nuestra?

Sacudo la cabeza y retrocedo, ahogada en mi propia vergüenza. He herido sus sentimientos, y él no se merece eso.

—No. No, no lo has entendido mal... Dios, esto es tan difícil de explicar para mí sin que tu familia parezca unos absolutos monstruos. La cosa es... Rhue, necesito cuidar de mí y de papá, antes que nada.

—¿Y qué daño estaría haciendo? Ni siquiera sabemos lo que estamos haciendo —contesta Rhue— ¿Seguro que es a mi padre a quien tienes miedo? No digas que mamá también te asusta, porque me reiré tanto que me dará un tirón. Madison, no somos los malditos Bloody Benders. Somos seres humanos normales con quizás más dinero del que podríamos gastar. Eso es todo. También estás dando clases particulares a mi hermana. ¿Te ha dado alguna vibración de Lizzie Borden?

Lo único que me gustaría es reírme, pero sé que está intentando deliberadamente convertir esto en una broma. Pero la verdad permanece entre nosotros, pesada y venenosa hasta un punto que justifica la precaución por mi parte.

—No quiero arruinar nada de esto —afirmo, señalando a mi alrededor—. Tenemos que mantener la profesionalidad. Soy tu profesora particular. Maldita sea, Rhue, no quiero enfadar a nadie. Hay tantas chicas en ese instituto que son perfectas para ti.

Levanta una ceja.

—De verdad. ¿Ahora vas a ir por ahí?

Me siento ridícula. —Lo siento. Acortaremos esta clase y solo te cobraré una hora.

Me voy antes de que pueda detenerme. Me arde la cara y me comparo fácilmente con un toro socialmente torpe metido en una pequeña tienda de porcelana. Todo lo que está a mi alcance se rompe en pedazos, y todo es una puta mierda ahora mismo.

Me gusta Rhue. Me gusta mucho. Él está en mi mente. También está en mis sueños, y demasiado a menudo me encuentro fantaseando con que estamos juntos. Besándonos. Nuestras manos recorriendo y apretando y sintiendo todo lo que está a su alcance. Rhue llenándome. Él sería mi primero. Sacudo la cabeza y pierdo ese pensamiento.

Me despedí de ese pensamiento en el momento en que salí de su casa.

Lo dejé claro. A partir de ahora vamos a mantenerlo estrictamente como un trabajo.

¿Qué probabilidades hay de que respete mis deseos? Diablos, ¿cuáles son las probabilidades de que me sea fiel a mí misma?

THIRTEEN
RHUE

No debería estar solo en este momento.

Ese truco que hice antes con Madison seguramente casi me costó el alma. Debería estar disfrutando. Dando palmaditas en la espalda por haberla roto de la forma en que lo hice. La atraje, y ella se creyó todo el espectáculo. Hubo algunas preguntas, pero nada que no pudiera manejar. El hecho de que Lindsey y Rita se acercaran a mi lado también ayudó a endulzar la situación, aunque claramente asustó a Madison al principio. Mi teléfono todavía está lleno de mensajes de esas dos cabezas huecas mimadas y santurronas. Les gustó tanto nuestro trío que quieren repetirlo. Personalmente, yo no. Las chicas sirvieron para un propósito y solo para uno. Me ayudaron a desahogarme, me permitieron follar con sus cerebros, y eso fue todo.

—Joder —murmuro y abro la nevera. Hay una botella de vino medio vacía en la puerta. Probablemente aún se pueda beber, pero quizá necesite algo más fuerte. A continuación, compruebo el congelador. —Ahí está. —Tengo una botella de malta en hielo, por si acaso. No he bebido nada desde la semana pasada, pero tratar con Madison hoy me ha dejado sin vida y sin energía. Necesito un poco de estímulo.

O podría ser honesto conmigo mismo y admitir la verdad. Necesito algo para calmar el dolor. Me excedí con Madison. No debería haberle hecho eso. Todavía tengo los labios entumecidos y la punta de la lengua me pide más. Tenía un sabor increíble... por mucho que quiera negarlo, no puedo.

—¡Joder! —Me pongo a gritar y saco la botella del congelador.

Dos triples disparos después, el calor se extiende por mi estómago, abriéndose camino hacia mi pecho y mi garganta. Poco a poco, mis músculos empiezan a relajarse. Me quito la ropa, me pongo unos pantalones cortos y me dirijo a la ventana del salón. Desde aquí tengo una vista decente de la parte norte de Ithaca. Esas luces que parpadean en la distancia, justo por encima del horizonte recortado donde el naranja del atardecer empieza a oscurecerse contra la tierra y el bosque, esa es la zona del campus. De forma abstracta, puedo ver a Madison desde la ventana de mi salón.

Un poco más a la izquierda, está el bosque y las casas de las fraternidades, cada una con sus cuidadas entradas y sus descerebrados que se enorgullecen demasiado de tres palabras griegas encadenadas al azar. Es la única cosa que nunca entendí. No necesitas una tribu para ser un gilipollas. Puedes ser como yo, un gilipollas original.

—Joooooooder. —Parece que esta noche me estoy odiando de verdad. Necesito otra inyección. Una que borre el recuerdo del aliento de Madison y la forma en que envió trillones de impulsos eléctricos por todo mi cuerpo. Uno que expulse su fragancia, esa lila blanca y embriagadora que me enfada tanto como me pone duro. Y ahí está de nuevo, una polla que quiere lo que una polla no debería querer. Se me ha puesto dura, a ratos, durante la mayor parte del día. No la llamaron Maddie Bola Azul por nada. Pero este es mi error. Mi pecado a expiar.

Ella casi confía en mí. Ella quería que la pesadilla terminara, y yo le hice creer que así era. Curiosamente, creo que una parte de mí creyó todo lo que le dije. Que no era realmente su culpa. Que mi padre era el capullo y mi madre tenía sus problemas. Era la verdad,

por mucho que me gustara que no lo fuera. Era la verdad. Al final, realmente no le mentí. Al menos no con eso.

Y entonces la besé. Sentí que se derretía en mis brazos. Sentí cada jadeo de su respiración y cada pizca de desesperación en su lengua.

Nos imaginé escondidos bajo las sábanas de mi cama, con las piernas enredadas, el sudor goteando y los gemidos alcanzando el techo. Quería que todo terminara, tanto como ella. Deseaba tanto que la guerra terminara. Quería que ella y mi padre fueran una puta mentira, que mi mente me jugara una mala pasada, una puta pesadilla. Quería que ella no fuera la chica que vi en la cama aquel día. Pero el hecho de que lo fuera... el hecho de que siempre lo será... eso fue lo que hizo que saliera el animal que hay en mí.

—Yo soy el pedazo de mierda —me digo a mí mismo. Laura probablemente estaría de acuerdo. Si Madison se lo cuenta, mi hermana me echará una bronca y algo más. Ahora me pregunto cómo de amigas son ellas dos, y qué probabilidades hay de que esto no llegue a Laura. —Y un puto niño que tiene miedo de su hermanita.

Baja un cuarto trago y empiezo a relajarme un poco. O quizás me estoy emborrachando. Ese sería un término más correcto, probablemente. Apenas he comido nada hoy. El beso de Madison me ha quitado el apetito. O tal vez fue mi culpa. De cualquier manera, me estoy emborrachando esta noche. Me estoy adormeciendo hasta que ya no pueda sentir mi maldito cuerpo. O mi conciencia, para el caso. Tiene que haber una manera de sacarlo, de lo contrario me dispararé en el pie con esta bonanza de venganza.

Su atractivo se desvaneció en el momento en que Madison me miró a los ojos y se dio cuenta de que no había terminado de atormentarla. El momento en que le dije que se diera la vuelta y se agachara para poder metérsela como se la metía mi padre... Maldita sea, eso estuvo feo, incluso para mí. Veo mi reflejo en el cristal de la ventana. Es una criatura fea la que me devuelve la mirada.

Un monstruo. Eso es lo que soy. Un maldito monstruo. De tal palo tal astilla, supongo.

La rabia llega tan rápido, tan inesperadamente, que ni siquiera registro lo que estoy haciendo hasta que es demasiado tarde, y el vaso se estrella contra la ventana. Es cristal contra cristal, y el vaso pierde, astillándose en cientos de fragmentos cristalinos. No soporto verme a mí mismo.

Soy feo.

Soy jodidamente atroz. Madison tenía razón. Me he convertido en algo mucho peor que mi padre. Me he convertido en la peor versión de mí mismo y... me escuecen los ojos. Se me saltan las lágrimas. Le doy un fuerte puñetazo a la ventana, pero es algo sólido. Lo único que consigo es magullarme los nudillos. Vuelvo a dar un puñetazo. La piel se rompe. La ventana solo tiene ligeros rasguños. Es jodidamente patético.

Todo se vuelve rojo. Mi reflejo se disuelve en esta extensión carmesí mientras dejo que la ira me consuma. Estoy llorando. Puedo sentir las lágrimas rodando por mis mejillas. Madison dijo que mi madre... joder, en eso también tenía razón. Esto habría roto el corazón de mi madre. ¿Qué mierda me ha pasado? ¿Cómo me convertí en este pozo negro de furia tóxica y miseria? Todo porque la mujer que me gustaba eligió a mi padre... en vez de a mí.

¿Cuánto de esto es realmente acerca de romper la santidad del matrimonio, eh? ¿Cuánto de esto es realmente sobre cómo hirió a mamá y rompió a mi familia, cuando sé exactamente la materia sucia de la que está hecho papá? ¿Y cuánto de esto es realmente sobre el rechazo? Bueno, sobre lo mal que manejé el rechazo, al final.

Recuerdo ese día como si fuera ayer.

Las partes uno y dos en su totalidad, para el caso. Recuerdo el beso que compartimos Madison y yo. Una sonrisa prueba mis labios mientras me hundo en el sofá y me limpio las lágrimas de los ojos con el dorso de la manga. Soy un pedazo de mierda. Éramos algo. Nos estábamos convirtiendo en algo. Y sí, nunca terminamos lo que empezamos. En cambio, la pillé con papá. Pero no puedo pensar en ese momento por mucho tiempo. Las náuseas vuelven con fuerza.

Sacudiendo la cabeza lentamente, intento imaginar a mamá.

¿Qué tendría ella que decir sobre todo esto? En su dolor, en su dolor paralizante, Madison encontró la fuerza para resucitar a mamá de entre los muertos para que yo me ocupara de ella. Ella es el único fantasma al que no me he atrevido a molestar. La única persona en la que he evitado pensar durante más de un minuto y siempre fuera del contexto de aquel desgraciado día. ¿Qué diría mamá si me viera ahora mismo?

Encuentro la botella y bebo directamente de ella. La cocina me parece demasiado lejana.

—Rhue Hector Spaulding-Echeveria—diría ella, usando mi nombre completo—. Nunca se persigue a la mujer con la que el marido ha engañado. Es el marido quien tiene la culpa.

Y yo diría: —Sí, tienes razón, es su polla la que se mueve. Es su cerebro el que toma las decisiones por él. La mujer... bueno, es solo un agujero.

Mi madre me abofetearía por esto. —¡Qué vergüenza! Una mujer es una mujer. Siempre debes ver las cosas desde su punto de vista, también. ¿Sabía ella que estaba casado?

Sí.

—¿Sabía ella que había problemas en su matrimonio?

No sabía que había problemas en el matrimonio de mis padres. No, espera, ¿a quién coño estoy engañando? Yo lo sabía. Todos lo sabíamos. Diablos, hasta Laura lo sabía. —Todavía no excusa lo que Madison hizo. Pudo haberlo rechazado. Podría haber dicho que no si tuviera una pizca de honor.

Sin embargo, el argumento de mi hermana vuelve a salir a la luz.

Julian Echeveria siempre consigue lo que quiere.

Bueno, ¿dónde me deja eso? Mamá está muerta. Laura está en una maldita silla de ruedas por eso. Papá es siempre el capullo desalmado al que le gusta dominar y ejercer un control total sobre lo que queda de nuestra familia. Y Madison está tratando de reconstruir su vida... mientras yo la persigo y le hago daño.

Sí, soy el monstruo en esta historia.

Soy el monstruo porque la mujer que me gustaba se llevó a mi padre en vez de a mí.

Es patético.

FOURTEEN
RHUE

31 de octubre de 2018, 11:00: Rhue

LAS ÚLTIMAS SESIONES de estudio con Madison han sido particularmente tensas. Sin embargo, no es su culpa. Es mía. Me pasé de la raya. Fui demasiado arrogante. Demasiado confiado. Demasiado audaz. Perdí la noción de mis desventajas: la reputación de mi padre y el hecho de que aún estoy en el maldito instituto. A pesar de mi edad legal, sé que juega un papel en la decisión de Madison de intentar mantener su distancia de mí, románticamente hablando.

Pero nada de eso me interesa.

Casi nos besamos, y casi no es suficiente. No puedo superar este pensamiento que ha anidado en la parte posterior de mi cabeza, negándose a quitarse hasta que haya conseguido mi dosis de ella. Hasta que haya sentido sus labios en los míos y haya saboreado cada centímetro de ella.

Su respiración agitada cada vez que me acerco me dice que me desea tanto como yo a ella. Esta es una dinámica complicada, sí, pero nunca he sido alguien que rehúya lo complicado.

—¿Qué puedes contarme sobre Wounded Knee? —pregunta Madison desde el sillón de invitados del estudio de mi padre. Tenemos toda la casa para nosotros. El gran hombre volverá más tarde. Mamá está metida de lleno en los preparativos de Halloween, gracias a Laura. No puedo decir que el momento haya sido más perfecto. Pero tampoco puedo decir que no lo haya sido.

Miro aquí con atención.

—Casi trescientos lakotas fueron asesinados ese día.

—¿Lugar?

Está apuntando cosas en notas post-it y pegándolas en diferentes páginas de un libro titulado "Bury My Heart at Wounded Knee". Acabamos de empezar esta clase, pero sabía que íbamos a hablar de la historia de los nativos americanos, y la masacre de Wounded Knee es uno de los puntos clave de cualquier libro de historia honesto y verdaderamente completo. Es una de las muchas cosas que he aprendido a apreciar de Madison. Ella mira más allá de las normas y las formas tradicionales de hacer las cosas. Ella enseña más y mucho más allá del currículo escolar, también. La chica tiene pasión. Tanto que podría verla algún día detrás del Escritorio Resolutivo. O quizás encima de él. Mi padre cree que tengo material para ser presidente, pero... no, estoy demasiado metido en el hockey y demasiado poco en ser como él.

—Pine Ridge —respondo—. Empezó con el intento del ejército de desarmar toda la reserva.

Ella levanta la vista de sus notas.

—¿Has leído este libro? —Lo cierra y me lo entrega. Me tomo un momento para revisar su portada, primero, y luego sacudo la cabeza.

—Por favor, hazlo. Si le dedicas dos horas al día, lo terminarás en una semana, como mucho.

—Todavía tengo entrenamiento de hockey —me río, aunque estoy realmente interesado en leerlo. A decir verdad, me interesa cualquier cosa que Madison quiera que haga. Supongo que es lo que la hace tan buena profesora, al menos con un alumno participativo como yo.

—No me importa cuándo o cómo lo leas. También hay una versión en audiolibro, pero ten en cuenta que te he dejado algunas notas en ese libro de bolsillo —responde Madison. Uf, parece que no está de humor para juegos. Qué pena por ella. Me siento juguetón.

Sí, es una actitud tonta, pero ser inteligente solo me ha alejado de lo que he querido hacer desde que la vi por primera vez.

—Por Dios, no tienes ni idea de lo sexy que estás cuando hablas así —le comento.

Hace que las rosas, las rosas rojas florezcan en sus mejillas mientras intenta evitar mi mirada.

—Por favor, estamos trabajando en algo importante aquí.

—Ambos sabemos que el aspecto educativo de este negocio no es la única razón por la que estamos pasando tiempo juntos —insisto. Le encanta utilizar argumentos largos para confundir a la gente, pero los dos podemos jugar a ese juego. Madison tiene una mente peligrosamente brillante, pero yo tampoco soy un simple deportista de hockey. —Al menos podrías admitirlo. Ya que está escrito en tu cara.

—Rhue, de verdad que no deberíamos seguir por este camino —suspira Madison, sacudiendo la cabeza mientras se mueve incómoda en el sillón. Lleva puesto este pequeño y ajustado vestido de cuello alto, rojo como la lana de sangre que envuelve suavemente sus deliciosas curvas. Pero son las botas negras de cuero de motorista las que realmente me convencen. El vestido se supone que es su lado amable, el lado de niña buena pija. Las botas son un grito de rebeldía, y sus largas piernas y sus esculturales rodillas hacen que me duela el deseo. Nada me gustaría más que perderme dentro de ella.

Ninguna de las chicas con las que he estado hasta ahora me ha excitado como lo hace Madison.

Estoy de pie junto a una de las estanterías, a pocos metros de ella. Dejo el libro que me acaba de dar en una mesa auxiliar cercana y me acerco.

—Me resulta difícil no hacerlo cuando todo lo que dices se opone directamente a lo que dice tu cuerpo —respondo—. Todo lo que puedo hacer ahora es prometerte que esto... esto que hay entre

nosotros, es real. Que no nos lo estamos imaginando. Y si tienes miedo de mi padre, de mi apellido, bueno, no deberías tenerlo.

—Rhue... —Está a punto de soltarme el discurso de que no se trata de ti, pero hoy no voy a dejar que se salga con la suya. Hoy, el fuego dentro de mí arde más fuerte y más caliente. Tengo que hacer algo al respecto, y poner distancia entre nosotros no es la respuesta.

—No, verás, he pensado en ello. Desde la última vez que estuvimos así de cerca. —Me deslizo hasta las rodillas y me detengo frente a ella. Coloco mis manos sobre las suyas en los reposabrazos de cuero. Ella no puede ir a ninguna parte. No mientras me interponga en su camino. Y menos mal, porque Madison parece que va a salir corriendo en cuanto me aparte, pero sus labios se separan lentamente, temblando de deseo. —Dime que no piensas en mí ni la mitad de lo que yo pienso en ti.

—Esto está mal —suspira—. Es peligroso. No te importaría. Tus padres te lo solucionarán todo. Pero yo tengo algo que perder. Lo último que quiero es poner mi futuro en peligro por culpa de tu familia. Aceptar este trabajo de profesora tuya ya era lo suficientemente arriesgado. Todos en el grupo de estudio me advirtieron sobre ti.

Me pongo nervioso, de repente, y me pregunto si esta revelación debería molestarme o halagarme.

—¿Oh? ¿Cómo te advirtieron, exactamente? ¿Qué hay en mí que asusta a los alumnos de último curso del instituto Brighton?

Duda. Creo que piensa que ha dicho demasiado, y ahora está concentrada tratando de averiguar cómo hacer algún tipo de control de daños.

—¿Sabes qué? No importa. Ni siquiera importa. A la gente le gusta hablar, no me importa dejarlos —le digo—. Si crees que no puedes decidirte por mí, que así sea. Pero pensé que eras material de primera, no otra oveja cabeza hueca.

Eso la golpea profundamente. Me mira fijamente, con los labios apretados en una fina línea. Todavía peligrosamente besables, todavía lo suficientemente apetecibles como para hacerme perder mis sentidos y mis modales.

—No insultes mi inteligencia-

—Ese es tu activo más valioso, ¿no? —Le respondo— Pues no la desaproveches. Sean cuales sean los rumores que hayas oído sobre mí y mi familia, Madison, ¿por qué no intentas comprobarlo por ti misma? ¿Te he dado algún motivo de preocupación? —Ella sacude la cabeza una vez. Bueno, eso es un no. —¿Te he amenazado? —De nuevo, obtengo un no. —¿Alguien de mi familia te ha mirado de forma extraña? —Ahí está. El tercer no. —Entonces de lo que realmente se trata es de ti y de tus miedos más bien infantiles.

Eso la pone en marcha. —¿Perdón?

—Eres tan hermosa cuando te enfadas.

—Rhue, ¿has perdido tu maldita...? —La beso. Beso a Madison Willis con todo lo que tengo, aplastando sus suaves labios contra los míos. Ella es dulce. Peligrosamente dulce. Dejo que mi lengua entre para explorar un poco más. Aterciopelada, su lengua se encuentra con la mía, y chocamos por un momento... no lo suficiente.

Madison gime bruscamente, probablemente como protesta. Pero la lava recorre mis venas, fundiendo mis músculos y extendiéndose por cada centímetro de mí, mientras mis pantalones se vuelven imposiblemente apretados en la entrepierna. La deseo tanto. Su aroma a lilas, el sabor de la miel y el sexo crudo.

Mi polla salta de placer ante la perspectiva de llevar esto más lejos, pero entonces Madison se retira.

—Rhue —susurra mi nombre como si fuera una disculpa. Me preparo para la separación y me retiro. Todos los átomos de mi cuerpo están zumbando, y la visión de sus labios ruborizados y ligeramente hinchados solo me hace desear enterrar mi lengua entre sus labios de nuevo. Pero a la mierda. Debo controlarme. Solo acabamos de empezar.

Madison contiene la respiración, con la mirada fija en mí.

—Tenía que hacerlo —lo justifico, intentando no sonreír—. Fue mejor de lo que imaginaba.

—Rhue.

—Caray, no vuelvas a hacer esto—respondo, sin dejar que me aleje—. Iremos despacio y descubriremos de qué va esto. Ya has confirmado que aquí pasa algo. No estarías respirando como lo

haces si este beso no te hiciera sentir algo. ¿Qué hay de malo en darnos una oportunidad?

Está insegura. Veo que el deseo y la esperanza se agudizan en sus ojos azules. Se muerde el labio inferior y yo quiero hacer lo mismo.

—No lo sé —admite finalmente Madison.

—Solo piénsalo. Me alejaré si es lo que realmente quieres. Pero tienes que estar segura. Tienes que estar absolutamente segura, porque todo en ti me dice exactamente lo contrario.

—¿Sabes qué? Serías mejor político de lo que crees —afirma Madison y se levanta del sillón.

Tropiezo hacia atrás, pero la dejo ir. Sale corriendo del estudio mientras yo sonrío con profunda satisfacción. Es lo que hace cuando se siente abrumada. Sale corriendo. Pero justo antes de perderse por completo de mi vista, vuelve a mirarme. Hay mucho fuego en sus ojos. Es como si estuviera contemplando si realmente debería irse o si quiere quedarse y descubrir lo mucho que podríamos significar el uno para el otro; lo bien que nos sentiríamos el uno con el otro.

—No pienses demasiado, Maddie —le recomiendo.

Ella sacude la cabeza y continúa su camino por la habitación y se aleja de mí.

Me reconforta saber que el resto del día lo pasará pensando en mí. Madison ya se ha establecido como elemento dominante de mi vida, al menos por el momento. Me gustaría establecer una especie de permanencia, pero está claro que ella no quiere precipitarse. No pasa nada. Me tomaré mi tiempo.

Un día, luego otro, hasta que Madison Willis sea toda mía, en mente, en cuerpo y en alma.

Disfrutaré de la sesión de entrenamiento de hockey de esta tarde, seguro. Bolas azules aparte, tengo mucho que desahogar en la pista de hielo.

FIFTEEN
MADISON

31 de octubre de 2018, 15:00: Madison

ESTABA TAN FUERA de sí que ni siquiera me di cuenta de que me había dejado el bolso en casa de Rhue. Maldita sea, casi puedo visualizarlo, apoyado en el sillón en el que él... me besó. Oh, chaval, él no es más que un problema, pero parece que no puedo encontrar la fuerza para aceptarlo como lo que es. Tanto como yo pude encontrar la fuerza para alejarlo. Pero lo que sí encontré fue la fuerza para devolverle el beso.

Mi corazón se estremece cada vez que pienso en ello.

La forma en que sus labios se sintieron en los míos.

El ritmo de los latidos de su corazón contra mi pecho.

Lo último de él.

Han pasado horas y todavía siento ese cosquilleo en la nuca y esa sensación de calor que se extiende por mis entrañas. El anhelo, el deseo; cucharadas de mantequilla derritiéndose en una sartén caliente. Estoy chisporroteando y dando vueltas en la cama, sin poder hacer mucho más mientras reflexiono sobre mis próximos pasos. Madison Willis, estás muy jodida.

Debería estar haciendo algo. Quizá preparar la próxima clase. Ya he perdido dos horas con las travesuras de Rhue. Dos sesiones que he tenido que acortar, y estoy en el punto en que siento cada céntimo. Pero todo eso parece tan trivial después de lo que pasó antes. Rhue hizo un punto. Definitivamente hay algo desarrollándose entre nosotros. Una atracción. Un poderoso enamoramiento. Un torbellino de sentimientos aún no identificados, ese tipo de cosas. Y podríamos tomarnos nuestro tiempo. Podríamos tomarlo con calma. Era solo un beso. Que iba a suceder, eventualmente.

Sin embargo, estoy un poco avergonzada por no haberle dado más crédito. Rhue es un hombre fuerte, a pesar de su edad y de su estatus social, a pesar de estar todavía en el instituto. A pesar de ser el hijo de su padre. No he dado a los Echeveria ninguna razón para odiarme. Ninguna en absoluto. No he sido más que buena con todos aquellos con los que me he cruzado, y, además, no he sido más que respetuosa con cada miembro de la familia Echeveria. Si Rhue y yo nos enamoramos el uno del otro, ¿dónde está el daño?

—Uf, no soy una de esas princesas de la Ivy League con las que sus padres querrían que saliera, ese es el daño —murmuro, decidiendo que mi mejor oportunidad para recuperar mi bolso sin encontrarme con Rhue sería ahora. Tiene entrenamiento de hockey por la tarde, aunque no estoy segura de a qué hora termina. Eso no importa. Solo necesito unos minutos.

Una de las sirvientas me lo traerá. Ni siquiera tendría que entrar en la mansión. Ni siquiera tendría que ver a Rhue.

Necesito tiempo para procesar lo que pasó entre nosotros. Tiempo para separar la parte de mí que aún hormiguea por la sensación de sus labios en los míos de la parte de mí que está forjada en la lógica. Rhue es el tipo de hombre que juega con la gente como si fueran marionetas en una cuerda, o eso dicen los rumores. Sin embargo, cuando me mira, lo siento diferente. ¿Pero cómo sé que no mira así a todas las chicas? ¿Cómo sé que no es tan simpático y cariñoso y divertido e intenso con todas las demás chicas? Los dos somos jóvenes, sí. Pero él es el que tiene la reputación de un absoluto rompecorazones.

Si le doy permiso a Rhue para que me rompa el corazón, ¿quién puede decir que no lo acepte?

Hay más posibilidades de que me haga daño a mí antes que a él. Y aquí estoy, sin embargo, saliendo de mi habitación y poniéndome las botas. Papá está en la cocina, y puedo oír cómo chisporrotea la panceta en una sartén. También puedo olerla.

—¡Hola, cariño! —Papá me saluda con una amplia sonrisa mientras utiliza una cuchara de madera para echar los cubos de panceta. Veo el bote de nata agria en la encimera, junto a los fogones. Esta noche tenemos carbonara. —¿Adónde vas? ¿Otra clase particular?

—Ya he terminado por hoy, pero me he olvidado el bolso en la mansión Echeveria —le explico mientras me pongo mi chaqueta de cuero negra y corta.

—La cena es esta noche a las seis, no lo olvides —me dice papá mientras empiezo a alejarme.

Es demasiado tarde para confirmarlo, pero él sabe que no me perdería su carbonara por nada del mundo. Es la mejor comida reconfortante que existe, y hoy me vendría bien un poco de consuelo para mis pensamientos. Quién sabe, tal vez la carbonara me haga entrar en razón. Tal vez me sepa mejor que el beso de Rhue, y me quite tanto el sabor como el recuerdo de él. Y aquí voy, pensando en sus labios de nuevo.

Para ser justos, es difícil olvidar lo increíble que se sentía contra mí. Tal vez tenga razón. Tal vez tenemos química. O tal vez mi inexperiencia me hace pensar demasiado en todo esto. Después de todo, el único otro chico al que he besado antes fue Chadwick Teller, mi pareja del baile. Él quería que llegáramos hasta el final esa noche, en la parte trasera de la limusina, pero no hubo manera. Eso no quiere decir que vaya a ir hasta el final con Rhue, pero no se puede negar que su boca me hizo cosas que, estoy segura, incluso yendo hasta el final con el Chadwick nunca lo haría.

Sacudo la cabeza, tratando de recuperar la calma. La mansión Echeveria está a cuatro manzanas al oeste de aquí, y necesito caminar para poder poner en orden mis pensamientos mientras

estoy fuera. Necesito un mínimo de equilibrio, al menos en mi cabeza, ya que mi cuerpo es tan errático.

Rhue es maduro para sus dieciocho años, seguro. Y es inteligente, fuerte, muy agradable a la vista. Si unimos todo eso al hecho de que tiene los pies en la tierra, el atractivo no es difícil de ver. Bueno, eso y la sonrisa. Por las estrellas, este hombre podría construir un imperio solo con esa sonrisa. Su potencial es increíble, también. Claro, yo tengo el coeficiente intelectual de un genio y todo eso, yo soy la que tiene la habilidad del palacio de la memoria y el llamado Capitán de los Años en la escuela secundaria, pero Rhue es notablemente capaz de llegar a mi nivel si se le da la oportunidad. Tal vez eso es lo que me gusta de él: el hecho de que, por muy bonito que sea, las conversaciones intelectuales no tienen ninguna posibilidad de pasar por encima de su cabeza.

Y pensar que interpreta el papel de atleta de forma tan exquisita frente a sus compañeros. Es casi impresionante cómo se parece a ellos cuando están juntos, y lo diferente que es cuando estamos solos.

¿Y qué si soy su profesora particular? Solo soy un poco más de un año mayor que él. Y tampoco soy ciega. Cualquiera en mi posición, pasando el tiempo que he pasado con él, siendo la destinataria de sus coqueteos, se irritaría al menos un poco.

La mansión de los Echeveria se eleva por delante con su extenso jardín y sus somnolientos magnolios. Los arbustos de hoja perenne estallan en tonos de lima y esmeralda, y la hiedra abigarrada cubre franjas enteras de la valla de hierro forjado. Siento que las cámaras con sensores de movimiento me detectan y me siguen cuando me acerco a la puerta principal. Me tomo un momento para asimilar realmente mi entorno antes de subir por el camino de piedra.

La aldaba de latón con forma de cabeza de tigre parece más bien juiciosa bajo esta luz. Llamo dos veces y espero pacientemente a oír los pasos familiares de Rosanna o Marina, solo dos del ejército de criadas obedientes de los Echeveria.

Pero cuando la puerta se abre, me quedo sin palabras.

—¿Maddie? —Julian Echeveria me saluda con una mezcla de sorpresa y curiosidad. Veo una pizca de polvo blanco alrededor de

sus fosas nasales, pero es el olor a whisky el que me golpea en la cabeza. A medida que se acerca, veo trozos de Rhue en sus rasgos.

—Madison. Hola, señor —respondo con amabilidad.

Él frunce el ceño un segundo. Tal vez le gustaría llamarme Maddie, pero eso no me parece... bien.

—Rhue todavía está en el entrenamiento de hockey —comenta, rompiendo el silencio en el que habíamos caído— ¿Has llegado temprano? ¿Clase particular?

Sacudo la cabeza y vuelvo a sonreír.

—No, señor. Lo siento. Es que olvidé mi bolso en el estudio. Tuvimos una clase particular antes y tuve que salir corriendo. Fue mi culpa.

—¿Cómo se te olvida el bolso? Creía que las chicas los llevabais como apéndices —responde con una risa seca. Tiene un hoyuelo en la mejilla derecha, como Rhue. Y al igual que Rhue, es un hombre atractivo, incluso para su edad.

—Así es. Me distraje. En realidad, no importa, es solo que mi cartera y mi identificación están ahí, y las necesitaré por la mañana, señor. —Estoy divagando como un bufón, pero frente a este hombre, casi cualquiera lo haría. Especialmente con los restos de pólvora que tiene bajo su nariz. No es que vaya a decir nada al respecto. Tiene derecho a hacer con su tiempo libre lo que le plazca. Solo que me parece un poco embarazoso, como no saber decirle a la reina que tiene un moco suelto.

El Sr. Echeveria frunce las cejas al mirarme.

—Por favor, deja de llamarme señor. Julian está bien.

—No me atrevería —respondo con una risa seca, esperando no emborracharme solo con su aliento. Normalmente, estaría maravillado con el tipo. Multimillonario hecho a sí mismo. Sabe cómo abrirse camino en el ayuntamiento. Consigue lo que quiere, cuando lo quiere. Y siempre la cara amable en tantos carteles publicitarios. Todo el mundo en el estado de Nueva York sabe quién es. Y yo estoy de pie en su puerta, torpe como una estudiante de primer año de instituto, avergonzada por la borrachera y la inhalación de coca que claramente ha estado haciendo... y esperando que me devuelvan el bolso más pronto que tarde.

Dejando de lado la borrachera de Julian, no quiero encontrarme con Rhue todavía.

—Insisto —dice, y luego se aparta, haciéndome un gesto para que entre—. No obstante, no estoy seguro de dónde está tu bolso. No recuerdo haberlo visto en el estudio cuando llegué a casa.

—¿Tal vez Rhue lo dejó en algún lugar? —Pregunto, ya sabiendo que eso es exactamente lo que pasó. Conociendo a Rhue, probablemente lo utilizará como una estratagema para llevarme a su habitación o para sobornarme para que vaya a cenar con él. Sin embargo, Julian no lo sabe, y si estuviera lo suficientemente sobrio, no me cabe duda de que se preguntaría todas las formas en que Rhue podría conseguir mi bolso. Su mente daría vueltas a cualquier cosa que no fuera la verdad. Y yo sería un desastre tartamudeando, tratando de explicar que sí, que simplemente lo olvidé. Y no, no me aventuré en ninguna otra parte de la casa en mi última visita aquí. Tal como están las cosas, no tengo que pasar por nada de eso.

Julian me guía hacia adelante y yo doy dos pasos por cada uno que él da.

—¿Cómo es el bolso? —pregunta, mientras nos detenemos al pie de las escaleras que llevan a los niveles superiores.

—Marrón, imitación de cuero —le indico—. Tiene un par de borlas del mismo material, cada una del tamaño de mis manos.

Julian chasquea los dedos y sonríe, como si acabara de recordar.

—Eso es. Sí, ya sé dónde está. Creo que una de las criadas debió pensar que era de Roxanne y lo subió al dormitorio. Venga, vamos a por tu bolso, Madison.

Le sigo por las escaleras, aunque una parte de mí preferiría esperar junto a la puerta. Por otra parte, me da mucha vergüenza la sola idea de pedirle a Julian que me traiga el bolso. Al fin y al cabo, yo soy la imbécil que se olvidó la maldita cosa.

—Dime, ¿cómo van las clases particulares? —pregunta Julian, mientras yo me tomo un momento para notar lo repentinamente espeluznante que se siente la mansión sin nadie más en ella.

—Genial, la verdad —contesto—. Rhue estudia rápido y es muy curioso. Estoy segura de que conseguiremos que saque las mejores notas posibles a final de curso. Seguro que va a arrasar en la

selectividad, señor Echeveria. —Hago una pausa y respiro profundamente.

—Julian, por favor —gruñe. Hemos llegado a la segunda planta y mira brevemente por encima del hombro. —Por aquí. Vamos a ver si tu bolso está aquí. El vestidor de mi mujer es del tamaño de Alaska.

Le sigo al dormitorio, aunque en el fondo sé que debería haberme quedado abajo. De repente, todo me parece terriblemente mal.

La luz entra a raudales en la habitación, difuminada a través de las brillantes cortinas de color gris pálido, y no veo rastro de mi bolso en ningún sitio.

Hay una puerta entreabierta al otro lado de la habitación. A través de la estrecha rendija se ve un lavabo, lo que hace evidente que esa habitación es un baño. No hay más puertas ni rastro de un vestidor en el que alguien como Julian Echeveria pudiera perderse.

No sé por qué, pero me siento como una idiota. Un idiota muerta.

—Dime, ¿cómo te llevas con mi hijo? —pregunta Julian, girándose lentamente para mirarme. Solo ahora lo veo. La sucia lujuria en sus ojos. Ha perdido esa chispa de gracia que había visto antes. Se ha convertido en algo más salvaje. Esta es la calma antes de la tormenta. La calma antes del salto del depredador.

—Genial. Bien. Trabajamos bien, juntos. Entonces, ¿mi bolso? —Insisto. —Realmente debería irme.

—¿Cómo llegó tu bolso aquí arriba, Maddie? —pregunta, dando un paso adelante. Y ahí está, la pregunta que debería haber hecho. La pregunta que yo esperaba que hiciera. Excepto que no sé exactamente si mi bolso está arriba, ¿verdad?

Doy un paso atrás, sintiendo que se me cierra la garganta.

—No sé si...

—¿Te estabas tirando a mi hijo, Madison?

—Señor, yo...

—¡Julian! —exclama de golpe y cierra la puerta detrás de mí. El golpe me sobresalta, y salto hacia atrás, pero no puedo salir, porque está demasiado cerca, y esa mirada en sus ojos... oh, joder. —¿Tan difícil es de recordar?

—Lo siento. No entiendo qué... —Pierdo la voz cuando me rodea la cintura con un brazo y me atrae hacia él. Está duro como una piedra, palpitando furiosamente contra mi bajo vientre. El miedo se apodera de mí y pierdo los reflejos cuando sube su mano derecha y me rodea la garganta.

—¿Así es como has perdido tu bolso? Te colocaste demasiado con el sabor de la polla de mi hijo y te olvidaste de tu mente. —Julian me sisea las palabras, y luego sigue con un deslizamiento de su lengua por mi mejilla. Se me eriza la piel y el corazón se me acelera tanto que apenas puedo respirar.

—Por favor, no —consigo decir, temblando como un junco en el viento—. No... no es...

—Shh —gruñe Julian, y luego me mordisquea el lóbulo de la oreja, mientras las náuseas se agolpan en el fondo de mi garganta. Desliza su otra mano bajo mi vestido de lana, encontrando mis bragas y la carne que hay debajo demasiado rápido. Debería estar gritando ahora mismo.

Intento apartarlo, pero su mano me rodea el cuello. Con la otra mano, desliza sus dedos dentro de mí. Las lágrimas afloran a mis ojos y me muerdo la lengua mientras él impone su ley.

—Te vas a quedar callada y vas a portarte como una buena chica, Maddie.

No necesita detalles para explicar lo que me pasará si no dejo que esto ocurra.

Puedo verlo en sus ojos.

El mal.

Una maldad monstruosa a la que de alguna manera se le permite hacer esto.

Estoy llorando y él sonríe mientras me sube el vestido y me empuja hacia la cama. La cama que comparte con Roxanne.

Tengo que alejarme. Y lo intento. Lo hago. Pero cuanto más lucho, más fuerte chasquea los dientes, advirtiéndome.

—He querido ver cómo eres desde el momento en que te vi en la tienda de tu padre. —Sus palabras me dejan helada. Ahí está. La verdadera amenaza. Su victoria sobre mí.

—Tú te lo has buscado, Maddie —susurra y me obliga a agacharme, empujándome contra los pies de la cama. La parte superior de mi cuerpo está presionada contra las sábanas, y huelo la fragancia de orquídea de cualquier acondicionador que se haya utilizado para lavar esto. No es suficiente para matar el malestar que amenaza con volverme del revés. —Yendo por ahí así —añade, y luego me arranca las bragas. El sonido de la tela es casi como un grito, y lloro más fuerte.

Oigo cómo la hebilla de su cinturón cae sobre la alfombra.

No, no, ¡NO! No quiero esto.

Pero está sucediendo lo quiera o no.

—Con tus vestidos cortos y tu pelo suelto —relata Julian, y luego se mete dentro de mí. Grito y me tapa la boca con la mano—. Como una puta de mierda. —Empieza a empujar, y casi puedo sentir cómo me estiro y me rompo en pedacitos. Cuanto más me resisto, más me duele.

El dolor agudo me hace arder por dentro. Mi himen.

—Sí, eso es—gruñe Julian y avanza más profundamente, habiendo roto mi única defensa. Puedo sentir la sangre caliente que corre por mi muslo mientras me toma, mientras me reclama y me destruye. Le encanta esto. Sabe lo que está haciendo.

Esto no es la euforia de las drogas ni el delirio de la bebida. No, Julian Echeveria sabe exactamente lo que está haciendo, y yo no puedo hacer una puta cosa para detenerlo. No sé cuánto durará, pero tal vez... tal vez esté mejor si dejo que pase.

Si me apago y pienso en otra cosa.

Esperar a que termine.

Pierdo la noción del tiempo, bloqueando sus gruñidos animales. El dolor se apaga, poco a poco, mientras abandono el reino físico. Me da una fuerte palmada en el culo y gimoteo, pero solo me escuece durante medio segundo. Empuja cada vez más fuerte, y espero que no le quede mucho tiempo.

Y entonces, de la nada, oigo un crujido. Y una puerta comienza a abrirse... lentamente. No sé por qué la he estado mirando. Tal vez estoy imaginando mi huida. Pero nada de eso está sucediendo. No, Julian me tiene entre sus garras. Una mano pasa por debajo de mi

vientre, sus dedos encuentran mis pliegues en carne viva. Quiere frotar mi clítoris e incitar un orgasmo. ¿Tener uno hará que esto termine más rápido?

La puerta se abre un poco más.

—Sabes que te gusta —me susurra Julian al oído, y luego me mordisquea el lóbulo.

Y un poco más. Sin embargo, no es la cara de Roxanne la que aparece. Tampoco es la de una de las criadas. Es Rhue.

Nos está mirando. El horror convierte su rostro en algo insondable y sus ojos brillan con una decepción de las que calan hondo.

El empuje rítmico se intensifica. Julian late como una bestia furiosa, y todo lo que puedo hacer es mirar fijamente a Rhue, esperando que esto sea solo una pesadilla.

Tal vez me despierte pronto.

Cierro los ojos, deseando que la pesadilla desaparezca. Pero cuando los abro de nuevo, me encuentro todavía aquí. Puedo sentir cómo se derrama la desdichada semilla de Julian cuando por fin llega a su gran final, y me trago otra ronda de lágrimas mientras lucho por adormecerme aún más.

Cuando termina, apenas siento las piernas, y Julian solo tiene una cosa que decirme mientras tira mis bragas a la papelera del baño y me vuelve a bajar el vestido de lana.

—Si dices una palabra sobre esto, Maddie, te destruiré a ti y a tu padre.

—Es Madison —le afirmo, aunque no sé de dónde sale este último gramo de fuerza. Solo sé que voy a usarla para salir de este lugar y dejar que la pesadilla termine. Necesito que esto termine.

Saliendo por mi propio pie, me pregunto si algo de esto ha sucedido realmente.

Debería haber visto esto venir. Debería haberme quedado en casa.

Tal vez me acueste y me despierte mañana. Tal vez todo estará bien, entonces.

Tal vez lo imaginé.

SIXTEEN
MADISON

—¿Fin de semana de novatadas? ¿Quieres decir que realmente existe? —pregunto, golpeada por el calor y la escarcha de forma simultánea y despiadada mientras me recuerdan una vez más que, si quiero llevar una vida social fructífera en la universidad, debo cumplir las reglas de la universidad, concretamente las no escritas sobre hermandades, fraternidades y rituales de novatadas.

Es la parte que menos me gusta, pero la Universidad de Cornell tiene una tradición casi ancestral en ese sentido y, a juzgar por las miradas perplejas de Lindsey y Rita, sería una absoluta idiota si no participara. Me pregunto si eso es una opción. Seguramente, podría presentar una queja… ¡escúchate! Espabila y participa para no morir como una vieja con demasiados gatos.

—Es absolutamente indispensable —afirma Rita. Ella y Lindsey están de pie fuera de mi dormitorio, vestidas de caqui corto como asistentes de campamento pervertidos, cada una con una bolsa de lona reventada en un hombro. —Y si no vas, despídete de tu vida social aquí. Para siempre.

—¿Y me lo sueltas ahora? —suelto yo, intentando comprender las implicaciones de lo que puede suponer un fin de semana de novatadas aquí. He oído historias, claro. Algunas buenas, otras disparatadas, unas cuantas terroríficas, pero la gente se inventa

cosas todo el tiempo, sobre todo cuando quiere impresionar a sus nuevos amigos con unas copas. Sobre un montón de bebidas, específicamente. Lo más probable es que la mitad de las cosas que he oído ni siquiera sean ciertas.

—Creíamos que lo sabías —murmura Lindsey, con aspecto ligeramente insultado—. Todo el mundo sabe que hay novatadas el primer año de universidad. Jesús, ¿bajo qué roca has estado viviendo?

No puedo evitar fruncir el ceño al verla.

—Tenéis mucho valor para aparecer aquí, para empezar. ¿Os ha enviado Rhue? Sea lo que sea que haya dicho, sea lo que sea que quiera, no quiero tener nada que ver con eso, ni con él. Sabes qué, tal vez sea mejor que ambas os mantengáis alejadas de mí.

—Eeh, ehh, relájate —responde Rita—. Estamos aquí porque somos novatas como tú, Madison. Si nos mantenemos unidas, tenemos más posibilidades de salir del fin de semana de novatadas con la barbilla alta y el ego intacto.

—¿Por qué no os unís a Rhue, entonces?

Lindsey suspira.

—Cometimos un error. En realidad, creímos en sus buenas intenciones sobre ti... pero luego uno de los chicos escuchó lo que te dijo el otro día, ya sabes, después del partido de lacrosse con Harvard. Lo sentimos, Madison. De verdad. Creíamos que os estábamos ayudando a estar juntos de nuevo.

—Para empezar, nunca estuvimos juntos —afirmo, tratando de mantener el control de mi tono.

Las chicas intercambian miradas y luego me miran con destellos de esperanza en los ojos. ——Vamos, Madison. Sé lo importante que es para ti socializar, dejar de ser una introvertida —señala Lindsey—. No puedes saltarte la novatada. Es decir, sí, podrías, obviamente, pero te perderías algo y, para ser sincera, sería bastante difícil volver a encajar si lo hicieras.

Estoy sorprendida. Parece una coacción, y trae algunos sentimientos desagradables en la boca del estómago. Alguien me hizo algo parecido antes. Me condicionó. Me dejó claro que, si no me dejaba consumir, tendría que pagar un precio terrible. ¿Por qué me

siento acorralada? Son solo Rita y Lindsey. Estoy dejando que el pasado saque lo mejor de mí, otra vez. Pero tienen razón. La gente de mi edad no olvida ni perdona fácilmente. La universidad, al igual que las formas anteriores de educación, funciona con un conjunto de reglas, una de las cuales es que la participación prolifera la aceptación.

Si quiero que me acepten en este mundo, si quiero alejarme de la vieja Madison, no puedo rechazar el fin de semana de novatadas. Tengo que abrocharme el cinturón y enfrentarme a cualquier tormenta que me envíen los mayores de Cornell. Al menos, eso es lo que hay: los mayores, y solo los mayores, pueden hacer novatadas a los novatos. Además, los incidentes de novatadas han traído algunas regulaciones estrictas a lo largo de los años, y por lo que he aprendido, mi universidad es una de las más suaves en ese aspecto

—Vale, bien. Pero necesito unos minutos para hacer la maleta —acepto—. De todas formas, ¿qué voy a necesitar ahí fuera?

—Nos vamos ahora, y volveremos el domingo por la noche. Son tres días y dos noches en el bosque —explica Rita.

—Espera. ¿Qué bosque? —Siento que se me corta la respiración. —¿Rhue también estará allí?

Lindsey se encoge de hombros.

—Bueno, él también está en primero. Están reuniendo a todo el mundo de las facultades, Madison. No creo que les importen tus enemistades personales.

—Me han dicho que son las Tierras Naturales de Ithaca en el sur —detalla Rita—. Creo que las anteriores generaciones universitarias construyeron algunas cabañas en esos bosques. No estoy segura de si con fines de novatadas o para emborracharse sin riesgo de ser pillados. Quiero decir, está en lo profundo del bosque.

—Oh, genial. Eso suena como el principio de todas las películas de terror de la historia—refunfuño.

MEDIA HORA DESPUÉS, estoy en la parte trasera del Prius de Rita mientras Lindsey va de copiloto. Nos han dado las coordenadas del GPS, y mi corazón es del tamaño de una pulga mientras dejamos atrás Ithaca y la universidad. Había planeado pasar este fin de semana leyendo y preparándome para los seminarios de la semana que viene, pero supongo que mezclarme con los «de aquí» es una mejor manera de pasar. Las chicas han hecho varios puntos convincentes sobre por qué es mejor que me una a ellas en esta novatada. No hace que sea menos extraño o aterrador, pero nada de lo que los mayores puedan lanzarme podría ser peor que las cosas con las que he tenido que vivir durante el último año.

Sin embargo, no tengo mucho que decir. En la radio suena un viejo rock indie mientras miro por la ventana. Siento los ojos de Rita sobre mí. Cada vez que echo un vistazo al espejo retrovisor, la veo mirando hacia mí. Pero tampoco me ha insistido en la conversación. Es como si supiera, en el fondo, que este conflicto entre Rhue y yo es mucho más sucio, mucho más oscuro de lo que él deja entrever. Creo que ahora es consciente de que él restó importancia a la gravedad de ese conflicto solo para poder meterse en mi cabeza y ponerse a mi alcance.

—Creo que también vamos a ver a Cameron por ahí—comenta Lindsey tras una breve pausa. Ha estado hablando mucho desde que entramos en el coche, pero no me importa. Supongo que está un poco nerviosa. Al igual que Rita, entiende que Rhue las engañó a las dos. Esta es su manera de compensarme. Parloteando nerviosamente sobre todo y todos. —Es de primer año, ¿verdad?

—Mhm—respondo.

—Bueno, me alegro de que se haya disculpado contigo, Madison. Cameron parece un gran tipo. A diferencia de Lindsey y yo, él nunca se tragó las tonterías de Rhue.

—¡Uf, bocazas! —Rita se ríe.

Asiento lentamente con la cabeza, con los ojos todavía concentrados en las cosas que pasan zumbando por delante de nosotros.

—Cameron es agradable —me oigo decir—. Quiero decir, es un buen tipo. Tiene buenas intenciones. No es culpa de nadie, desde luego no de él, que este conflicto entre Rhue y yo se desborde y haga daño a la gente que nos rodea.

—Sí, así que... ¿qué pasa con eso? —pregunta Rita, con la mirada fija en la carretera por delante. Hay giros vertiginosos, a izquierda y derecha, curvas serpenteantes que atraviesan un bosque cada vez más espeso. Un vistazo al dispositivo GPS de su salpicadero y veo que hay un camino rural que tendremos que seguir pronto.

—Realmente no es algo de lo que merezca la pena hablar— respondo—. Confía en mí.

—Pero el secretismo no invita precisamente a la confianza, ¿verdad? —insiste Rita.

Suelto un fuerte suspiro. Al final, no se puede confiar en ellos. Me gustaría, pero... ser social y amigable con la gente es una cosa. Confiar en gente que sigue siendo técnicamente desconocida para mí es otra cosa. Puedo hacer lo primero, pero tanto Lindsey como Rita necesitan hacer más si quieren que haga lo segundo.

—Lo siento, pero no somos amigas —les freno. —Me gustaría que fuéramos amigas. Llegar a ese punto en el que podamos compartir nuestros pensamientos más íntimos y nuestros secretos más guardados, pero míranos. Todavía nos sentimos incómodas la una con la otra, y eso está bien. Esta dinámica nuestra no ha hecho más que empezar.

Lindsey gira la cabeza para mirarme, y me doy cuenta de que le hace gracia.

—Eso es un poco hiriente.

—Entonces, cuéntame algo que no quieras que nadie más sepa. Confíame algo que valores profundamente y yo te corresponderé— aseguro, con el ceño fruncido. Puede que tenga ganas de hacer amigos, pero desde luego no soy tonta ni ingenua. Tienen que entenderlo, y su silencio me dice todo lo que necesito saber. —Sí, ya me lo imaginaba. Así que dejemos a Rhue y mi historia con él fuera de estas conversaciones, de ahora en adelante. Creedme, ambas estáis mejor sin nada de ese conocimiento, para empezar. Si

llegamos al punto de ser realmente buenas amigas, con gusto os contaré todo sobre cómo Rhue Echeveria y yo nos convertimos en…

—¿Enemigos mortales? —Rita se ríe.

Me permito sonreír.

—Supongo que se podría decir que sí. Aunque lo último que quiero es desearle algún tipo de mal. A decir verdad, soy yo la que busca la paz, y él es el que exige que sufra indefinidamente por mis pecados.

—Hombres, ¿eh? —Rita suelta una carcajada.

Me río con ella. Pero ni siquiera eso consigue aflojar la rigidez del momento.

Para cuando llegamos al punto de encuentro, me siento algo más cómoda con ellas. Las intenciones de las chicas son definitivamente buenas, pero cuando Rhue es tan influyente, bien hablado y desarmantemente guapo, es difícil no caer en la tentación de creer en su palabra por encima de lo que yo pueda decir. Mientras salimos del coche, entiendo por qué es mejor que nos mantengamos juntos. Una cosa es escuchar las historias sobre el ritual de las novatadas y otra muy distinta es convertirse en un participante activo.

Para empezar, solo somos veinte personas. Esa es la primera bandera roja.

—Algo pinta mal —murmuro, acercándome a Rita mientras nos mantenemos cerca del coche. Reconozco a Cameron y a algunos otros de nuestra facultad. Todos parecen tan confusos y recelosos como nosotras tres. Estamos en el borde de una estrecha carretera rural. A unos cincuenta metros, veo que el pavimento se acaba, pero el camino continúa solo con tierra y rocas. El bosque se eleva a nuestro alrededor con gigantescos pinos viejos y el ocasional salpicado de álamos y robles. Aparte de los faros del coche, no hay más que oscuridad. Oscuridad y el susurro de las hojas.

—¿Somos solo nosotros? —pregunta Cameron mientras él y los demás se acercan a nosotros. Parece tímido. Preocupado, incluso. Ah, carne fresca para los mayores, ciertamente.

—¿Te refieres a los estudiantes de antropología? —pregunto, reconociendo al resto de nuestro curso. Rhue se apoya en su coche en el extremo más alejado, más cerca del camino de tierra. Ni

siquiera nos mira. No es que me guste su atención en este momento.

Rita comprueba las coordenadas del GPS con los demás.

—Bueno, definitivamente estamos en el lugar correcto —comenta—. Y sí, creo que solo somos nosotros, los estudiantes de antropología—añade, haciendo un par de gestos con la cabeza para saludar a los demás. No tarda en ponerse nerviosa. —Oh, tío, esto no me gusta. ¿Qué demonios estamos haciendo aquí en medio de la nada?

Es una buena pregunta, sobre todo porque el sol ya se ha puesto, y la noche se ha apoderado de este lado del bosque. Pronto veremos salir la luna, una gran perla blanca que nos hará compañía hasta la mañana. Parece tan tranquilo y silencioso, completamente ajeno a lo que imagino que puede ser una fiesta ritual de novatadas. Pero entonces oigo los pasos, el crujir de las hojas y el crepitar de las ramas bajo sus botas.

—¡Bienvenidos, estudiantes de primer año! —exclama una mujer, con una voz pesada que atraviesa la noche cuando sale del tenebroso bosque—. Veo que todos habéis llegado de una pieza. Enhorabuena. Eso significa que sois un poquito más listos que los que se etiquetan orgullosamente como estudiantes de segundo año este año. —Su comentario provoca risas desde algún lugar detrás de ella.

Hay otros cinco presentes. Mayores, supongo, como la protagonista. Todos llevan largas capas blancas con el escudo de Cornell bordado en el pecho en rojo y dorado. Las capuchas están levantadas y apenas puedo distinguir sus rostros, pero definitivamente conozco a la mujer.

—Soy Mackenzie Jefferies y soy la maestra de ceremonias de este año —se presenta, levantando con orgullo los brazos a los lados. —Los cinco caballeros que están detrás de mí sirven para hacer cumplir las normas del ritual. No podemos tener una novatada sin algo de orden, me temo, por la seguridad de todos.

—¿Por qué solo nosotros? —pregunta Cameron, pero Mackenzie le hace callar.

—¡Cállate, por favor! No os he dado permiso para hablar. —Nos señala con la cabeza. —Estudiantes de primer año, en fila. Está a punto de ponerse salvaje.

No sé si considerarla una figura de autoridad real o seguirle la corriente para que se sienta bien. Como si leyera mi mente, Lindsey me da un discreto empujón. —Seamos amables y cooperemos, Madison. Hemos venido hasta aquí.

Eso no va a ser fácil. No con los ojos de Rhue sobre mí. Puedo oírlo caminar hacia nosotros, listo para ponerse en la fila según la petición de Mackenzie. No puedo leer su expresión. Mantiene sus cartas cerca del pecho, pero puedo sentir que la atmósfera se carga con la energía embriagadora y tóxica de muchas cosas que no se dicen.

Será un fin de semana difícil. Y ya es demasiado tarde para volver atrás.

SEVENTEEN
MADISON

A pesar de sus esfuerzos, Mackenzie no consigue intimidarme. Pero la súplica de Rita sí cala, y decido complacer a la maestra de ceremonias y a sus cinco acólitos, como a ella le gusta llamarlos. Son básicamente cinco deportistas del tamaño de un camión, con hombros anchos y masa muscular suficiente para aplastar una sandía con sus propias manos. Las capas les hacen parecer aún más grandes, pero supongo que ese era el efecto deseado.

Ahora estamos lejos de la carretera. Solo estamos nosotros, veintitrés estudiantes de antropología, siguiendo a los «Acólitos» y a la «Maestra» por un camino estrecho y traicionero. Cada metro y medio, más o menos, se rompe, o una raíz se encrespa sobre él, o una roca dentada sobresale. Claramente, es el camino menos transitado a través de estos bosques que, por lo demás, están intactos. La oscuridad se hace más densa a nuestro alrededor, pero los Acólitos y la Maestra llevan lámparas de aceite antiguas, como las que se usaban en las minas del siglo XIX.

Camino justo detrás de los Acólitos, seguido por Rita y Lindsey. Cameron va justo detrás de ellos, seguido de Jessie, Kyle y los demás de nuestro curso. Rhue se queda atrás, prestando mucha atención a todo y a todos. Los pocos vistazos que le doy me dicen que está nervioso. Sus ojos son estrechas rendijas que brillan cada

vez que se encuentran con la luz de las lámparas, pero aparte de eso, hay poco más que ver de él en esta extensión casi negra.

—¿Puedo hacer una pregunta? —Rita habla.

Los mayores ni siquiera se molestan en mirarla, pero seguimos adentrándonos en el bosque. Ya no estoy segura de saber dónde estamos ni cuánto falta para llegar a los coches. Creo que es parte de su propósito, aislarnos y quizá asustarnos un poco, obligarnos a someternos. Les seguiré el juego, claro, siempre y cuando me hagan sentir parte de este mundo. Llevo demasiado tiempo sola. La soledad ya no me sienta bien.

—¿Perdón? —Rita insiste, y la Maestra deja de caminar. Esto nos obliga a detenernos de forma repentina y bastante incómoda al chocar unos con otros. El grito de Rita es amortiguado por mi hombro, y yo casi me estampo contra la pared humana que es el Acólito Número 5.

Mackenzie se da la vuelta, y su lámpara nos muestra lo aburrida que está con esas preguntas. —Bien. Pregunta.

—¿Somos solo nosotros? ¿Dónde están los demás?

—Solo sois vosotros. Dividimos las especializaciones entre nosotros. A mí me tocó la parte más corta, obviamente. Haré lo que pueda para conseguir las especialidades de ciencias políticas el año que viene—responde Mackenzie, y luego lanza una larga mirada pensativa a Rhue, que está detrás—. Te habrías integrado mucho mejor allí, te lo aseguro.

—¿A dónde vamos? —pregunta Lindsey.

Mackenzie pone los ojos en blanco. —Ya son suficientes preguntas por ahora. Seguidme y dejad de cuestionar mis órdenes.

Es extraño verla así. Cada vez que nos hemos cruzado, Mackenzie no ha sido más que amable y amistosa y acogedora con todo el mundo. Por supuesto, esto es un ritual de novatadas. Hay costumbres «ancestrales» que hay que observar; entre ellas, supongo, el máximo respeto que se le otorga al maestro de ceremonias.

—Pero ustedes, señoras, tenéis suerte —comenta mientras reanudamos nuestro paseo por el bosque. —Este es solo el segundo año que se nos permite participar en el ritual de novatadas. Hasta el

año pasado, los rituales de novatadas pertenecían únicamente a las fraternidades y se manejaban en consecuencia. Desgraciadamente, dejar a los hombres a cargo de esas tareas resultó ser demasiado durante demasiados años. Numerosos rituales de novatadas han provocado graves lesiones y dos muertes accidentales desde que se fundaron las fraternidades de esta universidad.

Es un tema incómodo, me doy cuenta, aunque los Acólitos no se atreven a hablar. Es la tensión que se desprende de sus hombros del tamaño de un autobús lo que capto. Supongo que estos chicos fueron objeto de una novatada por parte de algunos mayores, en algún momento, según el viejo modelo.

—Sin embargo, desde que tomamos el mando, y cuando digo nosotros, me refiero a las mujeres, los rituales de novatadas han cambiado radicalmente y para mejor. En primer lugar, el proceso es inclusivo y no discriminatorio. Es opcional, no obligatorio, aunque negarse a participar te da una mala reputación en toda la universidad. El tipo de reputación que nunca se podrá superar.

—Bueno, entonces, supongo que los estudiantes de antropología deberíamos estar orgullosos, ya que ninguno de nosotros rechazó la convocatoria—se ríe Cameron.

—¡Silencio! —Mackenzie gruñe, y suena lo suficientemente duro como para obedecer.

Le echo una breve mirada por encima del hombro y me doy cuenta de que está realmente intimidado. Es casi bonito. Pero entonces el camino termina y acabamos en el borde de un claro, donde una hoguera arde en el centro. Se han utilizado troncos viejos, trozos de muebles, musgo seco y corteza como leña, trozos que crepitan y arden con fuerza mientras se forman brasas en el fondo. Veo extintores no muy lejos del centro caliente de lo que parece ser una reunión solemne. Ya no son solo Mackenzie y los cinco. No, hay docenas de Acólitos esperando, colocados en un amplio círculo alrededor de la hoguera. Un tambor late perezosamente en el fondo, su ritmo hace eco hacia el exterior.

—Dicho esto, los rituales de novatadas son tan aterradores y tan difíciles, si no más, que los que nuestros predecesores estrictamente masculinos organizaron—continúa Mackenzie mientras se dirige a la

hoguera. Todos los Acólitos se arrodillan ante ella durante un largo minuto—. Es una prueba que saca lo mejor y lo peor de las personas. Nuestra misión es comprender de qué es capaz esta nueva generación de genios de Cornell. Por lo tanto, aunque apreciamos vuestra elección de asistir a las festividades de esta noche, todo lo que puedo decir es... —Hace una pausa para reírse diabólicamente— que vosotros estáis muy jodidos.

—Define jodidos—responde Rhue secamente. —¿Vas a ser tú la que se joda, Mackenzie? Si es así, me gustaría ser el primero de la fila. Eres justo mi tipo.

Resulta que no lo es. Mackenzie es bonita pero baja. Sé que Rhue suele sentirse atraído por las mujeres altas; yo no soy más que un ejemplo, como descubrí hace tiempo. También le gustan rubias, y Mackenzie es una sólida morena. Lleva demasiado maquillaje, y eso también lo desanima. Y ella se está especializando en Artes Liberales, lo que normalmente le saca una risa burlona. Rhue tiene algunas opiniones fuertes sobre los graduados en artes liberales, y no son nada positivas. Por eso sé que está mintiendo y que probablemente lo hace solo para cabrearme.

¿Por qué estoy tan irritada?

Oh, ya sé por qué. Es por lo que su truco del otro día me hirió tan profundamente. Por qué todavía estoy furiosa cada vez que pienso en ello. Por qué me duele el corazón de forma incontrolable cada vez que Rhue entra en mi cabeza y se niega a marcharse, agazapado como un desvergonzado adicto al crack en lo más profundo de mi mente. El muy cabrón.

—Eh, así que quieres que te jodan. ¿Es eso, Sr. Echeveria? —pregunta Mackenzie, poniendo una sonrisa lasciva. Tiene ese factor de picante travieso a su favor, y el lápiz labial rojo solo amplifica las ideas más pervertidas de cómo podría satisfacer a un hombre. Se acerca a Rhue y mi estómago se retuerce en un nudo incómodo. Por un momento, imagino que irán a un lugar más privado, escondido en el oscuro bosque.

Rhue se encoge de hombros mientras su palma se posa en su mejilla.

—Como he dicho, siempre que seas tú la que me folle, Mack... —Le da una bofetada tan fuerte que son mis oídos los que empiezan a pitar.

—Joder—me oigo susurrar.

—Soy la Maestra—le recuerda Mackenzie, y dos Acólitos lo inmovilizan inmediatamente.

—¡¿Qué cojones?!—suelta Rhue, luchando contra su sujeción, pero le tienen los brazos retorcidos alrededor de la espalda en lo que parece un ángulo doloroso, y mi corazón tamborilea rápidamente. Más rápido. Lo suficientemente rápido como para encender mis instintos. Me preocupa que esto se vuelva peligroso, y rápidamente, pero entonces recuerdo las palabras anteriores de Mackenzie. Ella se enorgullece de instituir prácticas rituales de novatadas más seguras, eso era obvio en su discurso.

—Te van a joder, seguro—le comenta a Rhue y se gira para mirarnos—. De hecho, aquí el señor Echeveria es uno de los primeros en entrar en el ritual de novatadas. Verás, te hemos estudiado durante el último mes. Te hemos seguido a todas partes, incluso cuando creías que nadie te observaba. Tenemos ojos en todas partes. —Y así, sin más, mi piel empieza a cosquillear, a erizarse por todas partes con una plétora de escalofríos mientras repaso todas las instancias que los mayores podrían haber presenciado entre Rhue y yo. Nuestra animosidad es todo menos un misterio. —Sabemos de tus deseos y necesidades. Y también sabemos lo que te molesta.

Mackenzie señala con la cabeza a otros dos Acólitos, y tanto Lindsey como Rita gritan cuando los dos matones se acercan y me flanquean. Cameron intenta apartarme, pero otros dos Acólitos aparecen prácticamente de la nada y le retienen. Los demás estudiantes están demasiado nerviosos, algunos incluso asustados, como para mover un músculo o hablar. Pero me doy cuenta de que también se están preocupando.

—¿Qué coño es esto? —Rhue gruñe. —¡Soltadme!

—No. Consentiste el ritual de novatadas en el momento en que saliste de tu coche. Ahora eres nuestra perra—dice Mackenzie, y luego me mira—. Ahora todas sois nuestras perras. Pero dad gracias;

he decidido que vuestra novatada sea sencilla. En este bosque hay seis cabañas. Seis cabañas de caza abandonadas. Hay cincuenta Acólitos aquí, cada uno de ellos armado y peligroso.

Se me hiela la sangre. —Espera, ¿qué?

—Solo son balines, pero duelen de cojones—añade uno de los Acólitos, sacando una réplica de revólver. Sé lo mucho que duelen. He recibido unos cuantos de cerca.

—¿Qué sentido tiene esto? —grita Rita, ahora comprensiblemente asustada. Todos estos son cisnes pretenciosos, criaturas delicadas que, en el peor de los casos, se han roto una uña. Nunca les han disparado con una pistola de aire comprimido. Los superan en número, y Mackenzie está haciendo un notable trabajo para dar miedo.

—Voy a emparejaros—dice Mackenzie—. Y luego, voy a dejar que mis Acólitos os den caza. Vuestro objetivo es llegar a una de las cabañas y encerraros allí hasta el amanecer. Si llegáis a una cabaña, no dejaréis entrar a nadie más. Si lo hacéis, fallaréis el reto de la novatada. Si no llegáis a una cabaña, pero conseguís ver el amanecer sin que os carguen el culo de balines, bueno, lo aceptaré como un resultado satisfactorio. Pero si mis Acólitos os derriban, de una forma u otra, seréis marcados y recordados como fracasados. ¿Está claro?

Rhue se burla. —¿De verdad? ¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que tienes?

Mackenzie lo mira fijamente durante un segundo, luego saca una pistola de aire comprimido de debajo de la capa y le vacía un cargador en el estómago. Rhue grita de dolor y me compadezco de él, aunque solo dura un segundo, hasta que recuerdo que me pidió que me agachara para poder follarme como su padre. La bilis sube y me la trago. No es el momento adecuado.

—Maldita zorra—logra decir, ahora sujetado por los Acólitos. El dolor en su cara es evidente. Me imagino los moratones que tendrá por la mañana.

—Ya, ya, tú pediste que te jodieran. Simplemente te estoy complaciendo. Además, tienes la boca llena y alguien tiene que dar ejemplo—responde Mackenzie—. Esto sigue siendo una novatada, y

seguirá siendo una mierda para la mayoría de vosotros, porque los Acólitos tienen carta blanca para atormentaros, sin llegar a la tortura, la mutilación y el asesinato. Eso deja un montón de territorio inexplorado para ellos. Ahora, a las parejas: Sr. Echeveria, tú y la Srta. Willis formaréis un equipo.

Mis rodillas casi se desintegran. —Oh, no.

—Toda la facultad sabe de ese beso que vosotros dos compartisteis en la pista de atletismo. Me dicen que fue bastante romántico, hasta que el Sr. Echeveria hizo una propuesta indecente. Considera esta tu oportunidad para seguir con eso, de una manera u otra. Suponiendo, por supuesto, que vosotros dos tortolitos lleguéis a una de las cabañas.

—No, no, lo has entendido todo mal—intento decir, pero aquí no puedo ganar. Me doy cuenta de ello en cuanto los Acólitos me acercan a Rhue, y Mackenzie sonríe fríamente.

—Lo sabremos por la mañana—responde ella—. Si no os encuentro en compañía la próxima vez que os vea, seréis descalificados.

Cameron interrumpe. Los Acólitos siguen reteniéndolo, pero tiene una pregunta apremiante, una que seguramente todos tenemos.

—¿Qué pasa exactamente si somos descalificados?

—¿No leísteis la letra pequeña de los formularios de solicitud cuando pedisteis a la Universidad de Cornell que os aceptara como estudiantes? —Mackenzie se queja. Está perdiendo la paciencia, ahora, o fingiendo muy bien. En cualquier caso, los demás se lo creen.

Rhue se ríe amargamente, con aspecto de estar derrotado.

—Nadie lee la letra pequeña.

—De acuerdo. Bueno, gracias por la honestidad. Es refrescante—comenta Mackenzie—. Entonces déjame decirte lo que dice la letra pequeña de las solicitudes de ingreso a la universidad. El ritual de novatadas es una actividad opcional, pero una actividad, al fin y al cabo, supervisada por los estudiantes de último año. No completar la actividad supone la pérdida de sesenta créditos al final de tu curso académico. Por lo tanto, cuando he dicho que esta noche sois mis perras, lo decía en serio.

Me desconcierta que todo el mundo parezca tragarse la mierda que acaba de soltar Mackenzie, pero da igual. Mirando a mi alrededor, me doy cuenta de que la noche se ha vuelto más oscura, salvo por la hoguera que sigue ardiendo. Sin embargo, los Acólitos ya no la rodean. Se mueven alrededor y entre nuestras filas, cada uno llevando pistolas de balines y mucha munición. Van en serio. Es su camino o la carretera. Maldita sea, esto ya no se trata de la aceptación social.

En el momento en que llegué aquí, dije que sí a participar en el ritual de novatadas. Echarse atrás ahora resulta en un fracaso. No terminar el ritual de una manera que satisfaga a Mackenzie también es un fracaso. Esto es básicamente el primer examen. Mierda.

Y tengo que pasar una noche con Rhue para aprobar. Doble mierda.

Tampoco hay manera de eludir esto, Mackenzie y los Acólitos lo sabrán. Supongo que tienen exploradores en el bosque, cámaras cerca y alrededor de las cabañas, tal vez también drones.

—Creo que me gustaba más en los viejos tiempos—murmura Rita, claramente insatisfecha. La han emparejado con Alvin, al que siempre se ha referido como La Ardilla, y no de forma simpática. —Debería haber solicitado una hermandad en su lugar.

—Tal vez deberías haberlo hecho—responde Mackenzie—. Pero ahora es demasiado tarde para echarse atrás, ¿recuerdas? Serás una ganadora para cuando esto termine. Te lo prometo. Ahora. —Mira a su alrededor, notando que los Acólitos han terminado de emparejarnos. Lindsey va con Cameron. Rita con la Ardilla. Y yo estoy atrapada con Rhue, mi maldita pesadilla. —Os daremos cinco minutos de ventaja. Luego, empezaremos a cazar. Sugiero que os disperséis. Cinco cabañas en cinco direcciones diferentes.

—¿Qué direcciones, entonces? —Pregunto, no queriendo que Rhue se regodee en mi miseria y total decepción. —¿Están marcadas de alguna manera?

Mackenzie sacude la cabeza. —No. Pero eso es lo divertido. Tendréis que averiguar cómo llegar allí antes de que mis chicos os pillen.

—Serías una gran villana en Gotham, lo reconozco—murmura Rhue, y yo estoy a punto de reírme. No puedo dejar que piense que estoy entretenida. Eso sería aún peor.

—Te he jodido, ¿verdad? —Mackenzie responde con una sonrisa fría. —¡En marcha, señor Echeveria, Srta. Willis! El reloj ya está corriendo.

Minutos después, estoy corriendo por el bosque junto a Rhue. Sin palabras, sabemos que nuestro primer objetivo es alejarnos lo más posible del claro. Si hay una cabaña cerca, la encontraremos. Con o sin Rhue, pasaré el ritual de novatadas. Conseguiré mis créditos, y haré algo que la vieja Madison no se habría atrevido ni a intentar.

—Esta es la peor noche de mi vida—comenta Rhue.

Paso de largo junto a él. —Intenta seguir el ritmo, al menos. Pensé que eras un atleta.

Al menos consigo cabrearle. Así que, tengo eso a mi favor. Todo lo demás apesta en todos los demás sentidos. Solo puedo esperar que la oscuridad de este hermoso y silencioso bosque me trague entera y me mantenga oculta de los Acólitos. Rhue no tiene más remedio que acompañarme, aunque no puedo evitar preguntarme cómo será esta noche. ¿Habrá guerra o habrá otro intento de paz? Me parece bien esto último, pero no puedo confiar en que este apuesto bastardo me complazca.

EIGHTEEN
RHUE

Pensé que las novatadas iban a ser divertidas.

Es la única razón por la que conduje hasta aquí, ignorando las líneas de la letra pequeña sobre la inclusión y las directrices de seguridad. Las historias que he escuchado de los graduados de la universidad parecen películas de terror y de suspense comparadas con lo que es esto. Un montón de copos de nieve. Lo peor de todo es que Mackenzie fue fiel a su palabra. Me jodió, de acuerdo, tan pronto como me emparejó con Madison. Esto es un puto rollo.

Llevamos unos veinte minutos caminando, aunque no estoy seguro de dónde estamos, así que saco mi teléfono y enciendo la aplicación del mapa. Pronto, el puntero del GPS nos sitúa en medio del bosque. Madison sigue caminando unos metros más antes de darse cuenta de que me he detenido. Puedo sentir su mirada, pero estoy más interesado en la calidad del zoom del mapa en este teléfono.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta.

—Tratando de averiguar dónde estamos. Obviamente. —Esto es lo más que hemos hablado desde que nos emparejaron y nos mandaron al bosque. —Espero que podamos encontrar una de esas cabañas más pronto que tarde.

Ella frunce el ceño, pero acepta mi razonamiento, luego se cruza de brazos y mira a su alrededor. Está oscuro y silencioso. Con ello llega una extraña sensación de paz y tranquilidad, como si el mundo entero hubiera desaparecido de repente. No hay universidad. No hay expectativas de carrera ni de vida. No hay presión social. No hay familia. Nada más que yo, ella y estos viejos y gigantescos árboles. El aire fresco me llena hasta los topes, y por un momento me imagino cómo sería no volver nunca más.

—Debería haber caminos—comenta Madison después de un minuto.

—Eso es lo que espero ver a través de las imágenes de satélite—respondo.

Ella sacude la cabeza.

—No vas a verlos desde arriba. El dosel es demasiado grueso. Tenemos que...

—No, espera. Mira aquí—le indico, tan inmerso en lo que estoy haciendo que olvido el odio que se supone que existe entre nosotros. Madison se acerca para mirar la pantalla de mi teléfono. —Este es el claro. Tiene que serlo. El camino del campo está aquí—señalo, con la punta de mi índice planeando sobre el mapa. —Se estrecha aquí, que es básicamente donde dejamos nuestros coches. De acuerdo con el pin aquí, nos dirigimos al sur. Otros cinco kilómetros y llegaremos a una de las carreteras residenciales más allá del bosque. Eso no servirá.

—Correcto. Deberíamos dirigirnos al noreste desde aquí, entonces—responde Madison, señalando suavemente otra sección del mapa—. Hay más posibilidades de encontrar una cabaña en ese lado. Si yo fuera un cazador, al menos, es donde construiría una. ¿Ves ese arroyo?

—¿Qué pasa con él?

—Construiría mi cabaña cerca del agua—añade. Durante lo que parece una eternidad, nuestras miradas se fijan el uno en el otro, y no decimos nada. Esta noche, la pelota está en mi campo. Parece que yo decido cómo va a ir esto. Madison se mantiene civilizada. Puedo seguir esa línea o volver a ser un idiota. Esto último me resulta demasiado fácil. Tal vez me desafíe a mí mismo. Tal vez.

—Vamos, entonces. Estoy bastante seguro de que los Acólitos nos seguirán muy pronto.

—Ah, has estropeado la sorpresa—la voz de un hombre atraviesa la oscuridad.

Le siguen sonidos de estallido y perdigones que pasan zumbando junto a nosotros, pasando apenas por encima de nuestras cabezas. Instintivamente, mi mano se levanta y descubro que estoy agarrando a Madison, tirando de su mano mientras salgo disparado hacia el noreste. Grita cuando uno de los perdigones le da en el costado, pero mientras siga corriendo, estamos bien.

—¡Vamos! —La insto. —¡No podemos dejar que nos ganen!

De alguna manera estamos sincronizados, ahora. Nos deslizamos por el suelo del bosque, saltando sobre las raíces y las rocas como si fuéramos ciervos. Mi respiración es uniforme pero cada vez más corta. Nos conduzco a través de un grupo de pinos cada vez más espeso. Algunas de las ramas son demasiado bajas y me abofetean la cara cuando me muevo más rápido. Las agujas me arañan las mejillas y me rompen la piel, pero no puedo dejar que esos payasos ganen. Madison y yo no somos amigos, ni siquiera estamos cerca de serlo, pero hoy ha tenido suerte porque mi necesidad de ganar es aparentemente mayor que mi odio hacia ella.

—¿Estás bien? —Pregunto, pero no espero una respuesta. Obtengo un «Ajá», así que eso basta.

Nos lleva un rato, pero conseguimos dejar atrás a los Acólitos. Supongo que su objetivo es asustarnos y evitar que nos quedemos demasiado tiempo en un lugar. Se supone que debemos buscar refugio en una cabaña, después de todo.

—Maldito hijo de puta—suelta Madison cuando por fin nos detenemos a descansar unos minutos. Se sujeta el costado, con la cara arrugada por el dolor.

—Te han dado, ¿eh?

Ella asiente una vez. —Y algo más. Ese hijo de puta—susurra, sabiendo que no podemos hacer demasiado ruido si queremos que no nos sigan la pista. Lentamente, levanta el dobladillo de su camiseta y me permite ver una parte de su cadera y del bajo vientre. La piel es suave y casi blanca en esta oscuridad, con solo la

luna que se eleva por encima como fuente de luz. Madison utiliza la linterna de su teléfono para mostrar la zona enrojecida. Parece dolorosa.

—Tendrás un bonito moratón por la mañana—le respondo en un intento de animarla, aunque mi voz no parece poder eliminar la maldad de su tono, a pesar de lo bonitas que son mis palabras. —Considéralo una cicatriz de tu batalla de novatadas. Llévala con orgullo.

Se burla. —Me habría vestido en consecuencia, si hubiera sabido que esto era lo que nos iban a hacer.

—¿Vestirse como corresponde? ¿Tienes un traje de SWAT en casa?

Me dedica una sonrisa irónica y se encoge de hombros.

—El torneo de airsoft de hace tres años, en Rochester. Papá insistió en que consiguiera el equipo adecuado para eso. Me habría venido bien, ahora.

El torneo de airsoft fue un evento benéfico organizado por mi madre y mi hermana con el propósito de recaudar fondos para los veteranos sin hogar que aún luchaban en ese momento en Rochester. Era una gigantesca copia de Call of Duty con armas de airsoft y excelentes técnicas de marketing. Yo no participé, pero sé que recaudaron mucho dinero. Me resulta extraño mirar a Madison ahora, sabiendo que fue una de las jugadoras.

—Nunca me dijiste que estabas allí—murmuro.

—Nunca se habló de ello—responde ella.

Es cierto. Tal y como están las cosas, no voy a seguir puteándola. Por ahora, me gustaría que siguiera siendo así, aunque solo sea por ganar. Dios sabe que, si se saca demasiado a colación a Rochester en cualquier conversación que tengamos, podría verme obligado a recordar todo el odio que le tengo.

—Vamos, tenemos que seguir avanzando.

Veinte minutos después, llegamos al arroyo. Sus aguas correntosas caen sobre rocas verdosas y redondeadas. No hay mucho más que ver por aquí, ya que la luz de la luna es escasa y no queremos gastar las baterías de nuestros teléfonos en linternas

todavía. No es ni siquiera medianoche, así que tenemos muchas horas por delante.

Madison se pasa las manos por el pelo antes de trenzar un mechón sobre el hombro. No sé por qué la observo, pero lo hago. Está concentrada en lo que está haciendo, así que no se da cuenta de la atención que le presto. Una sonrisa se dibuja en sus labios, pero solo por un momento antes de volver a cerrar la boca. De alguna manera, eso me hace sentir culpable. No debería. Lo sé. Pero supongo que hay una diferencia entre verla destrozada cuando son mis acciones las que la destrozan y verla ocultar su sonrisa solo porque yo podría verla. Decido que he estado tan ocupado haciéndole daño que no haría ningún daño darle un respiro esta noche. Si mi estado de ánimo se agrava o el pasado decide lanzarme puñales en el pecho, entonces podré desquitarme con ella de nuevo. Pero por ahora, supongo que dejaré que las cosas sean como son.

Vuelvo a mirar a Madison y me pregunto cuánto tiempo más tendré la energía para llevar una guerra total contra ella. Estoy cansado. Ella también debe estarlo. ¿Cuánto tiempo más podré seguir así con nuestros caminos cruzándose tan a menudo?

—Bien, estamos llegando a alguna parte—dice, mirando hacia arriba y hacia abajo del arroyo que se ensancha—. Al sur de aquí, a unas tres millas, comienzan las zonas residenciales. Los cortijos de mala muerte, quiero decir. —Se me escapa una risa. Se refiere a esa gente de la ciudad que se traslada al campo pensando que puede construir una granja y vivir de la tierra y demás, cuando la mayoría de ellos no sabe ni desbrozar un jardín. Recuerdo haber tenido una conversación sobre esto con ella antes. También recuerdo lo mucho que me reí. Lo feliz que solía ser sentada con ella disparando conocimientos de un lado a otro. Cómo nos llevábamos.

—Deberíamos dirigirnos hacia el arroyo—indica Madison, y yo le hago un gesto con la cabeza.

—Probablemente... —Un perdigón golpea mi hombro derecho. —¡Ah, joder!

Nos han encontrado. Volvemos a correr. Esta vez, es Madison quien lidera el camino.

Los Acólitos son mucho más persistentes ahora, sin embargo. Oigo risas. Risas femeninas.

—¡Te dije que esta noche te iba a joder, Sr. Echeveria! Aquí estamos. —Los perdigones pasan volando junto a nosotros. El arma de alguien hace clic mientras se carga un nuevo cargador.

—Por ahí—grita uno de los acólitos. Tienen sus ojos puestos en nosotros.

—¿Qué demonios está haciendo Mackenzie aquí? —Madison pregunta, con la respiración agitada mientras salimos corriendo río arriba sin mirar atrás.

—Debo haberla mosqueado—respondo, con el hombro ardiendo. Internamente, me alimento con la misma mierda alentadora que le di a Madison. Por la mañana será un moratón genial. Hasta entonces, sin embargo, me duele como a un hijo de puta. Noto la carne cruda y chamuscada, como si un millón de voltios atravesaran el músculo. ¡Joder, creo que hasta la articulación y los huesos me duelen!

—Sí, no puedo imaginar cómo lo has conseguido—replica Madison. Me merezco el sarcasmo, incluso Laura estaría de acuerdo. Mi hermana cree que mi odio hacia Madison no es realmente odio, sino rabia compulsiva. Dice que no puedo evitarlo. Pero que puedo superarlo si admito que hacen falta dos para bailar un tango, y que mi padre fue el autor intelectual, no Madison. Bueno, ella tampoco era inocente… un segundo perdigón impacta en el mismo hombro, y yo grito de agonía.

—¡Hija de puta! —Gruño, preocupado por si se me cae el brazo derecho.

Me hormiguean las yemas de los dedos, pero esa es prácticamente la única sensación que me queda cuando el dolor se convierte en algo parecido a un entumecimiento. Tiene que ser mi cerebro el que cierra algunos de los receptores del dolor, ya que su parte de lagarto está centrada en la supervivencia. Esto es lo que estamos haciendo aquí, en cierto sentido. Sobrevivir. Los mayores quieren acabar con nosotros y humillarnos. Me siento mal por restarle gravedad a una lesión con una pistola de balines. Las directrices de seguridad podrían hacer algunas enmiendas, estoy

pensando. Mierda, yo prohibiría las pistolas de balines para siempre en todas partes. ¡Hija de puta!

—¡Ahí! —Madison me indica. Enrolla sus dedos alrededor de mi muñeca y me arrastra más allá del arroyo. Me doy cuenta de que vamos cuesta arriba. Es más bien un montículo, en realidad, pero lo suficientemente empinado como para que nuestras pantorrillas y muslos trabajen un poco más mientras nos dirigimos hacia... la cabaña. La veo.

—Mierda—me oigo murmurar.

—Salvados—se ríe Madison.

Detrás de nosotros, Mackenzie se ríe. Las ramitas crujen. Las hojas crujen. Las botas golpean el suelo.

—¡Ya vamos, Rhue! Te pondré negro y azul antes de dejarte entrar en esa cabaña, ¡cerdo engreído!

—Creía que tenía problemas contigo, Maddie, pero creo que ahora mismo odio más a Mackenzie—jadeo cuando ya estamos en la recta final. La cabaña es una cosa pequeña hecha de madera, en su mayoría, con ventanas cuadradas y una chimenea torcida de acero viejo y galvanizado. La suciedad y las hojas muertas cubren la mayor parte de la pequeña entrada y partes del tejado. La leña se está pudriendo fuera, junto al pequeño cobertizo, a unos seis metros de la cabaña. Este lugar está prácticamente abandonado.

—¡Sigue corriendo, pequeña zorra! —Mackenzie gruñe y nos dispara con su pistola de aire comprimido. Los perdigones no nos alcanzan por poco cuando saltamos a la entrada.

Por un momento, me preocupa que todo vaya a ceder, ya que la vieja madera gime bajo el peso repentino. Madison intenta pasar por la puerta principal, pero está cerrada.

—¡Maldita sea!

Los Acólitos se están acercando. Puedo oírlos. Algunos se ríen. Malditos sádicos. Sé que Mackenzie no puede esperar para joderme otra vez y vaciar su cargador, preferiblemente en mi culo. Aileen Wuornos estaría muy orgullosa de ella.

—Déjame—le replico a Madison y ocupa su lugar junto a la puerta. Hay una ventana justo al lado. Merece la pena intentarlo, pienso, y luego atravieso el codo izquierdo y lo rompo. Un momento

después, mi mano está atravesando y tanteando el pomo de la puerta desde dentro. Como sospechaba, hay una forma de desbloquearla así.

—¡Rápido! —Madison grita cuando una docena de perdigones golpean la fachada de la cabaña. Saltan astillas de madera, algunas lo suficientemente cerca como para clavarnos a los dos en los ojos. Nos metemos en la cabaña y cierro la puerta tras nosotros. Dejo escapar un fuerte suspiro al ver que hemos encontrado un refugio. Vamos a superar el ritual de las novatadas, siempre que nos quedemos aquí hasta el amanecer y no dejemos entrar a nadie más. Suena bastante fácil, y no tengo ningún dilema moral con respecto a mantener a estudiantes inocentes fuera durante la noche. Deberían sentir algo de esa picadura de BB, también.

Soy un idiota.

—Uf—consigo decir, deslizándome en el suelo con la espalda firmemente apoyada en la puerta. Mackenzie está en la entrada, cacareando como Cruella Deville. Los Acólitos dan un par de vueltas alrededor de la cabaña antes de volver al frente. Vemos sus siluetas moviéndose a través de las ventanas y oímos sus pesadas botas. —Bueno, al menos tenemos la cabaña para nosotros solos.

—Haces que parezca como un fin de semana en Aspen—resopla Madison y procede a poner toda la distancia posible entre nosotros. Ella está básicamente en el otro lado de la sala de estar abierta, mientras que yo mantengo mi posición junto a la puerta.

—Recuerda—grita Mackenzie. Unos cuantos cuervos graznan en respuesta. La familia es la familia, después de todo. —No dejéis entrar a nadie más, o estaréis descalificados. Si os vais antes del amanecer, seréis descalificados. Ah, y me olvidé de mencionar una cosa: estas cabañas están embrujadas. A vosotros, tortolitos, os espera una noche difícil.

Madison se burla desde la cocina.

—¿Puedo golpear su cabeza con esta vieja tostadora? ¿O eso hará que nos descalifiquen también?

—Meh, creo que todavía podría ser útil en un futuro próximo. Yo propongo prescindir de la perra y restregarle la nariz cuando llegue la mañana—respondo.

Intrigado por el pesado silencio que sigue, me asomo a la ventana justo a tiempo para ver a Mackenzie y sus matones saliendo, sus figuras negras hacia el bosque más negro.

Al mirar por encima de mi hombro, veo a Madison con los brazos cruzados y el ceño permanentemente fruncido en su hermoso rostro. Sus ojos, sin embargo, están llenos de una tristeza más oscura que la noche. Tal vez sea la adrenalina, tal vez sea la falta de oxígeno en mi cerebro, pero estoy empezando a ver fragmentos de lo mucho que la he herido. ¿Quién sabe? Después de mi colapso de la otra noche, temo que mi conciencia se haya despertado. Cada dos minutos, me pregunto si a mi madre le gustaría el Rhue en el que me he convertido. Cada vez, la respuesta es un decepcionante «no», y dudo que cambie a menos que haga un serio examen de conciencia.

¿Qué sentido tiene todo este dolor? ¿A quién beneficia? Cuanto más sufre Madison, más miserable me vuelvo. Sin embargo, ¿por qué el lado más oscuro de mí sigue tan furioso y desesperado por castigarla, entonces?

—Entonces, ¿tomamos un café mientras esperamos? —Bromeo, esperando que ella siga el tono.

—Que te den, Rhue. —Me da la espalda y ahí está mi respuesta.

Oh, no. Me espera una noche larga y vacía.

NINETEEN
RHUE

Pasan un par de horas en un incómodo silencio. Intento entablar conversación aquí y allá, pero constantemente me encuentro con un seco "hm" o absolutamente nada. Esto solo sirve para hacerme sentir más inseguro. De todos modos, ese es probablemente el objetivo. Máxima incomodidad. Es la forma más suave de castigo que Madison podría infligirme, de todos modos. Debería estar agradecido de que esto sea todo lo que recibo. Me merezco algo mucho peor.

Hemos revisado la cabaña de arriba a abajo. Definitivamente no ha sido habitada en mucho tiempo, pero hay una sorprendente cantidad de comida viable en la despensa, junto con varios paquetes de seis cervezas. Supongo que los veteranos no están tan jodidos, después de todo.

Hay dos bolsas de galletas de queso abiertas en la mesa de café y ya me he tomado tres cervezas. Se está enfriando, y no hay suficiente alcohol en ellas como para que me emborrachen. También hay latas de atún, carne enlatada y alubias que podemos hurgar, además de algo de flor y levadura en polvo y unas dos bolsas de sal en la despensa. No tengo ganas de amasar, pero en caso de necesidad podría hacer pan.

También hay madera en el pequeño sótano de abajo. Esa cámara está aislada y provista de un orificio de ventilación, completamente seca y limpia, perfecta para almacenar prácticamente cualquier cosa. Tampoco tiene calefacción, así que, si hay temperaturas gélidas aquí en invierno, también es un buen lugar para guardar carne fresca. Carne fresca de una cacería. Curiosamente, podría verme acampando aquí durante una o dos semanas. Solo el bosque salvaje y yo, sin ningún otro humano a la vista. Bueno, tal vez un humano.

—¿No tienes hambre? —le pregunto a Madison, notando cómo se queda mirando las galletas de la mesa, pero se niega a alejarse de la ventana.

—¿Qué parte de «que te den, Rhue» no ha trascendido antes? —responde ella.

—Estoy intentando enterrar el hacha de guerra.

—O estás tratando de engañarme de nuevo. Pero ya sabes cómo va esto, ¿no? Si me engañas una vez, te avergüenzas. ¿Engañarme dos veces? No, no, no. No, gracias. Quédate en tu rincón, yo me quedaré en el mío, y en... —Hace una pausa para comprobar la hora en su teléfono. —En unas seis horas, estaremos fuera de aquí y victoriosos.

No voy a llegar a ella tan fácilmente. Está demasiado herida para considerar siquiera la posibilidad de confiar en mí.

—No sabría por dónde empezar a ofrecer una disculpa formal, Madison—admito—. Te he hecho daño a tantos niveles que creo que hay un ático esperándome en el infierno. Pero estoy siendo sincero aquí. Supongo que se podría decir que he llegado a ese punto de epifanía, y he visto los errores de mis caminos. Al menos por esta noche.

Me mira desconcertada, como si fuera una especie de lunático. —No puedes hablar en serio.

—El otro día, cuando mencionaste a mi madre, me diste la razón. Hace tiempo que debería haber hecho un examen de conciencia, y este es mi intento de encontrar el camino de vuelta a... la santidad, supongo. No creo que estés preparada para que te pida perdón, pero considera este el primer paso.

—No estoy segura de que el perdón sea algo que vayas a obtener de mí. Aunque probablemente sea un arma de doble filo. Dices una cosa ahora, probablemente porque estamos encerrados juntos en una cabaña y ya has pasado el punto de agotamiento, pero sé lo que sientes de verdad, Rhue.

Las palabras son duras, pero me lo merezco. La he hecho pasar por un infierno y por algo peor. Su falta de confianza sigue siendo un castigo demasiado suave, aunque algo me dice que me espera una buena cuenta al final de esta vida. Lo que Madison no dispense como dulce justicia se lo guardará probablemente para el gran final, cuando menos lo espere.

—No te equivocas—admito—. Pero podemos darnos una tregua esta noche, ¿no?

Se lo piensa un rato y asiente lentamente. Sus labios se separan y está a punto de decir algo, cuando un fuerte golpe en el exterior nos hace saltar a los dos. Alcanzo a Madison en un abrir y cerrar de ojos, miramos por la ventana y vemos a Cameron y a Lindsey jadeando y con el aspecto de haber corrido una maratón. El sudor gotea de sus rostros, con los ojos muy abiertos con una mezcla de miedo e irritación. Supongo que los Acólitos le han dado a uno de ellos, al menos, donde les duele.

—Necesitan refugio—susurra Madison. Miro brevemente hacia abajo y agradezco a las estrellas que haya tenido la presencia de ánimo de clavar un trozo de madera contrachapada sobre la esquina donde rompí el cristal.

—Qué pena por ellos, nosotros llegamos primero—le recuerdo.

Ella suspira profundamente. —Me siento como una idiota, pero sí...

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —Lindsey grita mientras Cameron golpea la puerta. Instintivamente, cojo a Madison del brazo y la acerco, luego me aclaro la garganta y finjo una voz ronca.

—¡Salid de aquí! Esta cabaña está ocupada—grito.

Los dos se quedan quietos, mientras Madison me lanza una mirada confusa.

—¿Quién... quién es ese? —pregunta Cameron, tratando de ver algo a través de la ventana. Por desgracia para él, hay antiguas

cortinas de encaje corridas sobre cada una.

—Mike Brewster. Podéis quedaros en la entrada si queréis, pero no vais a entrar—les recuerdo— ¡Se darán cuenta si entráis a la fuerza!

Madison se encoge de hombros.

—Sí, buen punto. Quiero decir, ¿qué les impide entrar? —murmura—. Esto no es exactamente Fort Knox. —Pasa un minuto mientras Cameron y Lindsey susurran entre ellos. Madison se quita de encima y se acerca a la mesa de café, volviendo con dos cervezas y un cuenco de barro lleno de galletas de queso. —Será mejor así... tenemos que vigilarlos, al menos por ahora.

—Buena idea. Ya tenía bastante con hambre—comento y cojo un puñado de galletas junto con la cerveza. —Al final se rendirán. Si ven venir a los Acólitos, puede que se desesperen, pero será mejor que huyan. Si el amanecer los encuentra aquí y de una pieza, habrán superado el ritual de novatadas.

Es extraño, pero agradable vernos hablar así. La animosidad está latente, en algún lugar de nuestras cabezas.

Me tomo un segundo para admirar su rostro. Solo hay una pizca de luz de luna que atraviesa la blanca cortina, pero es suficiente para vislumbrar las sombras a lo largo de su mandíbula y justo debajo de su labio inferior. Incluso hay un pequeño brillo en sus ojos azules. Es pequeño, pero tan bonito. De repente, recuerdo por qué me enamoré tanto de ella al principio.

No era solo la belleza. Madison fue diseñada por los dioses para dar a cualquier hombre pelotas azules, pero es la forma en que el diseño fue creado con la inteligencia lo que realmente hace que la fórmula funcione. Es un genio, pero le gusta guardárselo para sí misma. Es aguda y atrevida, aunque a menudo parezca tímida. Es introvertida, pero veo que se esfuerza mucho por encajar aquí, entre esta gente. Siempre un manojo de deliciosas contradicciones.

Observamos a los dos fuera durante un rato, pero no decimos nada. Hay un antiguo sofá de ratán en la entrada, cubierto de hierbas secas y suciedad. Cameron y Lindsey tardan un rato, pero consiguen limpiarlo hasta el punto de poder sentarse en él.

Madison se revuelve y va corriendo a la despensa. Vuelve a salir con un paquete de seis y una tercera bolsa de galletas de queso, y señala la puerta con la cabeza.

—Abre un segundo—me pide. Tardo un momento en percibir la exigencia, pero obedezco.

Nada más oír la cerradura, tanto Cameron como Lindsey se ponen de pie de un salto, estúpidamente esperanzados. Siguiendo mi ejemplo, Madison hace que suene infinitamente más nasal mientras lanza la cerveza y las galletas por la rendija de la puerta y hacia la entrada.

—Será mejor que os pongáis cómodos—grita, haciéndome reprimir una carcajada.

—¿Por qué cambias la voz? —susurro una vez que la puerta vuelve a estar cerrada.

Me mira sorprendida.

—¿Por qué coño estabas cambiando tú la tuya antes? Solo te seguía la corriente.

—Bueno, es que no quería que supieran que éramos nosotros. Podrían intentar tirar de tu corazón o algo así, convencerte de que les dejes entrar—explico. Una mirada a través de la ventana me permite ver a Cameron y Lindsey de nuevo en el sofá, comiendo galletas y bebiendo cerveza. Parece que se están poniendo cómodos, incluso. Lindsey dice algo que le hace reír. No me gusta. Fue demasiado amistoso con Madison. Intenté ahuyentarlo, pero eso tampoco duró mucho. Por otra parte, mis métodos recientes han sido absolutamente terribles. —Si creen que somos otras personas, sé que Lindsey definitivamente no insistirá.

—¿Porque soy la única imbécil con un corazón lo suficientemente blando como para hacerle un favor y que me jodan en el proceso? No lo creo—responde Madison—. La perra se queda fuera, tanto si sabe que soy yo como si no.

—Entonces simplemente estabas disfrutando mientras jugabas fingiendo, ¿eh? —Me río entre dientes.

Ella me dedica una sonrisa seca.

—Puede ser. Pásame esa cerveza.

Una hora después, seguimos junto a la ventana, escondidos tras la cortina. De vez en cuando retiro el borde para mirar al exterior. Hay movimiento en el sofá, pero no distingo mucho. Sin embargo, veo las latas vacías en la entrada. Ya se han bebido cuatro cervezas.

—¿Qué están haciendo? —pregunta Madison, frunciendo el ceño mientras mira su teléfono por enésima vez. La batería está baja. Al rojo vivo. —Maldita sea.

—Comprobar la hora cada dos minutos hará eso—le digo—. Y tampoco hará que esta noche vaya más rápido.

—Tienes razón. Odio admitirlo, pero tienes razón—murmura—. Quizá también tengas razón en otras cosas. Deberíamos darnos una tregua. Pásame otra cerveza, por favor.

Hemos bebido el doble que los perdedores de fuera. Le doy una lata a Madison y abro una para mí. Sorbemos lentamente, escuchando los débiles ruidos que vienen de fuera. Al principio, parecen palabras. Una conversación amortiguada que tiene lugar bajo chaquetas y capuchas y dos mantas. Madison ha tenido la amabilidad de tirarles un par para que se cubran y no se congelen. Hasta ahora, no ha habido señales de los Acólitos, así que Cameron y Lindsey se han puesto relativamente cómodos. Probablemente tratando de llevarse bien y pasar la noche, como Madison y yo.

—¿Te arrepientes de haber venido aquí? —pregunta Madison, mirándome con atención.

Le respondo moviendo la cabeza.

—No. Es mejor que otras opciones, seguro. Cabaña en el bosque, aire fresco, cerveza relativamente fresca y galletas de queso solo parcialmente rancias. Estamos bien, créeme.

—Probablemente porque llegamos aquí primero—se ríe.

La cerveza está empezando a hacer un poco de magia, difuminando un poco mi cerebro y eliminando parte de la tensión que quedaba en mí.

—¿A dónde vamos con esto, Rhue? —La voz de Madison rompe el silencio en el que habíamos caído. Sé que no se refiere al ritual de las novatadas. —Porque nunca será como antes. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, sí. Pero al menos por esta noche me gustaría que estuviéramos fuera de la zona roja. ¿Crees que tengo una

oportunidad en el infierno para eso?

—No quiero pelear más—respira Madison, con su mirada clavada en la mía—. Pero tampoco quiero seguir mirando por encima del hombro. Creo que podemos darnos la mano y separarnos y darlo por terminado aquí mismo. Nunca te molestaré. Y tú nunca me molestarás.

Creo que es la cerveza, pero de alguna manera lo que dijo no me hace sentir mucho mejor. Gran parte de mi vida recientemente se ha centrado en Madison. No, ese enfoque no era en absoluto positivo, pero seguía siendo algo en lo que perder el tiempo. Alguien con quien estar enfadado. Alguien a quien odiar. Alguien a quien hacer daño al menos la mitad de lo que me dolía a mí. Es difícil imaginar cómo será la vida si no volvemos a interactuar.

—¿Te imaginas lo diferente que sería esto si fuéramos realmente amigos? ¿Si... no sé... no nos hubiéramos conocido antes del comienzo del curso? —le pregunto.

—Puedo—responde, y hay mucha tristeza en su voz cuando lo dice. Una parte de mí daría cualquier cosa por hurgar en sus pensamientos ahora mismo. La otra parte de mí no cree que esté preparado para el reto.

Doy otro sorbo a mi cerveza y dejo que se instale más silencio. Esta vez, no es Madison quien lo rompe. Un gemido resuena en la entrada. Madison y yo nos quedamos helados cuando empezamos a darnos cuenta de lo que está ocurriendo fuera. El aire se vuelve turbio e irrespirable, tan caliente como si estuviéramos abandonados en el borde de un volcán activo. Retiro lentamente la cortina de encaje, justo a tiempo para ver los vaqueros y las botas de Lindsey tirados en el suelo. Las mantas están extendidas en el sofá, las chaquetas envueltas como almohadas.

Cameron también se ha quitado los vaqueros y los calzoncillos. Lindsey se pone de espaldas y Cameron se le echa encima. Están demasiado borrachos o demasiado cachondos como para preocuparse de que alguien los vea. Tal vez piensen que estamos durmiendo aquí. No importa. Lindsey se hace oír mientras Cameron la saborea con un apetito creciente. Echa la cabeza hacia atrás y se

sube el jersey, dejando al descubierto un bralette de encaje negro que sujeta sus pequeños pero turgentes pechos.

Sus manos se mueven hacia arriba mientras su boca se mantiene enfocada en el punto caliente. Madison mira fijamente a Cameron y Lindsey fuera. Él le aprieta los pechos, haciendo que arquee la espalda mientras chupa con más fuerza el pequeño y caliente bulto que tiene entre las piernas. Solo se escuchan sus gemidos y el viento gruñendo en el bosque, junto con mi respiración irregular. Siento que me arde un fuego mientras los observo. Excepto que sé que ese fuego pertenece a alguien a quien no debería atreverse a querer pertenecer. Me pudriré en el infierno por esto, pero... a la mierda. Me acerco a Madison, desterrando los pensamientos de lo estúpido que es esto mientras permito que el alcohol tome decisiones locas por mí.

Para cuando Madison se da cuenta de lo que está pasando, es demasiado tarde para los dos. Ha roto mi familia y mi corazón, no se merece un sabor tan jodidamente bueno. Mi cerebro lógico me dice que detenga esta locura. El pene duro como el acero en mis pantalones me dice que una vez no hará daño.

Mi corazón late frenéticamente mientras le rodeo la cintura con los brazos y la abrazo. —Dime que no y pararé—le susurro al oído, y ella respira.

En la entrada, Lindsey se retuerce contra la boca de Cameron, su orgasmo es largo y fuerte y jodidamente tentador. Mi polla salta, apretada contra el firme culo de Madison. Durante meses, durante nuestras clases particulares, he fantaseado con agarrarla... solo para ver a mi padre penetrándola. Mierda. No, para. Cierro los ojos y sacudo la cabeza durante un segundo, desesperado por sacar ese recuerdo de este momento.

Cameron se levanta y apoya una rodilla en el sofá, mientras Lindsey mantiene las piernas abiertas. El vapor se desprende de sus cuerpos, pero ninguno de los dos está dispuesto a parar. Ella le dice algo y se pellizca los pezones entre dos dedos, mientras Cameron acaricia toda la longitud de su sorprendentemente grande polla. No soy de los que normalmente se quedan mirando, pero estoy impresionado e intrigado. Lindsey continúa burlándose de sus

enrojecidos pezones, y Cameron aprieta más su erección mientras su mano se mueve arriba y abajo, más rápido y más fuerte.

Madison y yo estamos pegados el uno al otro, con la respiración entrecortada, pero ninguno de los dos hace o dice una palabra. Ha tenido mucho tiempo para apartarme, pero no lo ha hecho.

Dejo que una mano se deslice y se pose sobre su bajo vientre. Noto los vaqueros y los botones delanteros de su camisa, así que mis dedos deciden explorar por debajo de la tela. Muy pronto, Madison exhala con fuerza y apoya su cabeza en mi hombro mientras mi mano encuentra su pecho. Esta noche no lleva sujetador, y estoy absolutamente encantado de sentir la cálida plenitud en mi palma, suave pero firme, un delicado pezón que se endurece hasta convertirse en una cuchilla de cristal en cuanto las yemas de mis dedos revolotean sobre él.

Cameron ha tenido suficiente. Le clava a Lindsey toda su longitud. Ella grita, pero le encanta cada puto segundo. Esto es raro, pero me gusta. Es como ver porno en directo, y parece que nos provoca algo a Madison y a mí también. Acojo con satisfacción las sensaciones que estallan en mi cuerpo como chispas, un torrente de catalizadores blancos y calientes que lo incendian todo a su paso cuando Madison respira hondo. En ese momento, su pecho presiona mi mano como si me instara a apretar. Y así, aprieto, forzando el más suave de los gemidos de ella.

Veo sus ojos semicerrados. El azul de sus iris es oscuro, casi negro, y está mirando a Cameron y Lindsey fuera. No sé si es la cerveza o simplemente el ambiente de este lugar, pero está haciendo algo increíble. Cameron empieza lentamente, al principio, entrando y saliendo con toda su longitud mientras Lindsey se adapta a su robusto tamaño. Ella baja una mano para frotar su clítoris mientras mantiene la otra en su pecho derecho.

Como si reflejara sus movimientos, acerco mi mano izquierda a la entrepierna de Madison, manteniendo la derecha en su pecho. Cameron empieza a follar a Lindsey más rápido, ahora. Mi polla está tan jodidamente dura que temo que pueda explotar. Hace tiempo que no puedo borrar de mi cabeza la imagen de Madison y mi padre.

Afortunadamente, ahora la tengo a ella... y mi borracho interior está jodidamente decidido a borrar esa imagen con otra mejor.

Mi mano izquierda se desliza dentro de los vaqueros de Madison y por debajo de sus bragas.

—Joder —murmuro, y mis dedos se sumergen en la caliente humedad de sus pliegues. Está resbaladiza y tan excitada como yo, eso es evidente, pero si la presiono, me estallará en la cara.

Enfoco mis dedos índice y corazón en su clítoris. Es un pequeño y duro botón de carne cruda que está desesperado por recibir atención. Lo acaricio lentamente, al principio, como hizo Cameron con Lindsey. Ahora está golpeando dentro de ella, como un maldito animal. Se frota el coño con fuerza y casi salta del sofá cuando alcanza su punto álgido.

Tengo a Madison agarrada. Su pecho está caliente y ansioso. Su coño quiere más, ya que empieza a balancear ligeramente sus caderas. Su culo presiona con más fuerza contra mi polla, y hace falta una tonelada de fuerza para contenerla y no arrancarle la ropa, aquí y ahora.

Dejo que mis dedos profundicen entre sus resbaladizos pliegues y encuentren el núcleo que espera ser llenado. Coloco la base de la palma de la mano contra su clítoris y empujo los dedos hacia dentro. Madison se desenvuelve casi de inmediato, sus manos se agarran a los lados de mis piernas mientras ya no sabe qué hacer consigo misma.

Este tipo de receptividad me da esperanza. Una esperanza traicionera y peligrosa, pero esperanza, al fin y al cabo. No somos indiferentes el uno al otro, eso es obvio e innegable. Fuera, Cameron está de pie, con Lindsey montada en él con fuerza, con las piernas atadas a su cintura. La hace rebotar hacia arriba y hacia abajo, sus mechones rubios también rebotan. Cuanto más profundo llega él, más le gusta a ella. Puedo apreciar una chica hambrienta de polla como esa. Me pregunto si Madison hará lo mismo si la follo.

Se está poniendo muy caliente el ambiente. Estamos atrapados en el esplendor y mis dedos profundizan en el interior de Madison mientras presionan su clítoris hasta que se libera. Su coño se tensa y ondula como la superficie de un lago perturbada por una piedra

arrojada. Cada ola es puro placer mientras ella gime suavemente y se estremece contra mi cuerpo. Joder, me duele la polla, pero me alegro mucho de haberle hecho esto. Se convierte en plastilina en mis manos mientras aguanta el orgasmo, así que me tomo mi tiempo para explorar las pegajosas maravillas de su coño temporalmente saciado.

Finalmente, saco la mano y la saboreo con la punta de la lengua. Dulce y salado, lo mejor de ambos mundos. Me mira de reojo, incapaz de apartarse de mí. Primero ve cómo me meto el dedo en la boca, y luego abre la boca, como si quisiera saborearse a sí misma. Lentamente, coloco el índice resbaladizo sobre su labio inferior. El resplandor brilla en sus ojos, el deseo arde en azul. Su lengua roza brevemente la punta de mi dedo y se queda quieta durante un largo segundo.

En la entrada, Cameron tiene a Lindsey de rodillas, en el borde del viejo sofá de ratán, follándola con tanta fuerza que temo que pueda romperla. Pero ella parece estar disfrutando mientras pide más.

Pasa un minuto lento, y me pregunto si debería salir a buscar a Lindsey para que acabe conmigo esta noche. Está demasiado caliente y cachonda como para decir que no en este momento. Puede que a Cameron no le guste, pero creo que puedo conseguir que me siga el juego.

—Que te den, Rhue—dice Madison.

Ahora solo veo la dura realidad. El momento ha desaparecido. Muerto. Fallecido. Una Madison horrorizada ha ocupado el lugar de la maravillosa criatura orgásmica que yo sostenía hasta hace un minuto. Me empuja hacia atrás, el trance se rompe justo cuando Cameron se descarga en lo más profundo de Lindsey, jadeando y gimiendo como un cerdo furioso, su figura rígida, sacudida solo por las corrientes de su clímax.

—Madison... —Intento hablar, pero me da una fuerte bofetada y se baja la camiseta. Sus labios están mojados. Sé que otras partes de ella también están mojadas. Sus mejillas son de color rojo carmesí mientras coge su cerveza y cruza el salón.

—Que te den, he dicho. —Está enfadada, pero no conmigo. No, está enfadada consigo misma. No lo vio venir. Francamente, yo tampoco, y tampoco sé qué hacer con ello. Solo sé que me encantó cada segundo. Su placer era mi placer. Tengo material para satisfacerme solo recordando este momento.

Pero eso fue todo. Eso es todo lo que recibo de ella esta noche. También es todo lo que puedo dar.

Madison es una herida abierta andante de la que soy responsable. Yo tampoco estoy entero... y dudo que dos personas rotas puedan hacer un todo.

Cameron y Lindsey se han desplomado en el sofá de ratán, con el vapor subiendo y el sudor goteando de sus cuerpos mientras se abrazan y se esconden bajo las mantas. Lo más probable es que follen muchas más veces por la mañana, aunque solo sea para mantenerse calientes. Yo, en cambio, he vuelto a tener un caso de bolas azules, cortesía de Madison Willis.

Sin embargo, yo lo pedí.

Lo pedí, joder.

Y lo pediré de nuevo, porque lo que pasó entre ella y yo hace un año... no se ha ido. Todavía está aquí, una pequeña brasa parpadeando en la oscuridad envenenada. Pero sigue aquí. No estoy seguro de lo que se puede hacer con él. Tampoco sé qué hacer con el daño, ni con el que yo le he hecho a ella ni con el que ella me ha hecho a mí.

Madison y yo estuvimos a punto de ser algo maravilloso. Nunca lo logramos. Ni siquiera nos acercamos. Y durante lo que parece una eternidad, solo la he visto bajo el prisma de esa desgraciada aventura con mi padre... Y tal vez una vez que el zumbido del alcohol se desvanezca, eso es lo que la iluminará una vez más.

Joder, mi cabeza es un puto desastre.

Mi corazón, también.

TWENTY
MADISON

5 de noviembre de 2018: Madison

SEXTO DÍA.

Sexto día desde que… me violaron. Es una palabra fea de formular, aunque solo sea en mi cabeza.

Nadie sabe lo que pasó. He mantenido mi promesa. Julian Echeveria no es alguien con quien me pueda meter. La rabia y la vergüenza me consumen cada día. A veces, me cuesta respirar. Es una batalla con todo mi cuerpo para simplemente salir de la cama cada mañana. Preferiría quedarme bajo las sábanas para siempre. O al menos hasta el día que me muera.

Sexto día, y solo Julian y yo lo sabemos. Rhue vio algo. No estoy segura de qué, pero no ha dicho ni una palabra. Compruebo mi teléfono de vez en cuando. Está tranquilo. No hay mensajes. No hay llamadas perdidas. Nada que pueda tener... oh, Dios, creo que me voy a poner mala de nuevo. Ni siquiera importa si llego al baño. A pesar de que es bastante más de mediodía, mi habitación está a oscuras. Tengo las cortinas corridas, igual que los últimos días. No hay más luz en mi mundo, no necesito que la luminosidad del exterior se burle de mí.

Papá ha tratado de entender lo que me pasa. No sé qué decirle. No puedo tirar de la carta de la gripe durante mucho más tiempo. Me arrastrará al hospital si sigo fingiendo estar enferma. No sé qué hacer. Me siento como si estuviera... atascada. Como si estuviera revoloteando en medio de una interminable e insípida nada. Estoy vacía por dentro. Una herida cavernosa que quizá nunca se cierre.

Se me eriza la piel cada vez que lo recuerdo... pero no lo quiero recordar. Intento con todas mis fuerzas olvidar, pero vuelve y me golpea en el plexo solar como un puñetazo de gigante, sacándome el aire de los pulmones y obligándome a ponerme de rodillas, suplicando piedad, olvido... alivio.

—¡Maddie! —Papá llama a la puerta.

Apenas puedo moverme. Mis músculos están pegados de alguna manera a los huesos. Mi piel está pálida, casi blanca como la muerte, mientras que las ojeras solo sirven para confirmar que estoy enferma. Física y emocionalmente enferma. Enferma. Agotada. Rota sin remedio. Y de alguna manera, tengo la tarea de levantarme cada maldito día y seguir adelante. Después de lo que Julian me hizo, se supone que debo simplemente... seguir sonriendo. Fingir que todo está bien.

—¡Maddie!

—¡Sí! —Grito de vuelta.

—El desayuno está listo, cariño. Vamos, tienes que comer. No puedes estar en la cama todo el día. Ha pasado una semana. —Me doy cuenta de que está ansioso. Lo sentiría por él si toda mi compasión no se gastara en mí misma. Tampoco puedo contarle lo que ha pasado. Le rompería el corazón. Iría tras Julian. E ir tras Julian significaría que lo perdería todo porque los hombres como mi padre, los buenos hombres, no ganan contra monstruos como Julian.

—¡Ya voy! —Logro decir, y luego escucho sus pasos alejándose. Tal vez me arme de valor para bajar las escaleras. Tal vez pueda fingirlo. Quizá después de que caiga esta última lágrima, después de que haya sollozado en mi almohada una vez más, podré fingir.

Me tomo unos minutos más en la cama para sofocar mis lágrimas, pero me doy cuenta del agujero que persiste en la boca

del estómago. Debería comer. El hambre pone a prueba mis límites. Me gustaría comer. Huele a tortitas de arándanos y a bacon glaseado con miel. Huevos soleados y tostadas. Es mi paquete de desayuno favorito. Pero el mero hecho de pensar en comida en este momento, incluso en lo que me gusta, me hace sentir náuseas.

Sin embargo, media hora después consigo poner un pie delante del otro. Me ducho y me obligo a tener un aspecto algo más decente. Abajo, papá me espera en la cabecera de la mesa de madera de roble. Sonríe al verme, lo que solo me hace sentir peor. Por supuesto, la píldora del día después sigue alterando mis hormonas. Tuve que conseguir una para asegurarme de que no saliera nada que cambiara mi vida de mi encuentro con Julian. La doctora local de Planned Parenthood fue increíblemente amable, y no hizo demasiadas preguntas. Tampoco le dije mucho. Solo lo suficiente para que las cosas se muevan. Tengo que ir a las pruebas de ETS en una semana. Hasta entonces, voy a... recuperarme.

—¿Cómo te sientes? —Papá pregunta. Ya quiero volver a mi habitación y esconderme allí, esperar hasta que llegue el fin del mundo y queme todo y a todos. Me hierve la sangre. Estoy enfadada e impotente. Todo el puto tiempo.

—Bien—respondo, mi voz apenas es un susurro. Me pone en el plato un par de tortitas y varias tiras de bacon. Tienen un aspecto delicioso. Huelen aún mejor. Debería comer. Debería comer de verdad. Finalmente, después de mirar la comida que tengo delante durante media eternidad, pruebo una de las tortitas. Ayer solo conseguí retener unas tostadas y un té, con un poco de mantequilla. Quizá hoy consiga retener algo más complejo.

El panqueque tiene un sabor increíble. Hay una explosión de sabores en mi boca. Pero rápidamente se corrompe con la bilis. Está sucediendo de nuevo, y no puedo preocupar a mi padre más de lo que ya lo he hecho. Necesita un descanso. Tengo que mantenerlo lo más alejado posible de Julian y del apellido Echeveria. Logro terminar un panqueque. Tal vez pueda con una segunda pieza, también. Parece un deseo, ya que papá, bendito sea, decide, sin quererlo, hacer que todo el mundo se derrumbe sobre mi cabeza.

—Hoy vuelves a empezar las clases particulares, ¿verdad? —me pregunta.

Un segundo después, compruebo el calendario impreso en la pared, masticando un trozo de bacon. Tiene razón. Hoy tengo dos clases. Una a las tres y otra a las seis. La primera sesión es... —Oh, mierda—murmuro, con el bacon atascado en la garganta. —Rhue Echeveria.

—¿Qué dices, cariño?

—No, nada—respondo, aunque no tengo ni idea de dónde viene este chorro de energía. Creo que es la adrenalina, provocada por el horror de una realidad innegable. Hoy tengo una clase particular con Rhue Echeveria. Si la cancelo, quedará mal. Bueno, es malo de cualquier manera, pero esta podría ser mi oportunidad para tal vez explicar lo que pasó. Él nos vio. Tengo que explicarlo. Tenemos que mantener esto en secreto, de lo contrario Julian… las lágrimas estallan en mis ojos, y ya no puedo estar cerca de mi padre. No así. —Lo siento, tengo que irme.

Antes de que pueda objetar, ya estoy de vuelta en mi habitación. Necesito salir de aquí. Ya no puedo respirar. Esta casa es diminuta. Las paredes se están cerrando. Oh, Dios, ¡se va a derrumbar! Estoy agazapada en un rincón, llorando incontroladamente, sollozando y jadeando y luchando por respirar mientras la presión del mundo se impone y me aplasta.

Me aplasta, y ya no sé qué voy a hacer conmigo misma.

LA MANSIÓN ECHEVERIA se siente fría. Parece... poco acogedora. Es como si la propia casa supiera lo que ha pasado. Su armonía se ha estropeado. Fue mi culpa. Nunca debí haber regresado a por ese maldito bolso. Debí dejar que Rhue lo mencionara. Si me hubiera quedado en casa ese día, esto no habría pasado, por ahora.

Estoy mareada, y a pesar del spray de pimienta de mi bolsillo, estoy aterrorizada.

Solo una pizca de consuelo me encuentra cuando veo que el coche de Julian no está aquí. El Están arreglando el jardín y limpiado todas las hojas muertas. Pero Roxanne está en casa. La veo en una de las ventanas del primer piso. ¿Cuáles son las probabilidades de que pase por esto sin vomitar las tripas? ¿Qué posibilidades hay de que no provoque un desastre aún mayor?

Una de las criadas me ve justo cuando llego al final de la escalera principal. Abre la puerta principal y me hace un gesto para que entre.

—Bienvenida, señorita Willis—me saluda, sonriendo ampliamente —. ¡Bienvenida de nuevo!

—Me alegro de volver a verte, Marie—respondo, comprobando cuidadosamente su expresión en busca de señales. Ella estuvo aquí ese día. En la cocina. Ordenando. Me pregunto si me vio. Si escuchó lo que pasó. Si lo sabe. No hay nada en ella que sugiera nada de eso. Debería estar aliviada. Marie es una persona de la que simplemente no tengo que preocuparme. Me estoy protegiendo a mí y a mi padre.

Estos últimos días, he estado buscando en Google la mierda de Julian Echeveria. He leído los artículos de noticias, los perfiles, los rumores y chismes, también. Tienen semillas de verdad en ellos, especialmente esas acusaciones de asalto sexual. Está claro que no era su primer desliz. Lo peor es que me temo que tampoco seré la última. De nuevo, tengo que luchar contra las náuseas. Cada vez que pienso en él, retrocedo, necesitando desesperadamente agua fría y los limones más agrios disponibles.

—Rhue está en el estudio. Te está esperando—detalla Marie. No lo dice en serio, la pobre mujer. Ella no tiene nada que ver con esto. Me preparo, le hago un gesto de agradecimiento con la cabeza y me dirijo a él.

Una vez que llego a la puerta del estudio, me veo obligada a detenerme un momento y repensar cuidadosamente mis opciones aquí. Cada parte de mí se siente avergonzada, llena de una furia que me temo que nunca podré superar. Toda mi vida ha cambiado. Mi dignidad y mi sentido del yo han sido borrados. Sin embargo, puedo morir ahora, o puedo seguir viviendo, de una forma u otra. Puedo

dejar que la ofensa de Julian me defina, o puedo aprender de ese momento y eventualmente encontrar mi camino de vuelta a la superficie.

Puede que me lleve un mes, un año o una década, pero lo conseguiré.

Sin embargo, Rhue es un enigma en este momento. No creo que nada sea posible entre nosotros. Todo lo que podría haber sido murió ese día, cuando Julian me violó. El mero hecho de pensar en Rhue hace que su padre regrese con fuerza. No sé qué será de nosotros, pero sé que mi corazón está roto, con astillas que perforan mi alma y me hacen sangrar por dentro.

Respiro profundamente. Pase lo que pase, debe pasar. El tiempo seguirá fluyendo, con o sin mí. Abro la puerta del estudio y entro. Por un momento, parece que el universo se concentra dentro de esta habitación. El olor de los libros antiguos. El tenue olor de los puros cubanos y el whisky. Un olor que me recuerda a Julian. Esa es su maldita perversión. Y a Rhue. Está sentado detrás del escritorio de caoba, observándome con un rostro implacable.

¿Por qué me siento tan culpable?

Me acerco al escritorio, con el bolso al hombro. Temblando como una hoja, trato de entender lo que debe estar pensando. Con una camiseta negra y unos vaqueros, se parece más que nunca a su padre. Me pregunto si es a propósito, o si es solo mi mente destrozada la que interpreta su visión como tal. Estoy aterrada, la verdad sea dicha. Estoy aterrada porque sé a dónde va esto. Dónde acabará esto.

El agujero dentro de mí solo se está haciendo más grande. Más frío.

—Rhue, yo...

—Estoy impresionado—comenta. Su tono es como ácido sulfúrico goteando en mis oídos. Odia mis putas tripas, y más. No tengo ninguna oportunidad de redimirme a sus ojos. —Si yo fuera tú, habría mandado un mensaje para cancelar. Seguramente, mis padres encontrarán otro profesor particular adecuado muy pronto.

—Rhue, necesitas...

—Sin embargo, decides ser una puta descarada y venir aquí—añade, cortándome de nuevo—. Una puta sin vergüenza. Después de dejar que mi padre, de entre toda la gente, después de dejar que mi padre te folle en la cama de mis padres... ¿todavía tienes la decencia de venir aquí?

—Esperaba tener la oportunidad de... —Mi voz se interrumpe.

Mis palabras me abandonan, porque qué podría decir para difuminar esa ira abrasadora. Cree que dejé que Julian hiciera lo que hizo. Cree... Dios, cree que fue mi elección. Soy una puta, en la mente de Rhue. Una «puta descarada».

—¿Una oportunidad para qué? —Responde, fingiendo diversión. —Te vi. Recuerda. Me miraste a los ojos mientras mi padre te machacaba el culo como a una puta de diez dólares. Los detalles son irrelevantes. Madison, me gustabas. Casi... joder, casi me enamoré de ti. Es bueno que esto haya pasado ahora, ¿sabes? He estado pensando en ello, en realidad. Y sí, es bueno. Es genial. Porque te veo como eres, Madison. Definitivamente esquivé una bala con tu culo de zorra.

Me escuecen los ojos, calientes por las lágrimas.

Si le digo la verdad, puede que ni siquiera me crea. Si le digo la verdad, se enfrentará a Julian, al menos. Lo mencionará, tal vez. Si me cree, empezará absolutamente una guerra con su padre por esto, o peor aún, Julian le convencerá de que yo no valía nada más que esa violación de diez minutos. Eso fue todo lo que le tomó a Julian para destruirme. Diez malditos minutos.

Si le digo a Rhue la verdad, mi padre estará arruinado. Cualquier oportunidad que tenga en la vida se irá rápidamente por el desagüe, también. No soy rival para esta familia. No tengo nada con qué luchar contra ellos. Mi honor está muerto. Mi fuerza... se ha perdido. No tengo nada.

—Lo... lo siento—suelto y entonces mis pies se mueven, llevándome lejos de él. Lejos de este lugar.

Atravieso la puerta del estudio y casi derribo a Roxanne con todo el peso de mi cuerpo. Ella grita y yo consigo sostenerla y evitar que se caiga. Curiosamente, estoy sollozando como una niña pequeña

mientras intento mantener a la mujer de Julian en pie. ¿Qué demonios he hecho para merecer esto?

—Lo siento mucho—consigo decir, y luego me muevo para salir de esta miserable casa para siempre.

Pero Roxanne me coge de la muñeca y me retiene, realmente alarmada.

—¡Madison, cariño! ¿Qué ha pasado?

—Nada.

Por supuesto, ella no tiene ni idea. ¿Cómo iba a saberlo? ¿Por qué Julian metería a su esposa en el asunto? Ella es inocente. No se merece que la arrastren a esto, pero el pánico que se apodera de mí empieza a desordenar mi cabeza, a desordenar mis circuitos. Rápidamente llego a una nueva conclusión. No puedo hacer esto sola.

Esta no es la clase de carga que puedo llevar yo sola por mucho tiempo. Se volverá insoportable. Ya me está consumiendo. Maldita sea, me consumirá y destruirá, finalmente, y el sacrificio que estoy haciendo ahora será en vano.

—No me mientas, Madison. No hay absolutamente nada en ti que diga que estás bien—responde Roxanne, bajando la voz mientras mira brevemente a su alrededor, asegurándose de que nadie nos ve ni nos oye—. Ven conmigo. Vamos a hablar.

—No, está... está bien—murmuro, con un nudo en la garganta.

—Por favor—insiste ella.

Estoy demasiado débil para montar otra escena. Demasiado débil para seguir luchando contra esta maldita pesadilla. Quizá debería decírselo. Alguien debería saberlo. Mil escenarios pasan por mi cabeza, cada uno más siniestro que el anterior. Pocos terminan con mi padre y yo sobreviviendo a esto. Pero hay un rayo de esperanza, una delicada sonrisa en la cara de Roxanne. El conocimiento de que es una psicóloga brillante y muy respetada. Una mujer de honor y gran reputación. Si le cuento lo que pasó... no, no puedo. Debería mencionar la violación para quitármela de encima, pero sin mencionar el nombre de Julian.

Sí. Eso es lo que haré. Es la forma más segura de avanzar.

Ella se sentirá lo suficientemente incómoda como para dejarme ir y no presionarme más. Sí. Me parece bien. Asiento lentamente y la sigo hasta la cocina. Pide amablemente a las criadas que nos dejen solas.

—Gracias—exclama, viendo cómo se van, y luego se gira para mirarme—. Cuéntame, Madison. Ha pasado algo. Algo horrible. Lo llevas escrito en la cara.

Roxanne se acerca a la encimera, coge una jarra de agua fresca y me sirve un vaso. Añade hielo y un chorrito de limón, y me acerca el vaso. Lo cojo con manos temblorosas, pero consigo sostenerlo y beber de él. El líquido frío llega a mi estómago demasiado rápido. La tortita y el bacon de antes es lo único que he comido. Naturalmente, mi estómago está vacío.

—Madison, por favor—insiste, colocando un mechón de pelo detrás de mi oreja—. El dolor en tus ojos es tan intenso. Es tan fuerte. Háblame. Cuéntame lo que ha pasado. Mi conciencia no me permite que te vayas de aquí en este estado. —Me siento en un taburete, mis piernas ya no pueden sostenerme. —¿Fue Rhue? ¿Te ha hecho daño?

—¿Qué? No. Oh, Dios, no. Él nunca lo haría—respondo—. No. Alguien más.

—Así que alguien te ha hecho daño.

Asiento con la cabeza una vez. —Yo... sí. Yo... me han... —Dios, ¿cómo puedo decir esto? ¿Quiero decir esto? ¿Puedo decirlo?

Roxanne toma mi mano entre las suyas, alisando su pulgar sobre mi piel. —¿Qué te han hecho, cariño? —pregunta.

Niego con la cabeza. No me presiona, no con palabras. Pero puedo sentir sus ojos. Puedo sentir el dolor en ellos, el miedo, el cuidado.

—¿Alguien te...? —empieza y no quiero que termine. No quiero que termine porque no puede contarme mi propia historia. No puede decir la palabra y hacerla real. No puede.

—Violado—finalmente lo suelto, y no sé cómo encuentro la fuerza, pero la palabra está ahí. La palabra está ahí, y Roxanne no dice nada.

Está horrorizada. Sus grandes ojos negros están redondos y vidriosos mientras las lágrimas se abren paso. Lo siente profundamente. Por extraño que parezca, yo soy la que está rota, pero ella es la que expresa las emociones que tanto he intentado mantener reprimidas.

—Deberías ir a la policía—me indica.

—No. No puedo. Lo haría, pero... no, no es una opción.

—¿Por qué no? Madison, te han violado. Si alguien te hizo esto, probablemente también se lo hizo a otra persona, y lo volverá a hacer. ¿Cuántas vidas destruirá ese bastardo?

Le dedico una media sonrisa amarga. —Bueno, entonces, esperemos que la responsabilidad recaiga sobre mí.

—Tienes que... Dios mío, ¿lo sabe tu familia?

Sacudo la cabeza. —Mi madre ya no está. Nos dejó cuando yo tenía quince años. Y papá... no, no puedo decírselo. Lo destruiría.

—Si me das el nombre del tipo, al menos puedo consultarlo con Julian. Nos conoce lo suficiente como para entender lo bien conectado que está mi marido, podría...

—¡No! —Quizás lo he dicho demasiado fuerte, y no tengo ningún control sobre mí misma. Dejo caer el vaso. Se hace añicos en el suelo de mármol, obligando a Roxanne a dar unos pasos atrás. El agua me salpica las botas y las lágrimas ruedan por mis mejillas. No puedo contener nada de esto.

Oh, Dios, estoy tan jodidamente hundida.

—Por favor. No lo involucremos—le pido, tratando de mantener lo que queda de mí—. Por favor.

—Madison... —Roxanne me mira con incredulidad. No es el asombro lo que estropea sus rasgos, por lo demás hermosos y afilados. Es furia. Joder. Ella lo sabe. No tiene que decir nada. Lo veo en sus ojos. Se dio cuenta de mi reacción. Pasa un minuto. Muy lento. Muy duro. Doloroso.

Parece una eternidad.

—Yo no he sido la primera, ¿verdad? —Cada centímetro de mí se arrastra como si un trillón de arañas se hubieran instalado en mi cuerpo. Roxanne exhala profundamente. Parece decepcionada. Con

náuseas. Disgustada. No conmigo. Con Julian. —No puede saberlo. No puedes decírselo. Me destruirá. A mi padre. No puedes. Por favor.

Ella toma mis manos entre las suyas. Las siente frías y pegajosas de sudor. Solo puedo imaginar lo que pasa por su cabeza. Cómo se siente con todo esto. Bueno, técnicamente hablando, es el ser humano más equilibrado que he conocido. Tal vez ella tome esto con más aplomo y mayor facilidad que la pequeña e inútil yo.

—Madison... lo entiendo.

La miro con confusión y trago con fuerza contra el nudo de mi garganta.

—Te ha hecho daño. Te ha hecho daño de una manera que ninguno de nosotros podría reparar o deshacer o incluso compensar —afirma Roxanne, con las cejas ligeramente fruncidas mientras su voz resuena con simpatía—. Has sufrido mucho, y... sí, conozco a mi marido. Es mezquino y vengativo cuando se le molesta. Dicho esto, te prometo una cosa. Guarda esto para ti, Madison... evita que esto infecte a mi familia, y me aseguraré de que nunca se lo haga a nadie más, nunca más.

—Por favor, no me metas en esto. —Me estremezco y lloro de nuevo. Es demasiado. No tiene ningún sentido. Me siento tan perdida. Tan sola.

—Tu nombre no saldrá a relucir, lo prometo—me asegura Roxanne—. Pero necesito proteger a mi hijo y a mi hija. No merecen compartir tu vergüenza y tu dolor. Lo entiendes, ¿verdad? Tengo que proteger a mi familia, cariño.

Miro fijamente a Roxanne con total incredulidad mientras me doy cuenta de lo que está pasando. Está claro que no solo no soy el primer «desliz» de Julian, sino que ni siquiera soy la primera que se cruza con ella después. Ha pedido a otras antes que a mí que guarden silencio. Me pregunto cuántas de las mujeres sobre las que he leído, las que acusan a Julian de acoso sexual, me pregunto cuántas tuvieron esta misma charla con Roxanne Spaulding-Echeveria.

¿También las violó? ¿Acaso consiguió convencerlas de que no presentaran demandas por acoso sexual porque demasiadas amigas las habían visto con Julian en diferentes fiestas? ¿Demasiados

testigos, quizás? Conmigo fue fácil. Fue jodidamente fácil desde el punto de vista logístico. Me violó en la propia cama de Roxanne. Tal vez esa sea la gota que colmó el vaso, el último clavo en el ataúd que la obliga a prometerme que, si bien no soy la primera de Julian, se asegurará de que sea la última. Tal vez sea una mentira. Tal vez sea la misma mentira que prometió a todas esas otras chicas.

No sé si ponerme furiosa o... ni siquiera lo sé.

—No se lo diré a nadie—aseguro, levantando la barbilla—. No tendrás que preocuparte por tu familia. No por mi culpa. —Estoy disgustada. Y decepcionada. Aunque no sé por qué. Así es como tratan las cosas en esta familia. Los niños se desentienden, y Rhue consigue mirarme por encima del hombro y tratarme como a un puto monstruo, y Julian se lleva una reprimenda. Ese cabrón se merece que le corten las pelotas. ¿Pero qué voy a hacer al respecto?

Estoy jodidamente indefensa y sin valor.

—Madison, lo pararé. Te lo prometo—insiste Roxanne.

—No hagas promesas que no puedas cumplir. Me iré y saldré de vuestras vidas. Dejémoslo así—respondo y salgo. Roxanne no vendrá a por mí. Lo sé. Ella sabe lo que tiene que hacer, y yo...

¿Qué demonios voy a hacer?

Rhue está convencido de que me entregué voluntariamente a su padre. Julian Echeveria es un monstruo repugnante, y me temo que su mujer no ha hecho más que permitir su comportamiento enfermizo. Me pregunto cuántos líos de este tipo habrá barrido bajo la alfombra.

Fuera de la mansión, siento que puedo volver a respirar. No libremente, no fácilmente, pero hay más aire en mis pulmones aquí fuera que cuando estaba dentro.

Me deslizo por la puerta de servicio y me doy cuenta de que me estoy desmoronando. Me duele todo. No puedo dejar de llorar. No puedo borrar esos recuerdos de mi mente. Esa violación es una página de mi historia, ahora. Indeleble. No quiero que me defina, pero tampoco sé qué voy a hacer con ella.

TWENTY-ONE
MADISON

El sol atraviesa el rico dosel esmeralda del bosque con briznas de luz dorada. Algunos atraviesan las cortinas de encaje, y puedo ver las partículas de polvo que se levantan y revolotean por todas partes. Hay silencio. Me levanto del sofá y me estiro durante un buen minuto. Cada hueso de mi cuerpo cruje incómodo. Una cama habría sido mejor, pero Rhue se ha quedado con la única cama de esta cabaña. Después de lo que hicimos anoche, estaba mejor en el sofá.

—Maldito idiota—me reprendo y me dirijo cojeando hacia la ventana. Mi pierna sigue dormida, maldita sea. Este sofá va a hacer que me duelan los huesos durante los próximos dos días, por lo menos.

Echo un vistazo al exterior y me quedo atónita con lo que veo. Lindsey y Cameron durmieron anoche en la entrada. Siguen allí, acurrucados y acurrucados en el sofá de ratán, envueltos en mantas y chaquetas. Las latas de cerveza vacías ensucian la entrada, y hay un mapache que se está deleitando con lo que queda de la bolsa de galletas de queso en la improvisada mesa de café del barril.

Supongo que esto significa que han superado el ritual de novatadas, pero me pregunto si los acólitos han venido a vernos durante la noche. Ciertamente lo habría hecho, si hubiera estado en sus botas de comando. Recuerdo lo que Cameron y Lindsey

estuvieron haciendo anoche. No me extraña que estén cansados. Entonces recuerdo lo que Rhue y yo estábamos haciendo anoche, y un calor familiar sube a mis mejillas. Mi cuerpo me ha traicionado. Mi cuerpo también experimentó algunos cambios anoche, sensaciones que nunca pensé que volvería a experimentar.

Julian me quitó mucho.

Sin embargo, Rhue regresó y, a su manera, trató de mejorarlo. Casi lo hizo también, pero estoy demasiado dañada. Demasiado culpable y miserable. Todavía tengo que perdonarme, y hasta que no lo haga, no puedo ni siquiera atreverme a considerar la posibilidad de volver a confiar en él. Él también me hirió. Se burló de mí. Me engañó. Jugó con mi corazón.

Seguro que, en su mente, me lo merezco y algo peor. Tal vez sí. Debería haberme quedado en casa ese día.

—¿Cómo están Romeo y Julieta? —La voz de Rhue está tan cerca que me hace saltar.

Me choco con él y maldigo en voz baja mientras me giro para casi chocar con él de nuevo. —Oh, me cago en...

Le hace reír, pero yo sigo enfadada, así que le empujo.

Por un momento, el mundo deja de girar. Rhue me lanza una mirada larga y oscura. No augura más que problemas, y yo he dormido mal en ese sofá. No estoy equipada de ninguna manera para soportar más de él en este momento. Han pasado demasiadas cosas. Rhue Echeveria no es más que un peligro, y me aterra dejarme acercar a él de nuevo.

TWENTY-TWO
RHUE

Todo lo relacionado con Madison Willis hace que mi corazón dé un vuelco y se retuerza de la forma más dolorosa, pero no me canso de ella. Me he pasado el último año esforzándome por odiarla. Convenciéndome de que, de hecho, la odio. Casi conseguí hacer de su vida un infierno, también, tras nuestro inesperado reencuentro. Y, por un tiempo, estuve convencido de que estaba haciendo lo correcto.

O más bien, lo mejor.

Pero su dolor finalmente me alcanzó. Despertó el alma que puse a dormir cuando vi a Madison con mi padre. Me devolvió el sufrimiento. La amargura. La decepción. Ese sentimiento punzante de rechazo. La ira de su traición me cegó. No tengo derecho a ella. Nunca lo tuve, pero la traté como si me debiera su miseria, de alguna manera.

—Lo siento, Maddie, no quería asustarte—me disculpo, y luego me doy cuenta rápidamente de que la he llamado Maddie. Siempre ha sido muy estricta en cuanto a quién puede llamarla así. Ahora me va a echar una bronca, pero me lo merezco. Dios mío, anoche se sintió increíble en mis brazos. Como el pecado en un palo, dulcemente glaseado en miel y almendras trituradas y todo lo que es

bueno y maravilloso en esta vida, pero tiene un precio, un precio muy alto, mi alma en el infierno por una eternidad.

De alguna manera, pagarlo no me parece un desastre.

—Llamar a esos dos Romeo y Julieta es como invocar a la tragedia—murmura Madison, alejándose de mí. El olor de ella se desvanece, y me cuesta dejarlo pasar. He estado pensando en esto, más a lo largo de la última noche que del último año. Odio usar la palabra «epifanía», pero puede que haya tenido una. —Y están bien —añade—. Son borrachos ligeros y siguen durmiendo la noche.

—¿No se han muerto de frío? —Me río, discretamente agradecido de que, de alguna manera, me deje llamarla Maddie. Hace que nuestra dinámica sea aún más íntima, a pesar de su clara animosidad hacia mí. Pero lo hace a propósito, tratando de alejarme. Para mantenerme a distancia. Es un mecanismo de defensa. Lo aprendí de mamá. Soy un peligro para Madison, y ella lo sabe. Por eso intenta protegerse así, aunque anoche no le costó encontrar el éxtasis en mis manos.

Maldita sea, solo el recuerdo es suficiente para que mi polla vuelva a bombear. Ha sido una noche dura. Un año duro. Una vida dura.

—No, solo los vi acurrucarse bajo las sábanas—responde Madison —. Deberíamos esperar a que se vayan antes de salir.

—¿Por qué?

—Anoche nos hicimos pasar por otros estudiantes—recuerda, frunciendo el ceño—. Si nos revelamos ahora, sabrán que tenemos algo que ocultar.

Me acerco lo suficiente como para sentir su aliento en mis labios. Su corazón deja de latir al mismo tiempo que el mío, y el silencio que sigue es exquisito.

—¿Tenemos algo que ocultar? —Pregunto, levantando una ceja mientras rozo suavemente su mejilla con las yemas de los dedos.

Madison se estremece bajo mi tacto, pero se retira de nuevo. Está asustada.

—No.

—Me tienes miedo—suspiro, sintiéndome bastante decepcionado.

Duda, me mira fijamente durante un rato. Sus ojos azules dicen mucho, mientras que sus labios se aprietan en una línea fina y triste.

—No tengo miedo. Solo soy precavida. No me has dado ninguna razón para confiar en ti.

—Lo de anoche debería contar.

—No cuenta. Fue un momento de debilidad, y no volverá a ocurrir—responde Madison, eligiendo mirar por la ventana en lugar de enfrentarse a mí—. Esperemos a que se vayan y finjamos que toleramos la compañía del otro mientras tanto.

No sé por qué esperaba que esto fuera mejor, teniendo en cuenta el infierno por el que la hice pasar desde que nos encontramos en Ithaca. Tal vez sea mi derecho. A Laura le gusta señalarlo mucho, aunque ella también es receptora de ese mismo privilegio. Al menos es consciente de ello. Parece que ando por ahí pensando que se me debe todo lo que quiero, sin considerar que también tengo que dar algo a cambio.

Fuera, es una mañana bastante fría, la niebla se desliza por el bosque y cubre las hojas muertas con un manto lechoso. Las esquinas de las ventanas de la cabaña están empañadas, formándose gotas de agua antes de deslizarse por las paredes de madera. Todavía hay un leve olor a troncos quemados en la chimenea, donde solo queda un puñado de brasas, asomando en un montón de cenizas. Este es un lugar agradable, una vez que se desempolva todo y se limpian las telarañas. Una vez más, pienso que no me importaría quedarme un tiempo más. Tal vez incluso sería una ventaja si Madison se quedase también. Dudo que pueda hacerme buena compañía a mí mismo, teniendo en cuenta que no me gusta mucho quedarme solo con mis pensamientos estos días.

—Te he hecho mucho daño—le reconozco, poniéndome cómodo en el sofá. Si Madison quiere que esperemos, esperaré. No estoy en posición de exigirle nada. —Pero tú me hiciste daño primero, Madison.

Me detengo a mirarla. Está mirando por la ventana, con el hombro pegado al marco. En sus mejillas persiste una flor rosada y me recuerda lo hermosa que es realmente. Ahora lleva el pelo más largo, suelto en rizos que caen por la espalda o recogido en un

moño. Me imagino enroscando un mechón en mi dedo mientras estamos tumbados en la cama, con el sol de la mañana bañándonos a los dos en oro... Esto tiene que acabar.

—Lo que no entiendo es qué ha provocado este cambio de mentalidad—murmura Madison, con la mirada fija en algo de fuera. Oigo murmullos. Una conversación apagada. Cameron y Lindsey vuelven en sí poco a poco, descendiendo de la locura sexual de la noche anterior, en estado de embriaguez, a la crujiente y escalofriante mañana en medio del bosque. —Hace menos de una semana me estabas prometiendo más guerra. Y dudo que seas tan tonto como para intentar jugar conmigo otra vez como hiciste después del partido. Obviamente no voy a caer en eso de nuevo.

—Me pregunto qué pensaría mi madre de mí si me viera ahora—comento, más para mí que para ella.

—No digas eso—replica Madison.

Sacudo la cabeza. Estoy diciendo la verdad, y por muy amable que Madison crea que está siendo ahora, también se equivoca. Decirlo en voz alta es exactamente lo que necesito hacer. Estoy jodidamente cansado de estar enfadado, cansado de ser vengativo. Si sigo así, me convertiré en un monstruo, como mi padre, lleno de suficiente odio como para ahogar al mundo.

—Entonces, ¿has cambiado de opinión? —Madison pregunta, rompiendo el silencio en el que habíamos caído.

—¿Tal vez? No lo sé. No sé qué pensar de ti ni cómo seguir adelante. No sé cómo hacer las cosas bien, si es que eso es posible. Solo sé que no me gusta este conflicto entre nosotros. Me está consumiendo la energía—le admito—. Me está saturando y me está cansando. Los dos somos demasiado jóvenes para agotarnos de esta manera.

Madison se burla y se cruza de brazos antes de lanzarme una mirada despectiva de reojo.

—Eres la persona más egoísta que he conocido. Y recordarás que conocí a tu padre.

—Eso es un golpe bajo, incluso para ti—afirmo, esperando que el enfado que reluce en mis ojos cuando menciona a mi padre no se note demasiado.

—Es la verdad. Eres egoísta—continúa ella—. Pero Rhue, yo... —Hace una pausa al oír un suave golpe en la entrada y entonces su pensamiento salta a otro tema. —Oh, se van—añade, centrada ahora en Cameron y Lindsey. No llego a escuchar el resto de la confesión que Madison estaba a punto de hacer.

Madison se aleja de la ventana y se dirige a un lugar oscuro donde no la pueden ver desde el exterior. Cameron casi me descubre cuando intenta asomarse, pero me tiro al suelo detrás del sofá y respiro tranquilamente, esperando a que se canse y se vaya.

—¿Hay alguien ahí? —grita Lindsey. Intenta abrir la puerta, pero sigue cerrada. —Cabrones.

—¡Putos egoístas! —le sigue Cameron, y luego Madison y yo nos sentamos en absoluto silencio mientras escuchamos el sonido de sus pasos alejándose.

Van a volver a la carretera, ahora, y estamos en el claro. También pasaron el ritual de novatadas, aunque me pregunto si Mackenzie les dio un pase. Teniendo en cuenta lo decidida que estaba a cabrearme, habría esperado que se acercara unas cuantas veces más a lo largo de la noche. Tal vez lo hizo. Quizás vio a esos dos en el sillón de ratán de fuera y decidió evitarles la monstruosa humillación de una masacre de airsoft.

Cuanto más pienso en la noche anterior, más sube mi temperatura al recordar lo que casi ocurre entre Madison y yo. Ella me teme de verdad, y está claro que estamos en una dinámica beligerante, pero la forma en que se movió entre mis brazos, el sonido deliciosamente ronco de su orgasmo, la sensación de su resbalamiento contra la palma de mi mano...

—Creo que las cosas van a ser incómodas en clase mañana—me río mientras me levanto.

Madison frunce el ceño. Hay un cambio en ella desde hace unos momentos.

—Deberíamos haberles dicho que éramos nosotros desde el principio. Lo hemos complicado innecesariamente. ¿Y por qué? Porque no querías que nadie pensara que estábamos haciendo algo. Sería una pena que alguien insinuara una relación sexual entre tú y la puta que arruinó tu familia, ¿no?

—Vaya. Estás siendo un poco demasiado dura.

—¿Ah sí, en serio? Es lo que te gusta llamarme, ¿no? —responde ella, cada vez más enfadada. Y tiene toda la razón. Intentar frenar este flujo es una mala idea. Madison ha estado reteniendo estas cosas durante un tiempo. Se merece un desahogo. Yo debería recibir un montón de golpes y patadas. Sin embargo, está ante mí, tranquila y serena, aunque su voz traiciona sus emociones.

—Has hecho daño a mi familia, Madison—admito, intentando mantener la calma en mi voz. Intento decir las palabras sin ahondar en lo que realmente significan porque, por muy cansado que esté, tengo todo el derecho del mundo a odiar a Madison.

—¿Acaso se te ocurrió preguntar cómo acabé en la cama de tu padre? Todas las acusaciones, todos los insultos, ¿pero esa simple pregunta era mucho para ti?

—¿Cómo terminasteis juntos mi padre y tú, Madison?

Ella sacude la cabeza. —Ya es demasiado tarde para dar explicaciones, Rhue.

Madison se seca y coge su chaqueta, comprobando brevemente su teléfono. La batería está obviamente muerta. El mío también está apagado desde esta mañana.

—Tenemos que irnos. Me está entrando hambre y nos espera un largo paseo por el bosque.

No me espera antes de salir y me veo obligado a seguirla. Madison camina por el bosque y yo la acompaño, dándome cuenta poco a poco de que hay muchas cosas sobre ella y sobre ese día que desconozco. Le doy vueltas a sus palabras en mi cabeza. Cuanto más pienso, más preguntas se me plantean. Como, por ejemplo, ¿cuánto tiempo llevaba viendo a mi padre? ¿Era la primera vez que estaban juntos? ¿La segunda? ¿La décima? ¿Demasiadas para contarlas? ¿Lo hacía por dinero? ¿Estaba enamorada de él?

Sacudo la cabeza. Esta no es la dirección que quería tomar. Y hacer preguntas en mi cabeza que no puedo responder solo me llevará de nuevo al camino del odio en lo que respecta a Madison.

Así que decido dejarlo.

He sobrevivido al fin de semana de novatadas, saliendo con nada más que unos cuantos moratones y un ligero dolor de cabeza. Eso

tendrá que ser suficiente por ahora. Un logro a la vez, incluso si esos logros no significan una mierda.

TWENTY-THREE
RHUE

—Me parece una mierda—exclama mi hermana mientras subimos por la calle Reynolds, dirigiéndonos despreocupadamente hacia el Museo Susan B. Anthony. He decidido pasar el fin de semana en Rochester y ayudar a Laura con algunas de las obras de caridad de las que se hizo cargo tras la muerte de mamá. Los Echeveria forman parte de la junta directiva del museo, y hay una cena de Navidad y una subasta programadas. Laura se encarga de conseguir ciertas piezas raras para subastarlas con fines benéficos.

Pero en este momento, me está mirando mal.

—Estoy siendo honesto—insisto. Llevamos veinte minutos así y no sé qué más hacer para convencerla de que, en efecto, le estoy diciendo la verdad. —Realmente quiero arreglar las cosas con Madison.

—Entonces no deberías haberme contado todo lo que le hiciste desde el momento en que os reencontrasteis en Cornell—responde Laura secamente, con una mano en el pomo de la dirección de su silla de ruedas eléctrica. El conjunto parece algo en lo que el Profesor X se sentiría cómodo, y en realidad le encanta por la autonomía que le proporciona sin destrozar los músculos de sus brazos, así que a mí también me gusta. —Porque, aunque seas mi

hermano, y aunque te quiera, nada me gustaría más que darte una paliza.

El «hombre» de Laura, como le llamamos, está a unos metros por detrás, siguiéndonos educadamente y en silencio. Mientras esté en Rochester, no se le permite apartarse del lado de mi hermana. No me importa. Me molesta, pero puedo soportarlo. No es su culpa, de todos modos. Es de papá.

—Me merezco una buena paliza, seguro, pero si la necesito, no es a ti a quien se la voy a pedir—respondo, tratando de mantener mi cara seria—. Eres mi conciencia, hermanita. Necesito tu ayuda.

—No estoy segura de querer ayudarte. No bromeaba cuando dije que me resultaba difícil confiar en ti en lo que respecta a Madison. Fuiste más que despiadado—explica, y yo sé, en el fondo, que me lo merezco. Todavía me duele, pero sí, me lo he ganado. —La intimidaste activamente, Rhue. La acosaste. ¿Recuerdas lo que me dijiste en el instituto?

Bajo la mirada. Más adelante, la calle principal se ve perpendicular a nuestra acera. Una multitud de gente fluye en ambas direcciones, acompañada por el incesante estruendo de los motores y el ocasional pero igualmente fastidioso bocinazo.

—Que odio a los matones.

—No, Rhue. Has dicho que no hay nadie más lamentable, más patético, más inútil, que un matón. Y eso es exactamente en lo que permitiste convertirte, ¿y por qué? Porque ella tuvo sexo con papá y no contigo. De acuerdo, es un poco... pero vamos. ¿Masculinidad tóxica?

Ella tiene razón. Todo lo malo que le pasó a Madison en Cornell fue culpa mía. Mi masculinidad tóxica, un rasgo que mamá se esforzó tanto en evitar que se me transmitiera. Por desgracia, el legado de Julian Echeveria es mucho más amplio y complejo, lo suficiente como para derrotar las décadas de experiencia de mamá como experta psicóloga.

—Realmente estoy tratando de hacerlo mejor, aquí—afirmo—. Necesito tu beneficio de la duda, al menos. Me lo debes.

Laura se detiene justo en la esquina de la calle. Necesitamos un minuto para asimilarlo todo. En comparación con Reynolds Street,

West Main Street bulle de energía durante el día. Es el mediodía de un sábado, una semana antes de Acción de Gracias, y la gente tiene un montón de recados que hacer. Si además se añaden las ofertas del Black Friday, Rochester se transforma en algo que no era antes, en los años ochenta y setenta: una ciudad abarrotada y estresada. Sin embargo, irónicamente, parece mucho más pequeña ahora que como la percibía cuando era un niño. Incluso los edificios conocidos son menos intimidantes de lo que recordaba.

—Esta es la cuestión, Rhue. Si lo que le hiciste a Madison sale a la luz, arruinará el nombre de nuestra familia. También pondrá en peligro la reputación de papá.

Eso hace que salga un gruñido de consternación de mi garganta.

—¿Desde cuándo te importa lo que...?

—Desde que me nombró copresidenta de su campaña—responde Laura, levantando la barbilla con orgullo y desafío—. Se está presentando al ayuntamiento y me ha pedido que trabaje con él en una estrategia para ayudar a sacar a Thomasson del cargo y poder ocupar su lugar.

Estoy aturdido, y no en el buen sentido. Esto es sospechoso. Papá nunca consideró a Laura apta para ningún tipo de trabajo político. Incluso mamá tuvo que aguantar algunos de sus más latentes ataques misóginos, su favorito era que la mujer, por definición, pertenecía a la cocina o a la producción de bebés para su marido. Laura siempre ha adorado al viejo bastardo y él siempre la ha alejado.

Demonios, la ha estado tratando como un maldito peso muerto desde la caída, así que...

—¿Cuál es su objetivo final? —Pregunto en voz alta, olvidando que Laura puede oírme.

—¿Qué quieres decir?

También podría cumplir con mi deber de hermano y advertirle.

—Papá tiene un motivo oculto. No te pediría que te involucraras en la política a menos que buscara algo en particular. Algo que solo tú puedes proporcionar.

—¿Cómo qué, exactamente? —Laura parece molesta. Puede que sea culpa mía, pero hay que decir la verdad, por muy incómoda que

sea para ella.

—No lo sé. Pero vale la pena averiguarlo.

Se burla, con los labios torcidos por la furia y el asco.

—Sabes, papá y yo nos hemos acercado mucho desde que te fuiste.

—Ya. La cena que tuvimos en Il Trufattore lo dice todo—refunfuño, incapaz de ocultar mi desprecio.

Reanudamos nuestro paseo casual y cruzamos la calle principal. Más adelante, casas adosadas de dos pisos con revestimiento blanco y rojo oscuro o azul se alzan a ambos lados de la calle, con porches de estilo rústico y pequeños pero elegantes jardines delanteros.

—Ha cambiado mucho—insiste Laura deteniéndose frente a uno de los edificios. Cuanto más hablo mal de papá, más a la defensiva está ella de él. Me intriga y me preocupa al mismo tiempo. —Y trata de hacerlo mejor por mí.

—Siguiendo ese mismo razonamiento, ¿no crees que deberías darme también el beneficio de la duda? —Me detengo al llegar a King Street, dándome cuenta de que Laura nos ha desviado del camino. Unos cien metros antes, habríamos llegado al museo. Esto es una distracción, y yo soy el último en darme cuenta. —Espera... ¿qué has hecho?

—Nada—responde Laura con una sonrisa fría.

Es una mentira descarada, y ella lo sabe.

—¿Debería preocuparme por ti, Laura? Primero conviertes a papá de villano a héroe, enorme error, por cierto, pero no puedo hacerte cambiar de opinión al respecto. Solo puedo prepararme para ese momento inevitable en el que te decepcione. Porque lo hará. Y... —Miro a mi alrededor. —¿Qué estamos haciendo aquí?

Definitivamente no estamos en el museo. He pasado muchas noches sentado en mi coche fuera de esta misma zona, mirando la casa de Madison. Veinte metros más arriba, en la calle King, está la casa de dos pisos donde viven ella y el Sr. Willis. Él está en la planta baja, ella en la superior. La cocina está en la parte trasera y da a un porche con un pequeño patio trasero. Me aprendí cada centímetro de ese lugar hace mucho tiempo, cuando aún planeaba una venganza mucho más oscura. Gracias a las estrellas que nunca me

dejé llevar por esas miserables fantasías. El odio puede matar el carácter de uno. El mío ha estado en coma durante mucho tiempo.

Mi corazón se aprieta y se encoge en algo duro y caliente e imposible de tolerar mientras nos acercamos a la casa de los Willis. Fuera hay un árbol que necesita desesperadamente ser podado, y un escritorio antiguo que se está secando justo debajo de él.

—En serio, Laura, ¿qué estamos haciendo aquí?

—Me gusta el olor—me ignora mi hermana, sonriendo.

—¿Cuál es el plan, Laura? —Insisto, dándome cuenta de lo derrotado que sueno. Hay cosas que es mejor que pasen sin más, este parece uno de esos casos, perfectamente orquestado por Laura, bendito sea su buen corazón. —¿Esperas que me ponga de rodillas y pida perdón al señor Willis, y que luego espere que Madison ceda?

Laura frunce la nariz.

—Bueno, eso es un poco dramático, pero no. Madison está en casa el fin de semana. Puedes simplemente hablar con ella.

—Estás loca —me burlo, dispuesto a salir corriendo.

—Debería darte una oportunidad para que al menos lo hagas bien—responde Laura—. Pero en Cornell estás en desventaja porque no es tu territorio. Aquí... bueno, Rochester es el país de Echeveria, por así decirlo. Puede que eso altere un poco su psique. Lo suficiente como para que te escuche, al menos.

—Uf, presión psicológica y tácticas sucias —me río, genuinamente impresionado—. Quizá tú y el viejo tengáis más en común de lo que pensaba. —Internamente, rezo para equivocarme, pero Laura me dedica una sonrisa esperanzadora que me rompe el corazón. Es bastante fuerte de mente y terca como una mula, y su personalidad es sorprendentemente poderosa, pero en el fondo, Laura sigue siendo una niña que intenta complacer a su padre. Lo sé, porque yo también fui así una vez. Y no importaba lo que me dijeran los demás, me negaba a ver a papá como lo que realmente es, hasta que lo hice. Mi hermana tendrá que pasar por el mismo proceso, me temo.

Pero estaré allí para ayudarla a levantarse cuando ocurra lo inevitable.

—Hay que hacer algo para que las cosas se alineen a tu favor— asegura Laura, lanzándome una mirada severa—. Y aunque no apruebo la intimidación de ningún tipo, puede que sea lo único que te proporcione lo que necesitas.

—Así que me crees, a pesar de la bronca que me acabas de echar.

Laura pone los ojos en blanco.

—Por supuesto. Pero es mi deber de hermana echarte una bronca. Alégrate de que no te haya echado otra más. Puede que esté en una silla de ruedas, pero soy «un puto Robocop» en esta cosa.

No puedo evitar reírme. Sin embargo, el humor se desvanece cuando la puerta principal de la casa de los Willis se abre y sale Madison con una mirada alarmada. De repente, me siento como un intruso pillado in fraganti, aunque esté en la calle y, por tanto, en un espacio público. Lleva unos vaqueros raídos y manchados de diferentes tonos de madera y una camiseta blanca que ha sufrido mucho abuso artístico. El algodón blanco apenas es visible bajo las manchas de pintura que cubren todo el espectro. Lleva el pelo recogido en una coleta y hay pequeñas gotas de tinta negra adornando sus bonitas mejillas rosas.

—¿Qué narices haces aquí? —sisea, mirando nerviosamente a su alrededor.

—Yo... Yo... —Mierda. ¿Dónde están mis palabras? ¿Por qué estoy tan aturdido y me siento tan inútil de repente? ¿Qué ha pasado para que me afecte a un nivel tan fundamental? Empiezo a preocuparme. Ya no parezco yo mismo. Suelo tener lo que quiero. No tanteo como un niño pequeño.

—Hola, Madison. Estábamos en el vecindario—interviene Laura amablemente, sonriendo como una política, una vez más, me recuerda que la manzana no cae demasiado lejos del árbol. Solo puedo esperar que herede las mejores partes de papá y que no se convierta en una desgraciada como yo. —Rhue y yo estábamos debatiendo si debíamos parar a saludar o no. A decir verdad, Rhue no quería molestarte, pero yo insistí. Hace tiempo que tú y yo no hablamos, ¿sabes?

En un instante, Madison se ablanda, y yo vuelvo a estar asombrada por mi hermana pequeña. Laura me está superando en un montón de categorías. Me doy cuenta de que lo hará muy bien en el futuro. Aunque suene horrible, el accidente podría haber sido lo mejor que le ha pasado. La discapacidad obligó a Laura a dejar atrás toda esa basura superficial que supone ser un Echeveria en el instituto. Se centró en mejorar como persona, en perfeccionar nuevas habilidades y afinar diferentes ventajas para mantener la delantera. La única otra opción era rendirse, y Laura es cualquier cosa menos derrotista. Por lo tanto, el resultado final es esta joven floreciente que tengo delante, feroz y protectora y astuta como un zorro. Me gusta esta versión de ella.

—Lo siento, Laura, han sido un par de semanas duras—suspira Madison y ofrece una sonrisa de disculpa sin siquiera mirarme. Sé que soy el responsable de las semanas difíciles, aunque la última vez que la vi no fue una mierda. —Y no esperaba a nadie—añade, señalándose con el pulgar.

Mi pequeña hermana se ríe rápidamente.

—Oh, no pasa nada, no pensábamos quedarnos mucho tiempo. Solo queríamos saludar. Así que... ¡Hola!

—¡Hola! —Madison se ríe. Bueno, al menos se llevan bien.

—Y para preguntarte si quieres almorzar con nosotros mañana—indica Laura, y ahí se va el buen humor, esfumándose como un globo cansado.

Madison me mira con incomodidad. Soy la última persona con la que le gustaría almorzar, eso es obvio, pero el profundo anhelo en sus ojos azules es igual de evidente. Estoy motivado para apoyar a Laura en este esfuerzo. No puede ser la única que haga el trabajo pesado.

—Hay una cafetería no muy lejos de aquí—comento.

—1872. Sí—responde Madison con sequedad.

El Sr. Willis aparece por la puerta y la tensión que se ha ido acumulando entre nosotros se disipa, como si le aterrara su buen humor. Es todo sonrisas y pensamientos alegres, de unos cincuenta años, pero ágil como un quinceañero, con pantalones cortos de carga y una camisa azul muy vieja que se ha usado más de lo que

debería, al igual que la de Madison. Evidentemente, están en medio de otro proyecto, algo artístico y al estilo de padre e hija, lo cual es bonito. Entonces me acuerdo de que la madre de Madison los abandonó hace unos años y no ha vuelto a estar en contacto con ellos. Por un momento, me pregunto si hay una diferencia tan grande entre nosotros, a estas alturas.

—¡Hola, chicos! —El Sr. Willis nos saluda al bajar los escalones de la entrada— ¿Cómo va todo? ¿Cómo está vuestro padre?

Naturalmente, la única pregunta que no sabe que no debe hacerse.

—Está bien—retoma Laura mientras Madison y yo intercambiamos miradas pesadas. Me gustaría poder decirle algo más solo con los ojos, pero ella es incapaz de leerme la mente. Lo máximo que puedo conseguir con esta estrategia es mirarla fijamente como un asqueroso, y eso tampoco es una buena idea. Maldita sea. —Volverá a la ciudad la semana que viene.

—Oh, vale. Entonces, ¿qué te trae por aquí? —El Sr. Willis pregunta.

Todavía está alquilando el local de su tienda a papá. A Madison no le gusta eso. Es obvio que su mirada se desvía al mencionar a mi padre. Sin embargo, me pregunto qué es lo que tiene papá que la hace retroceder de esta manera. Fueron íntimos, y los pillé. Ambos eran responsables.

—Estaba invitando a Madison a almorzar con nosotros mañana— continúa Laura, haciéndonos volver a Madison y a mí a la conversación. El corazón se me acelera, palpita con fuerza mientras intento no mirarla: la mujer a la que culpé de la ruptura de mi familia porque no me atrevía a admitir la dura verdad. Mi familia ha estado destrozada durante mucho, mucho tiempo. Ella solo era la gota que colmaba el vaso ya a rebosar.

—¡Eso es muy amable por tu parte, Laura! —exclama el Sr. Willis y lanza una mirada de asombro a Madison. —¿Irás? Solo para organizarme el domingo, eso es todo. —Nos devuelve la mirada a mi hermana y a mí. —Hemos empezado a reacondicionar una vieja librería que encontré en uno de esos almacenes subastados del centro. De ahí nuestro aspecto de Raggedy Ann. Nos llevará unos

días, pero Maddie ha venido a ayudar en todo lo que pueda antes de volver a la universidad.

Sonrío suavemente. —Es muy amable por su parte. Definitivamente es usted un hombre afortunado por tener a Madison en su vida, señor. Pero si Madison no tiene tiempo para almorzar con nosotros, no pasa nada. —Me estoy acobardando, y yo también lo parezco.

Tanto Laura como Madison lo captan y me apuñalan con el ceño fruncido, mientras yo me quedo en medio de la acera, preguntándome cómo coño he acabado en este complicado aprieto. Tengo la respuesta, por supuesto. Simplemente no me gusta. La responsabilidad personal no fue lo mío durante mucho tiempo. Ahora me cuesta asumirla, aunque sé que tengo que hacerlo, por mi propio bien.

—Pero a Laura y a mí nos encantaría que comieras con nosotros —añado, y luego me aclaro la garganta y ofrezco una tímida media sonrisa, con la esperanza de que esto borre al menos uno de mis muchos pecados.

Pero mi pequeña hermana tenía razón. El nombre de Echeveria tiene presión aquí, y el Sr. Willis es el primero en comentar el hecho. —Cariño, solo es un consejo, pero deberías aceptar la invitación. Es lo más educado, además... es solo un rato. Un par de horas que puedo dedicar a añadir una segunda capa de barniz a esta cosa— detalla, señalando el antiguo escritorio.

—¿Estás seguro? —le pregunta Madison, como si esperara una respuesta diferente.

—Sí. No todos los días los Echeveria te invitan a algún sitio—se ríe.

El hombre no tiene idea de la historia que hay entre nosotros. Tal vez eso sea lo mejor. Parece un alma tan buena y gentil. Contarle sobre la vez que me encontré a mi padre empotrando a Madison en la cama de mis padres mancharía su inherente dulzura. Pobrecito.

—Vale—responde Madison mientras nos mira a Laura y a mí. —Supongo que una comida no hará daño a nadie.

—No nos quedaremos mucho tiempo—le asegura Laura—. Yo también tengo que trabajar en algunas cosas de caridad, pero creo

que nos merecemos un descanso, ya que tú y Rhue estáis trabajando duro en Cornell, por no hablar de mis propios problemas profesionales y educativos. —Se ríe ligeramente. —De todos modos, te dejaremos, ahora. Rhue y yo te recogeremos mañana a las once, ¿te parece bien?

Madison asiente lentamente.

—Gracias—le digo y le ofrezco una ligera inclinación de cabeza. El señor Willis me da una palmadita en el hombro y vuelve a entrar.

—Sed buenos, chicos—comenta antes de desaparecer por el oscuro vestíbulo.

Madison vuelve a ser la misma de siempre en un instante.

—Os veré a los dos mañana—añade—. Énfasis en «los dos».

—¡Te lo prometo! —Responde Laura, y Madison sale tras su padre, cerrando la puerta principal con un fuerte golpe. —Uf... eso no ha estado tan mal.

—Vas a ser una tú la intermediaria mañana—refunfuño.

—De eso se trataba—dice Laura—. Nunca iba a dejar que vosotros dos comierais solos. No, voy a hacer de mediadora mientras vosotros dos sacáis los trapos sucios y dejáis atrás toda esta mala leche. Hay que hacerlo, para la tranquilidad de todos.

—Papá se va a enfadar si se entera de que vamos con ella.

Los ojos de Laura se vuelven temerosos por un momento, pero rápidamente encuentra su determinación.

—No pasa nada. Nos perdonará. Siempre que alguien se lo diga, al menos.

—¿Tu «guardaespaldas», tal vez? —Le respondo.

Los dos miramos hacia atrás y lo vemos de pie en la esquina de la calle, fingiendo estar hablando por teléfono. Se esfuerza tanto por no hacer contacto visual con nosotros que es casi divertido. —No lo hará—asegura Laura—. Ha sido sorprendentemente discreto desde aquel episodio del restaurante italiano. Tuvimos una charla entonces sobre la confianza y la confidencialidad.

—Madison me odia—le cuento a mi hermana. No le digo que, por mucho que haya acabado con las peleas, estoy bastante seguro de que una parte de mí también sigue odiando a Madison.

—Tiene toda la razón para hacerlo—suspira Laura profundamente —. Pero el odio no es para siempre. Puedes reparar el odio con un poco de bondad y un montón de buenas acciones.

—Joder, ya has crecido —observo, levantando una ceja.

Ella frunce los labios por un segundo y aspira un suspiro.

—Como que tuve que hacerlo.

Esa es la verdad de este mundo. Cada uno de nosotros ha tenido que crecer un poco más rápido que la mayoría. Sí, Laura y yo venimos de un privilegio financiero, pero tenemos nuestros propios demonios que combatir, algunos peores que otros. Madison se vio arrastrada a nuestras pesadillas familiares. Supongo que, al menos en ese sentido, el destino también le repartió una mano de mierda. Al fin y al cabo, somos tres almas necesitadas de paz, ya cansadas por lo que la vida nos ha deparado hasta ahora.

Hacer las paces con Madison parece algo orgánico. Necesario.

Solo puedo esperar que la comida de mañana conlleve algo bueno, porque soy terrible para manejar los rechazos de cualquier tipo. Eso lo he demostrado ampliamente.

TWENTY-FOUR
MADISON

Papá me mira con preocupación.

Es demasiado temprano para explicarle lo que me tiene tan nerviosa y tan peligrosamente cerca de un ataque de nervios. Rara vez ha visto este lado de mí, y cuando lo ha vislumbrado, he hecho todo lo posible por mantenerlo alejado. No es la rabia lo que me preocupa. Ha sido mi compañera durante un año, y he aprendido a vivir con ella. No, me aterra que se me escape algo y que mi padre se entere de lo ocurrido. Pondría su negocio en peligro, también, y mis acciones ya han hecho mucho daño. No podría vivir conmigo misma si él sufre.

Así que, en lugar de alimentar sus preocupaciones, pongo una sonrisa brillante y cargo mi plato con tortitas de arándanos y bacon con miel. Sigue siendo mi desayuno favorito, y sigue siendo su mejor plato hasta la fecha. He quedado con Rhue y Laura en una hora. Sería de sentido común comer menos ahora y dejar espacio para más tarde, pero también podría hacer feliz a papá ahora engullendo todo y simplemente ahogarme en cócteles de champán más tarde. De todos modos, la mimosa se considera una base para la comida y, con los Echeveria a cuestas, dudo que tengamos que mostrar nuestros carnets.

—¿Qué hay en la lista de tareas de hoy? —pregunto, preparándome para devorar una de las tortitas, primero. Se me hace la boca agua, pero atempero mis papilas gustativas con un largo sorbo de café caliente con un chorrito de leche fría. —Has dicho que vas a añadir una segunda capa de barniz a ese escritorio de fuera. ¿Verdad?

Papá asiente una vez.

—Sí. El tiempo es mi amigo durante un par de días más, así que me limitaré a terminar ese al aire libre. No debería llevarme más de una hora, más o menos, limpiarlo y barnizar cada lado. Dependiendo de lo que tardes con los hijos Echeveria, espero que podamos ponernos con los estantes y las puertas del armario de esa librería más tarde. Tengo dos lijadoras de mano para el trabajo, y tendré que bucear en el cobertizo por los cepillos más anchos.

—De acuerdo. No me llevará más de un par de horas. No me apetece mucho almorzar con las élites de aquí—murmuro—. Y la librería. ¿Mantenemos el color original de la madera o le echamos un poco de Annie Sloan y cera de abejas?

Se lo piensa un momento.

—¿Qué te pasa a ti con ellos dos? Solías darles clases particulares a ambos. ¿Qué pasó?

Esperaba que pudiéramos hablar de la librería, no de la historia oculta entre los Echeveria y yo. Tal y como están las cosas, parece que debo mentir hasta la saciedad esta mañana. Odio tener que mentir a papá, pero no tengo otra opción. Esta ha sido mi carga durante mucho tiempo, no puedo ni imaginarme que él se una a la dura tarea. Ya tiene bastante con lo suyo. Mis gastos adicionales de la universidad le pasan factura a su bolsillo y el programa universitario es demasiado cargado y complejo para permitirme la posibilidad de conseguir un trabajo a tiempo parcial. Nada me gustaría más que aliviar parte de la presión financiera, pero no puedo.

No sin poner en peligro mi rendimiento académico, y eso daría al traste con todo el maldito objetivo, de todos modos.

—No ha pasado nada—le miento a papá—. No tengo que ser amiga de esa gente. Sí, nos llevamos bien y lo que sea, pero eso se

acabó, seguimos adelante, cada uno a lo suyo. No veo el razonamiento de una amistad forzada.

—Laura te invitó a almorzar. ¿Ella es la que forzó la amistad, entonces? —pregunta.

Me encojo de hombros, tratando de pensar en formas de salir de esta conversación sin despertar sus sospechas o, peor aún, sin despertar más curiosidad. El hombre no sabe cuándo parar.

—Es joven. Me admira—respondo—. No es culpa suya. Nunca hice una separación clara entre nosotras más allá del aspecto de profesora, y siempre fui amable con ella. Así que...

—Le has engañado.

—Más o menos. Sí. —Solo puedo esperar que mis pecados sean perdonados si existe la opción del cielo y el infierno más adelante. Por ahora, sin embargo, tengo que vender estas mentiras por su bien. —No me malinterpretes, Laura es un alma dulce, pero...

—Es básicamente una niña—suspira papá—. Su condición actual tampoco debe ser fácil para ella. No, lo entiendo, Maddie. Laura me parece el tipo de chica que presenta algunas complicaciones, y la forma en que su padre la trata tampoco ayuda.

Se me eriza la piel, pero consigo mantener la cara seria.

—¿A qué te refieres?

—Oh, me los encuentro a menudo, normalmente los fines de semana. El señor Echeveria intenta sacarla más, pero siempre está rondando, vigilando obsesivamente todos sus movimientos cuando están en público. Como... no toques eso. Deja de mirar, es de mala educación. No deberías decir eso... ya sabes, esas microagresiones que hacen que un niño se sienta permanentemente inadecuado.

—Su hijo tampoco es mejor—refunfuño. Ahora mismo odio a Julian más que a nada, sobre todo porque papá acaba de confirmar que ese hombre sigue siendo un monstruo. Es una pena que sus hijos tengan que sufrirlo también. Como si yo fuera suficiente que lo sufriera yo. Ni Roxanne.

—Fíjate, a mí Rhue me parece más fuerte—responde papá. Su opinión envía señales de alarma a mi cabeza, pero una vez más, debo hacer mi papel.

—¿Conoces a Rhue? Es decir, nunca lo mencionas—comento, esforzándome por sonreír y parecer despreocupada. Es toda una hazaña cuando todo lo relacionado con estas personas es una amenaza directa para el cajón en el que normalmente consigo mantener encerradas mis ansiedades. —No sabía que erais amigos.

¿Por qué parezco tan amargada?

—No, cariño—se ríe papá—. Solo lo veo de vez en cuando, las veces que se pasa por la tienda.

—Espera, ¿se pasa por la tienda? —pregunto, con el apetito ya medio perdido. Mis tortitas y el bacon empiezan a perder su atractivo y eso quiere decir algo. Nunca digo que no a este tipo de desayunos. Durante años, incluso antes de que mamá se fuera, papá se encargaba de «la comida más importante del día». Después de que mamá se fuera, se convirtió más en un ritual que en un hábito. Nuestra manera de demostrarnos a nosotros mismos que podíamos arreglárnoslas sin ella, lo cual es absolutamente posible.

Papá asiente, sereno como un amanecer sobre el mar.

—A veces. De hecho, me compró unos cuantos muebles, que le envié a su apartamento en Ithaca. Estaba tan satisfecho con la calidad que me envió esa botella de whisky de etiqueta negra que viste anoche en el salón.

—Ya veo. Entonces, ¿qué te parece él? —Le consulto. —Quiero decir, ¿cuál es tu impresión general de él?

Papá contiene una sonrisa fría.

—Es una buena persona, básicamente, al menos. Pero no me sorprende. Puede que Roxanne tuviera sus defectos, pero era una mujer increíble. Rhue se parece mucho a ella, pero también ha heredado el espíritu dominante de su padre. No es tan agresivo como Julian, eso sí.

Siento discrepar, pero no puedo estropear la impresión de mi padre. Hace que Rhue suene tan... humana.

—¿Conocías bien a Roxanne? ¿Su madre?

—Salíamos juntos en el instituto—responde papá, y me deja ojiplática. Un fuerte golpe me atraviesa el pecho. Ya no puedo respirar y el tiempo se ralentiza hasta detenerse por completo. Me trago el resto de la tortita y decido abandonar el resto, mientras el

calor se extiende incómodo por mi estómago. Tengo una imagen de Roxanne Spaulding-Echeveria a los dieciséis años.

Es preciosa. Pelo castaño, ojos casi negros, piel suave y lechosa y la nariz más bonita con una curva delicada y delgada. Sus labios de Cupido son carnosos, rosados y brillantes, y tiene un brazo enganchado al de mi padre mientras trotan por Main Street para tomar su helado de los domingos. Por supuesto, esto no es más que una invención de mi mente desgarrada. Roxanne, de dieciséis años, lleva la misma ropa que tenía el día que me dijo que mantuviera la violación en secreto para que sus hijos no sufrieran.

Sus preciosos hijos de mierda.

Lo que Julian hizo no era algo para hacer público, supongo. La veo en mi cabeza. Sonríe cálidamente cuando ella y papá entran en la cafetería de Shelly, con los ojos muy abiertos y rebosantes de mil soles, el futuro brillante y abierto y simplemente esperando a que se deleiten con él. Pero nunca llegan allí. Todo es un bonito sueño. Roxanne se casó con Julian Echeveria. Papá se casó con mamá. Al final, fue una mierda para todos, y de alguna manera, yo fui la que se llevó la peor parte.

—¿Tú y Roxanne salíais juntos? —Pregunto, mi voz es apenas un gemido.

—Sí. También estábamos enamorados. Al menos hasta el último año, cuando Julian creció diez centímetros durante el invierno. El estirón que lo arruinó todo —recuerda, casi riendo—. Roxanne le puso fin a lo que teníamos antes del baile de graduación. Se fue con Julian, en cambio, y desde entonces fueron inseparables. ¿Sabes qué fue lo más gracioso?

—¿Hm?

Papá deja escapar un pesado suspiro.

—Le rogué que no estuviera con él. Julian se tiraba a las chicas a diestro y siniestro incluso antes del estirón. Venía del dinero. Era, bueno, todavía lo es, un mocoso rico y malcriado acostumbrado a conseguir todo lo que quiere.

Oh, Dios, creo que voy a vomitar.

—Y yo que pensaba que solo le conocías del alquiler—murmuro.

—Rochester puede ser grande, pero no es tan grande, cariño— responde papá con una sonrisa triste—. Sabía que iba a engañar a Roxanne. Y he aquí que no llevaban ni dos años de matrimonio y la prensa sensacionalista local ya estaba rumoreando. Ella optó por hacer la vista gorda y se centró en la familia, en criar a los niños y en hacer actos benéficos. No me malinterpretes, Roxanne Spaulding-Echeveria era una de las mejores psicólogas de todo el estado de Nueva York. Pero era pésima a la hora de solucionar los mismos problemas que aquejaban a su propia casa.

Puedo verlo. Claramente, incluso. Claramente, hasta el punto de que el sabor de la bilis vuelve al fondo de mi garganta. Se está poniendo tan caliente que apenas puedo respirar. Nada me gustaría más que arrancarme la piel para que la carne pudiera respirar de una vez.

—Papá, lo siento, tengo que ducharme. —Salgo pitando, saltando de mi asiento. Le doy un beso en la frente y alejo suavemente el plato. —Deja mi ración para más tarde, te prometo que me lo comeré todo, incluidas las sobras que tengas.

Y cumpliré mi promesa. Si hay algo que rara vez hago es rechazar lo que mi padre cocina. Es motivo de pena capital en nuestra pequeña y preciosa familia. Subo las escaleras a toda prisa y cierro la puerta de mi habitación, respirando profundamente mientras lucho por evitar otro ataque de ansiedad. He tenido dos desde ayer. Tres ya no me apetece.

La imagen de Roxanne tarda en salir de mis recuerdos. La piel de gallina tarda en retirarse y dejar mi piel suave y cálida de nuevo, mientras los escalofríos se desprenden de mi columna vertebral. Me sumerjo en la ducha caliente durante veinte minutos, cerrando los ojos bajo la lluvia y esperando a que el agua lo elimine todo. Los primeros cinco minutos después de la ducha son los mejores. En ese momento soy pura y limpia.

La verdad vuelve después, pero ya me he deleitado en esa pequeña ventana de tiempo. Me ayuda a sanar. Me pongo un pantalón de vestir beige y un cinturón de cuero marrón oscuro para que contraste con la camisa blanca que he elegido para este conjunto. Está metida por dentro y las mangas están enrolladas

hasta la mitad de los antebrazos. Llevo el reloj a juego con el cinturón y me pongo un par de mocasines marrón oscuro para completar el look. Llevo el pelo recogido en un moño en la nuca y un par de sencillas tachuelas en los lóbulos de las orejas. Intento mantenerlo lo más sencillo posible, sin querer impresionar a nadie, especialmente a Rhue.

—Uf—me oigo refunfuñar mientras decido maquillarme, al menos un poco. Los domingos en esa cafetería la gente va elegante. No puedo permitir que nadie me mire las ojeras. Me he acostumbrado a estos signos de agotamiento y agitación emocional, pero los demás no tienen por qué verlos. Finalmente, una vez que he terminado, me encuentro sonriendo ante mi reflejo.

Mis mejillas arden. La última vez que me vestí con este grado de satisfacción, llevaba un vestido de lana carmesí con cuello alto y botas moteras de cuero negro. Habría terminado con ese beso caliente e inesperado, si no hubiera vuelto a por mi estúpido bolso. Idiota. Fui una maldita idiota.

TWENTY-FIVE
MADISON

Las lámparas con forma de cigarro descienden del techo, formando una juguetona danza de formas y colores con las luces rojas del tambor. La cafetería 1872 tiene un ambiente agradable, cálido y sofisticado. Huele de maravilla, a bollería recién horneada y a café molido. Oigo el siseo y el burbujeo de la máquina de café expreso mientras la leche se convierte en espuma para nuestros capuchinos. Nos han dado una mesa de esquina junto a la ventana. Detrás de mí, la pared está cubierta por una enorme impresión de la 19ª Enmienda, que forma parte de un collage con un perfil blanco de Susan B. Anthony y varios recortes de periódico sobre el movimiento sufragista.

—Hace años que no pruebo uno de estos croissants de jamón y mozzarella —señala Laura en un bonito intento de romper el hielo y librar a nuestra mesa de los demonios del silencio incómodo. Por desgracia, son unos cabroncetes testarudos y se sienten atraídos por lo que sea que haya entre Rhue y yo.

Les ofrezco una sonrisa plana. Es literalmente lo mejor que puedo hacer. Esa tortita no ha sido suficiente, y ahora me está entrando hambre. Además de todo lo demás, mi estómago ha decidido unirse al escenario. Lo juro, a veces siento que mi cuerpo me odia. Es difícil concentrarse cuando cada átomo de mi ser

chisporrotea al estar sentada tan cerca de Rhue, y el elemento del hambre hace que todo sea mil millones de veces peor. A pesar de ello, debo mantener un comportamiento civilizado y no hacer el ridículo. Con Laura aquí, empiezo a pensar que Rhue está, de hecho, intentando ser un ser humano decente por una vez.

Cuando estamos solos él y yo, no me atrevo a confiar en él, aunque el episodio de la cabaña me apuñala de vez en cuando. Sus labios rozando el lóbulo de mi oreja. Su mano en mis bragas. Estaba tan mojada, temblando como una hoja en su poder. Su duro pene presionado contra mi culo. Dios mío, mi mente se ahogó en la alcantarilla esa noche, y no he podido recuperarla desde entonces.

—Es un sitio bonito —consigo decir, observando lentamente a mi alrededor. Está lleno a esta hora del día, pero no me importa. El zumbido constante de las voces, de vez en cuando interrumpido por la risa de alguien o el timbre del teléfono, me ayuda a encontrar un ancla en mi realidad actual. Estoy aquí, con Rhue y Laura Echeveria, apenas un año después de que todo se fuera a la mierda. —Solía venir aquí con mis padres cuando era pequeña. Tenían un menú infantil muy chulo los fines de semana.

—Oh, todavía lo tienen —asegura Laura, sonriendo cálidamente. —También hacen fiestas de cumpleaños, pero solo en las salas de atrás. Tienen tres, lo suficientemente grandes como para que quepa una multitud decente ahí.

—¿Es esta tu manera de decirme que quieres que organice tu dieciochoavo cumpleaños aquí? —Rhue interviene con una sonrisa socarrona. El camarero vuelve con nuestros capuchinos y agua con gas. En menos de un minuto, nuestra mesa redonda está llena de una agradable mezcla de porcelana blanca, cubiertos de filigrana y vasos de cristal. Los capuchinos parecen obras de arte, con diseños de lloviznas de chocolate negro que dominan la cremosa espuma de la parte superior. Yo tengo la mariposa.

—Quizá —le responde Laura, una vez que el camarero se ha alejado—. Es un sitio genial. Un lugar que da poder, ¿no crees, Madison?

—Claro que sí. Girl power all the way—continúo, añadiendo un trozo de azúcar confitado a mi café. —Entonces, ¿qué tipo de evento

estáis planeando en el Museo Susan B. Anthony? —Me decido a preguntar, esperando que la conversación fluya con más soltura si hago que Laura siga hablando.

—Oh, es solo una subasta. La hacen todos los años. Los conservadores recorren el mundo y otros museos en busca de objetos relacionados con el sufragio —me explica Laura—. Algo que llevara Lucretia Mott, como un collar o algo similar, o notas manuscritas de Alice Paul, o uno de los diarios de Sojourner Truth, etc. Objetos que ayuden a reunir una colección de la época del sufragio digna de ser subastada. El año pasado, por ejemplo, consiguieron llevarse a casa unos 1,4 millones de dólares. El año anterior 2,1 millones. Espero poder alcanzar la marca de 1,5 este año, siempre y cuando mi chico del Museo Británico de Londres cumpla con lo prometido.

No puedo evitar mirarla fijamente.

—Parece mentira que solo tengas diecisiete años.

—Es increíble, ¿verdad? —Rhue se ríe.

—Represento a nuestro padre en este propósito, por supuesto —añade Laura, bajando la mirada. En realidad es tímida, y eso la hace aún más adorable. Si ella y Rhue tuvieran un padre mejor, nada de esto sería tan difícil e incómodo. —Pero sí, he hecho un trabajo bastante decente hasta ahora.

—¿Es la primera vez que ayudas en el aspecto organizativo? —pregunto, mezclando lentamente el azúcar en mi café con la cucharilla más bonita que he visto nunca.

Ella asiente. —Sí. Rhue y yo hemos ido a estos eventos desde que éramos niños, pero es la primera vez que estoy detrás del telón, y tengo que admitir que ha sido toda una experiencia. Por supuesto, mamá solía hacer estas cosas antes. Nunca se perdió nada.

Mirando ahora a Laura y a Rhue, me doy cuenta de que tengo dos opciones sencillas. Puedo cambiar de tema y alejarme de la mención de Roxanne, o puedo profundizar y coger el toro por los cuernos. Solo he visto a su madre un par de veces. Nuestro último encuentro fue de todo menos agradable. La tristeza impregna sus rasgos. Rhue intenta mantener una mirada brillante, y Laura se concentra temporalmente en añadir demasiado azúcar moreno a su

capuchino, pero está ahí. Lo veo. La pena impregna sus expresiones. Solo puedo imaginar cómo deben doler sus corazones.

Yo también perdí a mi madre, aunque no por suicidio.

Mamá se fue y ya no recuerdo mucho de ella. Elegí intentar olvidarla porque lidiar con su abandono era demasiado doloroso. Es otro cajón de mierda que me he esforzado por mantener cerrado, y papá siempre ha respetado mi decisión, no sacando nunca el tema si yo no lo mencionaba primero. La conclusión es que sé cómo puede sentirse ese tipo de pérdida.

Puedo elegir ser ajena a su dolor, o puedo mostrar una pizca de empatía y llevar toda esta dinámica en una mejor dirección. A Rhue le encantaba acusarme de ser una destructora de hogares. Laura trató de utilizarme como una especie de sustituta emocional, aunque yo mantuve las distancias con toda la familia después de lo ocurrido. ¿Cómo no iba a hacerlo? Pero eso era antes. Esto es ahora. Puedo hacer las cosas de manera diferente.

—Mi padre me ha contado que él y tu madre solían salir juntos —decido decir, esperando al menos remover un poco el ambiente. Creo que todos tenemos que facilitar esta parte de nuestra extraña relación. —En el instituto. Le dejó por tu padre justo antes del baile de graduación.

—Vaya —murmura Laura, comprensiblemente sorprendida.

Rhue levanta una ceja.

—¿Tiene pruebas? Quiero decir, mamá era bastante popular en el instituto. Hay muchos chicos a los que les encanta decir que salieron con ella antes de que se casara con papá.

Para mi asombro, no me pide que mantenga el nombre de Roxanne fuera de mi boca. Es una primicia increíble, y agradezco el alivio que esto me hace sentir. Hace tiempo que debería haber sido así. Ya me torturo bastante. Los pinchazos de Rhue siempre fueron un dolor y una miseria extra. No, esto es bueno. Debo aprovechar la ola mientras dure.

—Mi padre no tiene la costumbre de mentir, pero mencionó que tenía unas cuantas fotos Polaroid del instituto, en alguna caja de zapatos. Las buscaré encantada si quieres verlas.

—No, no creo...

—Sí, por favor —Laura interrumpe a Rhue mientras me lanza una mirada suplicante—. Nuestros abuelos... quiero decir, Meemah y el abuelo por parte de mamá ya no nos hablan, y no paro de enviarles correos electrónicos con fotos de ella. Cualquier cosa que tengas sería muy apreciada.

—Espera. Espera—digo, captando la corriente subyacente de verdadera agonía emocional que ha asediado a esta chica. —¿Qué quieres decir con que tus abuelos ya no os hablan?

—La parte Spaulding de la familia nos dejó fuera—detalla Rhue, siguiendo con un pesado suspiro—. Desde que murió mamá. Es como si fuéramos radiactivos. Nos envían mensajes de texto y todo eso, pero no los hemos visto desde el funeral. Y cualquier cosa relacionada con mamá o papá se apaga inmediatamente.

—¿Cómo? ¿Apagar cómo? Lo siento si es una pregunta inapropiada, pero admito que estoy un poco desconcertada —comento, sintiendo que mis cejas se fruncen.

Laura me dedica una media sonrisa comprensiva.

—Tú y yo, las dos.

—No estoy seguro de que conozcas bien a papá —añade Rhue, haciendo lo posible por no ofenderme. A estas alturas, empiezo a pensar que esto no es más que un bonito sueño del que acabaré despertando. Debería ser más suspicaz, pero tampoco puedo ser grosera. Solo déjame tener esto. —Pero tiene la costumbre de quemar puentes. Nunca se llevó bien con la parte de la familia de mamá, y cada vez que nuestros padres nos llevaban de visita allí, la cosa se ponía incómoda, rápidamente.

—Con «allí» se refiere a la casa de nuestros abuelos. Las hermanas de mamá ya ni siquiera reconocen nuestra existencia —continúa Laura la historia. Tiene los ojos vidriosos. Joder, no se merece estar en el extremo receptor de toda esta basura. La rabia me llena el corazón hasta los topes y me hace hervir la sangre. Laura era una persona decente para mí a pesar de todo lo que ha pasado. Nunca la olvidaré y nunca dejaré de defenderla del daño por este simple y desinteresado acto de bondad. —Los Spauldings y los Echeveria nunca se llevaron bien. Desde el momento en que nuestros padres se juntaron...

Rhue baja la mirada.

—Algunas personas simplemente no están destinadas a estar, y a algunas personas nunca se les debería permitir estar juntas, para empezar.

—Estás hablando de tus padres—le recuerdo, con la cara ardiendo.

Laura se aclara la garganta para continuar.

—Si te sirve de algo, Madison, no te estamos culpando. Sé que lo he dicho antes, pero ahora que mi hermano se ha unido a este lado de la conversación, creo que es importante volver a decirlo. —Por el amor de Dios, esta chica es demasiado madura para su edad. Debería estar preocupada por el maquillaje, los granos, las vacaciones de invierno y todo lo que preocupa a las chicas de secundaria. Pero Laura no es una chica de instituto cualquiera. Es de la realeza americana. —Todo lo que salió mal entre mamá y papá antes de su muerte, fue culpa de ellos. No tuya. El Señor sabe que no eras la única mujer que él... Lo siento, no debería meterte en la conversación de esta manera.

—Está bien —la paro, forzándome a mantener la calma, aunque puedo sentir mi ansiedad acechando, probando la cerradura de mi cajón mental. —Es parte de nuestra realidad, nos guste o no. Solo agradezco que entiendas que nunca fue mi intención hacerte daño a ti ni a nadie de tu familia. —Eso no es una mentira. Es solo una verdad a medias. Joder, Roxanne tenía razón, a su manera egoísta y cobarde. Decirles la verdad los destrozaría. Está escrito en sus caras. Julian, por muy horrible que sea, es toda la familia que les queda. Especialmente desde que apartó a todos los demás de la familia de su madre, aislándolos también. Maldito monstruo. Poniendo a sus hijos en una situación tan horrible y difícil.

El camarero vuelve con lo que hemos pedido. El croissant de jamón y mozzarella para Laura y dos raciones de crostini para Rhue y para mí, aunque pedimos de diferentes variedades y acordamos compartir. La mesa se llena de golpe, acompañada también de una sofisticada tabla de quesos y una bandeja de fruta fresca. Las mimosas seguirán más tarde. Por ahora, no estoy encontrando toda esta salida tan difícil como pensé en un principio. Solo estoy

recibiendo más pruebas de que Rhue está siendo genuino en su repentino cambio. Tal vez estaba diciendo la verdad todo el tiempo acerca de cómo mi mención de su madre lo sacudió de nuevo en este estado mental elevado. Eso espero, al menos.

Una vez que el camarero se ha ido, decido que esta conversación tiene que ir en una dirección ligeramente mejor y quizás más curativa.

—Habladme de vuestra madre. ¿Cómo era Roxanne? —Pregunto, sonriendo suavemente. —Nunca tuve la oportunidad de hablar bien con ella. Solo sé lo que escribieron las columnas de cotilleo del periódico. Ah, y ese perfil suyo en el New York Times.

—Mamá era una mujer increíble —responde Rhue, con voz tranquila y una mirada fija en mí que me hace temblar en mi asiento. Hay una intensidad en sus ojos que nunca había visto antes. No es hostil, sino profundamente emocional. —Tuvo la opción de dedicarse a la política desde joven, pero cuando papá desarrolló su imperio inmobiliario, decidió que tendría que quedarse en casa uno de los dos padres para los niños en todo momento. Por eso dividía su consulta entre el despacho de la ciudad y el de casa. Le encantaba cocinar, aunque rara vez tenía ocasión de darse un capricho. Como papá estaba casi siempre fuera o siempre ocupado, le correspondía a ella mantenernos a Laura y a mí como parte de una verdadera familia sin perder su propia carrera en el proceso. Yo odiaba eso cuando era pequeño.

—¿Odiar qué? —Indago.

—Su trabajo.

Eso hace que Laura se ría.

—Rhue solía involucrarme en sus intentos de sabotear las sesiones de mamá. Teníamos quizá cinco y siete años o algo así... Lo recuerdo incluso ahora. El mortal dolor de barriga. —Se echa a reír.

—Oh, claro. ¡Mamá! ¡Tengo un monstruo en la barriga! —Rhue intenta mantener una cara seria, pero fracasa estrepitosamente y se pellizca el puente de la nariz. —No recuerdo toda la excusa con vívido detalle. Solo sé que tenía algo que ver con un dinosaurio frito que creía que había evolucionado hasta convertirse en uno de verdad... o al menos esa es la historia que le conté a mamá. Me

puse de rodillas y todo eso. El paciente con el que estaba... oh, hombre, es difícil olvidar la expresión de su cara. Laura estaba esforzándose mucho en fingir las lágrimas falsas.

—Era terrible —Laura se redobla—. El pobre, no sabía si reírse o compadecerse de mamá por haber acabado con nosotros dos.

No puedo evitar reírme también. Esto es lo más vulnerable que se ha permitido Rhue desde... desde la época anterior a lo ocurrido. No debe haber sido fácil. Pero ahora mismo, hay una felicidad en él, una facilidad que —a pesar de todo lo que me ha hecho— espero que pueda disfrutar durante mucho tiempo.

Nos sumergimos en otra conversación y luego en otra. Esto está yendo bien. Parece como un viaje hacia el perdón. Una nueva hoja. Al menos, hasta que una voz nos interrumpe.

—¿Qué coño es esto? —Julian Echeveria se eleva sobre nosotros, su aparente calma es solo una fachada para la tormenta que se avecina. Los músculos de su mandíbula cuadrada nos dan una pista, al igual que el odio en sus ojos, dirigidos directamente a mí y mezclados con una tonelada de indignación. —¿Qué hace esta puta aquí? —le pregunta a Rhue.

De repente, todo muere. La dulce melancolía de recordar su infancia y a Roxanne. El sabor del croissant de jamón y mozzarella. El regusto ácido del queso cheddar madurado bañado en mermelada de higos. El café. El agua con limón. Toda la maldita mesa se muere. Todo se marchita como las flores bajo un sol abrasador y odioso, mientras Julian se apodera del momento.

—¿Rhue? —pregunta de nuevo, aún más agraviado por la falta de respuesta.

Laura abre la boca, pero Julian le hace un gesto para que se calle. Eso hace que Rhue se enfade.

—No hagas eso, papá.

—¿Hacer qué? Cuál fue la única regla que os pedí a los dos que siguierais, ¿eh? —El hombre está enfadado y algo más, eso está claro. Si no fuera por el escenario público, probablemente me pondría las manos alrededor del cuello y me ahogaría hasta la muerte.

Toda esta escena sería tolerable, en el mejor de los casos, si no fuera por mi cajón mental. Se ha abierto y mi ansiedad está a flor de piel. Los síntomas de estrés postraumático empiezan a asomar sus feas cabezas, y me vuelvo indefensa, un delgado junco sujeto al viento, la lluvia, el aguanieve y la escarcha. Tengo frío y calor al mismo tiempo. Furiosa y aterrorizada. Náuseas y miedo. Avergonzada y paralizada. Son tantas las sensaciones que me acometen a la vez que no puedo ni siquiera empezar a darles sentido.

Se me eriza la piel, pero también se estira y hormiguea. Mi columna vertebral se endurece, pero las rocas heladas también la atraviesan, enviando escalofríos en ondas heladas que llegan hasta los dedos de las manos y los pies. Debería moverme. Debería levantarme. Joder, no me lo esperaba. Debería huir. Este hombre... es el monstruo de las pesadillas. Él es la bestia que he estado tratando de superar durante tanto tiempo. La raíz de todos mis problemas. El hombre del saco del que toda mujer está advertida.

—¿Ya no se nos permite socializar? —contesta Rhue a su padre. Me muevo para levantarme, pero su mano cubre la mía sobre la mesa y aprieta de una manera extrañamente tranquilizadora. Laura tiembla en su asiento. —Solo estamos almorzando. No entiendo cuál es el problema.

—¿Me estás tomando el pelo, ahora mismo? Rhue, ¿necesitas terapia? —Julian sisea.

Un rápido vistazo a nuestro alrededor y puedo decir que la tensión está rezumando hacia fuera y por toda la cafetería. Casi todos los que están dentro han dejado de hacer lo que estaban haciendo: ya no beben ni charlan ni comen. El teléfono de alguien suena, pero nadie tiene tiempo de comprobarlo ahora mismo. El propio mundo se ha detenido por culpa de Julian Echeveria, el único hombre al que no se le puede enfadar. Sin embargo, Rhue parece estar... ¿Disfrutando?

Le dirige a Laura una rápida mirada de ánimo. Parece que funciona. Ella aspira un poco y endereza la espalda.

—Papá, por favor, no seas grosero. Madison es nuestra invitada y este es un lugar público. Seguro que no quieres avergonzarnos a

todos.

—¿Tú también, Laura? ¿De verdad? —Julian suelta un chasquido. Eso hace que la chica se sobresalte, pero se aclara la garganta y decide seguir adelante, sea como sea.

—Papá, por favor. No es así como nos has educado.

—¡Os recuerdo que vuestra madre y yo os educamos para que no os juntéis con putas de mierda y rompehogares! —replica Julian, aunque no puedo evitar notar su incapacidad para mirarme a los ojos cuando suelta esas mentiras descaradas.

Rhue se burla.

—Perdóname. No eres el único de la familia que puede hacer eso.

Pasa un segundo en el silencio más insoportable al que me he visto sometida. Se me hiela la sangre y desearía ser invisible. Desearía poder desaparecer, huir y no mirar atrás. No debería haber dicho que sí al almuerzo. Maldita sea, debería haber seguido con mi propia terquedad. Debería haberme quedado en casa, tampoco es la primera vez que llego a esta conclusión.

—Oh, joder —susurro, dándome cuenta de que algo se ha soltado dentro de mí.

—Se acabaron las tonterías —continúa Julian. Saca su cartera y lanza un billete de cien dólares sobre la mesa. Cae sobre el camembert. Hay algo profundo y absolutamente depravado en esta imagen, algo que nunca podré borrar del tejido de mi alma. —Esto es por la comida y por las molestias. Ahora, vete y no vuelvas a molestar a mi familia, Madison. Ya nos has hecho bastante daño.

Oh, Dios. Podría simplemente decirlo. Podría decir la verdad y mandarlo a la mierda.

Pero lo siguiente que hará Julian afectará directamente a mi padre. Diablos, toda esta historia podría terminar conmigo pudriéndome en el fondo de un lago o algo así. Soy una amenaza para su carrera política en desarrollo. Este cabrón se está presentando al ayuntamiento, y yo no tengo poder. Si hablo ahora, romperá a Laura en pedacitos. Ella ya ha intentado suicidarse una vez. No puedo tener su vida en mi conciencia, también. Una es más que suficiente.

—Papá, estás haciendo el ridículo —le advierte Rhue. Su tono es frío y grave, y la forma en que mira a Julian me hace querer esconderme bajo la mesa.

Su padre no está impresionado.

—Por una vez en tu vida, haz lo que se te dice. Nos vamos. Ahora.

—No me voy a ninguna parte —responde Rhue—. Y Laura tampoco.

Ella está a punto de derrumbarse.

—Yo... No, no me voy a ninguna parte.

De alguna manera, el foco vuelve a mí, y la luz me quema la piel. Julian estrecha los ojos.

—¿Esta es tu venganza porque no quise divorciarme de mi mujer por ti, Madison? ¿Intentas poner a mis propios hijos en mi contra? ¿No tienes vergüenza?

Lo peor es que podría salirse con la suya fácilmente. Y lo hará, también, porque no puedo dejar que haga daño a mi familia. Ya he despertado al dragón, y puede haber alguna repercusión a partir de mañana... si me quedo, solo será peor. Como si estuviera ansioso por demostrar algo, mi cuerpo toma el control. Mi corazón empieza a latir demasiado rápido y lucho por mantener el ritmo, resollando y jadeando mientras entro en una espiral de ataques de ansiedad.

—Lo siento, tengo que irme —suelto y me alejo corriendo de la mesa.

Me olvido de mi chaqueta vaquera azul claro, y también del teléfono, junto con el bolso. Pero eso no importa ahora. Necesito salir de aquí antes de que me dé un infarto o algo peor. No sé cuándo ni cómo, pero llego a una esquina cercana. Solo aquí me encuentro capaz de respirar de nuevo mientras me agarro a la barandilla de hierro que tengo a mi lado.

Alguien pregunta si estoy bien. Es una niebla. No puedo discernir mucho a mi alrededor, salvo formas borrosas y colores que se funden. Asiento febrilmente con la cabeza.

—Sí, solo... Estoy bien...

Percibo vacilación, así que decido enderezar la espalda y al menos dar la impresión de autocontrol. Tal vez eso haga que se

vayan más rápido. Y así es. Vuelvo a estar sola. Oh, Dios, ¿qué demonios ha sido eso? ¿Cómo... cómo voy a llegar a casa? Ahora estoy sentada en los escalones. Un absoluto desastre de mujer...

Mis rodillas son demasiado débiles. Sigo tragando bilis. Mi piel no es más que una piel de gallina espinosa, tensa hasta el punto de temer que se desgarre si hago un movimiento brusco. Así que me quedo aquí sentada, viendo pasar el mundo e intentando bajar a un estado más tranquilo. Me escuecen los ojos. Las lágrimas fluyen como ríos y me doy cuenta...

Esto nunca mejorará.

Debería haberme quedado en casa. Debería haber...

—Debería haberme quedado en casa.

TWENTY-SIX
RHUE

—Entrad en el coche —indica papá.

Ahora estamos fuera de la cafetería. Laura tiene el bolso y el teléfono de Madison y se niega a separarse de mí. Por primera vez, se queda conmigo. Esto atrae la ira del viejo, por supuesto.

—Laura, mete el culo en el coche —insiste.

El hombre de Laura se acerca al todoterreno de papá e intenta que se mueva, pero yo lo empujo educadamente.

—No te metas en esto, Steve. Créeme. Es el único conflicto en el que no quieres verte arrastrado.

—Deja de decirle a mi personal lo que tiene que hacer y entrad en el puto coche. Los dos.

Papá gruñe, listo para saltar y pelear conmigo, si es necesario. Hay tanta rabia sin resolver supurando dentro de mí, que casi quiero desafiarle a ello. Definitivamente puedo reconocer el beneficio terapéutico de romperle la cara a mi padre.

—No vamos a ninguna parte —reitero, levantando la barbilla en señal de desafío—. La has cagado, papá. Has hecho el ridículo en la cafetería 1872, que es donde la mayoría de tus futuros electores pasan el rato, por cierto. Y también nos avergonzaste a nosotros.

—Los únicos que habéis hecho el ridículo habéis sido vosotros dos, yendo con esa basura—responde—. Por última vez, subid al

coche. Tenemos que hablar.

Laura gime suavemente. Se esfuerza por ser valiente, pero cuanto más gruñe papá, más difícil se le hace toda la situación. Le prometí a los médicos que haría todo lo que estuviera en mi mano para mantenerla alejada del estrés y de los desencadenantes emocionales, pero está claro que estoy fallando. Necesito alejarla de papá, no meterla en un coche con él. Lo último que necesita es que le digan que tenemos que alejarnos de cualquiera que pueda dañar su preciada reputación, cuando solo quedan unas semanas para las elecciones.

Es lo único que le importa, de todos modos. Nadie nominará a Julian Echeveria para el premio al Padre del Año, eso está dolorosamente claro. El aire es tan denso que apenas puedo respirar. Peor aún, la mayor parte de esta agitación proviene de no saber cómo está Madison. Todo el encuentro debe haberla sacudido hasta la médula que la llevó a esa dramática salida. Incluso se ha dejado sus cosas. No puedo evitar sentirme responsable.

—Por última vez, ni Laura ni yo vamos a ir contigo. Nos veremos más tarde, si acaso. Así que vete a casa, papá. Tómate unas copas, piensa muy bien cómo vas a lidiar con esto, y más tarde, estaré encantado de hablar.

La verdad es que no, pero si esto me hace ganar unas horas, al menos, puedo hacer algunos arreglos. Laura se irá a casa, inevitablemente, en algún momento. Mi objetivo es que la rabia de papá se calme antes de que ella llegue. Así, cualquier conversación que tengan será más tranquila, seguro. En cuanto a mí, voy a conducir de vuelta a Ithaca. No tengo ningún interés en escuchar lo que pueda tener que decir.

—Estás cometiendo un gran error —advierte papá—. Soy la última persona con la que quieres enfrentarte.

—¿Es eso lo que estoy haciendo? —Le respondo. —No soy yo quien avergüenza a mis hijos en público por la mujer con la que tuve una aventura. Y lo que es más importante, me parece más que indignante que hayas tenido los cojones de hacerte pasar por la víctima allí. No te tropezaste y caíste con la polla dentro de Madison Willis, papá.

—¡Cierra la boca! —gruñe, dispuesto a saltar del coche.

El hombre de Laura tiene el ánimo de intervenir.

—Me quedaré con Laura, señor. La llevaré a casa más tarde. No hagamos esto aquí.

—Es fácil destrozar la opinión pública —murmura Laura.

Es suficiente para bajarle el tono, para mi asombro. Por otra parte, no sé por qué me sorprende ver que sus números en las encuestas importan más que su familia. Debería estar agradecido. Papá me mira con disgusto mientras pone el coche en marcha.

—Será mejor que os vea a los dos en casa más tarde —refunfuña y se marcha con un chirrido furioso.

Se hace un gran silencio y Laura y yo nos quedamos mirando su todoterreno, un gigante negro que se adentra en el tráfico del mediodía. Sus llantas de acero captan la luz del sol y nos la devuelven a la cara, cegándome brevemente antes de doblar la esquina. Solo cuando lo pierdo de vista vuelvo a respirar. Yo también tomo una bocanada de aire, aunque es Steve el hombre quien exhala bruscamente.

—Me cago en la puta —respira, sacudiendo la cabeza.

Personalmente, estoy desconcertado. Nunca le había oído hablar así.

—Hubiera jurado que eras una especie de mormón o algo así —le comento.

—¿Qué? No. Y vosotros dos tenéis que ordenar vuestra mierda —estalla. De nuevo, me quedo sin palabras.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con Steve? —pregunta Laura, aunque con sarcasmo.

Steve, sin embargo, no capta el matiz.

—Yo no he hecho nada. Lo hicisteis vosotros. ¿No podríais haber sido un poco más discretos al reuniros con esa señorita? ¿No ha causado ya suficientes problemas a vuestra familia?

—Ella no es la que causó los problemas. Ella no es la que tuvo la aventura. Fue tu jefe —respondo, preguntándome a dónde quiere llegar con esto.

—En cualquier caso, deberíais haber sido más inteligentes con esto. Estaba claro que iba a descubrirlo —explica—. El hombre sabe

todo lo que pasa en Rochester. Absolutamente todo, especialmente lo que hacen sus hijos. Todo ese lío de allí podría haberse evitado.

Laura me mira.

—Sabes, tiene razón.

Sonrío.

—Está bien. Quiero que el viejo bastardo se ponga nervioso, de todos modos. Se ha librado fácilmente, no importa lo que me digas, pequeña.

—Rhue, por favor. No podemos empezar una guerra con papá.

—No lo haremos. A Steve se le ha ocurrido una gran idea hace un momento —aseguro.

—¿A mí? —pregunta, con cara de confusión.

Le sonrío con frialdad.

—Desde luego que sí. Vas a hacer compañía a mi querida hermana hasta las seis de la tarde. Eso debería ser tiempo suficiente para que el hombre llegue a casa, se beba su whisky y se le pase de una puta vez para no decir ni hacer nada de lo que pueda arrepentirse. —Cojo el bolso del regazo de Laura y me aseguro de que el teléfono de Madison también esté en él—. Mientras tanto, voy a llevarle esto a Madison y ver si puedo arreglar las cosas. Esto tampoco debe haber sido fácil para ella.

—Lo sé... iba a llamarla —susurra Laura, frunciendo el ceño con preocupación.

Desgraciadamente, no puedo encontrar en mí el modo de mentirle y decirle que todo va a ir bien. No es una promesa que pueda cumplir. Pero puedo intentar mejorarla.

—La encontraré. Seguramente se fue a casa, de todos modos. Quédate fuera hasta las seis, ¿vale? No dejes que el viejo te acorrale. Mantente firme y escúchame, y te prometo que le tendrás cogido por las pelotas antes de que se retire.

La afirmación hace que Steve se ría de forma burlona, pero la mirada con la que respondo hace que se atragante. Se aclara la garganta y ofrece una cortés reverencia.

—Cuidaré de la señorita Laura, como siempre.

—Más te vale. Y no lo olvides. No antes de las seis.

—Entendido —afirma.

Laura parece menos ansiosa, así que tengo un pequeño resquicio de esperanza al que agarrarme.

—Solo tienes que encontrarla y asegurarte de que está bien. Vosotros dos realmente necesitáis superar esa... cosa. Quiero decir, mira lo que le ha hecho a papá.

Sí, ya lo veo. Odiaría terminar así. Irónicamente, no estaba muy lejos de esta versión de pesadilla suya. Es tan fácil centrar la energía de uno en aborrecer a una persona, en desearle el mal y en hacer todo lo posible para hacer daño.

Esta es mi oportunidad de poner fin a un pasado que no ha hecho más que perjudicarnos durante tanto tiempo.

LO PRIMERO QUE hago es revisar los alrededores de la cafetería. Madison se fue sin su bolso y su teléfono, y estaba hecha un lío. Dudo que haya llegado muy lejos, así que me tomo mi tiempo para peinar los callejones y las calles laterales, primero. Un pulso acelerado me recorre las venas. Cada momento en que no la veo aumenta mi inquietud mientras lucho por mantener la cabeza despejada. Lo que viene a continuación en mi vida supone un momento crucial.

Para mí, para Madison, pero también para Laura y mi padre.

Tras otros veinte minutos de búsqueda, encuentro a Madison sentada en un banco de una parada de autobús, a dos manzanas de la cafetería. Está sola, el autobús acaba de salir. Sin dinero, no podría haber subido a él, para empezar. Imagino que a ella también se le ha pasado por la cabeza esa idea. Me quedo mirando su rostro durante un rato.

Está triste. Tan profundamente triste que casi me rompe.

Se seca el sudor de la frente y se levanta, dispuesta a afrontar lo que queda de día, incluido el reto de llegar a casa. Imagino que sabe dónde están su bolso y su teléfono, pero sería una locura que volviera a la cafetería, ahora. No después de lo que pasó allí. Dejaría

la ciudad en un instante si experimentara una fracción del horror que vi en su cara antes.

Sin darse cuenta de mi presencia, Madison se levanta y camina hacia mí. En cuanto nuestras miradas se cruzan, se congela. El propio tiempo deja de fluir, convirtiéndose en algo insoportablemente lento y pesado, como si el mundo entero nos presionara sobre los hombros, aplastando sin piedad nuestra existencia. Tampoco podemos apartar la mirada el uno del otro. Se forma una eternidad mientras nos miramos, inmóviles y sin aliento, con solo tres metros de aire entre nosotros, de espacio desocupado que necesito fuera del camino.

—¿Qué... qué estás haciendo aquí? —pregunta Madison, con la voz rasgada.

Le entrego el bolso.

—Tu teléfono está dentro. Pensé que lo necesitarías.

—Sí... gracias. Siento haberme ido de la forma en que...

—No tienes absolutamente nada de qué disculparte, Madison. Lo que hizo mi padre... no debería haber ocurrido. Ni Laura ni yo le dijimos lo que estábamos haciendo. Y ninguno de nosotros necesita su permiso para hacer nada, de todos modos.

Ella sonríe con amargura.

—Ambos sabemos que eso no es exactamente cierto. No cuando tu padre es básicamente el rey de Rochester. Ese puesto en el ayuntamiento al que se presenta es simbólico, en el mejor de los casos.

—Me importa una mierda lo que haga mi padre. Antes que nada, necesito disculparme por su comportamiento. Fue grosero y despiadado, y completamente improcedente.

—Eso dices —susurra Madison y trata de pasar junto a mí.

La cojo del brazo y la obligo a darse la vuelta y mirar hacia mí.

—¿Estás bien?

Solo ahora, cuando me pierdo en los profundos agujeros azules de sus ojos, me doy cuenta de que no está nada bien. El dolor crudo irradia de ella como las ondas de calor de una estufa encendida. Tan caliente como para derretir mi piel, así que solo puedo imaginar cómo se debe sentir por dentro. Se le llenan los ojos de lágrimas, y

hay tantas cosas que le gustaría contarme, pero no se atreve a hablar. ¿Siempre ha sido así?

Sacudo la cabeza lentamente.

—¿Qué pasó entre mi padre y tú, Madison?

—Me enamoré del tipo equivocado, tomé todas las decisiones más equivocadas posibles, y ahora... bueno, ahora, estoy pagando el precio. Todo lo que soy ahora es el resultado de mis decisiones. —Su voz tiembla mientras habla. Tanto que es como si pudiera sentir su dolor dentro de mí. Por un momento, creo que voy a dejar que me venda esta mentira porque eso es lo que es, una mentira. Puedo sentirlo. Lo veo grabado en las esquinas de su cara.

Acaricio su mejilla con mis manos.

—Cuéntamelo, Madison.

Parece cansada. Apuesto a que este es el último lugar en el que quiere estar ahora. Por desgracia, me resulta difícil mirarla sin recordar la oscuridad de sus ojos cuando la encontré con mi padre. Ese momento todavía me persigue, incluso ahora. Me apuñala en el pecho, la hoja se retuerce para causar el máximo daño, cada vez que mi mente vuelve a ella. Ella me gustaba, y yo le gustaba a ella, y la razón por la que eligió a mi padre antes que a mí sigue siendo un misterio. Aunque suene horrible, creo que necesito oírla decir por qué. Necesito... ¿Cerrarlo?

—Madison. —Espero a que levante la mirada. El tiempo vuelve a fluir, de alguna manera. Ninguno de los dos se mueve, ninguno de los dos dice una palabra, y, sin embargo, los dos parecemos saber lo que está pasando. La paz. La paz se está negociando entre nuestras almas, mientras nuestros cuerpos se acercan, los pocos centímetros que quedan entre nosotros se desvanecen uno a uno. La estoy abrazando, ahora. La estoy abrazando, con mis brazos rodeando su cintura de mujer.

Su aliento me hace cosquillas en la barbilla cuando inclina la cabeza hacia atrás para mirarme.

Mientras el mundo gira y se precipita a través de la inmensidad del cosmos a una velocidad incomprensible, comprendo que no somos más que baches en el tejido del espacio y el tiempo.

Ahora mismo, mientras me sumerjo en los océanos de los ojos de Madison Willis, todo tiene sentido. Me acerco y ella no se retira. No, se ablanda en mi abrazo y me permite bajar la cabeza, con mis labios buscando los suyos.

Madison gime suavemente mientras me tomo la libertad de saborear todo lo que tiene que ofrecer. Dejo que el hambre se apodere de mí, y el beso se convierte en un acto de devoración mutua. Un consumo de nuestras almas. Es tan delicada y dulce, tan vulnerable y radiante.

—Me he enamorado de ti—confieso, con mis labios rozando los suyos—. Me enamoré de ti, Madison. Nunca estuvo en mi naturaleza permitir que alguien se acercara tanto a mí como te dejé a ti.

—No deberías haberlo hecho —responde ella, dejando escapar un pesado suspiro mientras se derrite en mi abrazo.

—Pero lo hice. Así que, dime, por favor... ¿por qué lo hiciste?

De repente, se pone rígida, y mi miedo vuelve con un agarre feroz y agonizante. Pero ya no hay vuelta atrás. Ella quiere correr. Tengo que detenerla. No puedo dejar pasar otro año como el anterior.

—¿Hacer qué? —Madison murmura, tratando de no mirarme más.

Me arriesgo y subo una mano, sujetando suavemente su barbilla.

—¿Sabes qué? Te vi. Te hice pasar un mal rato por ello, pero nunca me paré a preguntar tranquilamente el porqué. Pero ahora lo pregunto. ¿Por qué él, Madison?

—¿Por qué importa? —suelta, con los ojos vidriosos y cada vez más abiertos, redondos y llenos de horror. Sus labios se separan lentamente, y oigo su respiración entrecortada.

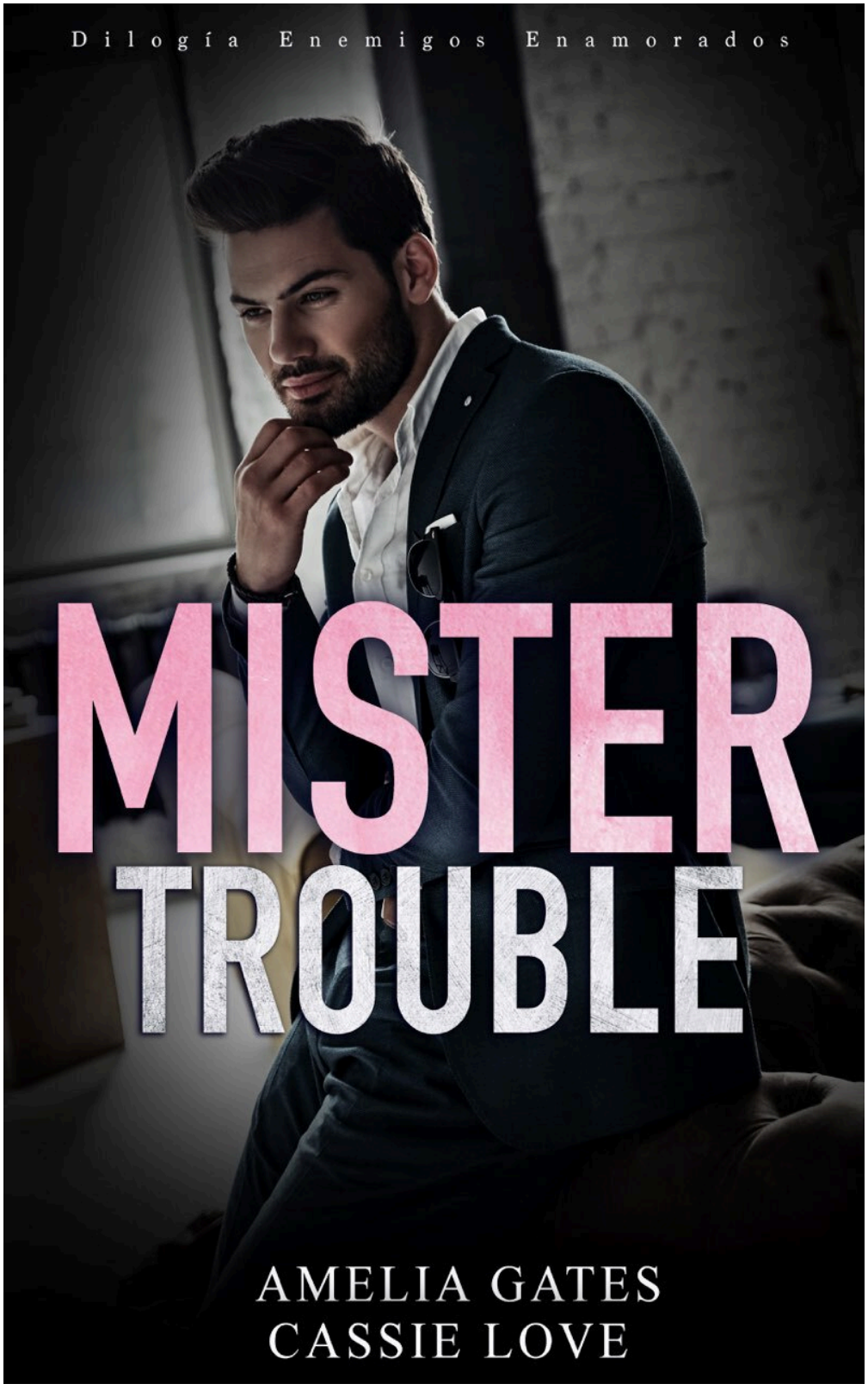
—Estoy tratando de hacerlo mejor, de ser mejor... y si hay algo que sé con certeza ahora, es que tú y yo tenemos asuntos pendientes. Esa noche en la cabaña lo demuestra. Solo necesito entender qué demonios pasó entre vosotros dos. Necesito saber por qué. Me estaba enamorando de ti, Maddie y...

—¡Yo soy la que mató a tu madre!

Me detengo. Dejo de hablar. Dejo de pensar. Dejo de respirar.

El suelo desaparece debajo de mí.

Y lo único que puedo ver son mis manos rodeando el cuello de Madison.


Dilogía Enemigos Enamorados
MISTER
TROUBLE
AMELIA GATES
CASSIE LOVE

ONE
MADISON

Cada vez que Rhue entra en mi vida, mi mundo se desmorona. No puedo evitarlo. No puedo controlarlo. Ni siquiera puedo predecirlo.

Pero puedo correr.

Estoy corriendo ahora, mi bolso me golpea el muslo con cada paso, las imágenes de mi vida rota pasan por mi cabeza.

Me dejé el bolso en casa de Rhue la primera vez, hace un año. Siempre es el bolso. Siempre es Rue.

Sentada con Laura y Rhue en la cafetería, riendo, encontrando puntos en común después de un año de pesadilla.

Volver a la mansión de Rhue a por mi bolso. Julian abriendo la puerta, con el polvo blanco embadurnado bajo la nariz, y siguiéndolo escaleras arriba. Mi bolso no estaba arriba. Nunca lo estuvo. Nunca debí creer que lo estaría.

Los ojos de Rhue en la clase particular grupal, brillando con arrogancia y diversión. Los ojos de Rhue en la cafetería, suavizándose hacia mí. Los ojos de Rhue en la puerta, mirando con horror.

Julian entrando a la la cafetería.

La expresión furiosa de Julian, retorciéndose de asco con cada palabra que me escupió.

Huyendo de la mansión. Huyendo de la cafetería. Huyendo por el bosque. Corriendo por la pista. Corriendo, corriendo, seguiré corriendo para siempre, nunca libre de esta pesadilla, nunca lo suficientemente lejos de los recuerdos para recuperar el aliento.

Rhue encontrándome, confundido. Preocupado. Roxanne encontrándome, confundida. Preocupado.

Las manos de Rhue alrededor de mi garganta. El obituario de Roxanne en el periódico, cegándome con la culpa y la vergüenza. La furia de Rhue, retorcida como la de su padre, mirándome fijamente mientras pierde el control. Ese aterrador pozo de alivio y aceptación en lo más profundo de mi ser, sabiendo que por fin tengo lo que merezco.

Él iba a matarme. Si el autobús no se hubiera detenido cuando lo hizo, lo habría conseguido. Pero el chirrido de los frenos lo sacaron de su furia ciega y los soltó. Me separé y corrí con todo el miedo y la angustia que he llevado conmigo durante tanto tiempo.

Iba a matarme, y yo iba a dejarlo. ¿Puedo culparlo? Acabo de decirle que maté a su madre. No quise decir que lo hice con mis propias manos, pero así es como lo siento. La culpa es real, un nudo permanente en la parte posterior de mi garganta. Se hincha y hace que sea más difícil respirar cada vez que pienso en Roxanne. Si hubiera mantenido la boca cerrada, ella no se habría enterado. Ella habría vivido.

El peso de la culpa y la vergüenza es demasiado. Me frena, haciendo que me duelan los músculos, que me duela el corazón. No le oigo detrás de mí, tal vez ya no me persigue. Ahora estoy en un parque, una pequeña cosa decorativa con un estanque de patos en el medio. Me acurruco en el nudoso hueco de un sauce, fingiendo que el mundo no puede verme a través de la delgada cortina de ramas sueltas y frondosas.

Pero el mundo sí puede.

—¡Madison! ¿Estás bien? —La voz de Laura viene de la izquierda.

—¡Madison! ¿Qué coño has hecho? —Es Rhue desde la derecha.

Estoy atrapada. Arrinconada. No importa lo que haga, cuánto espacio trato de darles, esta familia nunca me va a dejar en paz. Mi corazón late rápido, mi respiración entra en ráfagas rápidas y

superficiales. Me pregunto qué profundidad tendrá el estanque de los patos. Me pregunto si podría tirarme y esconderme allí hasta que todo esto desaparezca. No es que quiera morir, en realidad, es solo que no puedo soportar seguir viviendo esta vida.

Entonces la mano de Laura está sobre mi hombro, reconfortante y cálida. Rhue se levanta furioso, sin aliento, rojo y sudoroso. Una mirada a su rostro me hace temblar. Laura me aprieta el brazo, fuerte y firme.

—Atrás, Rhue —le indica con calma.

Él la ignora, acercándose más. Me está mirando, respirando con dificultad. Ya no puedo decir si es esfuerzo o furia.

—Madison. ¿Qué le hiciste a mi madre?

—Lo siento —le respondo, mi voz es un susurro.

—Ya es suficiente, parad los dos —espeta Laura.

La miro, sorprendida. Ella me dedica una sonrisa amable, luego frunce el ceño a su hermano.

—He dicho que es suficiente. Madison no le hizo nada a mamá, y si no dejas de acosarla, toda nuestra familia podría cambiar su nombre a Bullyveria. Tengo algo que necesito decirle a Madison. Puedes sentarte y escuchar, o puedes alejarte, pero no vas a quedarte ahí y seguir intimidándola sin ninguna puta razón.

La miro boquiabierta. Miro a Rhue y veo que él la está mirando, también boquiabierto. Steve, de pie detrás de su silla, no está boquiabierto en absoluto, tiene una sonrisa en la cara y sus ojos brillan de orgullo. Él debe conocerla mejor que nadie estos días.

—Laura —dice Rhue con calma forzada—. Ella dijo que mató a mamá.

—Yo no... quiero decir... lo siento mucho, Rhue. —Mi mente es un puto remolino, y soy tan mala seleccionando las palabras en este momento. Respiro hondo y me miro las manos. —Le conté a vuestra madre lo que pasó con Julian, y no mucho después de eso, ella se suicidó. Soy responsable. A eso me refería. Y es por eso por lo que ambos os deberíais mantener alejados de mí, ¿de acuerdo? No soy buena.

—¿Entonces mi padre tenía razón? Intentabas que él te eligiera a ti.

—¡No! —Hay tantas emociones detrás de esa palabra que parece como si me estuvieran ahogando. Cuanto más digo, peor se pone.

—¿Entonces qué, Madison? Explícamelo. ¿Te sentiste culpable? No sé, ¿le pediste perdón? Ayúdame a entenderlo, Madison, porque ahora mismo hay muchas cosas que no tienen ningún puto sentido.

Laura se aclara la garganta deliberadamente. Rhue le lanza una mirada aguda e impaciente. Ella le devuelve la mirada, completamente imperturbable.

—Rhue. ¿Confías en mí?

—Por supuesto que confío en ti —afirma.

—Entonces confía en mí ahora. Sé, sé, que Madison es inocente de todas las cosas de las que la has acusado. Si tienes la amabilidad de sacar la cabeza de su culo y tomar asiento, podemos hablar de esto como adultos.

—Dice la de diecisiete años —murmura Rhue. Pero se sienta de todos modos, acurrucado sobre sí mismo en un mal humor petulante.

Laura lo despide de su atención y se vuelve hacia mí con esa sonrisa cálida y angelical.

—Hay algo que tengo que enseñarte —comienza ella. Busca profundamente en un bolsillo interno de su silla y saca un libro delgado, encuadernado en cuero. Rhue se endereza de un tirón y emite un sonido de consternación. Laura le lanza una sola mirada larga de advertencia. —Es el diario de mi madre —me explica.

Mi sangre se hiela. Oh, no. No, Roxanne no lo habría escrito, ¿verdad? Si estaba encubriendo a su familia, barriendo todo debajo de la alfombra, escribirlo sería una estupidez. No digo nada mientras Laura pasa a una página cerca del final del libro. Ella me lo ofrece. No quiero cogerlo. No quiero verlo escrito de su puño y letra. Pero cojo el libro con manos temblorosas y empiezo a leer.

Este registro es una muestra de todas las mujeres que alguna vez me han presentado acusaciones de violación o conducta sexual inapropiada contra mi esposo. He incluido los detalles de mis acciones al escuchar estas acusaciones, así como las eventuales resoluciones (si las hubiere). Si bien tengo la intención de presentar esta evidencia a las autoridades correspondientes, reconozco que es

posible que no tenga la oportunidad de hacerlo; por lo tanto, dejo este libro y todo su contenido a la custodia de mi hija, Laura Echeveria. Confío en que ella sabrá qué hacer con él.

19 de mayo de 2000: Geneviev Rescale, 19 años. Cocinera interna y asistente de ama de llaves de la casa Echeveria. Encontrada despeinada y llorando en la casa de la piscina. Me contó que Julian intentó violarla. Me enfrenté a Julian, quien negó las acusaciones. Al regresar a la casa de la piscina para ofrecer llevar a la Sra. Rescale a la comisaría de policía y apoyarla en la investigación posterior, descubrí que ya se había ido. El 21 de julio de 2000, me contactó desde Italia y me dijo que había malinterpretado sus intenciones y que él la había enviado a casa con su familia con un importante regalo económico a modo de disculpa.

Se me revuelve el estómago. No solo la compró, sino que la envió fuera del país, hace tanto tiempo que yo ni siquiera había nacido. ¿Cuántas mujeres? ¿Cuántos años tenían? Mis ojos se llenan de lágrimas y parpadeo para apartarlas. No puedo leer todo esto, me destruiría. En su lugar, hojeo la página, pasando nombre tras nombre. Angela Gibbs. Sibel Osman. Georgia Dixon. Luego, al final, Madison Willis. ¿Cuánto tiempo he estado obsesionada con lo que ella debió haber pensado de mí ese día? Ahora que tengo la oportunidad de saberlo, de verme a través de sus ojos, tengo mucho miedo.

Pero necesito saberlo.

18 años. Profesora particular de ambos niños. Abandonó la clase particular antes de tiempo y llorando, con aspecto de estar conmocionada. Después de animarla, confesó que Julian la había violado el día anterior después de haberla atraído a nuestra habitación con la promesa de devolverle su bolso, que había olvidado durante su clase particular esa mañana. Siento firmemente que esta es mi última oportunidad de llevar a mi marido ante la justicia. Como Julian no estaba en casa cuando recibí esta información, no tendría la oportunidad de sobornarla de inmediato; si no se lo decía a nadie más, él no se sentiría presionado a neutralizarla. Le pedí que guardara silencio al respecto y le prometí que me encargaría de ello. Tengo la intención de cumplir esa

promesa. Ella es una de las dos únicas mujeres a las que ha agredido y con las que todavía puedo contactar; como tal, es imperativo que permanezca a salvo hasta que pueda encontrar un agente dispuesto a presentar cargos contra Julian Echeveria.

Me acomodo en mí misma, temblando. Un agente dispuesto, por lo que la policía no es de ayuda. Más de veinte años de acusaciones en su contra y ni un solo cargo presentado. Quiero saber por qué, pero no ahora. Tendría que leer sus historias para encontrar las resoluciones, y con cada historia viene una imagen del ataque bestial de Julian. No puedo hacerlo. No soy lo suficientemente fuerte, no hoy.

Estoy mirando a la nada, solo vagamente consciente de la luz del sol que brilla en el estanque, de los patos que charlan entre sí mientras se deslizan por el agua. Las ramas de los sauces susurran, bailando con la brisa ligera en sus amarillos otoñales. Los ruidos de indignación de Rhue rompen la neblina, y el diario abandona mis manos con violenta brusquedad.

—¡Oye! — Laura protesta.

—¡Oye, tú! No voy a dejar que esta destructora de hogares ponga sus asquerosas garras sobre mamá... —se calla mientras sus ojos se enfocan en el párrafo en la parte superior de la página. Veo cómo su cara se pone roja y luego pálida. Le tiemblan las manos mientras lee el espeluznante registro, entrada por entrada. Apoyo la cabeza en el árbol, mirando a través de las luces y sombras cambiantes mientras espero que mi más profundo y oscuro secreto sea revelado a la última persona en el mundo a la que quería contárselo.

TWO
RHUE

Me he pasado un año entero resentido con Madison, odiando a Madison.

Sin embargo, la imagen de ella y mi padre fue una mentira todo el tiempo o, mejor dicho, un terrible malentendido. Hay tantas preguntas en mi cabeza en este momento, tantas razones para simplemente patalear, gritar y hervir. Estoy enfadado, al rojo vivo por dentro, pero mi corazón me duele y sangra. Estaba casi dispuesto a perdonarla a pesar de su supuesta transgresión... hasta que me enteré de que no era una transgresión en absoluto.

Mi padre la hizo entrar en el dormitorio.

Él la violó.

Violó a la mujer de la que me estaba enamorando perdidamente.

Si mis sentimientos hacia él habían sido complicados antes, ahora son incomprensibles. Necesito darle sentido a esto, ahora mismo. Necesito entender cómo veo a este hombre. Laura lo ha dicho más de una vez: no elegimos en qué familia nacemos. Es una lotería horrible. Pero podemos elegir si quedarnos o alejarnos lo máximo posible de la toxicidad. ¿Qué hago si descubro que mi padre es un puto violador en serie?

Trago la bilis que me sube a la garganta y dejo que mis ojos vuelvan a la parte superior de la primera página. Puedo oír la voz de

mi madre en las palabras que escribió, el tono nítido y serio que usó al registrar sus notas psiquiátricas. Solía sentarme afuera de la puerta de su despacho, escuchándola analizar los peores comportamientos y condiciones de la humanidad, analizando caóticas explosiones emocionales hasta obtener algo útil. Siempre me sorprendió cómo podía hablar de los males más oscuros en voz alta sin desviarse de ese tono clínico. Ahora sé que no solo estuvo expuesta a la oscuridad que habitaba en sus clientes; vivía con eso todos los días, se enfrentaba a ello todas las noches. Se casó con un monstruo, y se quedó. ¿Por qué?

Madison. Joder, incluso se lo hizo a Madison, y ya no puedo encontrar las palabras adecuadas. Está traumatizada, herida; tal vez incluso herida más allá de la curación. Cada palabra mezclada con ácido que alguna vez le dije resuena en mi mente, burlándose de mí. La destrocé, castigándola por atreverse a ser herida. ¿Cuánto peor lo hice para ella? ¿Podré volver a salir de eso? El momento en la cabaña vuelve rápidamente a mí, haciendo que mi estómago se revuelva y mi cabeza palpite. ¿Sentía que no podía decir que no? ¿Soy un monstruo como mi padre?

Me siento con fuerza, agarrando el libro mientras leo y releo cada instancia de la maldad de mi padre. Está todo ahí, escrito con la voz clara y concisa de mi madre, con su letra pulcra. No hay lugar para malentendidos. Mi padre es un violador. Siempre lo ha sido. Las entradas muestran una progresión lenta de posibles malentendidos hasta la violencia absoluta, un envalentonamiento gradual de un comportamiento terrible. Hay intervalos de años entre las entradas, y me pregunto si esos años fueron buenos para mi madre, o si simplemente se esforzó más por ocultar sus ofensas.

O tal vez tiene menos que ver con él y más con las mujeres a las que tocó. ¿Cuántas de ellas ocultaron la verdad? Me duele el corazón, la culpa, el asco y la rabia se agolpan dentro de mí.

—Me dejaste pensar que tuviste una aventura con mi padre —me doy cuenta en voz alta—. Me dejaste odiarte. ¿No podrías haberme dicho que estaba equivocado? ¿No podrías haberme ahorrado meses de ponerme del lado de un violador? ¡Me dejaste pensar que eras el puto diablo, Madison! ¿Por qué? ¿Podías decírselo a mi madre, pero

no podías decírmelo a mí? ¡Pensé que éramos amigos! —Estoy de nuevo de pie, gritándole.

—No podía —susurra.

—¡Mierda!

—¡Me amenazó! —Su voz es un lamento, rompiendo su declaración por la mitad. Como el estallido de un relámpago, la claridad golpea. Lo estoy haciendo de nuevo. ¿Es su culpa que no se atreviera a ir contra él, cuando yo apenas puedo desafiarlo abiertamente? Levanto mis ojos hacia los de Steve. Me mira con el ceño fruncido en señal de silenciosa desaprobación. Me lo he ganado y lo acepto.

Hay otras personas alrededor, haciendo sus compras, caminando por el parque; miran con curiosidad en nuestra dirección ante la exclamación de Madison. Este diario es un polvorín. Una palabra equivocada, con los oídos equivocados para escucharla, y todo esto nos estallará en la cara.

—Necesitamos hablar. Pero no aquí —les digo.

—No podemos ir a casa —señala Laura—. Quiero decir, a menos que quieras que papá participe en la conversación desde el principio.

—¡No! —Madison y yo le decimos al mismo tiempo.

—Podemos ir a mi casa —propone Madison en voz baja—. Hablaremos allí.

ESTO NO ERA lo que imaginé cuando pensé en estar en la habitación de Madison por primera vez. Es exponencialmente peor, y exponencialmente más importante. El padre de Madison no estaba aquí cuando llegamos aquí, lo cual fue un alivio. No estoy seguro de qué excusa podría darle para explicar por qué todos parecemos miserables.

Laura está sentada en la cama, después de que Steve la llevara escaleras arriba, que está sentado en una peluda otomana rosa cercana. Está mirando a Madison con ojos grandes y preocupados. Estoy junto a la puerta, tan lejos de Madison como puedo estar en

su pequeña habitación; parece un animal herido, y no confío en no empeorarlo.

Se apoya en el marco de la ventana, abrazándose a sí misma y mirando la mullida alfombra blanca. Las palabras de mi madre, escritas en el diario, parecen hacer resonar en el silencio. Su descripción de Madison, de cómo se comportaba... recuerdo lo que hice y dije aquel día. Recuerdo lo idiota que fui, echándole en cara su supuesta aventura, llamándola de todo por ser tan descarada como para volver después de haberla pillado.

—Lo siento —le digo, con la voz tensa—. Lo siento muchísimo. Todo. Por lo que te hizo, por cómo te traté... joder, especialmente por cómo te traté.

—No lo sabías.

—No importa. —Miro al suelo, sintiéndome como un absoluto montón de mierda. —Debería haber hablado contigo. Debería haberte escuchado. Solo estabas en mi casa por mi culpa.

—Tú no eres responsable, Rhue. En todo caso, yo soy la culpable. Nunca debí haber vuelto allí. Debería haber sabido que algo andaba mal cuando me llevó arriba. Debería haber gritado. Debería haber hecho... algo.

—Ambos estáis equivocados —interrumpe Laura—. El único responsable es papá. Él es el que lo hizo. Él es el que siempre se sale con la suya, pero mamá también podría ser un poco responsable de esa parte. —Lo dice tan triste. Lo entiendo. Pensar en nuestra madre ocultando sus horribles transgresiones durante tanto tiempo, y luego suicidándose antes de que hiciera algo al respecto, me entristece. Siempre consideré a mi madre la mejor de las personas.

Madison exhala profundamente y se aprieta más contra el alféizar de la ventana, como si estuviera tratando de poner espacio entre ella y el resto de nosotros. Me siento como un intruso en su refugio seguro, en su cuarto de la infancia; la dulzura y la inocencia están incrustadas en estas paredes. Puedo verlo en los juguetes mullidos y la elección de los muebles de hace años, cuando todavía estaba creciendo en este espacio. Pero ahora que sé lo que pasó, también

puedo sentir la sombra. La presencia de un recuerdo sucio. Casi puedo sentir su dolor.

Ha estado viviendo con este trauma durante demasiado tiempo.

Y papá se ha salido con la suya.

Lo peor de todo es que mamá, a pesar de toda su charla en el diario sobre salvar el día, no hizo nada. ¿En qué la convierte eso? ¿Una habilitadora? ¿Cómplice? ¿La historia de Madison fue la gota que colmó el vaso de mi madre?

—Maddie —digo, manteniendo mi voz suave. Levanta un poco la cabeza, de modo que sus ojos apenas se encuentran con los míos. Me siento como un gilipollas presionándola en este momento, pero necesito saberlo. —Tienes que explicar lo que pasó con mi madre. Por favor.

Gira la cara para mirar por la ventana.

—Has leído el diario. Ella lo escribió todo.

—Pero ella no explicó por qué actuó de la manera en que lo hizo después. Por qué se suicidó en lugar de seguir adelante con el caso como dijo que haría. Tiene que haber algo, alguna pista en sus palabras o acciones que ella no escribió, algo. No entiendo por qué se suicidó después de jurar, no solo a ti, sino en su diario, que iba a tomar medidas contra papá.

—¿Qué dijo ella? —Estoy al límite, lo noto. Controlo mis emociones, tratando de obligarme a parecer y sonar menos amenazante.

Madison piensa por un momento, luego traga saliva con fuerza.

—Ella... ella me rogó que no se lo dijera a nadie. Me dijo que yo ya había sufrido bastante. Que no tenía sentido hacer sufrir a nadie más, especialmente a ti y a Laura. —Su tono es plano, su expresión distante. —A cambio, Roxanne prometió que se aseguraría de que vuestro padre no volviera a hacer algo así. Hace una pausa y toma aire. —Cuando supe que se había suicidado, lo entendí. La vergüenza, el desastre que habría sobrevenido si lo hubiera hecho público. En ese momento, Rhue, ni siquiera estaba segura de cuál era la elección correcta. Roxanne tenía razón, y nunca había visto a una mujer tan asustada y furiosa al mismo tiempo.

—¿Razón? Crees que tenía razón—La ira reduce mi tono al filo de una navaja—. Ella capacitó a mi padre instándote a permanecer en silencio. ¡Y luego se suicida y deja que sus hijos recojan los pedazos!

—Lo siento mucho —susurra Madison—. No debería habérselo dicho, pero ella insistió. Me estaba ahogando y ella me tendió la mano y yo fui demasiado débil para rechazarla.

—Rhue —dice Laura en voz baja—. Sé lo que parece. Confía en mí, pasé por lo mismo después de encontrar el diario. No podía creer que mamá pudiera ser tan egoísta. Pero... —se detiene, mordiéndose el labio y retorciéndose las manos. Steve le pone la mano en el hombro y sacude ligeramente la cabeza.

—No hagas eso —le indicó, bruscamente—. ¿Pero qué, Laura?

Está mirando a Steve, no a mí. Ella suspira, cerrando los ojos con fuerza.

—Rhue... —titubea.

—¿Pero qué, Laura? —Mi voz es tensa, suplicante y exigente. Dime algo, cualquier cosa que salve la memoria de mamá, para permitirnos un padre que no sea una completa mierda.

Laura duda, luego endereza los hombros como un niño asustado que se prepara para saltar de un trampolín por primera vez. Cuando habla, le tiembla la voz.

—No estoy segura de que el suicidio de mamá haya sido realmente un suicidio.

Mi corazón late más rápido, mi adrenalina se dispara.

—¿Qué estás diciendo?

Me mira, sus ojos grandes y profundos contienen una tristeza infinita.

—Es despiadado, Rhue. ¿Y si él... y si ella se lo contara y él...?

Trago bruscamente, esperando no tragarme la puta lengua. Ensuciar la memoria de mi madre es una cosa, ¿pero matarla? No, no puedo. No puedo considerar esa idea.

—Papá es un puto despiadado, lo reconozco. Un violador, sí, claro, pero ¿para dar el salto de eso a un asesinato? No. No puedo verlo y no lo oiré. Será mejor que decidáis vosotras lo que queréis hacer al respecto, porque habéis estado guardando estos secretos durante todo un puto año.

Madison suspira con tristeza y con ese aliento la temperatura en la habitación baja una docena de grados. Siento que sus paredes vuelven a levantarse. Nuestra nueva y frágil intimidad muere, y estoy aislado de ella de nuevo, sentado en una habitación a la que no pertenezco. Así de fácil, vuelvo a ser un extraño. Madison no necesita palabras para herirme o señalar cosas que preferiría no ver. Está en su actitud. En la pendiente derrotada de sus hombros. En la forma en que aprieta sus dulces labios rosados, como si prefiriera no volver a hablar nunca más. Sé que ya no soy bienvenido aquí.

No la culpo. Esto es culpa mía. Si hubiera permanecido ciego, no habría pensado en mi padre como algo más que un mujeriego, un imbécil con demasiado dinero y poder inmerecido. Por extraño que parezca, no me cuesta creer que violó a Madison. Sin embargo, ¿por qué me veo obligado a trazar la línea ahí? ¿Por qué no puedo aceptar que también podría ser un asesino?

Porque es mi padre.

Esa es una respuesta fácil. Él es de mi sangre, prácticamente la única familia que me queda además de Laura. Puede que sea malo, pero ¿tan malo? No. Eso significaría problemas para mí también. Si es capaz de haces cosas tan horribles, ¿qué diablos dice eso de mí? ¿Hasta dónde cae la manzana del árbol? Son preguntas que simplemente no estoy listo para responder.

Espero que Madison y Laura puedan perdonarme, pero no puedo aceptar la posibilidad de que mi propio padre matara a mi madre. Simplemente no puedo.

THREE
MADISON

—No has sido tú misma últimamente —dice papá.

He estado arrastrando los pies durante horas para irme, pero no me atrevo a salir de la casa. Descansar en el estudio ha sido una alternativa más placentera, acompañada de una gran taza de té de canela. Creo que el otoño es la estación que más me gusta. Té, especias, avellanas y castañas tostadas, pastel de calabaza y todos los demás sabores que hacen que esta época del año sea tan maravillosa. Los tonos de ámbar y rubí salpican los árboles hasta dejarlos desnudos y a la espera de las nieves del invierno. Las mañanas frías y las tardes frescas. Los rojos rabiosos del atardecer. Sí, es mi época favorita del año.

Pero papá tiene algo en mente.

—¿Maddie?

—¿Hm? —Rápidamente me doy cuenta de que ni siquiera le he hecho caso, y mucho menos a su comentario. Ha estado de pie junto a mi silla durante un minuto, tal vez más. —Papá, lo siento. Mi mente estaba en otra parte.

—Sí, me lo puedo imaginar. Pero como estaba diciendo, últimamente no has sido tú.

—¿Qué te hace decir eso?

Se encoge de hombros ligeramente.

—Sé que no tenemos la costumbre de guardar secretos, y sé que te he dicho más de una vez que siempre puedes venir a hablar conmigo si quieres. También entiendo que es posible que no sea cómodo para ti compartir algunas cosas conmigo. Es una decisión que respeto; pero Maddie, el año pasado te ha cambiado, y me temo que solo ha empeorado desde que empezaste la universidad.

—Papá…

—No, lo entiendo, no quieres decirme...

—No es que no quiera —interrumpo, dejando mi taza en el alféizar de la ventana—. Es... es complicado, papá. Hay cosas que simplemente no puedo compartir contigo, por tu propia seguridad.

Bueno, eso hace que frunza el ceño.

—¿Mi propia seguridad? Maddie, ¿estás involucrada en algo ilegal o peligroso?

—Papá, no. Es... si te pido que confíes en mí, ¿eso servirá de algo?

—No mucho, en este momento. Estoy preocupado por ti, Maddie.

Y ahí está de nuevo. Esta preocupación se graba profundamente entre sus cejas mientras estudia mi rostro en silencio, buscando signos de angustia, verdades que de otro modo me guardaría para mí y tal vez incluso me llevaría a la tumba. Lo amo más que a nada en este mundo por cómo es. Este hombre nerd dulce y creativo que daría su brazo derecho para no tener que sacar su lado oscuro, incluso para protegerme. Porque hay un lado oscuro, y lo he visto una vez, cuando era niña. Nunca se perdonaría a sí mismo si tuviera que volver a tomar ese camino.

No seré yo quien lo engañe, no si puedo evitarlo.

—Estaré bien, papi —le aseguro—. Te lo prometo.

UNA VEZ QUE REGRESÉ A ITHACA, la semana pasó en un abrir y cerrar de ojos. No sé si se trata de una disociación o simplemente una especie de vértigo embriagador provocado por liberar el peso del secreto de Julian. Callarme lo que me hizo durante tanto tiempo

me estaba envenenando lentamente. Puede que nunca consiga el cierre que quiero, y Julian puede que nunca consiga lo que se merece, pero al menos ahora puedo respirar.

Me alegro de que Rhue y Laura lo sepan. Steve también, supongo, aunque me parece una especie de extensión de Laura. Rhue no me ha dicho nada desde que volvimos a la uni, pero eso es comprensible. Le sorprendió el horror de su padre. Es un poco molesto, pero aun así es mejor que tenerlo metiéndose conmigo todo el tiempo. Laura me ha estado enviando mensajes de texto todos los días. A veces hablamos de Julian y su madre, pero la mayoría de las veces solo… hablamos. Ayuda.

Volver a la uni también ayuda. Estar lejos de donde sucedió todo, tan lejos del aura amenazante de Julian y de las amenazas reales. Ya he roto su regla dos veces: le he contado a la gente lo que me hizo. Me dijo que nos destruiría a mí ya mi padre si alguna vez hacía eso. Tal vez debería estar más preocupada.

Pero hoy no.

Mañana, tal vez; pero hoy estoy bien, y pienso seguir así. Con una bolsa llena de libros al hombro, me dirijo a una de las salas del auditorio, donde pronto tendrá lugar una conferencia sobre las costumbres de los nativos americanos a lo largo de la costa occidental. Uno de mis ponentes favoritos dará una conferencia y, por una vez, me siento bien con respecto al futuro.

—¡Hola, Madison! —Cameron me llama. Me detengo y me doy la vuelta, como una roca en medio de la corriente de estudiantes que pasan a mi lado. Cameron es todo sonrisas. Ha estado así desde el ritual de las novatadas, aunque él y Lindsey han mantenido su relación fuera del ojo público. Me sorprende que Mackenzie aún no los haya descubierto, pero tal vez eso suceda pronto. Ella es un poco sociópata, ya me he dado cuenta, no es que sea necesariamente algo malo. —La conferencia no comienza hasta dentro de diez minutos.

—Tenía la esperanza de conseguir uno de los mejores asientos —respondo con una sonrisa.

En algún lugar detrás de él, Lindsey y Rita se han unido al río, fluyendo lento pero seguro hacia nosotros. Los ojos de Lindsey se

iluminan como zafiros cuando ve a Cameron: es bastante alto y fácil de reconocer, incluso en mitad de una multitud.

—Oh, estas personas no tienen idea de cuáles son los buenos asientos, no te preocupes. Te llevaré a mi lado del auditorio, donde obtendrás la vista perfecta, el ángulo correcto y la dispersión óptima del sonido para que nada se te escape durante la conferencia. Confía en mí.

—De hecho, lo hago —respondo.

—¡Eh, tú! —Rita nos alcanza primero, con Lindsey a meros pasos detrás de ella. —¿Preparados para el profesor Farnsworth? Estoy tan jodidamente feliz de que lo tengamos hoy.

—Me alegro de no ser la única que se está volviendo loca por él —respondo con una risita.

Lindsey le da a Cameron un codazo juguetón.

—Definitivamente no —añade ella—. Rita y yo estamos de acuerdo en que la enseñanza de Farnsworth aquí es prácticamente lo mejor del curso. Solo espero que lo volvamos a ver el próximo semestre.

—O incluso el próximo año —agrega Rita, asintiendo con la cabeza—. Si conseguimos que Farnsworth venga, aunque sea una vez al año, estaré feliz. —Hace una pausa para mirar a Cameron con una ceja levantada, luego vuelve a mirar a Lindsey. —¿Vosotros dos todavía lo mantenéis en secreto, entonces?

Se vuelve incómodo, rápido. Instintivamente, Lindsey pone otro pie entre ella y Cameron. Se ve levemente molesta, pero no realmente sorprendida. Supongo que se enfrenta a esto al menos una vez al día. Rita no es del tipo que lo deja ir fácilmente.

—Ya te lo dije, es mi decisión —responde Lindsey acaloradamente.

Cameron le lanza una mirada divertida de reojo. A él no parece importarle. Hay amor gestándose en sus ojos, copos de oro arremolinándose cada vez que mira a Lindsey. Ella se ablanda como la miel fundida, también, en cuanto está cerca de él. Me gusta eso de ella, que lleva sus emociones bajo la manga, pero se las arregla para adoptar un enfoque lógico hacia su relación. Lindsey no quiere correr, y Cameron parece estar muy de acuerdo con eso.

—En su momento —murmura, ofreciendo una sonrisa tranquilizadora.

Rita pone los ojos en blanco en respuesta.

—Nunca me han gustado esa mierda de asuntos secretos. No es que ninguno de los dos tenga nada que ocultar.

—No se trata de eso —intervengo, sabiendo exactamente por qué Lindsey prefiere la privacidad romántica—. Ella solo quiere a Cameron para ella sola sin que nadie se asome a su dormitorio, por así decirlo.

—Exactamente —responde Lindsey. —Cuando la gente sabe que estás en una relación, de repente se fijan más en ti. Es como si estuvieran esperando a ver cuánto vas a durar. Estoy segura de que es diferente una vez que damos un paso más hacia la edad adulta, pero la gente en la universidad es así. Entrometida. Curiosa. Jodidamente crítica. No necesitamos eso, ¿verdad?

Cameron niega con la cabeza, tratando de no reírse.

—No, señora, no lo necesitamos.

—¡Hola, patatas! —la voz de Mackenzie resuena a través del flujo de personas, cada vez más reducido.

Supongo que ahora ha adoptado un estilo gótico. No le queda mal, pero admito que me gustaba más como la chica con un toque prepotente y valiente. Lleva el pelo negro, peinado en una sola coleta en la parte superior de la cabeza, con mechones de color púrpura brillante y un flequillo perfectamente recto que le cubre la frente. Las mechas púrpuras iridiscentes me dificultan concentrarme en su rostro pálido y hermoso, labios casi negros y brillantes.

Hay mucho que asimilar, pero Mackenzie no tiene prisa por irse de todos modos. No la veo desde el fin de semana de las novatadas, ha estado fuera, y estoy empezando a sentir que esta nueva apariencia podría haber tenido algo que ver con eso.

—Hola, Mack —digo, sonriendo —. ¿Dónde has estado? No te hemos visto por clase.

—Eso es una mierda, pero amable de tu parte decirlo —responde Mackenzie con una burla cansada. Maldita sea, también ha adoptado una actitud gótica. Hará que las conversaciones sean infinitamente más incómodas a partir de ahora, pero lo que veo en ella ahora es

algo que he notado en mí antes. Algo le ha pasado. Algo que ella está trabajando duro para ocultar detrás de esta fachada dramática.

—Veo que vosotros todavía estáis de rollo —le dice a Cameron y le dedica a Lindsey una sonrisa irónica —. Tendría que haberos hecho fotos esa noche en la cabaña, pero la iluminación era terrible. Lo único que pude ver fue un par de nalgas blancas flexionándose.

El rostro de Lindsey se pone rojo, mientras que Cameron exhala con fuerza.

—¿Qué demonios te pasa? —Rita regaña a Mackenzie, luego engancha su brazo alrededor del de Lindsey y la arrastra. Cameron se aleja con ellas, echándome una mirada rápida antes de que los tres desaparezcan dentro del auditorio con el último de los estudiantes.

—Mucho, pero no tiene sentido ya que la perra se fue sin esperar una respuesta. —Mackenzie se ríe amargamente y niega con la cabeza.

—¿Le estás dando vueltas a algo, Mackenzie? —Pregunto vacilante.

Ella me lanza una mirada cortante de arriba abajo, luego pone los ojos en blanco. Se despide y se aleja, como era de esperar.

Hago un pequeño esfuerzo para alcanzar a mis amigos, pero la multitud de personas que atraviesan las puertas hace que mi corazón salte. Me quedo atrás Rita se da la vuelta, buscándome, y le hago señas para que siga adelante. Doy unos pasos hacia atrás, fuera de la corriente, y me concentro en respirar de manera constante. Puede que me sienta más completa, pero el pánico y la claustrofobia siguen ahí, apenas ocultas bajo la superficie.

—¿No vas a entrar? —La voz de Rhue choca conmigo como una ola de agua helada y doy un salto.

—¡Ay! Quiero decir, hola.

Él inclina la cabeza ligeramente.

—¿Estás bien, Maddie?

—Sí, bien.

Me mira atentamente por un momento.

—Oye, he oído que Farnsworth es un genio incomprensible. ¿Quieres acompañarme a cenar esta noche y traducirme los

apuntes?

Pongo los ojos en blanco, pero estoy sonriendo.

—Estoy bastante segura de que puedes seguir el ritmo. No puedes hacerte el tonto conmigo, Rhue. Yo era tu profe particular.

—Exactamente por eso —argumenta con una sonrisa —. Sabes perfectamente cómo enseñarme. —Se inclina hacia adelante, mirándome a los ojos. Mi corazón se acelera, segura por un momento de que me va a besar, pero luego se aleja con mi teléfono en la mano, habiéndomelo sacado de mi mochila.

—¡Oye!

—Oye, tú —dice mientras juguetea con la pantalla por un momento. Me devuelve el teléfono, enseñándome la pantalla. Se ha añadido a sí mismo a mis contactos, junto con una foto cursi en el contacto. —Envíame un mensaje de texto si quieres salvar a un pobre atleta de la libertad condicional académica.

Me lanza una sonrisa de despedida y desaparece en el auditorio. Me quedo allí otro momento, aturdida. ¿Es esta su forma de extender una rama de olivo, o tiene algún tipo de venganza elaborada esperándome? Odio no poder decir más. Meto mi teléfono de vuelta en mi bolso y me enfilo detrás de los últimos estudiantes rezagados, luego me dirijo hacia los asientos perfectos de Cameron.

—Has tardado un poco —dice Rita, dándome una mirada sospechosa—. ¿Estás bien?

—Sí —le aseguro, dejando de lado el problema de Rhue por el momento—. Sí, estoy bien.

Farnsworth comienza su conferencia, y por un breve momento me quedo embelesada. Él realmente es muy bueno. Pero la cuestión de si cenar con Rhue o no sigue merodeando por los rincones de mi mente, distrayéndome, quitándome algo de mi disfrute. Me molesta en un grado irracional, pareciendo una cosa más que la familia no puede permitirme tener. Sé que mi reacción es innecesaria, pero no puedo evitarlo. Finalmente saco mi teléfono y le envío un mensaje de texto.

Bueno. Cenemos. Envíame la dirección, estaré allí a las 6.

Su respuesta es una sola palabra: *¡¡¡TOMA!!!*

Sacudo la cabeza, sonriendo. Es desconcertante cómo puede pasar de ser un asqueroso tan intimidante a un idiota tan adorable con solo pulsar un interruptor. Probablemente debería tomarlo como una bandera roja, pero la llamaremos amarilla por ahora. Satisfecha con mi decisión, me dispongo a disfrutar del resto de la conferencia de Farnsworth.

Más tarde, al finalizar las clases del día, empiezo a dudar de mí misma. No me ha enviado una dirección, ni siquiera me ha enviado un mensaje de texto de nuevo, y se supone que debo estar donde sea que debo estar en un par de horas. La paranoia se arremolina en mi mente, susurrando que Rhue podría ser como su padre, y puedo elegir no ir. Si nunca aprendo de mis errores, nunca dejaré de cometerlos.

Pero, de nuevo, estaba tan molesto por lo que leyó en el diario de su madre como lo estaba Laura. Si tuviera las mismas intenciones, ¿no lo habría ignorado todo? Tal vez finalmente esté listo para hablar conmigo, sobre todo. Tal vez debería, después de todo, Rhue tiene mucho más poder que yo, especialmente cuando se trata de su padre.

Sigo dudando de qué hacer con la cena. Finalmente, me armo de valor para enviarle un mensaje de texto. Aún no estoy lista para comprometerme con ninguna decisión, simplemente le pido la dirección y luego espero. Y espero. Y espero un poco más. Mi estómago se retuerce un poco más con cada segundo que pasa, mi ansiedad aumenta hasta que mis nervios se sienten a punto de estallar. Cuando suena mi teléfono, salto, ahogando un grito. Es Rhue.

—¿Hola?

—Oye —dice. —Me parecía un poco feo cancelar la cena por mensaje, pero acabo de recibir una llamada y tengo que ir a Rochester.

Mi corazón se hunde.

—¿Laura está bien?

—Ella está bien —me tranquiliza rápidamente—. Es algo de lo que papá quiere hablar conmigo. Creo que va a tratar de comprarme otra vez.

—Comprarte... ¿por qué? —Se me ocurre que no sé mucho sobre la dinámica familiar fuera de las partes terriblemente disfuncionales.

—Tengo unas buenas propiedades en el centro de la ciudad. Las compré con la herencia de mi madre. Los dueños anteriores se negaron a vendérselas a mi padre por principios, lo odian. No puedo imaginar por qué, es un tipo tan dulce —el sarcasmo seco en su voz me hace sonreír—. De todos modos, llegaron al extremo de redactar un contrato que establece que, si alguna vez le vendo las propiedades a mi padre o a cualquiera de sus empresas, los dueños anteriores pueden demandarme por el valor de mercado de esas propiedades. Papá ha estado tratando de sortear eso durante años. Probablemente piensa que obtendrá más votos si tiene más presencia en ese distrito, pero eso no viene al caso. El caso es que tengo que salir ahora y no podré pasar el rato contigo.

Estoy más aliviada de lo que me gustaría admitir.

—Está bien —respondo—. Saluda a Laura de mi parte.

—Eso seguro. Hasta luego, Madison.

—Ciao.

Me siento realmente asqueada por el hecho de que Rhue continúe negociando acuerdos comerciales con su padre ahora que sabe lo que realmente sucedió. Es una tontería sentirse traicionado. Después de todo, no son solo familia; también son los dos propietarios más ricos de Rochester. Está claro que van a tener que hablar entre ellos. Es solo que cuando me lo imagino, lo único que veo es a los dos riéndose de lo fácil que es tocar mi cuerpo, de lo sencillo que es deslizarse entre mis piernas.

La bilis sube con fuerza a mi garganta y corro al baño. Mi teléfono suena varias veces mientras estoy lidiando con las náuseas, así que lo reviso en cuanto termino. Es Lindsey.

Fiesta de hermandad. ¿Te apuntas?

A la mierda. *Me apunto*, respondo. Si voy a suprimir recuerdos horribles y pensamientos invasivos toda la noche, también podría obtener ayuda líquida.

FOUR
RHUE

—¿Habéis hablado Maddie y tú? —pregunta Laura, manteniendo su voz justo por encima de un susurro a pesar de que estamos en su habitación.

—Solo una vez, hoy. No hablamos mucho, solo la invité a una sesión de estudio y tal vez a cenar, pero luego llamó papá, así que cancelé.

Laura me lanza una mirada de desaprobación.

—Es un viaje de dos horas. Podrías haber venido por la mañana. ¿Para qué invitarla si te ibas a acobardar en el último momento?

—No me acobardé —le digo, erizándome—. Si hubiera venido por la mañana, no habría tenido la oportunidad de hablar contigo antes de hablar con él.

—¿Ah, de verdad? ¿Es esa la excusa? Entonces, ¿por qué no has hablado con ella en toda la semana? No seguirás guardándola rencor, ¿verdad? Porque si lo haces, Rhue, debo decirte que eso es realmente rastrero.

—Yo tampoco guardo rencor —le digo con el ceño fruncido—. No a ella, de todos modos. Es solo... ¿qué diría siquiera? No puedo arreglarlo. No puedo deshacer lo que hizo. ¡Ni siquiera puedo responsabilizarlo por lo que hizo, porque ni siquiera sé por dónde

empezar! Viste lo que escribió mamá. La policía no acepta este tipo de informes contra papá. Lo intentó una y otra vez y nada.

Laura pone los ojos en blanco hacia el techo y suspira.

—Hombre —murmura.

—¿Qué?

—Ella no necesita que tú lo arregles por ella, tonto. Lo que necesita que estés ahí para ella. Necesita un amigo que conozca su profundo y oscuro secreto y no la juzgue por ello. Y papá, bueno... le llegará el karma.

Entrecierro los ojos hacia ella con desconfianza.

—¿Cómo?

—El universo funciona de maneras misteriosas —comenta con voz cursi.

—Entonces, ¿debería empezar a llamarte miss universo? —le pregunto secamente.

—¿Quién dice que tengo algo que ver con eso? Soy un ángel perfecto, lo sabes. Hija devota, directora de campaña junior, y todo eso.

—Por eso quería hablar contigo —le digo—. ¿Por qué estás haciendo eso? Si sabes quién, qué y cómo es, ¿por qué lo ayudas a que lo voten?

Ella me lanza una mirada de dolor.

—Porque si no lo hago, alguna otra mujer joven, guapa y aspirante a importante política conseguirá el puesto, con todas las trasnochadas en la oficina de campaña y reuniones privadas con el candidato. Soy su hija, además estoy en silla de ruedas y siempre tengo a Steve cerca. Esas son tres cosas que otras chicas no tienen.

Se me revuelve el estómago.

—Te estás lanzando sobre la granada. ¿Qué vas a hacer una vez que esté en el cargo? ¿Ser su becaria? ¿Su secretaria? No puedes aislarlo de todos, y tratar de hacerlo de esta manera solo le dará más poder para herir a más personas.

—Solo si hago un buen trabajo —me responde con una sonrisa débil—. Oh, nadie puede decirlo. Lo estoy haciendo tan bien como cualquiera espera que lo haga un adolescente discapacitado malcriado.

—Ouch —digo con simpatía—. La triunfadora está tirando el partido. Eso tiene que doler.

—Como mil millones de picaduras de hormigas —asiente con tristeza—. Pero está bien. La experiencia por sí sola será suficiente para hacerme participar en la campaña de otra persona en el futuro. Tal vez mi propia campaña en algún momento.

Supongo que eso es algo, pero no compensa lo que tiene que hacer para llegar ahí. Alguien tiene que derrotar al imbécil. Sé que, si hubiera podido idear un plan para hacerlo, ya lo habría hecho, pero ahora está atrapada, cumpliendo con su agenda. Mi padre es un maldito monstruo, y hasta ahora se ha salido con la suya. Pero él y yo estamos cortados por el mismo patrón, ¿no? Si hay alguien que puede superarlo, debería ser yo.

No duermo bien. Es difícil estar tranquilo cuando mi mente se agita con el gran peso de los sacrificios hechos por mi padre por las mujeres que son importantes para mí. La injusticia de todo esto aviva mi temperamento y el sol sale sobre mi mal humor. Pidió una reunión de desayuno, así que me aseo y bajo las escaleras. Ya está en el solárium, en la mesa que usa para asuntos oficiales cuando quiere mantener las cosas amistosas. Interesante, supongo que tendré que ver a dónde va esto.

Me detengo en el carrito de café antes de dirigirme a la mesa. Miro a mi padre, miro más allá de su fachada envejecida a la bestia debajo de la superficie pulida. El narcisista que consigue lo que quiere, cuando lo quiere. Me pregunto cuántas otras mujeres han pagado el precio de ser interesantes para este hombre. ¿Cuántas ni siquiera llegaron al librito de mamá?

¿El mal se transmite genéticamente? ¿Cuánto de esa oscuridad vive en mí?

—¿Por qué me estás mirando así? —Papá pregunta.

Termino de servirme el café y me siento frente a él en la gran mesa redonda. Esto es lo más cerca que siento que puedo estar sin que sea demasiado tentador meterle el puño en la boca repetidamente. No es normal sentir esta clase de rabia hacia el propio padre, y que se joda por evocarla.

—Solo algunos pensamientos pasan por mi cabeza —respondo rotundamente—. Hago mi mejor esfuerzo para procesar algunas cosas.

—¿Algo en lo que pueda ayudar?

Le lanzo una mirada larga y dura. Se recuesta casualmente en su silla. Este es mi primer fin de semana en casa desde la debacle de la cafetería con Madison. Él y yo nunca tuvimos la conversación que prometí, pero veo que el paso del tiempo ha calmado sus nervios hasta el punto en que vuelve a ser amistoso. O eso, o me está halagando antes de decirme por qué me pidió que viniera aquí en primer lugar. Después de varios momentos de silencio, insiste en el tema.

—Sé cosas, Rhue. Cosas que podrían ayudarte a adelantarte a tus compañeros de clase.

—¿Ah, de verdad? Bueno, eso es interesante. ¿Por qué no me cuentas más?

Él sonríe, listo para sumergirse.

—Casi todas las propiedades privadas de Ithaca que se vendieron en los últimos cinco años han pasado por mi agencia. Tengo acceso directo al decano y a todos los profesores y asistentes de profesores actualmente empleados por la Universidad de Cornell…

—Oh, espera, me acabo de acordar —lo interrumpo—. Me importa una mierda. Tu consejo es siempre una de estas tres cosas: golpea más fuerte que el otro tipo, chantajea al otro tipo o soborna al otro tipo. Noticia de última hora, Julian: no necesito atajos de mafiosos. Soy más inteligente que eso.

Su humor se desvanece. Está ofendido. Esta no es la primera vez que lo hago enfadarse, pero últimamente se ha vuelto más y más personal. Debo admitir que su autocontrol es impresionante. En el pasado, me habría lanzado su taza de café. Esta vez, sin embargo, solo me mira con el ceño fruncido, sin palabras y furioso.

—Me hiciste venir aquí por una razón —continúo. Señalo el solárium que nos rodea—. Una razón relacionada con los negocios, aparentemente. Comencemos esta reunión y dejemos la mierda cálida y confusa de padre e hijo fuera de esto.

Él frunce el ceño.

—Con este estado de ánimo en el que estás, creo que preferiría discutirlo con el administrador de tu propiedad.

—Bien por mí —le digo. Saco una tarjeta de mi billetera y la deslizo a través de la mesa hacia él—. Aquí tienes su número.

Mi padre saca su teléfono y lo marca. Unos segundos después, el teléfono de mi bolsillo comienza a sonar. Lo saco y respondo, sin romper nunca el contacto visual con él. —Administración de propiedades de Roxson, aquí Rhue. ¿Cómo puedo ayudarte hoy? —El eco me chirría en la oreja, pero no muestro ninguna molestia.

Él apuñala el botón de colgar con un dedo furioso, mirándome y mostrando sus dientes. —¿Ni siquiera tienes un administrador de propiedades?

—Gestiono mis propias inversiones —le explico—. Me gusta saber quién me alquila.

Él sacude la cabeza hacia mí.

—Necesitas ayuda —añade—. No sabes lo que estás haciendo. Laura es mejor propietaria que tú. Al menos deberías considerar venderle a ella.

—Y ella lo compraría con una hipoteca privada proporcionada por ti, ¿verdad? A la mierda eso. No necesito tu ayuda. Más importante aún, Laura no necesita que le jodas la vida. Estás tratando de involucrarla en mis propiedades para sacarla de tu campaña, ¿verdad? ¿No soportas tener una mujer intocable en la oficina? Laura es demasiado educada para mandarte a la mierda, pero sabes que a mí me falta delicadeza. Deja a la chica en paz.

—¿De eso se trata? ¿De tu hermana? ¿Estás siendo un idiota deliberado por tu hermana? —Pregunta papá—. ¿Y qué pasa contigo? No has sido tú mismo últimamente.

—No he sido yo mismo en mucho tiempo. Me sorprende que te hayas dado cuenta ahora —le respondo—. Deja a Laura al margen de tus chanchullos. Ella hará lo que le pidas solo para complacerte, y cuando descubra que es solo un peón en tus nefastos planes, la perderás. ¿No has perdido ya suficiente?

La pregunta lo golpea en el pecho. Me mira fijamente, sus cejas bajan pesadamente sobre sus ojos oscuros y tormentosos.

—Entonces se trata de tu madre. Siempre se ha tratado de tu madre.

—Se trata más de tu carácter repugnante y las mentiras que nos has estado soltando.

Cuanto más lo miro, más me inclino a tomar una acción decisiva. ¿Qué haría papá si alguien anónimo amenazara su futuro, su bienestar? Con las acusaciones de violación que se hacen públicas, su carrera se arruinaría, sin mencionar su carrera electoral. Cada uno de sus planes se esfumaría.

El hecho de nombrar y avergonzar a los maltratadores ha hecho que muchos de los peces gordos sean despedidos e incluso detenidos. ¿Se enfrentaría a eso como un hombre, o destruiría todo lo que toca en un intento desesperado por salvarse a sí mismo? Esa pregunta lleva a otra, una en la que no quiero detenerme, pero que no puedo ignorar.

¿Y si mamá hubiera amenazado a papá con el hecho de saber lo de la violación de Madison? ¿Qué habría hecho? Laura cree que podría haberla matado. Pero Madison pensó que mamá simplemente se derrumbó bajo la presión de otra acusación. Niego con la cabeza. La muerte de mamá fue declarada suicidio. Trato de detener mis pensamientos que se encaminan en esa dirección. Pero no es tan fácil. Mi mente da vueltas a un millón de kilómetros por hora. Sí, su muerte fue declarada un suicidio, pero ¿eso está tan claro? Si papá la hizo algo, nunca me perdonaría por hacer la vista gorda. Sin embargo, si no lo hizo, ¿qué repercusiones enfrentaré por cavar en esa madriguera de conejo vacía?

—Nunca volviste a hablar ese fin de semana cuando os pillé a ti y a tu hermana con la zorra —comenta papá—. Mientras tanto, Laura me ha estado compensando, trabajando muy duro para demostrar que merece mi tiempo y mi respeto. Esa fue siempre la regla en esta familia, ¿recuerdas? Que seas mi sangre no fue suficiente para hacerte digno de mi atención. Laura ha aprendido. ¿Tú? Tú todavía estás con tus berrinches de gilipollas. Madura de una puta vez.

No puedo evitar reírme secamente. —Llegas un año tarde con esa frase de mierda. Podría haberla aceptado incluso hace un mes. ¿Ahora? Simplemente ya no estoy impresionado.

Se levanta lentamente, su cuerpo ancho domina toda la sala. Solía intimidarme cuando era niño. Pero cuanto más crecía, más ejercicio hacía, más grande y mayor me volvía, menos me asustaba Julian Echeveria. Una vez lo admiré. Yo adoraba a este estúpido. Ahora estoy disgustado por mí misma relación con él. Hay pocas cosas peores que violar a una mujer, y lo hizo una y otra vez. Su desprecio por el consentimiento me pone enfermo.

—Sí —le digo encogiéndome de hombros—. Sigue sin impresionarme. No soy una empleada a la que puedas empotrar. Sin embargo, estoy confundido, ¿se supone que debo sentirme halagado por el intento? Porque eso es raro.

—¿De qué cojones estás hablando?

Oh, ahora estoy enfadado. Golpeo mis manos sobre la mesa y me pongo de pie, inclinándome hacia adelante para gritarle en la cara.

—¡Estoy hablando de que te lanzas cuando te apetece y te sacas la polla cada vez que hay una chica guapa en la habitación!

Sacudiendo la cabeza, se burla.

—Celos. A eso me refería. Eres patético, Rhue. ¿Sigues haciendo pucheros porque tu conejita de miel y bebé enamorada se folla a tu papá en vez de a ti? Supéralo.

—Si ella hubiera querido follar contigo, ya lo habría superado.

Él palidece. Lo despido con una mirada cortante, luego me doy la vuelta y me dirijo a la puerta.

—¿A dónde coño te crees que vas? —ladra antes de que pueda pasar un pie por encima del umbral.

—Buena pregunta —respondo, con sarcasmo—. Soy un hombre adulto con dinero en el bolsillo y un montón de secretos oscuros y profundos. ¿A dónde irías tú?

Comienza a moverse alrededor de la mesa, sus ojos fijos en mí con una mirada asesina. —¿Me estás amenazando, chaval?

—¿Qué pasa si lo estoy haciendo?

Él sacude la cabeza hacia mí.

—Esa es una muy mala idea. ¿Te gusta vivir?

—Está bien la mayoría de los días —le contesto con alegría—. Pero ahora que has respondido a mi pregunta, seguiré adelante y

responderé la tuya. No me molestaría en amenazarte, Julian. Si quisiera arruinarte, simplemente lo haría.

Me voy antes de que pueda pensar en algo más que decir, me tiembla el pecho por el horror y la furia. La teoría de Laura parece más probable cada segundo que pasa. Conduje deliberadamente la conversación en esa dirección, deliberadamente le dejé creer que lo iba a denunciar por agresión sexual, e hizo exactamente lo que Laura sospechaba que haría. Él amenazó mi vida.

La negación ya no es posible. Tengo demasiadas preguntas y necesito respuestas.

FIVE
RHUE

La comisaría local no está demasiado llena los fines de semana. No es una época con mucho jaleo. Mi parte de Rochester es la parte tranquila. La mayor emoción que vio en la última década fue en la mansión Echeveria, primero con mamá y poco después con Laura. Aparte de eso, rara vez veo las luces azules parpadeando en mi vecindario.

Me dirijo al edificio, paso rozando un grupo de policías de barrio que se dirigen a sus rondas diarias. El olor a tabaco y café hace que mis fosas nasales se agudicen cuando atravieso las puertas dobles y me encuentro en medio del vestíbulo, una enorme sala cuadrada con ventanas del suelo al techo y viejas sillas de madera que han visto al menos dos décadas de culos. Detrás de la recepción principal, dos agentes con uniformes azules teclean en sus ordenadores.

A mi izquierda, veo algunas personas sin hogar acompañadas por algunos trabajadores sociales. Mi suposición es que acaban de ser procesados y están esperando los últimos papeles y pertenencias personales antes de dejar atrás la cárcel. Por un tiempo, al menos. Sé que volverán. Cada vez hace más frío por la noche y los refugios no siempre son seguros, por lo que muchas personas sin hogar recurren al robo y los delitos menores para poder pasar al menos una noche o dos calientes y alimentados en la cárcel. Algunos

acaban en prisión durante semanas e incluso meses, a veces años; pero es mejor que estar ahí afuera, en las calles despiadadas de una sociedad que ya no se preocupa por ellos.

Mientras miro a mi alrededor, recuerdo el trabajo de caridad de mi madre. Dedicó tantas horas tirando de las mangas de los más ricos de Rochester en un intento por redistribuir parte de la riqueza. Su enfoque siempre estuvo en las personas sin hogar y en encontrar formas de sacarlas de las calles de forma permanente y sin cárcel ni tiempo en prisión. «No está bien», solía decir. «La mayoría de ellos son veteranos. Lucharon por este país, y ni siquiera nos atrevemos a mirarlos a los ojos cuando los vemos en las calles».

Lamentablemente, también recuerdo el cinismo de mi padre. Le complacía mucho presionar al ayuntamiento para que promulgara medidas punitivas contra las personas sin hogar, como reemplazar los bancos de los parques con bancos plegables que pudieran cerrarse con llave durante la noche, o los grandes picos de metal erigidos en superficies planas donde algunos dormirían de otro modo. «Responsabilidad personal», le decía a mamá. «No todo el mundo la tiene. Están en las calles porque son egoístas e irresponsables, la trágica historia de todo adicto».

Por supuesto, mi padre nunca fue a la guerra. Nunca sirvió al país. Dice respetar a las tropas, pero eso es todo. Su empresa derribó proyectos de vivienda y centros comunitarios y albergues con cero empatía, con el único propósito de levantar departamentos y centros comerciales de lujo. El espacio siempre es negocio para Julian Echeveria. Si ocupas un espacio con el que se quiere lucrar, eres una jodida molestia. ¿Cómo es que mis padres terminaron juntos, uno podría preguntarse? Fue cuidadosamente preparado. El abuelo Echeveria sabía que los Spaulding pertenecían a la realeza estadounidense. Le dio un codazo a papá en esa dirección, pero me encantaría saber quién le dio un codazo a mamá.

—¿Puedo ayudarle? —Un agente detrás de la recepción me devuelve al presente con su pregunta.

Le pongo una sonrisa agradable. —Buenos días, agente. Sí, puede. Me preguntaba si podría hablar con los detectives que estaban a cargo del caso del suicidio de mi madre.

El oficial me lanza una mirada larga y dura, como si tratara de escudriñar mi alma. No sé por qué, pero de repente me siento fuera de lugar. Como si no debiera estar aquí. Julian ciertamente haría saltar un fusible. Es extraño que ahora piense en él más como «Julian» y cada vez menos como «papá». Tal vez me estoy distanciando emocionalmente, ahora que sé lo que le hizo a Madison. Ahora que sé lo cruel que es.

—¿Cuál es su nombre?

—Rhue Echeveria. Mi madre era...

—Roxanne Spaulding-Echeveria —suspira el policía. Acabo de arruinar su día, está escrito en toda su cara—. Sí. Serán los detectives Contreras y Williamson. Williamson se jubiló, pero hoy está Contreras.

—¿Podría consultar con él y ver si me puede dar diez minutos de su tiempo?

Esta vez, la mirada del agente se transforma en algo parecido a la lástima. Todos conocían a mamá. Mi familia ayudó a financiar varios desfiles de policías a lo largo de los años.

—Por supuesto. Espere. —Marca un número interno y espera a que alguien conteste. Él no fija sus ojos en mí mientras habla, y mantiene su voz baja. —Oye… Sí, agárrate los pantalones, Conte. Tengo a Rhue Echeveria delante. Sí... Quiere hablar contigo sobre su madre... Sí, yo también lo pensé. Bueno. Sí, se lo haré saber.

Cuelga el teléfono con un profundo suspiro, luego me da una sonrisa cortés que ni siquiera se acerca a sus ojos.

—El detective Contreras no puede verlo hoy, me temo. No tiene tiempo, pero me pidió que anotara tu número. Te llamará lo antes posible.

Sacudo la cabeza y sonrío. —Está bien. Regresaré mañana.

—Mañana no trabaja.

—Pasado mañana —respondo—. Volveré lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado, domingo y todos los días siguientes hasta que encuentre un minuto para verme.

El agente entiende a dónde voy con esto. Yo también debo parecer que estoy hablando en serio. Él gimotea y se pasa una mano por la cara.

—Me estás dando un dolor de cabeza aquí, chico.

—No estoy pidiendo un maldito tour, agente. Estoy pidiendo, como ciudadano preocupado y adulto legal, hablar con la persona o personas que investigaron la muerte de mi madre. Si, por casualidad, supiera algo que podría cambiar el resultado oficial, ¿no querría su departamento saber la verdad? —No sé una mierda, pero tengo que entrar allí de alguna manera.

—Tu apellido no es exactamente sinónimo de nada parecido a la verdad.

Me encojo de hombros.

—Apellido, como cualquier otro. Soy un ciudadano preocupado. También soy muy persistente.

—Joder. Bueno. ¿Sabes qué? No necesito esto hoy. Realmente no. —Él se burla y se pasa una mano por su cabello castaño ondulado, que está corto a los lados. —El despacho del detective Contreras está arriba, en el segundo piso. Unidad de Delitos Mayores. Puedes subir las escaleras en unos veinte segundos, cuando me tome un descanso para ir al baño. Pero no quiero volver a verte por aquí después a menos que sea de manera oficial, ¿me oyes? Su voz se ha convertido en un susurro mientras entrecierra los ojos hacia mí.

—Lo capto, señor. Y gracias.

Le ofrezco una sonrisa, pero él me despide moviendo la mano. Doy unos pasos hacia atrás y veo la puerta que conduce a la escalera a unos seis metros a mi izquierda. Nadie me verá si soy rápido y silencioso. Espero a que el agente se levante y se dirija al baño, dejando a su colega a cargo. Dicho colega no ha prestado atención a nuestra conversación, y dudo que incluso se acuerde de que entré, así que paso la puerta y subo las escaleras al segundo piso.

La Unidad de Delitos Mayores ocupa la mitad, me doy cuenta, extendiéndose hacia la derecha. A la izquierda, está la unidad antivicios. A juzgar por el silencio general, excepto por el sonido ocasional del teléfono o el chirrido de la máquina de fax, es tan silencioso como pensé que sería. Las ocho comisarías de Rochester no están precisamente desbordadas, aunque supongo que los

descansos escolares serán un poco más desordenados. Es uno de los pocos momentos del año en que la gente pierde el control y comete estupideces. Es como un ciclo de libertinaje, que alcanza su inglorioso cenit durante las vacaciones de primavera.

Enderezando la espalda, pongo la cara más seria, respiro profundamente y entro en la unidad de Delitos Graves. Tanto los policías como los detectives y los oficinistas levantan la cabeza para mirarme. Debo ser más interesante que sus expedientes y noticias. Mantengo la calma y camino como si fuera mi sitio. Veo el nombre de Contreras en la puerta de un despacho con paredes de cristal y entro antes de que nadie pueda detenerme.

—Oye, no puedes entrar ahí... —dice alguien, pero la puerta ya está cerrada, y la cierro con llave por si acaso. El detective Contreras, sentado detrás de su escritorio frente a una caja abierta de rosquillas en polvo, me mira mal.

—¡¿Qué coño?! —exclama. Es difícil tomarlo en serio con ese delgado bigote de azúcar blanco que recubre su labio superior.

Uno de los agentes ya está en la puerta, llamando y exigiendo que abra, pero le ignoro y me centro en Contreras.

—Detective Contreras, soy Rhue Echeveria. Tengo entendido que tienes un buen número de casos —digo, señalando su mesa, vacía salvo por los donuts, la taza de café con leche, la pantalla del ordenador y un par de carpetas en la esquina derecha—. Pero realmente tenemos que hablar.

El detective se queda quieto, su indignación se reduce a disgusto e incomodidad.

—Maldita sea. Pensé que le había dicho a Sam que...

—Lo hizo, señor, y transmitió su mensaje con claridad —respondo.

Contreras suspira profundamente y hace un gesto a la creciente manada de agentes de fuera para que nos dejen en paz. Bueno, al menos he llegado hasta aquí.

—¿Qué quieres? —me pregunta, con el ceño fruncido, mientras vuelve a meter un donut a medio comer en la caja. —No estoy haciendo un favor al estereotipo de policía en este momento, lo sé.

—Tienen buena pinta —respondo con una sonrisa plana.

—Sírvase usted mismo —me ofrece Contreras, limpiándose los dedos con un pañuelo de papel mientras se reclina en su silla. —Acabo de perder el apetito.

—Escuche, lo siento. —Me siento en la silla frente a su escritorio, pero no me doy el gusto de comer ninguna de las rosquillas. Tienen buena pinta, pero mi apetito es bastante inexistente estos días. —Me hubiera gustado resolver esto de otra manera, pero usted y el detective Williamson son mis únicas pistas. Y tengo entendido que el detective Williamson se retiró.

—Sí, lo hizo, ese afortunado bastardo —responde Contreras. Tiene unos cuarenta años, a juzgar por su frente amplia y su pelo salado. La jubilación sigue siendo un sueño lejano para él—. Chico, siento que hayas perdido a tu madre, de verdad. No se lo desearía a nadie. Ya sabes que se dictaminó un suicidio, así que no sé cómo esperas que te ayude.

—Se dictaminó un suicidio, interesante elección de palabras. —Mi corazón se hunde rápidamente. Realmente no pensé que me lo confirmarían aquí.

Me frunce el ceño.

—No sé a qué te refieres —contesta.

—Bueno, si pensara que se suicidó, lo diría tal cual. «Sabes que se suicidó». Pero no, no me ha dicho que lo hizo, aunque debería conocer los hechos mejor que nadie. Dígame cómo quedó en los libros.

Contreras se mueve incómodo y me frunce el ceño.

—No te hagas el listo conmigo, chico.

Demasiado tarde. He captado el aroma y no voy a dejarlo pasar.

—Detective, no nos vayamos por las ramas. No estaría aquí sentado si pensara que mi madre se suicidó. Ambos sabemos que eso no es lo que realmente sucedió.

—Será mejor que dejes de hablar antes de que digas algo de lo que te puedas arrepentir —me advierte el agente en un siseo bajo. Ahí está. El miedo en sus ojos. Conozco ese tono de amarillo... mi padre se lo ha infligido a mucha gente.

—Detective, no estoy aquí para rogarle la verdad —afirmo, sintiéndome mal del maldito estómago. Mi cabeza está tratando de

buscar excusas. Diciendo esto es como suele ser. Que tal vez solo está intimidado porque soy el hijo de mi padre—. Solo quiero echar un vistazo al expediente del caso. Eso es todo.

Se burla, solo parcialmente divertido.

—O te aburres como una ostra o eres tonto como una piedra. Sin embargo, dicen que eres lo suficientemente inteligente como para romperle el corazón a tu madre con las becas deportivas, así que asumo que estás muy necesitado de un hobby.

—Detective, necesito urgentemente la verdad sobre la muerte de mi madre.

—Se suicidó —asegura Contreras sin rodeos—. Esa fue la conclusión del forense. Escrito y certificado, en blanco y negro. Está ahí en el registro oficial. No hay nada más que pueda ofrecer en este momento. El caso se cerró el año pasado.

Decido lanzar un zorro dentro del gallinero y ver qué pasa.

—Bien. ¿Pero el forense llegó a esa conclusión antes o después de que alguien le hiciera una visita?

Contreras hace una larga pausa. Todo el humor se esfuma de su cara.

—Como dije, chico. Realmente tienes que pensar dos veces antes de abrir la boca.

El aire se espesa. La sala es repentinamente pequeña y parece como si estuviera abarrotada, a pesar de que estamos nosotros dos solos. Contreras tiene una manera de poner todo su peso en una conversación. Puedo verlo fácilmente sacando confesiones a los sospechosos. Este es un hombre que consigue lo que quiere. Ahora mismo, a pesar de su primera impresión poco deseable, pretende intimidarme.

—Te olvidas de quién es mi padre si crees que vas a asustarme para que me rinda —le recuerdo.

Contreras se inclina hacia delante, con los codos apoyados en su escritorio.

—Te olvidas de quién es tu padre si no tienes miedo. ¿Qué crees que te haría si te encontrara metiendo las narices en este asunto justo antes de las elecciones? ¿Qué crees que harían los medios de comunicación si tuvieran una idea de lo que estás haciendo? Te

escucho, chico, yo también tengo problemas con mi viejo. Pero no voy a ayudarte a sabotear sus elecciones. Me gusta mi trabajo.

—No es eso lo que busco —le explico—. Y tú nombre nunca saldrá a la luz. Lo único que quiero es saber la verdad, no la mierda azucarada que les dicen a los niños que acaban de perder a sus madres. ¿Me entiendes?

Contreras asiente.

—Te entiendo. Escucha, chico, hicimos lo que teníamos que hacer. Caso cerrado. —Mientras habla, abre un cajón de su escritorio. —No hay nada más que pueda hacer. —Saca una carpeta manila. —Oficialmente, la muerte de tu madre fue un suicidio.

Arroja la carpeta manila sobre el escritorio, a centímetros de la caja de donuts. La miro fijamente durante un momento y luego la abro ligeramente. La primera página está en blanco, salvo el nombre de mi madre escrito a máquina en el centro.

—Gracias —le digo a Contreras—. No puedo decirte cuánto significa esto para...

—Ahórratelo, chico. No te he dado nada. —Vuelve a su donut a medio comer, como si su apetito hubiera vuelto desde lo más profundo de su conciencia. —Vas a querer desaparecer —me asegura—. Algunas personas tienen la costumbre desaparecer por aquí para asegurarse de que sus donaciones se gastan bien. ¿Me oyes?

Me levanto de mi asiento con la mayor tranquilidad y despreocupación posible y meto la carpeta en la bolsa del portátil.

—Entendido. —Cierro la cremallera y me cuelgo la bolsa al hombro. Mientras lo hago, Contreras levanta la vista, su mirada pasa por delante de mí. Su expresión se transforma en un profundo ceño.

—El día mejora por momentos —gruñe.

Me doy la vuelta y casi me salgo de mi propia piel. Mi padre se encuentra fuera del despacho de cristal de Contreras, mirando con furia. El traje azul marino y la corbata roja son todo negocios, pero su expresión apesta a mala intención y a pensamientos violentos cuando me devuelve la mirada. Hombre, si no fuera su hijo, me cortaría la cabeza sin dudarlo.

—Déjemelo a mí, detective —murmuro.

—No tienes que decírmelo, chico. Que me parta un rayo si vuelvo a meterme en ese asunto —responde Contreras. Solo le dedica a mi padre una breve inclinación de cabeza para reconocerlo, antes de hincarle el diente a lo que queda de su caja de donuts.

Preparándome para la tormenta de mierda que sé que se avecina, salgo del despacho.

—Hola, papá —le saludo y me dirijo directamente a las puertas dobles de la escalera.

Viene detrás de mí, el aire parece ondear furiosamente a su alrededor.

—¿Qué coño crees que estás haciendo, Rhue?

—Me estás siguiendo. Podría preguntarte lo mismo.

Me detiene al final de la escalera antes de que pueda llegar al vestíbulo. Me empuja contra la pared, con una vena palpitante en la sien. —¿Qué clase de truco estás tratando de hacer aquí, eh? ¿Tengo que recibir llamadas de la puta policía para saber que estás investigando la muerte de tu madre? ¿Qué sentido tiene? ¿Cuál es tu punto de vista, eh?

—No tengo uno. Solo quiero respuestas.

Si le presiono, picará. Él va a arremeter. No quiero darle esa satisfacción, así que a pesar de la sangre que hierve en mis venas, mantengo la calma. Mi padre, en cambio, parece que va a explotar de toda la rabia que recorre su cuerpo.

—¿Qué respuestas? Tu madre se suicidó. Está en el informe del médico forense. El caso se cerró. ¿Qué más quieres, eh?

—La verdad —respondo secamente.

—¿Has perdido la maldita cabeza? ¿Justo antes de mis elecciones? Rhue, ¿tengo que tomar medidas drásticas para evitar que hagas daño a tu propia familia?

Aquí es donde pongo el límite. Me impulso en la pared y clavo mi hombro en su pecho. Mi padre está tan sorprendido por mi respuesta que lo único que puede hacer es jadear mientras se ve obligado a retroceder. Levanto la mano para mantenerlo a distancia, con la respiración agitada.

—Voy a llegar a la verdad de una manera u otra —le advierto—. Y no hay nada que puedas hacer al respecto.

—¿Qué te ha pasado? ¿Esa puta te ha dicho que hagas esto? —responde, con el odio goteando de su voz cascajosa mientras evita usar el nombre de Madison. Eso solo me cabrea aún más. Sacudo la cabeza lentamente, sin poder ocultar mi desprecio.

—Nadie me ha metido en esto. Estoy cansado de las tonterías. ¿Qué tienes que ocultar, papá? —pregunto —¿Por qué no me dejas seguir con esto? ¿Tuviste algo que ver con la muerte de mamá?

—Por supuesto que no. No lo digas ni en broma.

Me encojo de hombros. —¿Entonces por qué te empeñas en que deje esto en paz?

—Porque le romperá el corazón a tu hermana, insensible de mierda —sisea, con los puños cerrados. Se toma un momento para relajar deliberadamente su postura. —Sabes lo mucho que hemos trabajado ella y yo en esta campaña. Si hurgas aquí vas a conseguir que la gente hable. Hará descarrilar mi campaña, su reputación como directora de campaña se verá empañada y tú serás personalmente responsable de arruinar su carrera.

Sus palabras me golpearon en las entrañas. El bastardo manipulador sabe exactamente lo que tiene que decir. Cuando Contreras mencionó las elecciones, yo solo pensaba en Julian, pensando que, si mi investigación descarrilaba su elección, le vendría bien.

Pero Laura no se merece todo eso.

—Mira —comienzo—. Lo único que quería era el informe oficial.

—Ya te conté lo que pasó.

—¿SÍ? ¿Igual que «me contaste lo que pasó» con Madison?

Sus ojos se entrecierran y su rostro empieza a adquirir un tono rojo intenso. —Sigues sacando a relucir a esa zorra —dice—. Si tienes algo que quieras decir, será mejor que lo digas, joder.

Me inclino hacia delante y bajo la voz.

—Eres un puto violador.

Por un momento, estoy absolutamente seguro de que va a matarme. Entonces la puerta se abre por encima de la cabeza y los pasos suenan en las escaleras. Un novato de aspecto nervioso le dedica a Julian una cortante inclinación de cabeza mientras pasa

junto a nosotros y sale al vestíbulo. Para cuando la puerta se cierra tras él, Julian ha recuperado parte de su control.

—Te has vuelto demasiado descarado, ¿lo sabías? Esto... —Chasquea los dedos— es todo lo que me haría falta para repudiarte y dejarte a tu suerte. El mundo no es lo que crees que es, Rhue. No sobrevivirás sin mí, mi dinero y mi reputación. Sea lo que sea lo que decidas hacer en adelante, será mejor que lo pienses bien, hijo. Porque si me obligas a cortar los lazos contigo, no habrá vuelta atrás.

—Haz lo que tengas que hacer —afirmo—. Yo haré lo mismo.

Incluso si eso significa la guerra.

SIX
MADISON

Tengo mucha resaca. Tuve la peor sensación en toda la noche, una vaga sensación de temor que no pude quitarme de encima. Al final lo ahogué en suficiente alcohol como para satisfacer a un grupo de Alcohólicos Anónimos. He dormido un poco, pero estoy segura de que mi hígado nunca será el mismo.

—Ugh… nunca más —gimo, alejándome de la luz del sol que entra por mi ventana. Al menos conseguí volver a mi dormitorio antes de desmayarme. Un pequeño milagro.

—Lo he oído —dice una voz aturdida desde el suelo. Me doy la vuelta hasta el borde de la cama y parpadeo sin comprender ante una montaña de mantas, almohadas y ropa sucia. Rita me mira desde las profundidades de la montaña. Lindsey está desmayada a su lado, tapada por Cameron. Ambos están roncando. ¿Cómo demonios he podido dormir con eso?

—Tu teléfono no para —comenta Rita, rebuscando en el montón. Finalmente, encuentra mi teléfono siguiendo el cable del cargador y me lo entrega—. Así que lo puse en silencio. No estaba fisgoneando ni nada, pero estaba muy borracha y tardé un minuto en encontrar el volumen para ver algo. Alguien te odia de verdad.

Mi corazón se desploma. ¿Rhue se va por otra de sus tangentes? ¿Qué he hecho esta vez? Tanteo el teléfono durante un segundo, y

luego gimo cuando la brillante pantalla asalta mis pobres y tiernos ojos. Hay más de una docena de textos de un número desconocido. Mi corazón late tan fuerte que me duele al abrir los mensajes.

9:03 AM: ¿Creías que no me iba a enterar?

9:13 AM: Te dije lo que pasaría, pequeña.

9:42 AM: Debes odiar mucho tu vida, puta de mierda. Si lo contabas, arruinaría todo. ¿Es eso lo que quieres? No creas que no voy a cumplir mi palabra. Los hombres de verdad siempre cumplen su palabra.

—¿Qué hombre? —Gruño, frustrada y preocupada. ¿Qué cojones hice anoche?

—¿Qué? —pregunta Rita.

—Nada. Solo... espera.

—Mm.

10:05 AM: No creo que te tomes esto en serio

10:36 AM: Vale, ¿sabes qué? Soy un buen tipo puedo ser un buen tipo si quieres que lo sea esta es tu última oportunidad.

Tengo que leerlo dos veces. Quienquiera que sea ha olvidado de la puntuación. Así que no es fácil de descifrar el mensaje. Los tres textos siguientes son solo cadenas de palabrotas y galimatías.

—¿Qué coño estás tratando de decir? —murmuro al teléfono.

—Llegaste a los textos de la coca, ¿eh?

—¿Qué? —Rita abre un ojo y me mira.

—¿Las palabrotas? Sí. Una mierda de cocainómano. Mi ex solía ponerse así después de un par de líneas.

Una ola de terror me invade. Recuerdo el polvo blanco que cubría las fosas nasales de Julian el día que me violó, la mirada vidriosa de sus ojos. Mi estómago se hace un ovillo apretado y pesado. Mi impulso es tirar el teléfono por la ventana y volver a dormir hasta que todo el mundo se olvide de que existo, pero sé que eso nunca ocurrirá. Algo hizo estallar a Julian y necesito saber qué... y qué piensa hacer al respecto.

12:06 PM: Me temo que no he sido lo suficientemente claro antes.

12:07 PM: Se te dijo que mantuvieras tu puta boca cerrada. No lo has hecho. Según los términos de nuestro acuerdo, ahora estoy

en mi derecho de tomar medidas.

12:14 PM: Te voy a dar una última oportunidad para evitar mi ira. Ven a mi casa y firma un acuerdo de confidencialidad sobre nuestra relación, sexual o de otro tipo. Presenta una solicitud de traslado a una universidad fuera del estado. Borra los números de mis hijos y no vuelvas a contactar con ellos. Si aceptas estas condiciones, serás compensada y no volveremos a hablar de esto.

12:18 PM: Si no se hace así, se producirán grandes pérdidas y sufrimientos. Tienes hasta las 17:00.

Vaya. Menudo drama. Como una mierda de supervillano muy exagerado. ¿Quién demonios se cree Julian?

12:20 PM: No serás tú quien lo pierda todo, Maddie. Será tu padre.

El casero de mi padre es quien cree que es. Y tiene razón. ¡Joder! Me froto los ojos con fuerza y luego la cabeza. Es la una menos cuarto, lo que me da tres horas o tres horas y media para saber qué hacer.

—Me cago en todo —murmuro, moviendo mi cuerpo rígido y descoordinado fuera de la cama—. Pasando. Pies torpes, ten cuidado.

—¿Qué está pasando? —pregunta Rita, ya más despierta y con cara de preocupación.

—Un ego andante con más dinero que sentido común se postula amenazante —le explico—. No puedo pensar. Tengo que ducharme.

Con el agua caliente corriendo por mi cuerpo, mi cerebro aletargado se despierta lentamente y me doy cuenta de lo que debe haber pasado. Rhue fue a casa anoche para hablar con su padre. Debe haberle dicho que sabía lo que realmente sucedió ese día. ¿Pero por qué? ¿Le llamó la atención o le advirtió? ¿Intentaba arruinarme la vida, o simplemente es muy bueno haciéndolo accidentalmente?

—A la mierda —exclamo mientras salgo de la ducha y me seco con la toalla. Estoy harta de estas interminables preguntas.

Una vez vestida, me dirijo a mi habitación. Mi teléfono sigue enchufado y sobre la cama, al igual que Rita. Tiene los labios apretados.

—Vale, tía. He fisgoneado. Puedes enfadarte por ello más tarde si quieres, pero ahora mismo solo dime qué puedo hacer para ayudarte. ¿Quién es este asqueroso? No te vas a trasladar a otra universidad de verdad, ¿no?

Dudo. —Rita —pregunto—. ¿Somos amigas?

Es la misma pregunta que me hice cuando nos dirigíamos al bosque para nuestro ritual de novatadas. Me hace un gesto con los labios y luego mira a Lindsey y Cameron. Todavía están durmiendo. Me hace un gesto para que me acerque, así que me siento a su lado en la cama.

—Cuando tenía catorce años, descubrí a mi primo mayor tirándose a la madre de mi mejor amigo/a. Me pagó doscientos dólares para que mantuviera la boca cerrada. Acepté el dinero y mantuve la boca cerrada. Eres literalmente la única persona a la que se lo he contado.

Quiero confiar en ella. Realmente quiero. —No es del todo así —le digo—. Es algo personal.

Ladea la cabeza y se lo piensa un momento. Al cabo de un rato, me lanza una mirada nerviosa y vuelve a comprobar cómo está la pareja que duerme. Toma una de mis manos entre las suyas y gira su cara hacia la pared.

—No me tomé dos años sabáticos —me cuenta en una voz tan que tengo que inclinarme para oírla. —Me gradué con un año de retraso porque tengo un problema de aprendizaje. Entonces, en mi último año, mi padre murió. Estaba súper cerca de él y me destrozó. Me refiero a que realmente me destrozó. Pasé ocho meses en un hospital psiquiátrico porque no podía mantener la calma. No creía que fuera a llegar a la universidad. Pensé que iba a morir ahí dentro.

Una lágrima resbala por su mejilla y le aprieto las manos. Se inclina hacia mí y la rodeo con mis brazos, abrazándola mientras se estremece.

—De acuerdo —respiro, una vez que he conseguido calmarla. —Yo era la profesora particular de Rhue. Él y yo nos estábamos empezando algo, nada oficial, solo un fuerte tonteo. El padre de Rhue es el propietario del negocio de mi padre, y es dueño de la mayoría de las propiedades comerciales en Rochester. El año

pasado... me violó. Rhue lo vio todo, pero asumió que teníamos una aventura. Se lo dije a la madre de Rhue y se suicidó. La semana pasada, Rhue finalmente descubrió la verdad. Ayer volvió a casa y tuvo una charla con su padre. Ahora su padre amenaza a mi padre si no hago lo que quiere que haga.

Me encojo, aun abrazándola. Lo he soltado tan rápido que no he podido cambiar de opinión, y ahora desearía desesperadamente poder arrancar las palabras del aire y tragarlas. Me aterra la idea de que Rita me odie o se sienta manchada por nuestra amistad y no me vuelva a hablar.

Se retira, me pone las manos en los hombros y me mira con los ojos muy abiertos. —Jesús, María y José —respira. —Bueno, mierda, eso explica muchas cosas. ¿Por qué vosotros dos sois tan horribles el uno con el otro? Estáis claramente enamorados.

—Guau —exclamo, sorprendida. ¿Crees que estoy enamorada de Rhue?

—¿Crees que no lo estás?

Nos miramos fijamente durante un momento y luego ella agita la mano con desprecio. —Lo entiendo, emociones complicadas, sin tiempo para procesarlas. ¿Qué vas a hacer?

—Tengo que irme a casa —le anuncio mientras encuentro mi chaqueta y mis zapatos. —Tengo que avisar a mi padre y ayudarle a encontrar una forma de salir de esto.

Inclina la cabeza, pensativa. —Rhue sigue allí, ¿verdad?

Me encojo de hombros. —No lo sé, creo que sí.

—¿Vas a decirle lo que hace su padre?

Dudo con un calcetín a medio poner. —No lo sé. No creo que deba hacerlo, ¿y si ya lo sabe y no le importa? ¿Y si realmente sigue enfadado conmigo, aunque sepa lo que realmente ha pasado, tal vez piense que me lo merezco?

—¿Ha dicho que lo está?

Niego con la cabeza.

—No hemos hablado realmente desde que se enteró. Quiero decir que había muchas otras cosas en marcha, y cuando llegó el lunes simplemente no nos buscamos el uno al otro. Al menos no hasta ayer. —Termino de ponerme los calcetines y los zapatos,

frunciendo el ceño hacia el suelo. —Sin embargo, hablo con su hermana. Tal vez...

—Envíale un mensaje —propone Rita, empujando mi teléfono hacia mí. —Ahora mismo, envíale un mensaje. Cuéntale lo que ha pasado. ¡Oh! No. Es menor de edad, ¿verdad? Vale, *llámala*. No querrás que el padre asustado lea los mensajes.

Le dirijo a Rita una mirada de evaluación mientras busco en mi teléfono el número de Laura. —Eres bastante buena en esto.

—He adquirido habilidades —responde Rita, mostrando una sonrisa misteriosa y un guiño.

El teléfono suena dos veces antes de que Laura lo coja.

—Laura Echeveria, directora de campaña junior de Julian Echeveria, estás en el altavoz ¿cómo puedo ayudarle?

¡Joder! —¡Hola, Srta. Echeveria! —Me pellizco la nariz, disimulando mi voz con una horrible imitación de anciana. —¿Podría decirme dónde puedo recoger pegatinas para el parachoques? Soy un gran admirador.

—¡Claro! ¿Tienes un bolígrafo a mano?

Me da la dirección de la oficina de la campaña y hago como que la apunto.

—Gracias —respondo—. ¡Sigue trabajando así! —Cuelgo rápidamente y entierro la cara en las mantas, gimiendo.

—Así que ha ido bien —dice Rita—. El padre asustado estaba escuchando, ¿eh?

—Sí. Las mantas amortiguan mi voz.

—Debe estar esperando que te acerques a ella. Rhue también, probablemente, pero Rhue no se quedaría sentado en la oficina de campaña dejando que su padre lo cuidara, ¿verdad?

—No, pero... —No sé cómo decir a la hermana que tengo miedo de que Rhue siga del lado de su padre. Sé que a ella le gusta, sé que son amigos, de hecho, a él también le invitaron a la fiesta de anoche. Si hubiera ido a su casa, probablemente habríamos dejado de estudiar y habríamos ido juntos. Aquí hay potencial para que todos seamos buenos amigos, y hay potencial para que Rhue resulte ser tan imbécil como su padre.

—¡Uhmuhguh! —El gemido apagado proviene de la montaña de mantas en el suelo. Lindsey se escapa de ella y se levanta para mirarme a través de la maraña de su pelo. —Tía. Llámalo. Te quiere, joder. ¿Pensó que tenías una aventura con su padre? Y todo el tiempo que pasamos con él, solo hablaba de ti. Quiero decir, sí, estaba enfadado al principio, pero después de un par de tragos... El tío podría escribir malditos sonetos.

—¿Has oído todo? —pregunto, alarmada.

—¿Cuánto has oído? —Rita exige saberlo al mismo tiempo.

—Oh, tranquilas, las dos. Vosotras conocéis mi secreto, yo conozco el vuestro. Todo vale en el amor y en la universidad o lo que sea. Pero de verdad, Rita, ¿recuerdas después de la novatada cuando todos comimos pizza?

—Sí —responde Rita con una sonrisa. —Ese día te escapaste, Maddie, pero sí. Estaba sobrio y no paraba de hablar de nuevos comienzos y del perdón y otras cosas. No sé si te quiere...

—¡Uf! —Lindsey gime, frustrada.

—... pero le gustas mucho —termina Rita—. De verdad. Creo que deberías darle la oportunidad de demostrártelo. Llámalo. Cuéntale lo que está pasando. Mira cómo responde, creo que te sorprenderá.

SEVEN

RHUE

No sé lo que esperaba encontrar en el expediente, ni lo que pensaba que podría hacer con la información que contenía. Esperaba que fuera algo así como el colegio, con un capítulo que tendría que leer varias veces antes de averiguar qué información importaba y cuál no, pero su nombre me saltó a la vista como un neón intermitente. Sibel Osman, la asistente personal de mi madre hasta el día de su muerte (y durante una semana después, poniendo sus asuntos en orden), y, lo que es más importante, una entrada bastante reciente en el diario de mi madre. Compruebo mi espejo, sintiéndome un poco tenso.

Saber que mi padre también la tocó a ella me llena de una oscura rabia que lucho por evitar que abrume mis pensamientos racionales. No la conocía bien, pero formaba parte de la casa durante la semana de trabajo, ocupándose de los asuntos de mi madre mientras ella estaba en su oficina con algún cliente. Siempre fue amable conmigo. Estuve enamorado de ella durante mucho tiempo. Me pregunto si papá lo hace a propósito, apuntando a mujeres que sabe que me atraen. ¿Es una especie de juego de dominación? ¿Una forma de ganar una competición contra un macho más joven, como un león envejecido?

Me saco los pensamientos antes de que puedan afectar a mi temperamento y compruebo mi espejo. Necesito mantener la calma. Conduzco con la carpeta abierta en el asiento de al lado, con su dirección resaltada en amarillo. El número de teléfono que consta en el expediente ya no es el suyo. Cuando llamé, me atendió una mujer que estaba muy harta de recibir llamadas para Sibel y me informó, muy escuetamente, de que me había equivocado de número.

Más adelante, el lago Ontario brilla en la distancia. Me sorprende que una antigua asistente personal como Sibel Osman pueda permitirse una casa en esta zona. Mamá debe haberle pagado excepcionalmente bien o tal vez Sibel está metida en criptomonedas o algo así. Se necesita una cantidad considerable de dinero para vivir aquí. Siento un cosquilleo en la nuca y miro por todos los espejos, luego me giro para comprobar mi ángulo muerto. Todo parece normal, pero cuanto más me acerco al barrio de Sibel, más expuesto me siento. Debería haber alquilado un coche.

Vuelvo a centrar mi atención deliberadamente en la carretera. El barrio es precioso. Ridículamente tranquilo con un aire increíblemente fresco y limpio. La diferencia se nota inmediatamente al girar a la izquierda en la Avenida de la Playa y encontrar un bonito y amplio lugar en el bloque de Sibel donde puedo aparcar. Una respiración profunda y recuerdo lo maravilloso que es este lugar, incluso si imbéciles como mi padre tienen una oportunidad de liderazgo.

Sacudiendo la cabeza lentamente, me tomo un momento para mirar a mi alrededor. Mi teléfono suena y miro la pantalla. Es Madison, preguntando si estoy libre para una llamada telefónica. Su nombre en mi pantalla hace que mi corazón revolotee como una mariposa frenética y borracha. Sigue haciéndome eso. Ni siquiera se da cuenta.

No me molesto en contestar, simplemente le doy al pequeño icono del teléfono y dejo que suene.

—Supongo que eso es un sí —responde ella. Su voz tiene la calidad del eco del altavoz.

—Pensé en ahorrarnos un paso —le digo—. ¿Quién está ahí contigo?

—¿Qué? Solo yo. Oh, estoy conduciendo, por eso estás en el altavoz. Vuelvo a Rochester.

Mi corazón da un salto.

—Bueno, oye, ¿quieres tener la cena que ayer no pudimos?

Duda. Lo entiendo, mi familia no se ha portado bien con ella, y yo he sido un imbécil, pero sigue siendo un asco sentir que me tiene miedo. Es mi maldita culpa, me recuerdo. Depende de mí hacerlo bien.

—Tal vez —responde finalmente. —Pero escucha, la razón por la que llamé, espera. ¿Estás solo en este momento?

—Sí —le confirmo. Pero me hormiguea la nuca. No puedo evitar la sensación de que me siguen, pero no veo a nadie ni nada fuera de lo normal. Es fin de semana, así que el parque de la playa está lleno, aunque sobre todo de picnics y barbacoas. Hace demasiado frío para nadar.

Los restaurantes están abiertos, al igual que los bares. Nadie mira hacia mí. Tampoco hay ningún vehículo de aspecto sospechoso al acecho. Puede que esté paranoico, pero tengo motivos para estarlo. Mi padre me arrancaría la cabeza si supiera lo que estoy haciendo.

—Estoy aquí sentado en mi coche —le detallo—. Pero no conduciendo.

—Guay, guay —dice distraídamente.

—¿Qué pasa, Madison? ¿Qué pasa?

Suelta un tenso suspiro.

—Tu padre sabe que te lo he contado —explica—. Quiere amenazar a mi padre. Solo me quedan unas horas para aceptar sus condiciones antes de que haga algo drástico.

Me late el corazón y me siento más erguido, concentrado.

—¿Con qué está amenazando?

—Dijo que mi padre lo perdería todo —detalla—. Lo único que tiene es su negocio.

No, eso no es todo lo que tiene. Ni mucho menos. —Y a ti —señalo.

Se queda callada. Después de un momento, la oigo llorar en silencio.

—Oye, céntrate en la carretera —le digo secamente—. No te mates por él, no, por el amor de Dios. Vale, vale, ¿cuáles son sus condiciones?

—Quiere que firme un acuerdo de confidencialidad, que deje la universidad y que no vuelva a hablar contigo ni con Laura. Puede que haya algo más, no lo sé, estoy tan asustada que tengo el cerebro hecho un lío.

—Esos términos son completamente inaceptables. Lo sabes, ¿verdad?

—Quiero decir... Rhue, mi padre ha trabajado mucho para sacar su tienda adelante y cuidar de nosotros después de que mamá se fuera. No puede... no puede dejar que todo eso sea para nada. No puedo... no puedo dejarlo. No puedo dejar que lo pierda todo. No puedo, Rhue.

Quiero discutir con ella. Quiero decirle que es tan importante como su padre, más importante, por lo que a mí respecta. Pero no quiero molestarla más de lo que ya está, sigue conduciendo y hay un largo camino desde Ithaca hasta Rochester.

—Bien, mira. ¿Cuándo quiere una respuesta?

—A las cinco en punto.

Compruebo la hora. 14:16.

—¿Cuándo llegarás a Rochester?

—Justo sobre las cuatro.

—Así que tienes una hora para hacer lo que sea que vayas a hacer —murmuro. —Maldita sea. Espera, ¿dijiste que te envió un mensaje de texto? ¡Joder, llévalo a la policía! No pueden hacer la vista gorda ante una prueba con fecha de caducidad como esa, ¿verdad?

—Ha bloqueado el número —responde, derrotada—. Y nunca usó su nombre, ni el tuyo, ni el de Laura. Desde la perspectiva de una persona ajena, estos mensajes podrían venir de cualquiera.

Por supuesto.

—Es un cabrón —aseguro—. Un cabrón inteligente, pero un cabrón. Muy bien, mira. No quiero que te pongas nerviosa mientras intentas conducir. Nos vemos en casa de tu padre cuando llegues a la ciudad.

—De acuerdo —dice, sonando aliviada—. ¿Y luego?

—Todavía no lo sé —le admito—. Pero lo resolveremos. Ten un poco de fe en mí. Va a salir bien, lo prometo. ¿Estás bien? ¿Ojos secos, cabeza despejada?

—Casi —dice con una pequeña risa húmeda.

—Bien. Cuídate. Nos vemos en un rato.

Cuelgo, furioso. Si pensaba que papá iba a estallar si se enteraba de que me metía con sus hazañas pasadas, va a explotar el doble si me pilla mitigando su venganza contra Madison.

—Bueno, entonces, será mejor que no me pille. Compruebo la dirección por última vez y cierro la carpeta, cotejo el número con una casa de enfrente y salgo del coche. Su casa está situada en una pequeña colina, apartada de la carretera, con un patio delantero lleno de árboles y una escalera de madera que sube desde la acera. Parece más una fortaleza que una casa de campo junto a la playa.

Llamo al timbre dos veces y espero, con la espalda recta mientras intento poner una media sonrisa amistosa. Mi corazón se acelera, nunca había hecho algo así, escarbar en algo que mi padre quiere mantener enterrado. Por primera vez en mi vida, estoy a punto de hacer todas las preguntas correctas, y no estoy seguro de estar preparado para escuchar las respuestas. Entonces se abre la puerta.

—¿Puedo ayudarle? —pregunta.

—Hola, Sibel.

Ella frunce el ceño.

—Rhue. ¿Qué haces aquí?

—Sí. Hola. Siento aparecer así sin avisar, pero necesitaba hablar contigo y tu número no funcionaba.

—Lo cambié —afirma, curvando el labio—. También cambié mi dirección. ¿Quién te dijo dónde encontrarme?

Mierda, no puedo decirle eso.

—Digamos que conozco a las personas adecuadas. ¿Qué te parece?

—Ha sonado igual que tu padre —dice ella, sin poder ocultar su disgusto—. ¿Por qué no podéis dejarme en paz? Sibel me cierra la puerta en la cara. Retrocedo un paso, pero al oírla tantear la

cerradura, me invade la furia. Llamo a la puerta un poco más fuerte de lo necesario.

—¡Vete!

—Solo estoy aquí para hablar, Sibel. Por favor.

—¡Al diablo con esto, te estás metiendo en mi propiedad, voy a llamar a la policía!

Maldita sea, eso es lo último que ninguno de nosotros necesita.

—Si alguna vez te has preocupado por mi madre, aunque sea un poco, no lo harás —respondo con firmeza—. Por favor, escucha lo que tengo que decir, antes de que ocurra algo más. ¿No crees que se lo debes, Sibel?

El silencio me responde. La tensión recorre mi espina dorsal cuando se redobla esa sensación de ser observado, esa ansiedad por ser pillado. Miro a mi alrededor, pero solo veo a un repartidor de comida descargando su mercancía y a un anciano cuidando las esquinas de su césped. Apuesto a que está llamando a la policía ahora mismo. Debería irme, no puedo ayudar a Madison si estoy encerrado, maldita sea, Sibel era mi mejor pista.

Justo cuando me doy la vuelta para salir, ella abre la puerta de un tirón. Tiene su teléfono en la mano, pero la pantalla está oscura.

—Que te den, Rhue, por haberla mencionado.

—Lo siento.

—Puedes entrar tres minutos—dice—. Voy a cronometrarlo. Si pasas esa marca de tres minutos, llamaré a la policía, y ningún chantaje emocional me hará cambiar de opinión.

—Gracias. —Por dentro, estoy haciendo una mueca de dolor. Me ataca de todas las maneras posibles: debe pensar que estoy siguiendo los pasos de mi padre. Me pregunto si Madison también piensa así.

Sibel cierra la puerta detrás de mí y marcha hacia la gran cocina de granito y cromo. La sigo. Hace girar un temporizador de huevos y lo golpea en la encimera entre nosotros.

—Tres minutos. Venga.

Cruzando los brazos, da un par de pasos hacia atrás y se acomoda junto al lavabo.

—Estoy buscando la verdad sobre la muerte de mi madre y creo que tú podrías saber algo al respecto.

—¿Por qué iba a hacerlo? Ni siquiera estaba allí —responde, con la voz temblorosa.

—Eh... eso no es lo que he oído. La historia dice que estuviste allí, después no estuviste, y luego te fuiste antes de que saltara. Hablaste con ella esa tarde, no habías hablado con ella en días, intentaste detenerla, no sabías nada. ¿Cuál es la verdad, Sibel? Solo una parte de eso estaba en sus declaraciones escritas y grabadas, las incoherencias no eran tan llamativas, oficialmente. Si lo fueran, las banderas rojas no se habrían pasado por alto, y ella habría sido sospechosa. Pero leí entre líneas, conecté algunos puntos y utilicé la entrada del diario de mamá como la verdadera línea de tiempo, que no coincide en absoluto con lo que dio a la policía.

El silencio se instala pesadamente entre nosotros mientras ella encuentra cuidadosamente las palabras adecuadas.

—No estaba allí cuando murió, Rhue. No puedo ayudarte. Lo siento.

—¿Crees que se suicidó? —pregunto, observando su expresión.

Su rostro se congela en un gesto cuidadosamente controlado.

—Eso es lo que dijo la policía —responde.

—Pero tú la conocías mejor que la mayoría. ¿Me estás diciendo que es de las que se suicidan cuando se enfrentan a un dilema moral?

Ella parece sorprendida por eso.

—¿Qué dilema moral?

—Una mujer fue violada por su marido en su casa —le digo.

La vergüenza sube por su cuello, al rojo vivo, mientras sus ojos se oscurecen.

—Ella lo descubrió. Dijo que haría algo al respecto, ¿no es así?

Aparta la mirada de mí mientras las lágrimas se derraman sobre sus pestañas.

—Entonces, en lugar de hacer algo, se suicidó. ¿Suena como la Roxanne que conociste?

Sacude la cabeza, pero no dice nada.

—Sibel, ¿mi padre la mató?

Se congela y los finos pelos de sus brazos se erizan mientras los escalofríos recorren su piel. Aprieta los labios y se cruza de brazos.

—Le tienes miedo, ¿verdad?

—Por supuesto que sí —afirma ella, su voz es un duro susurro—. Tú también deberías tenerlo.

—Puedo ganarle —le aseguro, lanzando toda una ración de confianza detrás de mis palabras—. Pero necesito tu ayuda. ¿Qué pasó esa noche?

Me mira, sus ojos oscuros recorren mi cara. Sé que puede ver a Julian en mis rasgos, todo el mundo puede. Solo espero que también pueda ver a Roxanne.

—Recibí una llamada de ella —cuenta con una voz que es casi un susurro—. Parecía asustada. Me dijo que necesitaba que me reuniera con ella en su casa inmediatamente y que la llevara a algún sitio. Antes de que pudiera preguntarle nada, gritó y colgó. Llegué allí y corrí dentro, hasta su despacho, y Julian se quedó allí, en el balcón, furioso. Me dijo que me fuera.

Mi corazón se acelera. Me siento mal. Sospechar de él es una cosa, pero escuchar una prueba como esta es algo totalmente distinto.

—Me escapé —susurra—. Me asustó. Me fui, aparqué en la calle e intenté llamarla de nuevo, pero su teléfono no paraba de comunicar. Entonces pasó la ambulancia a gritos y la policía. —Traga con fuerza, apretando los ojos—. Había muerto.

—¿Le dijiste algo a la policía?

—Lo intenté —murmura—. Estaba histérica. Pensé que era mi culpa, que debería haber discutido con Julian, pensé que seguramente, ella debía estar aún viva, seguramente, podría haberla salvado, haberla convencido de que no saltara.

—Crees que saltó, entonces.

Ella traga y se encoge de hombros.

—Él sabía cómo presionarla, Rhue. —El temporizador suena y ella lo mira con desprecio. —Olvídate de eso. Sé que es difícil pensar en ello... es difícil elaborar la verdad. Sí, creo que tu padre mató a tu madre y sí, creo que ella se suicidó. Tal vez no la empujó

literalmente, pero sus acciones y palabras la habían estado acercando al límite durante años.

Me dedica una pequeña y triste sonrisa.

—Tu madre ponía una buena cara con vosotros y sus clientes. Nunca dejó que Julian viera lo profundamente que la hirió. Pero yo lo vi, Rhue. Lo vi. Y no hice lo suficiente para ayudarla. Supongo que, en ese sentido, quizá también la maté.

¿Por qué las mujeres siguen diciendo eso? Mi padre es el cabrón, no ellas. Pero Madison, ahora Sibel, intentan ponerse ahí, hacerse responsables.

—No lo hiciste —la tranquilizo. ¿Qué más puedo decir? Saco una tarjeta de mi cartera y miro a mi alrededor, evaluando la casa de un millón de dólares. —Bonito lugar. Si alguna vez te planteas vivir en algún sitio menos opresivo para tu cartera, házmelo saber. —Coloco mi tarjeta sobre la encimera y golpeo con un dedo sobre ella.

—Te agradezco mucho que hayas hablado conmigo, Sibel. Y, puede que no signifique mucho viniendo de mí, pero lo siento. Siento todo lo que has pasado.

Traga con fuerza y aprieta los ojos, empujando cascadas gemelas de lágrimas por sus mejillas.

—Deberías irte —indica—. Y no vuelvas. Nunca.

No insisto más. Cada vez tengo una idea más clara de lo que pasó esa noche, pero sé que va a ser un milagro encontrar a alguien dispuesto a culpar a mi padre directamente. No creo que mi madre se lanzara en picado por sus propios medios, por mucho que la presionara. Ella no era así, ¡maldita sea!

Una sensación familiar y desagradable vuelve a aparecer en cuanto me acomodo al volante.

Creo que alguien me está observando.

Me estoy volviendo ridículamente paranoico. Incluso después de comprobar repetidamente los espejos y mirar alrededor, no veo nada fuera de lo normal. Pero quizá dé muchas vueltas más de camino a Madison, por si acaso.

EIGHT
MADISON

No serás tú quien lo pierda todo, Maddie. Será tu padre.

Julian tuvo la audacia de escribir eso. Supongo que ni siquiera teme que alguno de estos mensajes acabe como prueba en un tribunal. Probablemente no ve que esto vaya a los tribunales o incluso que se haga público. Él tiene el poder, y yo soy el ciervo desbocado que intenta evitar los faros. Rhue prometió que trataría de ayudarme, pero no estoy segura de cuánto podría hacer.

Cuando llego a la ciudad, mis niveles de ansiedad se disparan y no puedo deshacerme de esta sensación, esta odiosa sensación de que me están siguiendo. Me detengo frente al ayuntamiento, sin querer llevar a un acosador invisible hasta mi casa. Los minutos pasan en un tenso y frío silencio mientras veo pasar otros coches. Ninguno se queda atrás. No veo ninguna mirada sobre mí. Debe ser una paranoia.

La música a todo volumen pasa junto a mí, atronando desde un todoterreno y acompañada de risas.

Es un sábado por la noche y miro por encima del hombro, temiendo que me sigan. Sacudiendo la cabeza, lucho contra una ola de autocompasión. Estoy en la universidad. Mis únicas preocupaciones deberían ser los estudios y las hormonas. Nada más. Sin embargo, aquí estoy sentada, al volante de mi Prius, con las

rodillas débiles y el sudor calando en mi jersey mientras intento averiguar cómo voy a avisar a papá sin destruirlo. Nunca quise que supiera toda la verdad sobre Julian.

Respiro hondo y vuelvo a meterme en el tráfico, rumbo a casa. Todavía no tengo claro lo que voy a decir cuando me detenga frente a la casa. Espero que las palabras vengan a mí, de alguna manera. Cojo mi bolsa de fin de semana del asiento trasero y cierro el Prius antes de entrar.

—¡Maddie! —Papá me saluda mientras cierro la puerta detrás de mí—. No sabía que ibas a venir este fin de semana.

—Lo siento, debería haber llamado, ¿estás ocupado?

Abre la boca para decir algo, pero hace una pausa mientras estudia mi cara.

—No —responde—. Solo déjame hacer una llamada rápida. —Entra en su guarida. No quiero escuchar, pero sigo en alerta máxima y todo parece un poco más ruidoso, un poco más brillante, un poco más importante.

—Hola, Noelle. Sí, sobre eso... mira, Maddie acaba de aparecer. Sí, normalmente lo haría, pero a ella le pasa algo. Necesito... sí. Eres un encanto. Gracias, cariño. Sí, lo haré. Yo también te quiero.

Maldición y doble maldición. No solo he arruinado su cita de esta noche, sino que también he fracasado por completo al ocultarle mis problemas. Pero ni una sola vez insistió en el tema, nunca trató de obligarme a hablar con él. Estoy abrumada por una ráfaga de amor por mi padre y eso hace que se me salten las lágrimas porque sé que, no importa cómo lo haga esta noche, él va a terminar herido.

Vuelve, sonriendo mientras desliza su teléfono en el bolsillo.

—Dile a Noelle que lo siento de mi parte —comento, con una pequeña sonrisa de disgusto—. No quería arruinar vuestra noche.

—No seas tonta —dice, pasando un brazo por mis hombros. —Una noche en la que puedo ver a mi niña nunca es una noche arruinada. Pero ya que oíste todo eso, no hay razón para pasar de puntillas por esto... ¿Qué pasa, Maddie?

Me inclino hacia él y respiro profundamente. Lo he dicho en voz alta muchas veces en las últimas semanas: debería ser más fácil, no más difícil. Pero mi corazón da vueltas y mi estómago se hace un

nudo, y las palabras intentan serpentear por ese laberinto para salir de mi boca. Antes de que consiga decir algo, suena el timbre de la puerta.

—Oh, mierda. Primero, debería habértelo dicho ya, pero Rhue vendrá aquí. Probablemente sea él. —Dios, eso espero.

Papá frunce el ceño mientras nos dirigimos a la puerta principal.

—¿Tiene Rhue algo que ver con lo que está pasando?

—Indirectamente —respondo vagamente—. Pero espero que tenga algo que ver con la solución.

Rhue parece preocupado al abrir la puerta y lanza una mirada por encima del hombro antes de entrar. Me pregunto si él también lo siente, esa sensación de ser seguido.

—Hola Sr. Willis, Madison —saluda—. ¿Cómo va todo?

Cierro la puerta tras él. En cuanto se cierra, su tono desenfadado desaparece.

—¿Se lo has contado?

Niego con la cabeza.

—Acabo de llegar.

—¿De qué va todo esto? —pregunta papá, preocupado.

—Sentémonos —sugiero—. Hay mucho.

Nos sentamos alrededor de la mesa y cierro los ojos, deseando que mis palabras encuentren mi boca.

—Julian Echeveria está a punto de hacerte la vida imposible —le suelto—. Y es por mi culpa.

Hay un silencio durante un tiempo y abro los ojos. Papá me mira pensativo. Rhue parece enfadado.

—Quizá deberías empezar por el principio —comenta papá.

No puedo mirarlo. No puedo soportar ver el dolor en sus ojos cuando escuche las palabras. En su lugar, miro hacia mi regazo, cerrando las mangas de mi jersey en mis puños.

—Julian me violó el año pasado después de una de las clases particulares —lo escupo, en voz baja—. Me dijo que, si alguna vez se lo decía a alguien, nos arruinaría a los dos. Pero ya se lo había contado a Roxanne: lo escribió en su diario unos días antes de morir. Dijo, en el diario, que iba a hacer algo al respecto. Ella me dijo lo mismo cuando se lo conté.

Se me hace un nudo en la garganta y el silencio se vuelve espeso por la emoción. Sigo adelante mientras puedo.

—Laura encontró el diario. La semana pasada me lo enseñó. Rhue también lo vio.

Rhue se aclara la garganta.

—Siento interrumpir, Madison, pero aquí es donde puedo tener la culpa. Ayer volví a casa porque mi padre quería hablar de algunos asuntos conmigo. Tuvimos un par de desacuerdos, se descontrolaron un poco, y le llamé violador. Ya está enfadado porque Laura y yo pasamos tiempo abiertamente con Madison, y porque ella y yo vamos a las mismas clases de la universidad, supongo que ha sumado dos y dos.

Papá sigue sin decir nada.

—Esta mañana, después de ese altercado, supongo, comenzó a enviarme mensajes de texto desde un número bloqueado, amenazándome. Al final me dio un ultimátum: o firmo un acuerdo de confidencialidad y dejo la universidad y no vuelvo a hablar con su familia, o te destruye.

Papá resopla, y la diversión me hace levantar la vista hacia él. La furia apasionada en sus ojos, el rizo de diversión sardónica en sus labios, la tensión de sus hombros... parece una persona diferente.

—Destruirme, ¿eh? —dice, con la voz temblorosa.

—Lo siento, Sr. Willis. Sé que mi padre hace mucho por esta ciudad, se hace ver como una buena persona...

—Nunca he considerado a Julian un ciudadano honrado —interrumpe papá, con los ojos brillando peligrosamente.

—No te equivocarías. Es...

—Más bien un baboso hijo de puta —vuelve a interrumpir papá —. No te ofendas, Rhue. Tú pareces un buen chico.

Vaya. Bueno. No lo vi venir.

—Estoy confundida. Pensé que vosotros dos erais, no sé... ¿amigos?

—¿Qué? No. Dios, no, Maddie. Es un imbécil escurridizo con demasiado dinero y poder en esta ciudad. Voy a votar a su oponente en las próximas elecciones, y espero que alguien lo entierre algún día, porque ha hecho un montón de cosas desagradables. —Ahí está

ese dolor que no quería ver. Sin embargo, no quito los ojos de su cara.

—Antes solo tenías cosas buenas que decir sobre él. No lo entiendo.

Papá respira profundamente y contiene por un momento una sonrisa amarga.

—Sé que no debo hablar mal del hombre que tiene mi contrato de alquiler controlado en una ciudad cara —dice—. Pero Julian y yo... empezamos con mal pie. ¿Recuerdas que te dije que Roxanne y yo éramos novios en el instituto antes de que Julian diera el estirón? El primer año, creo. Bueno, seguí siendo amigo de ella después de la ruptura.

—Ohhh —comenta Rhue, con los ojos muy abiertos—. Oh, eso explica muchas cosas.

—¿Qué? —Pregunto.

—Cuando mamá le dijo que ibas a ser mi profesora particular, hizo un montón de preguntas, como si nunca hubiera oído que se interesara por ningún miembro del personal de esa manera, pero la interrogó sobre tu apellido y otras cosas y parecía realmente molesto por todo el asunto. Siguieron discutiendo por ello hasta que finalmente apareciste tú, peleas en las que él seguía acusándola de engañarla, lo que sigue siendo la gilipollez más hipócrita que he oído nunca.

Papá asiente.

—La cosa es que Julian nunca pudo dejar de lado el hecho de que Roxanne y yo solíamos estar juntos, aunque solo fuéramos críos. No lo decía abiertamente, pero siempre me di cuenta de que le molestaba, sobre todo porque Roxanne y yo manteníamos el contacto. Solíamos reunirnos para tomar un café cada dos meses. De hecho, vino a tu bautizo —dice papá, con la mirada perdida al recordar—. Roxanne y tu madre eran mejores amigas.

No sé tanto de mi madre, y he decidido que quiero las cosas así. Se fue. Su carrera era más importante, y la estábamos frenando. Si bien es posible que nunca supere realmente el sentimiento crónico de rechazo, tampoco lo alimentaré con fragmentos de ella.

—Entonces, ¿era solo cuestión de tiempo que Julian te quitara la alfombra de debajo de los pies? ¿Es eso lo que intentas decirme? —Pregunto.

Papá asiente una vez, pero la furia en sus ojos se ha fundido en lágrimas. Me mira y le tiembla el labio.

—Siento mucho que se haya desquitado contigo —dice, acercándose a acariciar mi mejilla—. Ese idiota no merece ni siquiera mirarte.

Aprieto mi mejilla contra la palma de su mano y dejo que fluyan las lágrimas que he mantenido encerradas durante tanto tiempo. Necesitaba a mi padre y lo dejé fuera.

—El problema, Sr. Willis, es que le dio un plazo de cinco horas para aceptar sus condiciones. Si no lo hace, él va a tomar medidas. Eso es todo lo que sabemos, no sabemos qué tipo de acción está pensando.

—¿Qué dijo específicamente? —pregunta papá.

—Ha dicho que lo perderás todo —le resumo.

El silencio se apodera de la mesa durante un largo momento, solo roto por el sonido del pequeño reloj de la cocina. Es como si todos estuviéramos conteniendo la respiración. Dije el horrible secreto en voz alta y el mundo no se acabó, pero no ha terminado. Ni siquiera está cerca. Hay una sensación de fatalidad inminente, como si un zapato gigante bajara y nosotros, tres estúpidas hormiguitas, no tuviéramos adónde ir.

—¿Has hecho terapia? —pregunta papá.

Niego con la cabeza.

—Me imaginé que eso sería una pista falsa, y que no me serviría de nada de todos modos, ya que seguiría siendo revelador. Supongo que ese barco ha zarpado.

Asiente con la cabeza.

—¿Y tú, Rhue?

Rhue frunce el ceño.

—¿Yo? ¿Para qué necesito terapia?

Papá me lanza una mirada cómplice y yo reprimo una sonrisa. Rhue mira de un lado a otro.

—Perder a un padre tan joven, y de forma tan violenta, es traumático —continúa papá—. Por no hablar de haber sido criado por ese idiota de Julian. No te digo lo que tienes que hacer, pero podrías planteártelo.

—¿Violentamente? —Pregunto. —Papá... Roxanne... dijiste que erais amigos. Buenos amigos, incluso. ¿Parecía una persona que se suicidaría?

—Completamente fuera de lugar —dice papá, inequívocamente —. Debe haberla llevado más allá de unos límites bastante extremos para que Roxanne se hiciera eso. —Mira a Rhue, que parece dolido. —Lo siento, hijo.

—Mi hermana todavía no cree que lo haya hecho —confiesa Rhue en voz baja—. Ella cree...

El teléfono de papá suena con fuerza, interrumpiendo a Rhue. El corazón me salta a la garganta y compruebo la hora. Un minuto después de las cinco. Un idiota puntual.

—¿Hola? Hola, Julian, ¿qué pasa? Oh, no te preocupes por eso, no estoy ocupado. ¿Hm? Ah. Lo vendí, eh. Sí, creo que es un gran espacio para un dojo. ¿Cuánto tiempo? Dos semanas. Eso es un poco... mm. Sí, técnicamente es el final del alquiler... no, lo entiendo. Estas cosas pasan. Un trato demasiado bueno para dejarlo pasar, ¿verdad? Sí. Bueno, eso es una gran ganancia, ¿qué vas a hacer con todo ese dinero? Inversiones residenciales. Ya veo. ¡Alquileres, oh... ¡ja! Casas adosadas. Qué sorpresa. Toda la fila, ¿eh? Bueno, buena suerte con eso. Algunos de esos propietarios pueden ser bastante testarudos. —Los ojos de papá son duros y acerados. Normalmente no me lo imagino poniéndose violento, pero ahora mismo, sí que puedo.

—Sí, te escucho, te escucho. Bien. Dos semanas, sí. Ajá. Buenas tardes, Julian. —Papá cuelga el teléfono y lo coloca con mucho cuidado sobre la mesa, como si temiera perder el control y destrozar el maldito aparato.

—¿Qué ha pasado? —Pregunto.

—Bueno, se disculpó por llamar un sábado por la tarde, pero dijo que había tomado una decisión, que no sería justo retrasarla hasta el lunes —responde papá, frunciendo los labios—. Está vendiendo el

edificio de la avenida. Ya han redactado los papeles. Tengo dos semanas para vaciar la tienda y encontrar otro lugar para llevar mi negocio. La tienda, el taller, la oficina, todo. Todo debo quitarlo. Ah... Y está usando las ganancias para comprar una fila de adosados. —Señala nuestras cuatro paredes, dos de las cuales están conectadas con nuestros vecinos. Por lo que sé, es dueño de nuestra casa, pero si pierde su negocio, las deudas se lo comerán vivo. Se verá obligado a vender.

Es un choque de trenes en cámara lenta, y no puedo hacer nada para detenerlo.

Este es Julian. Esto es lo que hace. Es un hijo de puta rencoroso y vengativo. Fue a dar el golpe de gracia desde el principio. Todo a la yugular, nada de juegos previos. No creo que tengamos forma de recuperarnos de esto. Papá no puede obtener muchos beneficios si paga el precio del alquiler actual en un espacio igualmente accesible en el centro de la ciudad. Joder.

—Sr. Willis, no quiero que se preocupe por eso —comenta Rhue. Ni siquiera tengo tiempo de procesar el golpe que Julian acaba de dar. —Tengo algunas propiedades centrales compradas con una cuarta parte del fondo fiduciario que mi madre me dejó al morir. Conozco al menos dos que se adaptarán perfectamente a su negocio, y con mucho gusto haré que mi abogado redacte un nuevo contrato de arrendamiento, efectivo a partir del lunes. Te cobraré la misma tarifa que le pagabas a mi padre. No es necesario un depósito, y no hay alquiler hasta el primero.

—Guau —me oigo murmurar.

Papá se queda sin palabras. En blanco. Una simple hoja de papel recortada para parecerse a un ser humano. —¿Ahora qué dices? —logra pronunciar.

—Mira —dice Rhue—. Mi padre es un gilipollas. Has sido uno de sus residentes más leales, y que te eche así es rencoroso y lamentablemente poco profesional. Resulta que puedo ayudarte. Teniendo en cuenta todo lo que ya os ha hecho pasar a los dos, es lo menos que puedo hacer.

—Mierda —añade papá, sonriendo como un loco—. Rhue... —se le hace un nudo en la garganta, se levanta y recorre la mesa. Rhue

se levanta y se dan la mano, luego papá le da un fuerte abrazo. Las lágrimas resbalan por su rostro. —Gracias, chaval.

—No me des las gracias todavía —responde Rhue—. Todavía no he pensado qué hacer con la casa de la ciudad.

—No te preocupes por eso —dice papá, riendo entre lágrimas—. Si puedo mantener mi negocio, puedo mantener mi casa.

A mí también se me caen las lágrimas. Para mi asombro, Rhue me está ayudando de una manera que ni siquiera podía imaginar.

El cambio se acerca, y creo que ni siquiera Julian Echeveria podrá mantenerlo a raya.

No cuando alguien como Rhue está en la cresta de la ola.

Me pidió que tuviera un poco de fe, y luego pasó a salvar el negocio de mi padre y nuestra casa en un abrir y cerrar de ojos. Sí, tengo fe. Tengo una fe absoluta en él.

NINE
MADISON

—Bueno —dice papá, limpiándose la cara y fingiendo que no acaba de llorar—. Ya es hora. ¿Quién quiere ayudarme a hacer la cena?

—Oh —exclama Rhue—. En realidad, me preguntaba si podría robarte un rato a Madison. —Se vuelve hacia mí. —Necesito hablar contigo sobre la subcultura transgénero brasileña. Ya sabes, el módulo que haremos la próxima semana en la clase del Sr. Haynes. Esperaba que pudiéramos preparar la clase antes.

Hicimos ese módulo la semana pasada, lo que significa que tiene algo que decirme que no quiere decir delante de papá, o que quiere una excusa para estar conmigo a solas. No estoy segura de que quiera oponerme a ninguna de las dos cosas, el hecho de que salve el sustento de papá me hace verle bajo una luz totalmente nueva.

Papá parece un poco cabizbajo, y yo estoy irritada con Rhue por no haber esperado un poco más. ¿Es realmente tan urgente que hablemos ahora?

—Podemos ayudarle —digo, pero Rhue ya se ha levantado y me agarra suavemente el codo mientras me levanta y se levanta de la silla. En cuestión de segundos, estamos cruzando la cocina.

—Vamos —susurra—. Tenemos que hablar.

—Papá, lo siento. —Le llamo cuando llegamos al pasillo.

Papá dice algo parecido a «¡No te preocupes, cariño!», pero es demasiado tarde para que lo escuche con claridad. Rhue nos hace subir las escaleras. Cuando llegamos a mi habitación, estoy sin aliento, nerviosa y un poco confundida porque no entiendo la urgencia.

—Rhue, ¿qué cojones? —siseo.

Estamos en mi habitación, y Rhue acaba de cerrar la puerta detrás de nosotros. No sé por qué, pero me siento caliente y vulnerable. La oscuridad de sus ojos y la suavidad de sus movimientos le hacen parecer un tigre a punto de abalanzarse sobre su presa. Un escalofrío recorre mi columna vertebral mientras me mira durante lo que parece una eternidad.

—¿Te acuerdas de la asistente personal de mi madre? —pregunta, rompiendo por fin el pesado silencio. Con los brazos cruzados, me doy cuenta de que esta conversación no va a derivar en desnudez, jadeos y besos voraces. Curiosamente, estoy decepcionada. —Sibel Osman. ¿La conociste?

Tengo que pensarlo un momento. —Puede que la haya visto por tu casa una o dos veces, pero solo de pasada, cuando entraba o salía de una clase contigo.

—Morena alta, pelo largo, ojos marrones.

—Sí, piernas para días. Turca, ¿verdad?

—Sí, es ella —afirma, con las cejas fruncidas y los labios apretados—. La he visto hoy. Resulta que dio declaraciones contradictorias a la policía de Rochester sobre el día en que murió mi madre, pero nadie hizo un seguimiento después de que el forense dictaminara que fue un suicidio.

—¡Oh!

Se me hiela la sangre. La teoría de Laura. Por un lado, me sorprende que Rhue haya decidido hacer un seguimiento. Por otro lado, estoy realmente aterrada. Estamos hurgando en un avispero, y Rhue es básicamente un avispero por naturaleza. No se picará como lo haré yo si Julian se entera de que estamos investigando la muerte de Roxanne, especialmente si la mató, pero incluso si no lo hizo. Le haría quedar mal, y si hay algo que Julian odia, es quedar mal.

Me siento entumecida y Rhue nota que el color abandona mis mejillas.

—Maddie, tuve que hacerlo. Con todo lo que me contaste, todo lo que dijo Laura, todo lo que hay en el diario de mamá, no podía dejarlo así. —Parece arrepentido, pero sé que seguirá con ello, a pesar de sentirse así. Diablos, yo probablemente haría lo mismo. —Definitivamente hay algo raro en todo esto.

—¿Qué quieres decir? —Me tiembla la voz. Cada referencia a la muerte de Roxanne y a mi trauma desencadena todo tipo de pesadillas en el fondo de mi cabeza: monstruos oscuros que esperan la caída de la noche y el sueño para acosarme y torturarme hasta el amanecer.

—Sobre la muerte de mi madre. No voy a acusar directamente a mi padre, pero creo que Laura tiene algo que ver. Hay algo sospechoso en lo sucedido, y puede tener que ver con Julian. Encontré un detective en la unidad de Crímenes Mayores que parece estar de acuerdo conmigo. Me cuenta su encuentro con Cordero, el expediente que adquirió y su encuentro con Sibel. Escucho atentamente los detalles mientras se explaya.

—Pero al final, Sibel no tenía nada nuevo que contar —suspiro, sintiéndome bastante decepcionada.

Rhue sacude la cabeza, pensando profundamente.

—Está asustada, Maddie. Está aterrorizada, y estoy seguro de que mi padre le está pagando para que se quede callada. No hay manera de que ella pueda pagar ese lugar, incluso si mi madre le pagó el doble de la tarifa vigente. Tiene a todo el mundo bajo su control: sobornos, chantajes o ambos, excepto a ti.

—Rhue... —empiezo a decir, pero me doy cuenta de que apenas puedo hablar. Se me hace un nudo en la garganta y se me cierra.

Rhue llega hasta mí en un suspiro y se arrodilla en el suelo frente a mí. Me lleva a sus brazos y me abraza con fuerza. Había olvidado lo alto que es. Lo fuerte que está. Sus brazos me mantienen cerca, encerrados con fuerza mientras los latidos de su corazón resuenan contra los míos. Su colonia me acaricia las fosas nasales y me proporciona una sensación de seguridad que no he sentido con nadie más que con él.

—Rhue, tengo miedo.

—No puedo deshacer lo que hizo —me dice— pero puedo hacer todo lo que esté en mi mano para que pague por ello.

—¿Pero cómo? Es intocable. —Me retiro y le miro, mi amigo convertido en enemigo convertido en amante convertido en enemigo convertido en... ¿conspirador? Ya ni siquiera sé lo que somos, pero sé que sus caricias me dan vida después de pasar un año sintiéndome medio muerta.

—Hay formas —asegura en un tono sombrío—. Maddie, escucha, mi padre no es invencible. Ahora mismo, está desesperado por ganar estas elecciones. Significan algo para él. Sé que, si sigue paranoico, si lo mantengo en vilo, pensando que es solo cuestión de tiempo que se descubra su tapadera, sé que tendrá un desliz. Cometerá un error. Lo pillaremos.

Me quedo quieta, observándolo. Rhue es valiente. Hay que reconocer el mérito cuando se debe. Es valiente e intrépido, y aunque eso es admirable, maldita sea, no es solo su propio cuello el que está en juego. Julian no le haría daño. En el peor de los casos, amordazaría a su hijo y lo encerraría hasta que se acabaran. Al final, volvería a ser yo la que sufriera, y mi padre se uniría a mí en la miseria. No quiero que nadie más se convierta en un aval aquí.

—Creo que me están siguiendo —decido contarle. Puede que sea solo mi paranoia, pero tal vez asuste a Rhue y le haga retroceder. —Julian no se anda con chiquitas. Si me ve, sabrá que estás aquí. Sabrá que estamos hablando, y...

Rhue coge mi mano entre las suyas, sujetándola con seguridad, aunque con suavidad. —Y yo te protegeré. Te lo prometo.

Sacudo la cabeza, a punto de decir algo. A punto de darle todas las razones por las que mirarme como lo hace y prometerme las cosas que me promete no está bien, pero entonces se acerca. En el lapso de un latido, sus labios están sobre los míos, nuestras manos entrelazadas, su cuerpo presionando contra el mío.

Los latidos de mi corazón se aceleran. El ritmo pierde todo su sentido, golpeando y retumbando y palpitando en mis oídos mientras mi sangre se disuelve, y me derrito en su abrazo. Nuestras lenguas

se enredan y juegan, nuestros labios se suavizan mientras los sabores convergen.

No me importa que sus manos se muevan ahora lentamente por mi espalda, buscando tranquilamente el dobladillo de mi jersey. Las yemas de sus dedos encuentran mi piel, fría en mi carne caliente, y arqueo la espalda mientras él endereza la suya. Incluso entonces, nunca rompemos el beso.

Rhue sube una mano, los dedos se deslizan bajo el tirante de mi sujetador. La otra está bajando, colándose bajo mis vaqueros. Me agarra por el culo y yo me retuerzo y jadeo. Le hace sonreír mientras echa la cabeza hacia atrás un segundo. Le encanta sacarme estas reacciones, expresa el brillo juguetón de sus ojos.

—Te encanta esto —dice Rhue en voz baja.

No respondo, me estremezco cuando sus dedos se deslizan entre mis nalgas y encuentran mi carne resbaladiza y caliente y anhelan alguna otra parte de él.

—Madison —suspira.

Rhue hace una pausa, lo suficiente para que pueda analizar su rostro, las líneas de sus afiladas mejillas, su elegante mandíbula y su piel acaramelada.

Su dedo entra y yo aspiro, estremeciéndome desde el fondo. Sus cejas se arrugan sobre sus ojos oscuros y retira la mano. No me muevo, insegura de lo que está haciendo, insegura de lo que quiero que haga. Tengo ganas de gritar y de besarle, mis nervios saltan por todas partes, estoy excitada y aterrorizada a la vez y no tengo ni idea de qué hacer. Rhue coloca sus manos en mis caderas y toca su frente con la mía.

—Te deseo —admite, besándome suavemente esta vez. Sus manos no se mueven. —Pero solo si tú también quieres. Podemos ir despacio. Quiero que vengas a mí solo cuando estés preparada para detenerme si sientes que voy demasiado rápido. Ser vulnerable conmigo solo cuando estés preparada para llamarme la atención si sientes que estoy siendo un imbécil. No quiero hacerte daño, Maddie.

La adrenalina corre por mis venas sin ningún lugar a donde ir. Veo sombras de la habitación de Julian en los rincones de mis ojos,

sombras de su cara que parpadean en la de Rhue. Estoy respirando muy fuerte, muy rápido, pero no estoy recibiendo aire. Me estoy hundiendo, cayendo en una pesadilla.

—¡La cena! —Papá llama— ¿Quién quiere lasaña?

—¿Lista? —pregunta Rhue.

—Dame un segundo —le indico.

Sintiéndome estúpida y temblorosa, salgo corriendo de mi habitación, bajo las escaleras y entro en el baño.

—¿Estás bien, cariño? —Papá llama desde el otro lado de la puerta unos segundos después.

—Sí, solo voy a lavarme las manos. ¿Hay vino? —Pregunto, lo suficientemente alto como para que me escuche.

Papá tarda un segundo en contestar, mientras yo dejo que el agua fría me bañe las muñecas. —Sí, abriré una botella.

Después de que mis manos dejan de temblar, me enjabono y me quito algunos de los gérmenes de encima, y luego procedo a salpicarme la cara con esta agua fría. Necesito unos momentos, pero al final, me impongo. Crisis evitada. El ataque de ansiedad no se produce. Además, hay vino. Estaré bien.

No sé cómo voy a tener una oportunidad de tener un romance normal. Puede que Julian haya arruinado eso para mí para siempre. Ugh, reina del drama.

TEN
MADISON

—Huele de maravilla —le digo a papá, y le regalo a Rhue una leve sonrisa—. Hola.

—Oye —dice, mirándome con atención—. ¿Estás bien?

—No tan buena como esta comida —bromeo, contemplando la sartén de lasaña de papá que está en el centro de la mesa. —¿Cuándo has encontrado tiempo para hacer esto? —le pregunto.

Se encoge de hombros.

—Como que ya lo tenía preparado —admite con una sonrisa.

Hago una mueca de dolor.

—Pobre Noelle. ¿Quizás deberíamos invitarla a casa?

—No, ya ha comido —contesta papá—. Salió a la ciudad con su hermana cuando cancelé la cena. Es así de independiente.

—Menudo partido —le comento con una mirada socarrona—. No es una aspirante a expatriada, ¿verdad?

—No —responde papá riendo—. No, me aseguré de sentarla y definir el concepto de «independiente» antes de que hiciéramos las cosas oficiales.

—Mi madre también es súper independiente —le explico a Rhue.

—¿Sí? ¿Qué le ha pasado? —Pregunta.

Me encojo de hombros.

—Nada especial. Un día nos abandonó y nunca más volvió. Nos envió una carta unas semanas después desde París. Al parecer, sintió que mi padre y yo estábamos hundiendo su carrera, y recibió una oferta para trabajar en un restaurante súper elegante... En resumen, no existimos para ella, y ella no existe para nosotros.

No compensa el agujero que dejó... pero mi padre y yo sobrevivimos.

—Lo siento —dice Rhue.

—Está bien. Era lo suficientemente mayor como para entender lo egoísta que era. Sinceramente, no todo el mundo está hecho para ser esposa y madre, y mi madre lo demostró. Estoy agradecida de que haya decidido irse y haya dado una oportunidad a papá y al matrimonio.

—Eres muy práctica en esto —responde Rhue—. No sé si debo aplaudirte o preocuparme.

TENIENDO en cuenta la mierda que me han lanzado, el hecho de que mamá se vaya es básicamente historia antigua y está en el fondo del montón de problemas que me acosarán hasta que sea vieja y esté lista para morir.

Se ríe.

—Maldita sea, eres brillantemente positiva.

—Meh. Un rayo de sol andante.

—Esa es mi chica —añade papá, riéndose—. Sinceramente, Rhue, si no fuera por tu madre y Maddie, me habría costado mucho más adaptarme. Roxanne tenía una manera de ver las dos caras de algo así, me ayudó mucho. Era una muy buena psicóloga, pero también habría sido una fantástica psicoterapeuta.

—No tenía ni idea de que te costara tanto —le digo, sintiéndome un poco dolida.

—Eras una niña, Maddie —comenta papá—. No quería que cargaras con todo eso. No habría sido correcto. Así que decidme, vosotros dos, aparte de cabrear a su señoría, ¿qué habéis estado haciendo? ¿Cómo os trata la universidad?

—Como blancos móviles —digo, con mal humor.

Papá sonríe.

—¿Supongo que os han hecho novatadas?

Rhue suelta una risa nerviosa y me echa un vistazo. No puedo evitar sonreír, recordando lo extraña y vaporosa que fue aquella noche. Es extraño que el recuerdo de Rhue tocándome no me haga entrar en pánico como lo hace el toque real de Rhue. ¿Qué me pasa?

—Cornell ha cambiado algunas reglas —añade Rhue, y luego engulle el resto de su vino. —Es solo de forma voluntaria, y se dirige tanto a los hombres como a las mujeres que dan su consentimiento.

En un instante, papá gira la cabeza y su mirada me encuentra. Arquea las cejas hacia arriba mientras frunce los labios por un momento.

—Déjame adivinar, tú consentiste.

—Lo hice.

Deja escapar una carcajada.

—Lo sabía. ¿Qué tuviste que hacer?

—Oh. Acabamos pasando la noche en una cabaña en medio del bosque —explica Rhue con indiferencia—. Había cerveza en la despensa. También galletas. Mantas. Estuvimos bien.

—¿Vosotros juntos, Maddie y tú?

Rhue me mira brevemente y yo asiento con la cabeza.

—Sí, señor. Fuimos los primeros en llegar y reclamar la cabaña. Hubo algunas carreras por el bosque para eso. Para ser sincero, creo que podrían haberlo organizado mejor, pero creo que han tenido quejas de estudiantes con... digamos, una piel más fina.

Papá suspira, sacudiendo la cabeza lentamente. —Sí, eso no me sorprende. Aunque creo que es mejor. Las novatadas en sí mismas son absurdas, un remanente de masculinidad tóxica que deberíamos dejar atrás.

—Vaya, suenas igual que tu hija.

Eso hace que los tres estallemos en carcajadas. Siento que puedo contribuir a la conversación ahora que estamos en el punto súper incómodo de contar las historias de esa noche en particular.

—Se acabó, y me alegro. Tal vez la próxima ronda de novatos se divierta más, no lo sé. Fue un poco flojo.

—Meh, tuvo sus momentos —responde Rhue, y sé exactamente a qué se refiere. Mi sangre hierve a fuego lento por un recuerdo que pasa por mi cabeza... si tan solo pudiera conseguirlo cuando estamos solos.

Más tarde, cuando se prepara para salir, le acompaño a la puerta. Se detiene en el umbral, mirándome a los ojos, haciendo que mi piel se caliente de nuevo.

—Cuando estés lista —murmura—. Solo di la palabra. —Sus labios rozan los míos, suavemente, provocando un cosquilleo en mi columna vertebral. Luego, con una pequeña sonrisa y ojos oscuros como el cielo, desaparece en la noche. Suspirando, cierro la puerta y me doy la vuelta para encontrar a papá sonriendo.

Duda un momento y luego se ríe.

—Supongo que ahora entiendo por qué Rhue se apresuró a ofrecerme una propiedad en alquiler. ¿Cuánto tiempo hace que vosotros dos... ya sabéis...

—Técnicamente, no lo somos. Todavía. Creo.

Levanta una ceja y lanza una mirada significativa a la puerta.

—¿Técnicamente? ¿Y en la práctica?

—Se podría decir que sí —acepto, sonriendo. Papá se lo piensa un momento y me pasa un brazo por los hombros. Le acompaño a la cocina, donde nos espera una pila de platos.

—Sabes, me alegro de que estés bien. Me alegro de que Rhue esté bien. Y, francamente, me alegro de que tú y Rhue lo intentéis —reconoce papá—. Aunque no puedo prometer que no vaya a por Julian por lo que te hizo. Pensar que estás tan cerca de esa familia mientras él sigue siendo un hombre libre... —Una sombra cruza su rostro. —No quiero perderte, Maddie.

—Nunca me perderás, no importa a dónde vaya, lo que haga o con quién esté —respondo y me acurruco en su abrazo—. Julian no ganará. Contigo y Rhue de mi lado, no puede tocarme.

—Maldita sea —dice ferozmente.

El calor de su amor paternal me envuelve en un cálido resplandor mientras cierro los ojos y doy gracias al cielo por tener a este hombre en mi vida. No sé qué habría hecho sin él. No sé cómo he aguantado tanto tiempo sin su apoyo. Lavamos los platos juntos y,

por un momento, el mundo parece normal, casi como si nada horrible hubiera ocurrido.

La mañana del domingo transcurre perezosamente sin más amenazas de Julian. Noelle viene a almorzar y, durante unas horas preciosas, el mayor desafío al que papá y yo tenemos que enfrentarnos es su incomodidad por tenernos a Noelle y a mí en el mismo lugar al mismo tiempo. No es que no nos hayamos visto nunca, lleva viéndola unos cuantos años por lo menos, pero siempre ha sido muy cuidadoso para que su vida amorosa no afecte a mi educación. Sin embargo, ahora que soy adulta, se le acabaron las excusas, y entre Noelle y yo, lo agotamos.

—Espero que estéis contentas —comenta, malhumorado mientras nos sentamos todos a comer.

—Emocionada —digo, sonriendo a Noelle. Tiene poco más de treinta años, casi la diferencia entre la edad de papá y la mía. Tiene el pelo rubio ondulado que se convierte en tirabuzones en las puntas, y unos ojos grises, grandes y serios. Incluso en domingo, parece llevar un aire profesional, lo que tiene sentido, ya que las noticias nunca se toman un fin de semana.

—Encantada —asiente, devolviéndome la sonrisa—. ¡Te lo juro, este hombre habla de ti todo el tiempo! Tenía miedo de no poder pasar nunca un tiempo real contigo. Oh, cállate, ya sé la razón... estoy feliz de estar aquí, eso es todo.

Papá sonríe, sonrojándose felizmente. Apenas había abierto la boca para discutir cuando ella le hizo callar, deben conocerse bien. Esto queda cada vez más claro a medida que el almuerzo se alarga: conocen los gustos del otro, terminan las frases del otro, son una unidad, sólida y simbiótica. Tiene sentido, fueron amigos durante mucho tiempo antes de empezar a salir. Aun así, empiezo a sentirme un poco como un tercero en discordia en mi propia casa cuando estamos recogiendo los platos.

—Oh, la naturaleza me llama —comenta papá con una mueca mientras lleno el fregadero con agua jabonosa.

—Te dije que no te pasaras con el queso —responde Noelle, besando su mejilla mientras pasa a toda prisa por delante de ella. Se

ríe mientras él desaparece en el baño y me lanza una mirada significativa. —Nunca será fácil lidiar con el queso.

—Será su perdición —asiento, riendo.

Dirige una mirada furtiva al baño y luego se vuelve hacia mí, con sus ojos grises intensos y duros como el acero.

—Necesitaba hablar contigo de todos modos —dice, manteniendo la voz baja—. Estoy trabajando en una historia. Comenzó como un antecedente de los candidatos, pero se está convirtiendo en algo mucho más importante. Tu padre me dijo que trabajaste para la familia Echeveria el año pasado, y que estás saliendo con el hijo... No quisiera causarte problemas, pero creo que esto es extremadamente importante. ¿Estás dispuesta a quedar conmigo en algún momento de esta semana? Sé que tienes clase, pero puedo ir a Ithaca. ¡Podemos almorzar! Yo invito.

Mi estómago se convierte en agua y empieza a hervir. Creo que esto —más que decírselo a Rhue, más que decírselo a Roxanne, incluso más que decírselo a mi padre— es lo que Julian me estaba advirtiendo que no hiciera. Si le digo lo que sé, quedará expuesto como el imbécil que es. Diablos, todo lo que tendría que hacer es conseguirle copias del diario de Roxanne. No sé si Laura aceptaría eso, pero Rhue...

Espera, ¿en qué estoy pensando? ¡No puedo hacer esto! No hay ninguna posibilidad. Me matará, o matará a mi padre, o quemará su tienda o algo así. La imagen de él imponiéndose sobre mí con rabia en los ojos y cocaína en la nariz pasa por mi mente y me absorbe un remolino de pánico, entonces Noelle me agarra de las manos y vuelvo a estar en mi cocina, mirándola a los ojos.

—Ese pánico —comenta en voz baja—. Eso es lo que veo en la cara de todas las mujeres con las que he hablado de Julian. Cada. una. De ellas.

—¿Con todas? —Me tiembla la voz. Sé que la mayoría de las mujeres del diario de Roxanne ya no están en el país, lo que significa que todavía se aprovecha de las mujeres que le rodean.

—Hasta la última —añade—. Y ninguno de ellas me dirá por qué. El hombre es un idiota aterrador, lo reconozco, pero piénsalo, Madison. Está a punto de entrar en un nuevo nivel de poder. El

hombre que se presenta contra él no tiene ninguna posibilidad. Piensa en las empleadas. Las secretarias. ¡Diablos, sus compañeras del ayuntamiento! Eres una mujer brillante, inteligente y con un fuerte sistema de apoyo. Si es tan poderoso como para paralizarte, ¿qué hará con las mujeres que no tienen tanta suerte?

Suena el ruido de la cisterna procedente del baño y yo retiro mis manos de las suyas con culpa.

—Piénsalo —concluye—. Te daré mi número antes de irme.

Me duele el corazón porque sé que tiene razón. El ascenso de Julian en el poder solo le da acceso a más víctimas y a un mayor aislamiento de la justicia. Ojalá fuera lo suficientemente fuerte, lo suficientemente valiente, para desafiarle tan abiertamente. Pero tengo miedo. Ahora le tengo más miedo que antes, porque, aunque Rhue nos salvó el culo, Julian fue capaz de asestar un golpe mortal a las pocas horas de decidirlo. Si llevo esto a cabo, no sé de lo que será capaz.

La puesta de sol se extiende sobre el oeste en franjas de rojo incandescente, y es hora de que coja mi maleta y vuelva a Ithaca. Noelle me deja su número y me dice que me cuide. Le digo que lo intentaré, luego abrazo y beso de despedida a mi padre y me pongo al volante de mi Prius.

EN CUANTO SALGO de mi bloque, esa desagradable sensación vuelve a aparecer. Compruebo el espejo retrovisor. Disminuyo la velocidad por el centro de la ciudad. Incluso tomo un par de calles laterales. Es difícil pillar a mi perseguidor, pero estoy absolutamente segura de que me están siguiendo.

Bueno, eso o que mi paranoia se instala una vez que estoy más allá de las paredes y la seguridad de mi casa. Algo me dice que me espera una semana larga e incómoda, a menos que pueda deshacerme de esta sensación. Tal vez incluso pueda perder a mi perseguidor, si realmente hay uno que no puedo ver.

Pocas personas conocen esta ciudad tan bien como yo, así que decido deshacerme de esta oscura y pesada sombra que se cierne sobre mi cabeza. Tomo los callejones y las estrechas callejuelas,

conduciendo tranquilamente por callejones sin salida antes de perderme en la carretera principal que sale de Rochester. Es un domingo por la tarde, y somos muchos los que dejamos el nido esta noche.

Con suerte, cuando llegue a Ithaca, mi mente estará tranquila.

ELEVEN

RHUE: DOMINGO POR LA MAÑANA

Habiendo dado a Madison y a su padre un respiro momentáneo, puedo centrarme en lo que queda de mi familia. Mi padre no, Laura. Todavía está negando el suicidio de mi madre. Por muy gilipollas que sea Julian, nadie parece creer que la haya matado directamente. Aun así, hay que encerrarlo. Si Laura pasa su tiempo tratando de probar un asesinato que él no cometió, va a desacreditar cualquier afirmación que hagamos sobre sus agresiones sexuales.

Le hice una promesa a Madison. Sacar a mi padre de la luz pública y llevarlo a la cárcel después de exponerlo como el monstruo que realmente es, es la clave de esa promesa. No creo que Madison pueda ver un futuro para nosotros dos mientras él siga caminando libremente.

Afortunadamente para mis planes, el imbécil está fuera de la mansión por la mañana, haciendo campaña en el lado sur. Estamos a dos semanas de las elecciones al ayuntamiento, así que está acelerando las cosas y presentándose en persona por todo Rochester para aumentar sus posibilidades y aumentar sus números en las encuestas. Después de todo el dinero que inyectó en las campañas de otras personas era solo cuestión de tiempo que hiciera lo mismo para sí mismo.

Encuentro a Laura en la sala de desayunos, trabajando en un plato de gofres. Steve, el niñero, lleva uno de los delantales de las sirvientas, y está a punto de terminar de freír unas tiras de tocino en la cocina. Es una visión inusual, y un poco divertida. Steve no es exactamente un experto en atención domiciliaria. Es lo suficientemente capaz para hacer el trabajo, seguro, pero ambos sabemos que es básicamente un guardaespaldas glorificado pagado por mi padre para mantener a Laura a salvo.

—¡Buenos días, sol! —saludo a mi hermana con una sonrisa.

Se ilumina como una estrella y se olvida del desayuno mientras aparta su silla de ruedas de la mesa para que pueda abrazarla.

—No pensé que te volvería a ver este fin de semana —dice Laura mientras se acomoda de nuevo en la mesa.

—No voy a dejar que el mal humor de papá me eche de mi casa —respondo.

Steve me hace un gesto de reconocimiento. Se lo devuelvo amablemente mientras coloca el tocino en un plato en el centro de la mesa. La mesa está puesta para dos, así que alguien sabía que todavía estaba aquí.

—¿Cómo está Madison? —pregunta Laura, a medio camino de sus gofres.

—Ella está bien. Se abrió a su padre, creo que le vino muy bien.

Laura frunce ligeramente el ceño.

—Papá dijo que vendió los edificios de la calle principal. ¿No era la tienda del Sr. Willis uno de los inquilinos allí?

—Sí, pero ya está solucionado.

—¿Cómo es eso?

Miro a Steve, que recoge más tostadas en un plato y las trae. Él también parece interesado.

—¿Recuerdas que mamá nos dejó a cada uno un fondo fiduciario?

—¡No, no me digas! —mi hermana se ríe— Yo no puedo tocar el mío hasta que tenga dieciocho años, ¿pero tú?

—He obtenido acceso completo sobre el mío, sí. Lo primero que hice fue comprar ciertas propiedades que el bueno del señor Echeveria codiciaba pero que nunca llegó a tener en sus manos. Le

ofrecí al Sr. Willis una de las mejores ubicaciones para su tienda y taller. Así que, como decía, ya está solucionado.

La mirada de Laura se suaviza en mí. A veces, olvido que apenas tiene diecisiete años.

—Eres un buen chico, Rhue. Mamá estaría muy orgullosa.

—Sé que lo estaría.

—Y también te diría que fueras sincera con Madison —añade mi hermana, decididamente más del lado de nuestra madre en cuanto a inteligencia emocional se refiere—. Vosotros dos os merecéis una oportunidad.

—Entonces estaría doblemente orgullosa —le sigo, con una sonrisa—. Madison y yo hablamos anoche.

—Hablasteis, eh —dice Laura, moviendo las cejas—. ¿Eso es todo?

—Maldita sea, ya te ha mandado un mensaje, ¿no?

Laura echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—No —contesta ella—. ¡Pero te acabas de delatar!

—Eres una mocosa —le digo mientras arranco una tostada y se la tiro—. Pero no te voy a contar nada más al respecto, así que déjalo. Madison puede si quiere.

—Qué caballeroso eres —añade Laura con una sonrisa. Piensa durante un minuto, y su sonrisa se desvanece lentamente—. Rhue... ¿Crees que papá se detendrá ahí? ¿Especialmente desde que deshiciste su venganza mientras la implementaba? Ya sabes cómo puede ser papá.

Le echo una mirada rápida a Steve.

—Me estás poniendo nervioso, tío. Siéntate o algo.

—No he terminado con el desayuno —responde señalando la tostadora.

—Puedes esperar a que salten —le digo y luego señalo con la cabeza una silla—. Por favor.

—Si tú lo dices —acepta. Llena un plato para sí mismo y se sienta, suspirando fuertemente mientras come.

—No lo sé —respondo finalmente a Laura—. Pero de eso es de lo que quería hablarte. ¿Puedo volver a ver el diario de mamá, por favor?

Me mira con curiosidad, pero mete la mano en el bolsillo interior de su silla y me entrega el delgado libro. Paso a la página del horror y empiezo a leer las distintas resoluciones. En el último contacto, cada una de ellas estaba viva y bien, y cada una de ellas había recibido una pequeña fortuna o el viaje de su vida por sus molestias y no quería agitar el barco. Las únicas dos entradas a las que les faltan resoluciones son la de Sibel y la de Maddie. Papá esperó un año entero para sacar el tema de la compensación a Maddie, ¿qué cambió?

—¿Papá tiene algún tipo de problema financiero? —pregunto, mirando de Laura a Steve y viceversa.

Laura frunce el ceño.

—No que yo sepa, a menos que esté moviendo dinero por debajo de la mesa. La campaña sigue ajustándose al presupuesto y no he notado grandes cambios en el estilo de vida.

—El mercado de valores es estable —añade Steve—. Y el valor de los inmuebles vuelve a subir.

—Así que no tiene mucho sentido que evite poner dinero a un problema cuando lo ha resuelto sistemáticamente de esa manera.

—Vas a necesitar más sustantivos si quieres que siga esa lógica —dice Laura—. Tal vez también un verbo o dos.

Le devuelvo el libro y pongo los dedos delante de mí.

—Hasta ahora, las ha pagado a todas. A todas ellas, sospecho, excepto a Madison.

—Sibel no tiene ninguna resolución escrita aquí —señala Laura.

—Sí, pero fui a verla ayer. No hay manera de que pueda permitirse el lugar en el que vive si solo tuviera la paga que recibe de mamá para vivir.

Laura se queda boquiabierta.

—¿Fuiste a verla? ¿Por qué?

—Tenía preguntas —le suelto—. Cuando sugeriste que papá podría haber... bueno, me molestó. No podía dejarlo como estaba. Pensé que, si alguien lo sabría, sería ella.

Laura se inclina hacia delante, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué te dijo?

Frunzo el ceño ante mi plato.

—Lo mismo que dice todo el mundo —explico—. Que mamá estaba sufriendo y nos lo ocultaba. Que lo haya soportado durante tanto tiempo y que haya sido bloqueada en todo momento cuando intentó abordar su comportamiento. Que sabía cómo presionarla, que es cruel, la llevó a ello. Todo el mundo cree que la llevó al límite, pero no literalmente.

Steve y Laura intercambian miradas cómplices.

—¿Qué? —Pregunto.

Laura duda durante un largo momento. Steve observa su cara con tensión. Aquí pasa algo, y no me gusta nada.

—¿Qué sabéis vosotros dos que yo no sepa? —pregunto, frustrándome.

—Nada —responde Laura. Steve se relaja y vuelve a tomar su desayuno. Se me ocurre que está en la nómina de papá, y si hay algo que Laura sabe y que papá no querría que yo descubriera, la mejor manera de asegurarlo sería que Steve la cuidara.

—Oye Steve, ¿crees que puedes darnos un minuto? Me gustaría hablar con mi hermana en privado.

—No puedo, Rhue. Lo siento. Órdenes del jefe.

—No está aquí —señalo, irritado—. ¿Me estás diciendo que te ordenó que no la dejaras sola con su propio hermano?

Steve me lanza una larga mirada.

—Especialmente con su propio hermano —suelta.

—Laura, ¿qué cojones?

Se encoge de hombros.

—Es cierto. Desde ayer, no se me permite hablar con nadie sin que Steve esté presente, incluido, y especialmente, tú. También bloqueó el número de Maddie en mi teléfono, lo cual es una mierda.

—No sé qué le has dicho —añade Steve—. Pero realmente lo cabreaste. Y ahora la castiga por ello. —Corta su desayuno salvajemente. —Tal vez deberías dejarlo en paz.

—¿Qué diablos estás tratando de decirme, Steve?

Me lanza otra de esas miradas largas y serias.

—Estoy tratando de decirte que estás haciendo más daño que bien, a pesar de tus intenciones. Tienes que dejarlo. Todo. Ahora.

Miro a Laura, que no encuentra mi mirada.

—¿En serio? —le pregunto.

—No creo que debas molestarla así —comenta Steve con suavidad.

—Y a mí no me importa una mierda tu opinión no solicitada.

Me levanto y recojo el teléfono y las llaves, no estoy interesado en tener una charla con él, pero Steve —ahora con la chaqueta del traje puesta— decide interrumpirme antes de que salga de la sala de desayunos.

—Espera —dice—. Hablo en serio. Llevo meses vigilando a esta chica. No es solo mi trabajo, ¿vale? Es alguien que me importa. Su bienestar me importa, y créeme, preferiría estar trabajando en otras partes del negocio del señor Echeveria, no aquí, en medio de este lío tenso al que ustedes llaman familia.

Le miro fijamente.

—¿Qué coño quieres decir?

—El punto es que te veo. Incluso cuando se supone que soy invisible, te veo. Sé que te preocupas por Laura, y que ambos seguís llorando a vuestra madre. El Sr. Echeveria puede ser notablemente difícil, yo también lo sé. Pero mi punto es... que te lo tomes con calma, Rhue. Cuanto más empujes al viejo, peores serán las consecuencias.

Niego con la cabeza.

—No lo conoces tan bien como crees.

—Supongo que podría decir lo mismo de ti. ¿No crees que va a desquitarse del conflicto entre vosotros dos con tu hermana? ¿Crees que porque es físicamente frágil le va a hacer más gracia? Cada movimiento que hagas contra él es un movimiento contra ella hasta el día en que cumpla 18 años. Recuérdalo.

Me avergüenza admitir que nunca me di cuenta de nada de esto. Necesito tiempo para procesarlo, para elaborar un plan mejor. Uno que no ponga a Laura en peligro, pero que igualmente termine con Julian entre rejas.

—Te quiero, Laura —le digo—. Pórtate bien.

No me molesto en despedirme de Steve. No, solo le hago una leve inclinación de cabeza y paso por delante de él. Dejando a los dos atrás, salgo. Es hora de volver a Ithaca. Por este fin de semana

ya he tenido suficiente en casa. Ya he causado suficiente dolor y he removido suficiente mierda.

TWELVE
MADISON

No he dormido bien. ¿Cómo podría hacerlo? Mi conciencia y mi sentido de la autoconservación estuvieron en guerra toda la noche, e incluso cuando conseguí dormirme, mis sueños estaban llenos del mismo tormento. Bostezo mientras tomo asiento en la sala de conferencias, apenas puedo mantener los ojos abiertos.

—Hola, dormilona —saluda Rhue mientras se sienta a mi lado—. ¿Llegas tarde?

Niego con la cabeza.

—No, solo tengo muchas cosas en la cabeza.

—Tú y yo, ambos —añade con amargura.

Le dirijo una mirada recelosa.

—¿Qué tienes en mente? —le pregunto, intentando descubrir si está enfadado por mi respuesta de pánico a su caricia. No es que pueda hacer nada para cambiarlo, pero al menos estaría dispuesta a sentarme y hablarlo con él si quisiera.

—Problemas familiares —detalla, en voz baja—. El hombre de Laura es demasiado controlador para mi gusto, y creo que le está lavando el cerebro.

—¿Lavando el cerebro? ¿Sobre qué?

Un par de estudiantes delante de nosotros están medio girados en nuestra dirección, claramente escuchando.

—Te lo contaré más tarde —murmura—. ¿Qué tal si quedamos para comer?

—De acuerdo.

—¡Oye, tontos! —Un par de botas negras de plataforma ultra alta se estrellan entre nuestros asientos, casi rozando mi hombro. —Hablando de vuestra próxima cita caliente, ¿eh? ¿Más tiempo de diversión súper descuidada en el bosque, o más bien un tiempo casual súper descuidado bajo las gradas?

Rhue sonríe a la maravilla gótica.

—De nuevo, Mackenzie, tienes que dejar de formular las cosas así. Sinceramente, es confuso. Quiero decir, ¿estás coqueteando conmigo? ¿Estás sugiriendo un trío? Porque yo podría estar abajo, pero tendrías que hablar con Madison.

Ella le lanza una mirada plana y de asco.

—Ni con un palo de tres metros —comenta. Se echa hacia atrás y se aleja dando pisotones, no estoy segura de si lo hace a propósito o si es la única forma en que puede moverse con esas cosas, hacia el otro lado del auditorio, donde encuentra otros estudiantes de primer año a los que molestar.

—¿Qué se arrastró por el culo y murió? —pregunta Rhue—. Es como un treinta y dos por ciento más perra de lo normal, y lo normal ya es bastante perra.

—No sé, me pareció que estaba celosa. ¿Desde cuándo un «qué tal si comemos» cuenta como una cita por la que merece la pena ponerse celoso?

Me sonríe.

—Tal vez no sea la comida lo que la pone celosa, sino la investigación mutua. Tal vez, solo tal vez, bajo ese barniz gótico, tiene una erección de dama por los chicos duros.

Me hace reír justo cuando el profesor sale. Avergonzada, agacho la cabeza y empiezo a garabatear furiosamente mis notas. Me sudan las palmas de las manos y ni siquiera puedo identificar por qué.

Ni siquiera sé si la investigación mutua cuenta como una cita, pero estoy lo suficientemente emocionada como para que parezca una cita, o lo suficientemente nerviosa como para que parezca una entrevista de trabajo. Todavía no lo he descubierto, los dos

sentimientos son prácticamente idénticos, físicamente, así que se reduce a mi interpretación. El problema es que no soy muy buena interpretando las emociones. Supongo que tendré que tocar de oído, que, para que conste, es la forma que menos me gusta de tocar cualquier cosa.

Me lleva a un local de tacos informal a unos kilómetros del campus, donde es menos probable que haya alguien que nos conozca por el nombre y la cara para escuchar. Incluso así, no me siento del todo cómoda, así que cogemos la comida para llevar y acabamos comiendo en su todoterreno, aparcado en un sendero con vistas a los jardines botánicos. A lo largo de todo el serpenteante viaje, he tenido la sensación de que me seguían, aunque me ha sido difícil distinguir un vehículo concreto.

—Así que —empiezo en cuanto nos hemos acomodado—, ¿por qué crees que Steve le está lavando el cerebro a tu hermana?

Hace una pausa y me mira.

—No has hablado con ella recientemente, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—Intenté llamarla ayer porque quería ver si quería tomar un café antes de irme, pero mi número está bloqueado en su teléfono. Antes de eso, Julian estaba escuchando y no pudimos tener una conversación.

Asiente con la cabeza.

—Todavía está segura de que mamá no se suicidó —me dice—. Ella insiste mucho en ello. Está convencida de que papá lo hizo. Y quiero decir, lo entiendo, mamá tenía todos esos planes y toda esa gente dependiendo de ella para acabar con Julian, pero no hay pruebas. Todo el mundo con el que he hablado, y he hablado con unos cuantos, está seguro de que se suicidó. Sí, todos creen que la intimidó para que lo hiciera, pero se dictaminó que fue un suicidio, y nadie lo discute excepto Laura.

—No sé si eso sugiere un lavado de cerebro —le digo suavemente—. Es una adolescente traumatizada. Ya es bastante difícil aceptar que tu madre se ha ido, tratar de aceptar que te ha dejado bajo su propio poder es un nivel de aceptación totalmente distinto.

—No te equivocas —admite. Su mirada es pesada y vacía, mirando por el parabrisas. —Pero ella podría hacerlo. Sé que podría, pero cada vez que intento hablar con ella de eso, de cualquier cosa que tenga que ver con mamá, Steve la mira y se aclara la garganta e interviene, como si estuviera vigilando las palabras que ella dice. Creo que es un infiltrado, el pequeño títere de papá, puesto en esa posición para mantenerla confundida y deprimida.

Frunzo el ceño, pensando en la Laura que conozco, con su sonrisa radiante y su mente racional.

—¿Te parece que está deprimida?

—No de forma evidente —comenta—. ¿Pero no crees que la hiperfijación en la maldad de uno de los padres para proteger sus sentimientos sobre la santidad del otro padre indica una especie de depresión? Además, no creo que fuera del todo humana si no estuviera luchando con un poco de depresión en este momento. En el último año, su madre murió, perdió el uso de sus piernas y descubrió que su padre es un violador. Ahora está atrapada haciendo su campaña por él porque está demasiado asustada para dejar que alguien más lo haga. Está deprimida. Simplemente no lo muestra.

—Es una situación de mierda —reconozco—. ¿Quizás Steve está tratando de evitar que se obsesione con ello?

Se encoge de hombros incómodo.

—No lo sé. Tal vez. Hay algo que me parece mal, como si estuvieran guardando un secreto que ella no quiere guardar, ¿sabes?

Ugh. Eso me golpea en las entrañas.

—Sí. Conozco la sensación.

Me lanza una mirada larga y penetrante.

—¿Qué pasa, Maddie?

Me muevo incómodamente, tratando de quitarme la tensión de los hombros. —La novia de mi padre es periodista —le cuento—. Está haciendo un reportaje sobre las elecciones, los antecedentes de los candidatos, ese tipo de cosas, y quiere mi ayuda. Sabe que soy «cercana a la familia». No creo que tenga ni idea de lo cerca que está... ni del tipo de historia que obtendría.

Se ha puesto rígido en cuanto he mencionado «periodista» y aún no se ha relajado.

—¿Vas a hacerlo? —Pregunta, con la voz tensa.

—¿Crees que debería?

Vuelve a mirar por la ventanilla y su mirada se transforma en un resplandor mientras tamborilea con los dedos sobre el volante.

—Creo que el mundo tiene que saber qué clase de mierda es —añade—. Pero no quiero que seas tú quien lo delate.

—¿Temes por mí?

—¡Claro que tengo miedo por ti! —Golpea la palma de la mano contra el volante, haciéndome saltar. Cuando se vuelve hacia mí, sus ojos están llenos de miedo y rabia. —Vi el desastre que dejó en Sibel, Maddie. Aquella mujer fuerte, sin complejos y trabajadora es un caparazón tembloroso de persona. Mi propia madre estaba tan destrozada por él que todos los que la conocían como amigos o colegas no se sorprendieron en absoluto de que se quitara la vida. Es un asqueroso gilipollas misógino, y no quiero que tenga más motivos para desquitarse contigo.

Mi corazón se hincha al ver su violencia convertida en pasión a mi favor. Mi mente dice que la violencia es violencia y punto, que hay que evitarla a toda costa, pero mi alma anhela la protección de una bestia, la feroz lealtad de un lobo. Lo beso, el cilantro de mi salsa se mezcla con el fuego de la salsa picante. Su mano me agarra la nuca como si estuviera desesperado por mantenerme ahí, tocándole, para siempre. La intensidad mutua se extiende lentamente, disipándose en besos perezosos y prolongados.

Finalmente nos apartamos, con los ojos fijos en los del otro. Puedo ver su pulso saltando donde su cuello se une a su hombro, sus ojos oscureciéndose, casi negros. El aroma de su lujuria flota en el coche, un almizcle que me hace enloquecer de deseo y hace que las banderas rojas entren en un frenesí de gritos y pánico en mi cabeza. El conflicto me está destrozando y lo único que quiero es aplastarlo.

—Maddie —dice, con la voz ronca—. Tenemos que hablar de esto.

Mi corazón se hunde y miro hacia otro lado.

—Un ultimátum, ¿verdad? Si voy a besarte, tengo que llegar hasta el final, si no, debería dejarte en paz... —Trago con fuerza. —

¿O es que estoy demasiado herida para que me quieras?

—Madison —dice— Mírame. Le miro. Señala su regazo, el bulto en sus pantalones—. Está claro que te deseo. Siempre te he deseado. Lo que hizo mi padre no cambió lo que eres, ni lo mucho que te deseo.

Así que es el primero, entonces. Cagar o salirse del tiesto. Una fría membrana comienza a deslizarse sobre mis sentimientos destrozados, un fino muro entre mis emociones y la realidad. Me agarra la mano, deteniendo su avance.

—Pero nunca te daré un ultimátum así —comenta. Oigo la promesa en su voz. Mirándolo, veo el juramento en sus ojos—. Este es tu viaje, Maddie. Tú decides si viajamos, a qué velocidad y hasta dónde. Solo estoy en el viaje, y estaré bien donde sea que se detenga.

—¿De verdad?

—¿De verdad? —Mira hacia otro lado, sus ojos brillan. —Mira, Maddie, puedo ser un capullo egoísta. Puedo ser malo, violento y despiadado. La mitad de mi ADN está escrito así. Pero no todo. —Traga con fuerza—. Mi madre era la persona más desinteresada que he conocido. No podría ser mala, aunque lo intentara, y lo intentó. Intentó todo tipo de cosas contra mi padre, pero nunca pudo ganarle en su propio juego. Simplemente no lo tenía. Era un tipo diferente de fuerza, un tipo generoso, comprensivo y genuino. Ella era la mejor clase de persona y él es la peor.

Hay una determinación, una fuerza en su rostro que nunca había visto antes.

—Tengo una opción, Maddie. Y estoy eligiendo su abnegación y su crueldad y voy a usarlos mejor de lo que cualquiera de mis padres pudo jamás.

Toma mi mano entre las suyas y la mantiene durante un largo momento antes de volver a hablar.

—No sé si exponer a Julian por lo que es sin un plan para mantenerte a salvo es el movimiento correcto. Pero si crees que es lo que tienes que hacer, te apoyaré al cien por cien. Siempre estaré aquí, para ayudarte, para protegerte, para lo que necesites. Estoy de tu lado, Madison. Siempre y para siempre.

Y así es como llego a ver lo que todo el mundo ha estado viendo todo el tiempo, que Rhue es mío y yo soy suya, sin importar las etiquetas que le pongamos. Mi enemigo jurado, mi rival, mi amigo, mi amor, no importa cómo termine esto, lo haremos juntos.

THIRTEEN

RHUE

Madison aún no me ha dado una respuesta, pero creo que la conozco lo suficiente como para saber hacia dónde va esto. No mentía cuando dije que la apoyaría al cien por cien, pero al mismo tiempo, la advertencia de mi padre sigue resonando en mis oídos. Que si la noticia de que hay gente hurgando en su historia llega a la prensa, es la carrera de Laura la que va a sufrir. No puedo fastidiarla así, pero tampoco puedo echarme atrás.

Por eso, a las tres de la tarde de un miércoles, Laura y yo estamos almorzando en mi apartamento de Ithaca. Steve ha decidido ser un ser humano razonable por una vez, y se ha ido a un asador para que ella y yo podamos tener una conversación en paz. Acabo de terminar de contarle lo que me dijo Madison, y observo su cara mientras trabaja con sus pensamientos... y su comida.

Parece pensativa, pero no parece preocupada, lo que me inquieta.

—Me temo que no estás viendo lo serio que puede ser esto para tu futuro, Laura.

Me dirige una pequeña y divertida sonrisa.

—Oh, mi querido y dulce hermano —dice de forma condescendiente—. Mi dulce e ingenuo niño de verano.

—¿De qué demonios te ríes? —Exijo, punzando con la ofensa por sus palabras y su tono cuando solo intento hacer lo mejor para ella.

Me mira con lástima y suspira.

—Rhue, Rhue, Rhue. Literalmente, acabamos de tener un presidente con el mismo número de acusaciones en su contra, quizá más, por lo mismo. Estas acusaciones se produjeron mucho antes de que se presentara a las elecciones. Si tenemos suerte, mucha suerte, una exposición como esta podría frenarle, o simplemente podría hacer que los activistas de los derecho de los hombres salieran de la nada para votar al imbécil con el que más se identifican. —Se encoge de hombros y vuelve a prestar atención a su comida. —De cualquier manera, no me afectará. No pienso mantener este apellido más tiempo del necesario. Lo único que podría hacer para empañar mi reputación sería defenderle públicamente y con orgullo por hacer las cosas que hizo, cosa que no haré jamás.

—Vamos, no estarás diciendo que crees que la gente va a seguir votando por él después de que Madison lo cuente todo. Ella leyó el diario, por el amor de Dios, sabe a cuántas mujeres atacó, ¡puede dar nombres! ¡Fechas! ¡Historias!

—¿Qué pruebas tienes de que violó a Madison? —pregunta Laura después de un duro y largo minuto.

La miro fijamente, luchando con mi temperamento. Laura sabe tan bien como yo lo que ha pasado, ¿a qué clase de juego está jugando? Sin embargo, me mira con tristeza y seriedad, así que obligo a mi cerebro a actuar.

—Nunca lo denunció. No hay pruebas de violación ni expediente policial —digo—. Estaba aterrorizada. La amenazó. Echó a su padre del edificio porque le desafió.

—¿Por eso lo hizo? ¿Dónde está tu prueba?

El tímido control que tengo sobre mi temperamento se está deshaciendo. —¡Papá es un imbécil vengativo, Laura!

—Sí, es cierto... pero no hay pruebas reales.

¿Profanador de cadáveres? ¿Doppleganger? ¿Qué demonios le ha pasado?

—Laura, sabes muy bien cuántas violaciones no se denuncian en este país. Tú misma lo has dicho, más de una vez, que el hecho de que no se denuncie no significa que no haya ocurrido. Ya sabes el alcance de papá y lo vicioso que puede ser.

—Sí, lo sé —admite relajada—. ¿Supongo que Sibel tampoco tenía pruebas contundentes para compartir?

Oh, ahora lo entiendo. Está enfadada. Lo entiendo. La negación es una respuesta natural. Necesitaré más de un momento para hacerle ver la desagradable realidad. Está bien. Con el tiempo llegaré a ella.

—Sibel no quiere hablar con nadie, pero vive muy por encima de sus posibilidades y en un secreto sospechoso —le recuerdo—. No es coincidencia. Papá sabe que estoy investigando esto, Laura, y está cabreado. Estoy bastante seguro de que me está siguiendo, y estoy dispuesto a apostar que no se detendrá ante nada para mantener el pasado enterrado. Cuanto más intente empujar, más fuerte lo empujaré yo.

—Lo sé —comenta ella—. Y cuanto más lo presiones, más se verá obligado a esconder y destruir cualquier prueba que pueda quedar. Escúchame, Rhue, porque sé de lo que hablo. Podríamos hacer que cada una de las mujeres en la lista de mamá se presente y cuente lo que hizo, públicamente, todas podían presentar cargos, ¿y sabes cuál sería el resultado?

—¿Cuál?

Laura echa los hombros hacia atrás y brama como un locutor deportivo.

—¡Conspiración liberal! ¡La cultura PC y el movimiento "Me Too" conspiran contra un destacado candidato republicano! ¡Político rica y atractivo acusado sin fundamento por feminazis hambrientas de atención! ¡Unan los brazos, hombres! Golpead a estas feministas manipuladoras y sin carácter justo donde más les duele: ¡en las urnas!

Me estremezco cuando escucho ecos de la realidad en sus palabras.

—Te estás olvidando de una cosita diminuta, Laura —le digo—. Rochester vota a los azules.

—Y te estás olvidando de que hay muchos bolsillos rojos por toda la ciudad y los suburbios, por lo general, simplemente ignoran las elecciones locales. Además, está el aspecto de la guerra de género en todo esto, que todavía tiene enormes franjas ocultas de extremistas en ambos lados. Ah, y Dios no permita que salgan nombres: papá y el padre de Maddie eran rivales en el instituto, Maddie está buena, y no tardaría mucho en encontrar fotos de ella usando esas botas, lo que sería un asesinato de carácter instantáneo, y la familia de Sibel emigró aquí cuando ella era una niña.

Hace una pausa por un momento y me mira fijamente a los ojos.

—Estamos hablando de arrastrar barro si los nombres de esas chicas aparecen impresos, y literalmente no importará cuáles sean sus acusaciones. Sin pruebas, automáticamente son culpables. Es su derecho de nacimiento como mujeres soportar la carga de la sexualidad masculina, o al menos esa es la opinión popular, insidiosa o no.

Mi corazón se hunde.

—Entonces, lo que me estás diciendo es que pase lo que pase, la vida de alguien se arruinará en cuanto esta historia salga a la luz, y las posibilidades de que sea la de papá son escasas o nulas.

—Eso es exactamente lo que te estoy diciendo.

Me pongo de pie, derribando mi silla de frustración. Entonces, ¿cuál es el puto objetivo? ¿Qué se supone que debemos hacer, simplemente dejar que se salga con la suya para siempre? ¿Que siga jodiendo la vida de mujeres inocentes, que llegue a la cima y tenga acceso a todo y a todas las que quiera para siempre? ¿Es eso lo que me estás diciendo, Laura?

—¿Te calmarás? —Ella se queja— No puedo esquivarlo directamente, sabes.

—Lo siento. —Estoy de espaldas a ella, con los puños apretados contra mis muslos. Control, control, maldito temperamento.

—De todos modos, escúchame. ¿Por qué crees que he estado guardando en ese diario durante un año? Las acusaciones de agresión sexual no son suficientes para encerrarlo y lo sé. Pero

también sé, de hecho, que tiene otros esqueletos en su armario. Esqueletos que harán que lo encierren en cuanto los descubran.

—Maldita sea, Laura, ¿sigues pensando que él mató a mamá? Porque literalmente nadie cree eso excepto tú.

—Lo que todo el mundo crea es irrelevante —comenta con vehemencia—. Incluyéndome. Lo único que importa es lo que podemos probar. Ahora mismo, este segundo, ¿qué podemos probar sobre papá? ¿Que es un casero cruel? Todos lo son. ¿Que tiene una adicción a la coca? Joder, en nuestro nivel impositivo y su grupo de edad, ¿quién no? ¿Que muchas mujeres quieren verlo caer por agresión o acoso sexual? Nuevamente, grupo de edad, grupo de género, nivel impositivo. No tiene nada en él que sus compañeros puedan criticar. A menos que confiese y renuncie o la cague y lo pillen, no tenemos nada.

Me doy la vuelta a tiempo para verla secarse las lágrimas de frustración. Dios, odio hacerla llorar. Saca toda la energía de mi temperamento y me deja desinflado.

—Está bien —admito—. Lo siento. Oye, en serio, lo siento. Simplemente no sé qué hacer con todo esto. Quiero decir, ¿tienes un plan?

Ella se encoge de hombros miserablemente.

—Tenía la esperanza de que una vez que tú y Maddie supierais todos los hechos, seríais capaces de pensar en algo. Pero ir a la prensa con la historia... simplemente no es el momento de dar la nota. He visto a demasiados acusadores reírse literalmente a puerta cerrada cuando se olvidan de que estoy allí, es horrible. Me siento tan impotente todo el tiempo.

No sé si nota que se toca las piernas cuando dice eso. Envuelvo mis brazos alrededor de ella y la abrazo fuerte, tratando de darle todo el consuelo que puedo.

—Nunca sabrás qué clase de monstruo es, Rhue —murmura entre lágrimas—. Todos llevamos la carga de los secretos de Julian, deshacernos de ellos solo nos aplastará a los demás.

FOURTEEN
MADISON

He estado nerviosa desde el miércoles. Comí con Noelle y le conté mucho, pero no le di más nombres, aunque le mencioné que Roxanne me dijo (que, en cierto modo, lo hizo) que él había agredido a muchas otras mujeres. Aunque hablamos en voz baja en un bar abarrotado en un barrio extraño, no pude evitar sentirme expuesta. Me preguntó si sabía dónde conseguir información sobre las otras mujeres, le dije que sí, pero que no podía decirle dónde encontrarla. Me pidió que reuniera toda la información que pudiera y que la llamara más tarde.

Luego pasé tres días saltando sobre las sombras e imaginando que los faros me seguían.

Al menos Noelle fue comprensiva. Me dijo que se pondría en contacto con algunas de sus personas de contacto e intentaría conseguirme ayuda anónima para mi ansiedad si no estaba preparada para ir a terapia todavía. Me dijo que estuviera atenta a una llamada de un número de Rochester, pero que intentaría enviarme un mensaje de texto antes de que llamaran para avisarme.

Con todo esto, fue un «sí» fácil cuando Lindsey y Rita me invitaron a salir por la ciudad este apetecible sábado por la noche, sobre todo porque Rhue ha estado en Rochester desde ayer por la tarde ayudando a mi padre a trasladar su tienda.

Habría esperado que esta noche de sábado empezara en un bar y terminara en un club, pero mis compañeros deciden que es mejor que nos relajemos con la cocina francesa en Robert's, un restaurante que imita a la Costa Azul en el centro de Ithaca. Es un lugar precioso, con luces suaves y cálidas, con vajilla de plata pulida, porcelana con volantes y ropa de cama delicada, pero con un ambiente costero, suntuoso y excesivamente lujoso.

La decoración de la mesa habla de estilo y sofisticación, pero el arte de la pared y la música nos traen el mar a los pies. Por no hablar de la comida, que es simplemente exquisita. Hemos pedido diferentes especialidades francesas para poder escoger de los platos de cada uno. La misma técnica se utilizará para el postre, ya que el menú hacía difícil ceñirse a una sola elección.

Yo soy un fanático del coq au vin, mientras que Lindsey intenta comer con delicadeza una ensalada lionesa. Rita optó por la Quiche Lorraine, mientras que Cameron decidió ser un hombre francés y pidió una Beef Bourguignonne. Hay un baile de fragancias y sabores mantecosos que hacen la ronda en nuestra mesa mientras lo acompañamos todo con un agradable y crujiente Chardonnay. Solo estamos a mitad de la cena, pero ya nos reímos, y me encanta cada momento de esto. Incluso mi lado introvertido está contento de haber salido.

—¿Conocéis los tres ingredientes secretos de la cocina francesa? —pregunta Cameron.

Lindsey levanta una ceja hacia él. —Vas a hacer una de tus bromas tontas, ¿verdad?

—Pensé que eso era lo que te gustaba de mí.

Se me ocurre otra cosa, pero lo que pasó en la cabaña nunca se mencionó. Hay cosas que es mejor no decir, en eso estábamos de acuerdo tanto Rhue como yo, a pesar de los ocasionales e irritantes pinchazos de Mackenzie. Cameron y Lindsey encontraron el amor en las circunstancias más extrañas. ¿Quién soy yo para juzgarles?

—Dilo —interrumpe Rita, interpretando a la mujer fatal de una película de treinta años, con un falso acento francés—. Si ella no acepta sus bromas tontas, Monsieur Cameron, yo lo haré. ¿Cuáles son los tres ingredientes secretos de la cocina francesa?

—Mantequilla, mantequilla y mantequilla —responde Cameron, imitando su cómico intento de parecer francés. Me hace reír. Me duele la mandíbula... no es ni mucho menos la primera vez que me río esta noche.

—Está bien —le dice Rita a Lindsey—. Podemos compartirlo. A ti te da P y A, y a mí los chistes malos.

—¿P y A? —responde Lindsey, ligeramente confundida.

Mis mejillas arden al darme cuenta de lo hilarantemente ingenua que es en realidad. Cuanto más la conozco, más me sorprende que se haya acercado tanto a Cameron en una sola noche en el bosque. Casi puedo imaginarme a Lindsey en el instituto con una promesa de pureza y un anillo de castidad. Supongo que dejó ambas cosas, pero es feliz de cualquier manera.

—La P y la A, cariño, son las dos cosas más importantes que puede darte un hombre —continúa Rita, sonriendo suavemente—. Pene y amor, nena.

—Oh. —Lindsey se pone roja como un tomate mientras ella y Cameron intercambian miradas tímidas.

—Sois tan monos —me río, intentando volver a mi cena.

Rita lo hace un poco difícil. Es de espíritu libre y malhablado después de un par de copas. Lindsey tiene los conocimientos informáticos y de investigación, pero Rita es la maestra del debate. La universidad es definitivamente una olla diferente, por así decirlo. En el instituto, todos nos probábamos diferentes personalidades, luchando por encontrar la que mejor encajaba.

En la universidad, ya nos hemos asentado en un estilo particular, que luego seguimos perfeccionando y puliendo hasta que entramos en la edad adulta creyendo tontamente que lo tenemos claro.

—Entonces, Madison, ¿dónde está Rhue? —pregunta Cameron unos minutos después—. Pensé que se uniría a nosotros esta noche, ahora que estáis unidos y todo.

—Sí, ¿qué pasa? —Rita añade. Me mira de forma interrogativa, pero todo lo que puedo ofrecer a cambio es un encogimiento de hombros.

—No pudo venir. Tiene que ocuparse de algunos asuntos en casa —comento.

—Espera, ¿volvió a Rochester otra vez? —Cameron responde.

—Dejaré que te cuente más cuando vuelva —respondo. No estoy segura de que sepan que Rhue ya está invirtiendo en bienes raíces y en la propiedad de la tierra, y sé que sacarían algunas conclusiones incómodas si supieran que es el nuevo propietario de mi padre. Prefiero dejar esa lata de gusanos cerrada por ahora.

Rita sonríe diabólicamente, a punto de terminar su comida. —Está bien, estoy más interesada en saber cómo os va a vosotros dos. Has pasado todos los días de esta semana con él, cada comida, después de clase, a veces el desayuno, así que... ¿Ya lo habéis hecho oficial, o todavía estáis esperando que el hada mágica del sexo os dé permiso?

Lindsey se ahoga y yo entierro mi cara entre las manos. Cameron se ríe en su servilleta, intentando con todas sus fuerzas mantener algún tipo de compostura.

—No voy a esperar a un hada mágica del sexo —murmuro, con la cara ardiendo—. Solo estoy esperando el momento adecuado.

Rita hace un ruido de desaprobación.

—El momento adecuado es cuando tú quieras, chica —comenta —. Y todos sabemos que lo quieres.

—Rita —dice Lindsey en tono admonitorio—. Vamos, sabes que no es tan sencillo. No la escuches, Maddie. Espera el tiempo que necesites, mientras sea dama de honor, no me importa el tiempo que tardéis.

—¿Un qué? —Jadeo— ¡Yo... nosotros... eso ni siquiera es... Lindsey!

Cameron se ríe.

—Estas dos no te dejarán respirar hasta que tú y Rhue estéis casados. Estoy seguro de que Lindsey ya está elaborando una lista de posibles nombres para el bebé.

—¡Tienes toda la razón! —Lindsey dispara de nuevo.

Casi me ahogo con el vino. Las risas estallan en nuestra mesa, lo suficientemente fuertes y brillantes como para que los demás clientes se revuelvan en sus asientos. Oh, esto es muy divertido. Una diversión estúpida, incómoda y deliciosa.

Mi teléfono suena y Rita me sopla frambuesas.

—¡Eh, nada de móviles! —frunce el ceño.

Nos pusimos de acuerdo en la regla de no llamar por teléfono, pero el código de área de Rochester es exactamente lo que he estado esperando. Si el contacto de Noelle puede realmente ayudarme a librarme de las sombras monstruosas y de la sensación de ser observada vaya donde vaya, necesito realmente hablar con él. No puedo seguir así mucho tiempo. Pero ¿y si no es? ¿Y si es Julian, llamando para amenazarme de nuevo? ¿Y si se enterara de mi comida con Noelle, y de lo que le dije?

La última vez que ignoré a Julian, echó a mi padre de su tienda. Si se trata de Julian, tal vez debería responder y ver lo que quiere. Incluso ese pensamiento es una idea terrible, pero... las palabras son solo palabras, ¿no? Tengo mi armadura puesta y mis muros levantados. No importa lo que diga Julian, no me hará daño. No es tan malo como todas las cosas que me hizo físicamente. Además, necesito saber en qué punto del juego se encuentra. Y si grabo la conversación, tal vez Rhue pueda usar algunas de las palabras de su padre contra él en lo que esté tramando.

—Lo siento, tengo que cogerlo. —Excusándome, me levanto de la mesa mientras tanteo el menú rápido para poner en marcha la grabadora de mi teléfono. Finalmente, se enciende, y deslizo el dedo para responder a la llamada entrante, y luego lo pongo directamente en el altavoz. Salgo del restaurante. —¿Hola?

Una ráfaga de frío me golpea sin piedad. Las temperaturas están bajando rápidamente por la tarde, y eso no es ninguna sorpresa, pero, aun así, debería haber cogido mi bufanda, al menos. Este vestido de fiesta es apenas una capa de satén champán brillante.

—¿Hola? —Vuelvo a preguntar cuando no llega ninguna voz.

—Tenía que llamar, si no, no habrías salido —me sobresalta la voz de un hombre. Giro sobre mis talones para verle de pie a escasos metros.

Es joven, tiene poco más de veinte años. Bien vestido. Con un traje negro, una camisa gris y una corbata color crema. Una combinación extraña, pero que se adapta a su corte de pelo rubio oscuro. Unos fríos ojos azules me miran fijamente y un aire de

hostilidad se instala entre nosotros. Aunque no le conozco, está claro que me conoce, y eso me inquieta.

Mirando por encima de mi hombro, veo a mis amigos en nuestra mesa, comiendo, hablando y riendo. Rita me mira de vez en cuando, y me reconforta saber que están ahí. Miro al hombre. —Creo que no nos conocemos.

—Ahora sí —dice y me tiende la mano para un apretón de manos —. Soy Jake.

No me comprometo, sino que prefiero dar un paso atrás.

—¿Cómo conseguiste mi número? —Pregunto.

—Soy ingenioso —responde —. Si no, no me pagarían. —Se ríe ligeramente, como si fuera una gran broma, pero aún puedo percibir la tensión. Este hombre vino aquí con una misión, y me preocupa que no termine bien. —Madison, me disculpo por interrumpir tu cena. El Coq au Vin de aquí es magnífico. Espero que hayas pedido el Feuillette Chardonnay para acompañarlo. —Se detiene para mirar por la ventana del restaurante. Rita lo ve, y él la saluda con una sonrisa amistosa. —Ah, sí, habéis pedido el Feuillette, excelente elección. —Rita le dedica una sonrisa reservada y él vuelve a centrarse en mí. —Como decía, siento haber interrumpido tu cena. Prometo que seré breve.

—¿Quién eres?

—Jake. Te lo acabo de decir. —Me mira como si fuera una idiota. Muy pasivo-agresivo, pero incluso yo puedo percibir la peligrosa vibración que destila. Debajo de esta apariencia tan cuidada se esconde una bestia. —Madison, solo estoy aquí para entregar un mensaje, y espero que lo tengas en cuenta. Si no, me veré obligado a volver, y eso no me gusta.

Antes de que pueda darme cuenta de lo que está pasando, me arrebata el teléfono y borra rápidamente la grabación, que seguía en marcha después de colgar. Quiero detenerlo, pero un extraño y sordo temor me retiene, como si mis instintos supieran que no es así.

—Así. Mucho mejor. No podemos permitir que grabes a la gente sin su consentimiento —dice Jake y me devuelve el teléfono.

Comprobando brevemente, me doy cuenta de que también ha desinstalado la aplicación de grabación.

—Llamaré a la policía —logro pronunciar, pero ni siquiera yo me creo.

Se ríe suavemente.

—Qué mona. ¿Y luego qué les dirás? No seas ridícula, Madison. Estoy aquí porque estoy cuidando de ti. Créeme.

—¿Qué coño quieres? —Estoy empezando a temblar. Nada de esto me está gustando nada.

—¿Le das besos a tu madre con esa boca? —Hace una pausa, con los ojos muy abiertos—. Oh, espera, tu madre os abandonó a ti y a tu padre hace mucho tiempo. En fin, volviendo al mensaje. Necesito que me escuches, Madison. Necesito toda tu atención. ¿La tengo?

El no no es una opción.

Todo lo relacionado con este tipo exige toda mi atención, al igual que un lobo requiere toda la atención de un ciervo. Este hombre, a pesar de ser joven —y aparentemente educado— este hombre es un depredador, y ha puesto sus ojos en mí. Odio esta sensación. Me recuerda a Julian. La ansiedad latente, el hedor del peligro, la posibilidad de volver a perder algo de mí. No puedo pasar por eso una vez más.

No.

Patearé, lucharé y gritaré esta vez.

Pase lo que pase, me escucharán. ¡Todos me escucharán!

—Te escucho —respondo finalmente—. Aléjate de Rhue, Madison. Puede que los dos os estéis especializando en la misma disciplina, pero eso no significa que tengáis que relacionaros más allá de las necesidades académicas —detalla Jake, notablemente tranquilo—. No más citas para tomar café, no más citas para comer, no más fines de semana fuera o en casa. Tampoco más arrumacos en tu dormitorio. Si crees que tu padre está a salvo bajo el ala de Rhue, deberías pensarlo de nuevo.

—Te envía Julian —me burlo—. Ese pedazo de mierda.

Se encoge de hombros.

—Un poderoso e ingenioso pedazo de mierda, cuya nómina resulta que disfruto. Así que escucha con atención, Madison. No más amoríos con Rhue. Mantén la distancia. La reubicación profesional forzada de tu padre fue simplemente una reacción instintiva. Ya conoces a Julian. Ya sabes cómo puede llegar a ser.

—Me estás amenazando.

—Es una palabra fea, pero me vale. Sí, te estoy amenazando. —Suspira profundamente, con cara de arrepentimiento. —Pero honestamente, prefiero amenazarte y asustarte. Odiaría tener que seguir más adelante, Madison. Así que, por favor. Haz caso a mis palabras y aléjate. Por tu bien, y por el de tu padre. Ah... y una cosa más. —Se acerca incómodamente, como un actor en una película que se prepara para un beso. —No más ratos de chicas con tu futura madrastra. Ella es una mala noticia, literalmente. Monta un pollo. Juega a ser Cenicienta. No me importa lo que hagas, pero no vuelvas a hablar con esa mujer.

—Vete a la mierda —respondo, la furia me invade como un volcán que se desborda. —Que te den a ti y también a Julian. No eres mi dueño, no eres el dueño del suelo que piso, y desde luego no eres el dueño de mi familia ni de mi vida. Vete a la mierda, Jake. Ahora déjame en paz.

Se ríe de nuevo.

—Oh, no quieres ir por ese camino, cariño.

—No me llames cariño. Y si te vuelvo a ver, llamaré a la policía.

Estoy demasiado enfadada y decidida a no dejar que Julian me pase por encima otra vez. Demasiado desesperada para salir de este lío tenso con la cabeza alta. Jake intenta decir algo más, pero yo vuelvo a entrar en el restaurante y le doy un tirón de orejas, por si acaso. Cuando llego a mi mesa, ya se ha ido.

Una sensación de malestar se queda atrás, y me acecha, esperando a abalanzarse y arañar mi conciencia. Rita me mira con curiosidad.

—¿Estás bien? *ma cherie*?

—Sí, estoy bien —respondo, pero me tiembla la voz.

Tengo que decírselo a Rhue lo antes posible. Mi cena está fría y mis amigos me observan atentamente, pero lo único que puedo

hacer es dedicarles una sonrisa incómoda mientras envío un mensaje de texto a Rhue, la furia finalmente se calma. Algo me dice que volveré a ver a Jake. Tendré que estar preparada. Julian no prevalecerá, no se lo permitiré.

Se me hace un nudo en la garganta. ¿Y si está fuera de mi control?

FIFTEEN
MADISON

Me salto el postre, mi apetito ha desaparecido. A pesar de las protestas de Lindsey y Rita, me excuso por el resto de la noche. Estoy bastante nerviosa. Cada pensamiento que tengo me envía de vuelta a Jake y Julian. Lo primero da más miedo que lo segundo, curiosamente. Al menos Julian lleva sus emociones en la manga en lo que a mí respecta. Tiene un interés personal en esto. Jake, sin embargo... Jake es el monstruo contratado. Es calculador. Frío. Probablemente un psicópata funcional. Teniendo en cuenta lo joven que es, algo me dice que tiene el potencial necesario para convertirse en un hombre aún peor que Julian.

En cualquier caso, los problemas están en marcha. Las sombras me asaltan desde todos los rincones. Ya no me siento segura en mi propia piel, y me cuesta todo el esfuerzo que puedo reunir para mantener la calma delante de mis amigos. Maldita sea, no puedo arrastrar a otras personas más lejos en este lío.

—¿Seguro que no puedes quedarte un poco más? —me pregunta Cameron mientras meto el teléfono en el bolsillo y compruebo que tengo las llaves del coche.

—Lo siento. Adelante, divertíos por mí. Ya no estoy de humor. Tal vez la comida no me haya sentado bien, aunque estaba deliciosa —

respondo, sonriendo torpemente. El malestar estomacal siempre es una buena excusa.

—Sabes, yo no he bebido nada —dice Lindsey— y Cameron tampoco. Puedo llevar tu coche de vuelta a las habitaciones esta noche si te quedas.

—Oh, estoy bien, apenas me tomé un vaso —se lo agradezco y me levanto. Un minuto más aquí, y puede que me convenzan de quedarme, después de todo. Entonces, una cosa llevará a la otra, y acabaré contándoles el nuevo infierno que ha evolucionado desde la última vez que me desahogué. Por mucho que quiera desahogarme, es un mal momento. —Te veré el lunes, bien temprano. —Le dedico a Rita una amplia sonrisa. —Trae una rebanada de algo dulce, si acaso.

—Ya lo creo. —Me mira con atención mientras me voy.

Fuera, me tomo un minuto. Respirando profundamente, dejo que el aire frío de noviembre me devuelva a la vida. Me siento como si hubiera estado dormida todo este tiempo. Tal vez ese momento anterior con Jake ni siquiera sucedió. Tal vez lo imaginé. Tal vez... Al diablo con eso, no importa lo que intente decirme a mí misma, sé con certeza que no estaba soñando despierta. La piel de gallina que me sube por los brazos es un severo recuerdo de Jake.

Ese imbécil vino hasta aquí, a Ithaca, para entregarme un mensaje en nombre de Julian Echeveria. El padre de Rhue no caerá fácilmente, eso está claro. Mi teléfono suena. Con una mano temblorosa, lo saco del bolsillo mientras me dirijo al aparcamiento. Es un mensaje de Rhue. Quiere llamarme, así que le respondo que estoy conduciendo. Sabe que significa que le llamaré más tarde.

Siento el estómago pesado, pero no es por la comida. Lo único que quería era un poco de paz y tranquilidad, junto con la libertad de estar con la gente que quiero. De alguna manera, Julian se introdujo en mi vida. Me violó. Profanó mi propia existencia. Y ahora, tiene la audacia de intentar dictar lo que puedo y no puedo hacer. Si hay un infierno, sé que tiene un billete de primera clase ya reservado.

Mi Prius se distingue fácilmente entre las berlinas de lujo. Robert's no es precisamente el más asequible de los locales de

Ithaca. Durante unas pocas semanas al año, el jefe de cocina trae ciertas especialidades muy codiciadas directamente de Francia, entre ellas, la trufa blanca y el aún ilegal escribano hortelano. Sin embargo, la gente aquí mantiene esto último fuera de sus discusiones. Llegar a probar algo así solo es posible si el chef te conoce personalmente. Si no, buena suerte. Me dan escalofríos solo de pensar en esos pobres pajaritos.

—Maldita sea. Soy un maldito escribano hortelano —murmuro mientras me pongo al volante.

Y sé de al menos una persona que quiere comerme entera, con huesos, pico y todo. Sin embargo, a diferencia de los tradicionalistas franceses, Julian no se pondrá una servilleta en la cabeza para «ocultar su rostro a Dios». No, me masticará con los dientes delante de su hijo, si es necesario.

Al salir del aparcamiento, intento hacer un plan mental de lo que va a pasar a continuación. Le dije a Jake (y a Julian, por extensión) que se fuera a la mierda. Rhue nunca permitirá que nos separen. No cuando acabamos de encontrarnos de nuevo. Francamente, no quiero dejarlo, de todos modos. Mi corazón canta cuando está cerca. Rhue es lo primero en lo que pienso cuando me despierto por la mañana, y es el último pensamiento con el que me duermo cada noche. ¿Quién narices es Julian para quitarme eso también?

Necesitaré un plan de contingencia. Necesitaré una red de seguridad. Asesoramiento legal, tal vez.

El camino por seguir está relativamente claro. Robert's está en el extremo sur de Ithaca. Nuestros dormitorios están en el norte. Sin embargo, no voy a tomar la ruta del centro. La llamada carretera del cinturón puede ser menos transitada y mucho más oscura, pero me llevará directamente a casa en menos de treinta minutos. Enciendo la radio. El rock indie inunda mi coche, aunque no hace mucho por calmar mi alma desgarrada.

La oscuridad me rodea ahora por ambos lados mientras la carretera me lleva a través de una franja de bosque. Los robles y los castaños se alzan como gigantes en la noche, con sus copas extendidas en lo alto. Sus ramas son como los brazos de una arpía,

cargados de hojas moribundas que esperan la próxima ráfaga de viento para salir volando y acabar desmoronándose.

Mis faros brillan lo suficiente como para darme una visión clara por delante. A la izquierda, se pueden ver parpadeos ocasionales de las luces de Ithaca a través del frondoso bosque. A la derecha, no hay más árboles. Un lago llega hasta el lado de la carretera, separado solo por una barrera metálica y mechones de zarzas y arbustos. La luz de la luna baila sobre la superficie del agua: copos blancos de polvo de diamante ondulan en la noche.

Pero es la luz de mi espejo retrovisor la que parpadea y llama mi atención.

—¿Qué coj...?

Son un par de faros blancos y brillantes, acompañados por el sorprendente rugido de un motor.

Se están haciendo más grandes. Instintivamente, mi agarre en el volante se hace más fuerte.

Mi pie empuja el pedal hasta el suelo, pero mi cuerpo sabe lo que va a pasar antes de que ocurra. Detrás de mí, el gran todoterreno retumba y acelera, como si estuviera excitado por mi reacción. Se me hiela la sangre al darme cuenta de que se acerca a mi izquierda.

No puedo ver al conductor, pero el vehículo es un mastodonte. Una gran cosa negra con un motor ruidoso diseñado para intimidar. Se acerca, empujándome hacia la derecha. Pero no hay más que agua a la derecha.

Está intentando sacarme de la carretera.

—Hijo de...

Intento ir más rápido, pero él se mantiene, siempre a mi izquierda, siempre acercándose.

La adrenalina recorre mi cuerpo. No puedo apartar los ojos de la carretera. Ni siquiera puedo alcanzar mi teléfono para llamar a Rhue o a la policía o a cualquiera que pudiera ayudar. Joder, estoy aquí sola, y no tardo en sumar dos y dos.

—Jake. —Su nombre sale entre dientes apretados.

El miedo es rápidamente sustituido por la furia. Nadie me sacará de la carretera esta noche.

Está tratando de asustarme. Sin embargo, estas tácticas no funcionarán. No cuando puedo ver a través de ellas. Decidido no dejar que el diablo gane esta noche, vislumbro un camino lateral mal iluminado que se extiende hacia la izquierda y se adentra en Ithaca, en los bloques de almacenes que bordean la parte oriental de la ciudad. Puedo tomar la ruta del centro de la ciudad, aún, si logro quitarme a este idiota de encima.

Mantengo mi coche a su máxima velocidad, notando que el todoterreno mantiene un par de centímetros a una velocidad constante e igual. Cuando menos se lo espera, pego un frenazo y sujeto el volante con fuerza mientras el Prius empieza a tambalearse un poco, primero a la izquierda y luego a la derecha. Pierdo tracción, pero también pierdo el todoterreno. Sigue yendo rápido. Cuando se da cuenta de lo que ha pasado, ya he girado a la izquierda en la carretera secundaria.

Mis rodillas son de gelatina, pero lo logré.

Creo que mi Prius está sudando. El resto del viaje de vuelta a los dormitorios no me hace sentir mejor. Siento que todavía me siguen. Ya sea ese todoterreno o cualquier otro coche, no importa. No puedo confirmarlo, de todos modos. Hay un flujo constante de tráfico que atraviesa la ciudad y se dirige al campus, como debe ser un sábado por la noche.

Estoy temblando como una hoja, pero consigo conducir hasta el aparcamiento del campus. ¿Qué cojones fue eso? ¿Qué intentaba demostrar? ¿O fue realmente un intento descarado de empujarme al puto lago? Si Julian cree que me va a asustar para que me rinda, tiene otra cosa que hacer.

Curiosamente, a pesar de estar acojonada, también estoy furiosa. La audacia de esta gente para venir a por mí así. ¿Cómo se atreven? No, ya he tenido suficiente. ¡No más!

Los brillantes faros blancos vuelven a aparecer en mi espejo retrovisor.

Un todoterreno negro.

—¡Me cago en la puta! —Grito y me desvío a la derecha, luego salgo corriendo hacia las oficinas de seguridad del campus. Ya sea Jake o algún otro matón contratado por Julian, no van a

atormentarme aquí. No en el campus. ¡Este es mi territorio! Cornell es sagrado.

Prácticamente salto de mi coche justo cuando el todoterreno negro se detiene detrás de mi coche. Estoy corriendo, ahora. Alguien más está corriendo detrás de mí. Sus pasos son golpecitos frenéticos en el duro asfalto. Estoy sin aliento, pero la seguridad del campus está a mi alcance. Puedo ver sus carteles en la puerta principal.

—¡Aléjate de mí! —Grito, las lágrimas me escuecen los ojos.

—¡Maddie, espera! —La voz de Rhue viene de atrás, y la pesadilla se desvanece.

Me detengo y respiro profundamente. Me alcanza en un abrir y cerrar de ojos, poniendo sus manos sobre mis hombros. Una mirada a su cara y me desmorono. Me desmorono, pieza por pieza. Temblando y llorando, le paso los brazos por la cintura y me arrojo en un abrazo. Sin decir nada durante un rato, Rhue me abraza con fuerza, con su corazón latiendo contra el mío.

—Maddie.

—Lo siento. No sabía que eras tú —digo—. Un tipo con un todoterreno negro intentó sacarme de la carretera antes. Pensé que eras él.

Rhue se queda sin palabras. Estoy dispuesta a apostar que tiene una tonelada de preguntas que hacerme, pero mi estado frenético no me permite hablar mucho. Soy un desastre lamentable, y necesito comodidad y seguridad más que nada.

Con cuidado, Rhue me acompaña de vuelta al Prius.

—Te quedas en mi casa esta noche —asegura, usando mis llaves para cerrar el coche después de coger mi bolsa de fin de semana del asiento trasero—. No acepto un no por respuesta.

—No me iba a negar —respondo con un leve murmullo.

Subimos a su coche y me da un par de minutos para tranquilizarme. Hay una pequeña botella de agua entre nosotros. Me la entrega y me la bebo de dos tragos.

—Venga, voy a llevarte a casa —dice.

No es mi casa. Es de él. Sin embargo, me parece un refugio. Me voy a un lugar cálido y cómodo. Un lugar donde las garras del mal

de Julian no me alcancen. Donde psicópatas como Jake no pueden sacarme de la carretera.

Rhue parece enfadado. Apuesto a que está furioso. Pero agradezco que no me ataque con preguntas. Le diré todo lo que necesita saber, pero más tarde. Ahora mismo, me tranquilizo admirando su rostro mientras conduce fuera del aparcamiento del campus, sabiendo que no estoy sola. No esta noche, y no en este lío en que se ha convertido mi vida.

SIXTEEN
RHUE

Hace falta una cantidad colosal de autocontrol para no estallar cuando Madison me cuente lo que ha pasado esta noche. Estoy furioso con mi padre, no con ella. Pero también estoy furioso porque ese tal Jake se implicó a sí mismo y a mi padre en un solo suspiro, y no tenemos constancia de nada. ¿Qué hace falta para inmovilizar a estos cabrones?

—¿Has visto alguna vez a este tipo, Jake? Si trabaja para tu padre, ¿tal vez ha estado en la mansión? —Sigue temblando, incluso después de cerrar la puerta delantera tras nosotros. La ayudo a quitarse el abrigo y ella se quita los zapatos.

—No me suena —respondo—. Mi padre rara vez trae su negocio a casa, y mucho menos a sus socios. Era una de las reglas de mi madre, que la santidad de nuestro hogar no podía ser contaminada de ninguna manera. Cualquier trabajo que hicieran era en sus estudios privados y rara vez involucraban a alguien más.

Pasamos al salón y corro las cortinas. Las luces de Ithaca desaparecen bajo una capa de terciopelo amarillo mostaza. Me doy la vuelta y encuentro a Madison acomodada en uno de los sillones, con la mirada fija en la mesa de centro y los dedos de los pies enroscados en el suelo calefactado. Hay algo dulcemente vulnerable

en su forma de sentarse, con los hombros caídos. Está cansada. Le vendría bien un poco de paz.

Ese Jake se acercó demasiado. Debería haber estado allí.

—¿Quieres un vaso de vino? —pregunto, dirigiéndome a la nevera— Creo que todavía tengo una botella abierta aquí.

—Por supuesto. ¿Blanco?

—Sí.

Exhala bruscamente y comienza a relajarse. Al menos una pesadilla ha terminado. Está a salvo esta noche.

Pero tengo que encontrar una manera de llegar a Jake y detenerlo antes de que haga algo peor. Legalmente, no hay mucho que pueda hacer. No hubo contacto entre sus vehículos. Nadie vio a Jake con Madison, a menos que haya una cámara de seguridad fuera de Robert's. Mi mente echa humo. Debería haber al menos una cámara fuera del restaurante. Bueno. Eso es una pista. Si consigo ver su cara, tendré algo con lo que trabajar.

Hasta entonces, sin embargo, vuelvo al salón con dos vasos de pinot grigio. Madison coge el suyo con ambas manos temblorosas y una tímida sonrisa.

—Gracias.

—Puedo meter un poco de vodka para ayudar a quitarme el miedo —respondo con una sonrisa.

—Normalmente, diría que no, pero tengo un dilema —se ríe.

—Esperaba que pudiera pasar como una broma.

—Lo fue, no te preocupes. Es que estoy... muy tensa, Rhue. ¿Dónde termina esto? ¿Tengo que mudarme a otro planeta o algo así? ¿Qué hará que Julian pare este circo? ¿Yo descansando a dos metros bajo tierra?

El mero hecho de pensarlo me pone furioso. Aterrado.

—No. Nunca. No vuelvas a decir eso.

—Me gustaría no sentir la necesidad de decirlo. Pero todo en esta situación apunta a un final triste para mí —añade. El dolor en sus ojos azules es demasiado real. Me da una puñalada en el corazón. Dejo mi vaso sobre la mesa y me arrodillo ante ella. Parece tan pequeña en el sillón gris oscuro, flanqueado de cojines y maltratado por el destino.

—Sabes, todavía recuerdo el día en que entraste en mi vida, Maddie. Con una claridad meridiana —le cuento mientras ese fatídico momento se desenvuelve en mi cabeza. Siento cada segundo tan fresco como si acabara de ocurrir. —Eras una tormenta, una tormenta perfecta a punto de ocurrir. Creía que podía intimidarte, pero me diste por culo delante de los demás. ¿Y sabes qué es lo más divertido? Yo también te recuerdo en el instituto. Esas sesiones de estudio en grupo.

Sus mejillas se sonrojan y su mirada se fija en la mía.

—Estudio en grupo —se ríe.

—Dios, quería impresionarte tanto, pero estaba tan jodidamente nervioso.

—¿En serio?

Asiento con la cabeza, intentando no reírme al recordar exactamente cómo me sentí en ese momento. Era como si el propio universo hubiera conspirado para dejarme sin palabras ante la mujer más inteligente que había conocido. La mujer más inteligente que jamás he conocido.

—Me sudaban las palmas de las manos. Mi corazón latía con fuerza —le digo. Poco a poco, la calidez vuelve a su expresión. No tiene sentido hablar de mi padre o del psicópata Jake en este momento. Madison está en mi salón, bebiendo mi vino, y la calefacción está encendida, convirtiendo cada centímetro de este lugar en un cómodo rincón del cielo urbano. Se merece todos los mimos que pueda darle—. Me dabas miedo, Maddie.

—¿Y ahora? ¿Todavía te doy miedo?

—Creo que sí.

Se ríe ligeramente, y el sonido hace que me derrita. Observándola atentamente, agarro su pie derecho y lo masajeo lentamente, desde el talón hasta la punta de los dedos.

—Nunca me he considerado una persona intimidante —susurra Madison.

—¿Con tu inteligencia? Cualquier hombre se cagaría en los pantalones —respondo, sonriendo. Mi pulgar penetra más profundamente en su planta del pie, y su respiración se vuelve agitada. Necesito que se olvide de todo por un tiempo. Necesito ver

cómo se derrite ante mi contacto—. Parece que has olvidado lo poderosa que puede ser una mente brillante. No quiero ser condescendiente, pero has permitido que la transgresión de mi padre te defina.

Se queda quieta, pero no aparta el pie. Espero que una pequeña dosis de verdad dura apague el interruptor del miedo. Madison sigue temblando, aunque creo que no se da cuenta.

—Has permitido que te acorrale, que te asuste —añado—. Eres más inteligente que él, Maddie. Eres más inteligente que la mayoría de Rochester. Mensa probablemente mataría por tenerte entre sus empleados. Lo que mi padre hizo, nunca podrá revertirse. Pero déjame el castigo a mí. Lo destrozaré. Le haré pagar. Tú, en cambio, sigues teniendo tu futuro. Tu libertad, tu felicidad. Él no te las ha quitado. Solo intenta hacerte creer que lo ha hecho. Si te levantas, nada te detendrá.

—Menos una bala —suspira.

Se desliza hacia mi mano, dejando que esta suba por su pantorrilla, sintiendo cómo se estira el sedoso tejido de sus medias transparentes. Le toco la rodilla mientras ella se levanta a medias de la silla. Madison respira. —Estamos pisando un territorio peligroso. Pero no estás sola, Maddie. Yo estoy aquí.

—Lo estás.

—Así que dame la oportunidad de ver esto hasta el final. No elegí nacer en esta familia, pero tengo la fuerza para alejarme de ella y hacer lo correcto.

Madison me mira con dolor.

—Siento mucho que te hayas visto arrastrado a esto.

—Yo elegí involucrarme —le recuerdo. Se acomoda en el suelo y deja que mi mano suba hasta alcanzar la banda de encaje de sus medias. Finalmente, las yemas de mis dedos encuentran su cálida y suave piel. Mi pene salta de excitación, mientras la expresión de Madison se suaviza. Una niebla grisácea se instala en sus ojos mientras se apoya en la silla.

—Rhue...

Dudo, recordando mi promesa. Este es su viaje, yo solo estoy aquí para disfrutarlo. Dejo que mis manos se detengan en sus

cálidos muslos mientras ella encuentra mi mirada. Ella traga con fuerza y veo las sombras del miedo que se reflejan en sus ojos. Me retiro, y luego cojo su cara entre mis manos.

—Lo que quieras —le comento—. Cuando quieras.

Me besa, poniendo a prueba mi control. Sus muslos se colocan a horcajadas sobre los míos, el calor de su sexo calienta la parte delantera de mis vaqueros. Me rodea el cuello con los brazos y me aprieta el pacho mientras me devora los labios.

—Te deseo —respira.

Eso es todo lo que tiene que decir. Se desliza hacia atrás en la silla mientras le aprieto el muslo, y luego abre lentamente las piernas. Ahí está. Oculto bajo una capa de encaje negro floreado, el centro mismo de su sexualidad. Los pliegues de carne rosa que espero conquistar y probar.

—Hace tiempo que deberíamos haber hecho esto, ¿no crees? —Pregunto.

Ella asiente. Sus labios se separan, calientes y llenos de deseo. Madison es muy receptiva, eso es lo que saqué en conclusión de nuestra pequeña incursión durante la noche de novatadas. Pero lo que voy a hacer aquí alcanzará un nivel totalmente distinto.

—Necesito que me lo digas —susurro.

Vuelve a asentir.

—Sí —jadea—. Sí, por favor.

Mi pene se agranda, empujando más fuerte contra mis pantalones. —Iremos despacio —respondo, mi otra mano encuentra su muslo izquierdo. Yo ya estoy duro como una piedra, pero ella necesita que se le facilite esto.

Mis manos se mueven más arriba mientras alejo el dobladillo de su vestido. Casi instintivamente, Madison se levanta del sillón solo un segundo, lo que me permite extender la tela de su vestido sobre sus redondas caderas. Tiene la figura de un reloj de arena, su culo es redondo, regordete y firme. Hundo mis uñas en su carne, amando la forma en que jadea mientras la arrastro un poco hacia abajo. Un segundo después, engancho mis dedos en la banda de sus bragas y tiro lentamente, arrancando la tela de la humedad que se ha acumulado entre sus muslos.

Madison mantiene su mirada fija en mí, mientras yo me tomo un momento para admirar los pliegues rosados de un vagina claramente resbaladiza y hambrienta. Nada me gustaría más que llenarla, aquí y ahora, y golpear hasta perderme dentro de ella. Pero me contengo. Madison está dispuesta. Lista, incluso. Y si esa mirada en sus ojos sirve de algo, entonces ella está hambrienta de mí tanto como yo de ella. Pero también sé que hay una línea muy fina entre el placer y el dolor. Un movimiento en falso y todos los recuerdos de *él* la inundarán. Tengo que guiarla lejos de la oscuridad. Necesito ahogarla en la luz.

—¿Te gusta así? —pregunto, deslizando mi dedo índice y medio entre los pliegues. Su clítoris se frunce, un botón duro que ansía ser acariciado sin descanso.

—Sí...

Tiene los ojos cerrados. Sus piernas se abren más, y se empuja contra mis dedos. Con una mano, la hago trabajar con movimientos deliberadamente lentos, mientras uso la otra mano para quitarme poco a poco los vaqueros y los bóxers. Las caderas de Maddie se levantan, y el movimiento hace que mis dedos penetren más profundamente en su vagina. Ahora se está mojando más. Y cuanto más se moja, más sediento estoy. Incapaz de sacarme de la cabeza la necesidad de saborearla, me agarro a sus muslos y bajo la cabeza, sustituyendo los dedos por la lengua. Un minuto más tarde, se retuerce en mi poder, exhalando bruscamente mientras le lamo la vagina y le meto la lengua hasta que sus piernas acaban sobre mis hombros.

Susurra mi nombre, mezclándolo con una cadena de gemidos desesperados mientras chupo su clítoris cada vez con más fuerza. Paso la lengua por encima, cada vez más rápido. Puedo sentir que la tensión aumenta. Su dulce interior se enciende y sus dedos se clavan en los reposabrazos del sofá mientras me la acerco.

—¡Sí, justo ahí, sí! —Madison grita, poniéndose repentinamente rígida. Su espalda se arquea mientras la penetro con mi pulgar y juego sobre su tierno bultito. Se necesita una breve serie de movimientos circulares para derretirla por completo.

Todo su mundo desaparece.

Se le corta la respiración por completo.

Su vagina se tensa y ondula alrededor de mi pulgar, y el clítoris palpita contra mis labios.

Se está dejando hacer cada vez más, la carne se ablanda en sus huesos mientras cabalga las olas de su orgasmo. No me detendré hasta que haya exprimido hasta la última gota de ella. No pararé hasta que los párpados le pesen por el sueño y tenga la vagina deliciosamente dolorida.

Ella es mía, ahora. Su gloriosa vagina es mía. Sus elegantes curvas y su tonificado trasero. Sus pechos turgentes y su piel sedosa.

Maddison tiembla en mi boca, pero es un tipo de temblor diferente.

Esto ya no es miedo.

Es una felicidad desnuda y picante.

SEVENTEEN
MADISON

Estoy en las nubes y no me quiero bajar, pero la oscuridad ardiente en los ojos de Rhue es una promesa silenciosa de algo aún mejor por venir. Estoy al rojo vivo por dentro e hirviendo. Mi coño está sensible y grita por más, mi centro se contrae y mi corazón late con fuerza.

Soy masilla en sus manos, y eso está bien.

Por primera vez, siento que soy el tesoro de alguien.

—¿Estás bien? —me pregunta, mientras me rodea con sus brazos. Sin dudarlo, cierro mis piernas alrededor de su cintura, gimiendo en su abrazo.

—Sí...

La palabra se me escapa de la lengua. No tengo control sobre mí misma, pero no quiero que nada de esto se detenga. Cuanto más me entrego a Rhue, más se aleja la herida de mi pasado. Ya no supura. Anhela ser enterrada y quizás incluso olvidada. Dudo que eso suceda alguna vez, pero este momento, aquí... esto es todo en lo que puedo concentrarme. Este despliegue de mi cuerpo, mi ser y mis sentidos.

—¿Cuánto deseas esto, Maddie?

Le beso. Nuestras bocas se juntan, hambrientas, sedientas y desesperadas. Le paso los brazos por el cuello y me rindo ante él.

El mundo cambia a mi alrededor, como si fuera un simple dado lanzado sobre la mesa.

Al carecer de control, dejo que el destino decida dónde me detengo.

La luz se atenúa y noto débilmente la ausencia del sillón en el que me he hundido. Cada centímetro de mí exige una liberación después de esa explosiva primera oleada. Tengo tantas cosas acumuladas dentro de mí, tantas emociones y reacciones primarias, zarcillos de un alma dañada que anhela curación, amor y seguridad. Noches, noches inquietas pasadas acurrucada bajo mi manta. El nudo en la garganta cada vez que me viene a la mente Rhue. Hay muchas cosas que deben salir a la luz.

Esto es solo el principio.

—Iré con cuidado —me murmura al oído—. Estás a salvo conmigo, Maddie.

—Lo sé —susurro.

Rhue me sienta primero en el borde de su cama y me quita el vestido. Acaba en un charco de sábanas en el suelo. El sujetador no tarda en unirse a él, el encaje negro se funde en la oscuridad cuando mis pechos entran repentinamente en contacto con el aire.

Mis pezones se levantan cuando Rhue se arrodilla de nuevo frente a mí.

Trabajo en los botones de su camisa mientras él baja la cabeza y atrapa un pezón con la boca. La sensación húmeda de sus labios cerrándose alrededor de la punta rosada, el roce aterciopelado de su lengua... oh, Dios... Podría correrme una y otra vez solo con eso. Mis caderas se mueven sin que me dé cuenta. Estoy ansiosa. A la espera de más, el deleite es inminente.

Gimiendo mientras trabaja en mis pechos, Rhue se toma su tiempo con cada pezón. Los impulsos eléctricos que se arremolinan recorren mis extremidades y descienden hasta mi interior. El aire se espesa mientras tanteo la camisa de Rhue. Apenas me he quitado dos botones de encima, y no sé cómo me las arreglaré para hacer el resto antes de implosionar, joder. Sus labios me rompen, pieza por pieza. Su lengua me saborea y explora. Finalmente, se quita la camisa y un escalofrío recorre mi espalda.

Me introduzco en su boca.

—Por favor... —mi susurro es apenas audible—. Más.

Rhue suspira profundamente y deja que sus manos recorran todo mi cuerpo. Me toca por todos los lados. Cada centímetro de piel es suyo mientras me mide en silencio de pies a cabeza. Las llamas arden en sus ojos negros, un abismo en llamas que exige mi propia alma.

—Si quieres que pare, lo haré —me recuerda—. Necesito que estés cómoda.

No puedo evitar volver a enamorarme de él. Su cuidado, su genuina preocupación y su dulzura innata, Rhue me inspira una sensación de seguridad. En este momento, no siento ninguna ansiedad. El miedo no me rodea como un tigre hambriento. Estoy en la punta de sus dedos, y él coge mis pechos entre sus manos y los aprieta.

—Rhue —le llamo, con la voz ronca y goteando de deseo—. Necesito que me penetres. Ahora.

—Maddie.

—Fóllame, por favor.

Me mira fijamente durante un segundo, tan sorprendido como yo por las palabras que han salido de mi boca.

Lo siguiente que sé es que estoy de espaldas, riendo y luego jadeando mientras él me llena hasta el tope. La tiene grande y dura como una roca. Gruesa y abrasadora a través de mi coño como un cuchillo caliente a través de un bloque de mantequilla. Me derrito y palpito mientras se mueve.

Lentamente al principio.

—Maldita sea, Maddie, me siento... me siento como en el puto cielo.

—Rhue... oh...

Me envuelvo en su polla mientras entra y sale. Dentro, luego fuera. El ritmo es perezoso, exploratorio. Se toma su tiempo mientras me relajo en su abrazo. Siento mi clítoris como un guijarro presionado contra su ingle. Rhue puede decir que me está haciendo algo.

Sonriendo, introduce una mano entre nosotros y me inmoviliza mientras sus dedos encuentran mi doloroso nubarrón y se agitan frenéticamente mientras empuja con más fuerza y profundidad.

Sus empujones me cortan el suministro de aire.

Mis fantasmas se han ido. Mis pesadillas. Se han escondido en alguna parte, y solo estamos él y yo perdidos entre las sábanas. Rhue me reclama, me folla, me empuja con toda su longitud.

Levanto mis caderas para encontrarme con él. Más profundo. Mucho más profundo.

Nuestras miradas están fijas. El sudor gotea y se mezcla de mi piel a la suya y viceversa. Nuestras respiraciones se intensifican, los jadeos galopan mientras nos dirigimos al borde del precipicio. Puedo sentirlo. Está cerca. Mi vagina está a punto de gritar mientras mi clítoris se estremece bajo sus maravillosas exigencias.

Antes de darme cuenta de que estoy llegando, exploto.

Mi orgasmo apaga todo por una fracción de segundo. Me aprieto contra su polla y Rhue pierde el control. Me golpea con fuerza, con el ceño fruncido, mientras yo me congelo en una sonrisa, incapaz de apartar la vista de su magnífico rostro. Las ondas siguen, y yo... rompo a llorar.

—¡Maddie! ¿Estás...?

—¡No te atrevas a parar, joder! —Grito y me subo a la ola.

Rhue me folla con todo lo que tiene, y yo echo la cabeza hacia atrás porque sigue frotándome el clítoris y exprimiéndome hasta la última gota. Me estremezco y me retuerzo bajo él, pero no se detiene.

No se detendrá porque está a punto de llegar al límite y...

Lo noto. Siento cada centímetro de esa gloriosa polla dentro de mí palpitando mientras derrama su semilla y un año de deseo, pensamientos y sueños no materializados. Esto es más que increíble. El tiempo se ha detenido. Las dimensiones han desaparecido. Estamos los dos solos, con nuestros cuerpos pegados y entrelazados.

Nuestras extremidades flaquean. Nuestros músculos se vuelven gelatina.

—Sí —exclamo, casi riendo de placer.

—Maddie...

—Sí, todo, sí.

Esconde su cara en mi pelo, su piel está caliente y húmeda. Sigue bombeando, y yo sigo tomándolo. Podría soportarlo hasta el fin de los tiempos, y no sería suficiente. Rhue Echeveria es un maldito peligro. Es instantáneamente adictivo. Una embriaguez insana. Saca a relucir mi lado oculto. La bestia que nunca tuve la oportunidad de liberar antes.

El lado oscuro se cuece a fuego lento justo en el borde, débilmente bajo la superficie.

No estoy preparada para explorar eso, pero me encanta tener esta opción, ahora. Rhue se queda dentro de mí durante mucho tiempo. No me importa. Los minutos pasan en un dulce silencio mientras pienso en lo que acaba de suceder. Puedo sentir cómo se endurece de nuevo. Su apetito me hace imaginar tantas cosas que podríamos hacer por la mañana.

—Me siento segura —afirmo—. Me siento segura contigo.

Esto envía una sacudida a través de su pene. Mi cuerpo reacciona instantáneamente, un volcán se enciende.

—Joder, Maddie, esta va a ser una noche larga —me anuncia Rhue, empujando una vez.

—Lo estoy deseando —le respondo, y él vuelve a empujar.

Probablemente no podré sentarme bien durante una semana, pero encajamos como piezas de un puzle. Llena perfectamente cada uno de mis huecos. Tiene las manos fuertes y descaradas. Su boca es inflexible. ¡Su lengua es una maldita amenaza! Antes de la medianoche, estoy gritando su nombre mientras me toma por detrás, agarrándome por las caderas y golpeando más fuerte...

Y más fuerte...

Ni siquiera me doy cuenta de cuándo nos cansamos. Nos invade, como una dulzura silenciosa. Como si hubiéramos bebido demasiado vino, aunque ambos dejamos vasos llenos en el salón. Me derrito en sus brazos, chisporroteando de... he perdido la cuenta de cuántos orgasmos. Esto es tan *bueno.* Demasiado bueno. No puede acabar. Tengo que asegurarme de que nunca se acabe.

Rhue se duerme primero, con una mano amortiguando mi dolorida vagina. No puedo esperar al amanecer. Entonces tendrá más para mí. Querré más. Me acurruco en su pecho, disfrutando de su olor y de su tacto. Tan agotada estoy por Rhue que ni siquiera oigo los débiles pasos cerca de la cama.

Cuando reacciono, ya es demasiado tarde.

Un pinchazo en el cuello.

El fuego se extiende por mis venas. Mis ojos giran en mi cabeza. Rhue...

No lo sabe. Está profundamente dormido. Soñando.

La negrura no tarda en llegar.

El silencio.

Una sensación de fatalidad.

EIGHTEEN
RHUE

El sonido de su voz. El tacto de su piel. La increíblemente dulce pulpa de su vagina. La niebla cubriendo sus ojos mientras la follaba. Se me ha vuelto a poner dura. Tengo un poco de dolor. Me duelen los músculos. Tengo los labios secos. Mi corazón está cantando, lleno de todo tipo de cosas hermosas y maravillosas.

Parece que fue hace solo unos segundos. Sin embargo, mi cuerpo parece haber pasado por el rally París-Dakkar de alguna manera. Estoy demasiado disperso, como el último sándwich hecho con el último bote de mantequilla de cacahuete. Las sábanas de la cama son suaves y cálidas, pero mi costado está... frío.

Me tomo mi tiempo. Tratando de luchar a través de la pelusa que se ha apoderado de mi mente. Apenas tomé un sorbo de vino anoche, y sin embargo parece que he estado nadando en un barril entero. Frotando los talones de las manos sobre los párpados, abro los ojos.

El sol se abre paso a través de una cortina entreabierta. Oro brillante a través del brocado rojo. El aire huele dulce, a Madison y a su perfume. También está un poco salado, con notas del sexo alucinante que tuvimos toda la noche. Una sonrisa se dibuja en la comisura de mis labios y, por primera vez en mucho tiempo, puedo decir sinceramente que soy feliz. Estúpidamente feliz, incluso.

Escucho el silencio durante un buen y largo minuto, esperando que los pasos de Madison recorran la habitación. O tal vez que el grifo del baño se abra. La cisterna del váter, tal vez. Pero incluso después de unos minutos más, no oigo nada. No hay agua corriente. No hay pasos. Ni siquiera un clic o una leve tos.

—¿Maddie? —exclamo, cerrando los ojos.

La luz dorada se extiende por la habitación, muy lentamente, y encuentra mi cara. Me desparramo por la cama como un lagarto al sol.

—¿Maddie? Lo intento de nuevo, esperando que me oiga desde la cocina. Excepto que algo me dice que ella tampoco está ahí. No hay sartenes que choquen. No hay encendido ningún electrodoméstico. No hay silbidos de la tetera. Ni siquiera el gorgoteo de la cafetera o el grueso siseo del agua corriendo por el fregadero. Está tranquilo. Está demasiado tranquilo, y mi satisfacción se disuelve.

No me gusta lo que queda.

Levantándome, decido ir a buscarla yo mismo. Pero noto la cabeza como si fuera un barril lleno de sopa. Mi cráneo suena como una puta campana.

—¿Qué cojones? —Murmuro, relamiéndome los labios. Están secos y agrietados, como si hubieran estado privados de hidratación durante casi una década.

—Pero qué cojones —exclamo una vez más al darme cuenta de que el sol no está saliendo. Se está poniendo.

Es el brillo de la tarde lo que me calienta. No tiene sentido. Maddie y yo no hemos salido de la cama desde anoche. Estábamos agotados, con nuestros cuerpos y espíritus zumbando en el resplandor de lo que solo puedo describir como una trascendencia sexual demoledora. Debería ser por la mañana.

Primero compruebo mi teléfono en la mesita de noche. Unas cuantas llamadas perdidas. Nada fuera de lo común con eso. Por supuesto no escuché nada, lo dejé en silencio. También hay algunos mensajes, pero nada importante a primera vista. Ni una señal de Maddie, tampoco, así que tal vez todavía está aquí.

—¿Maddie? —La llamo por tercera vez y escucho con atención.

Algo va mal. Está demasiado tranquilo.

Doy otro paso, tambaleándome sobre mis pies. Esto es raro. Sospechoso. Alarmante, incluso. Se supone que no debo sentirme así, no después de un solo sorbo de vino.

Me froto la nuca en un intento de aliviar parte de la tensión e inmediatamente me estremezco. Hay un punto sensible ahí. Sensible y un poco doloroso. También hay un pequeño bulto justo debajo de la piel. Vuelvo a frotar el punto, provocando la misma reacción que la primera vez. Un enjambre de ideas recorre mi mente, llenándome del tipo de paranoia que no necesito en este momento. Intento razonar conmigo mismo. Intento calmarme. Necesito encontrar a Maddie, meterme un poco de café en el cuerpo y despertarme.

—Maddie —grito de nuevo, corriendo por la casa.

Primero reviso el baño. Vacío. De hecho, no hay señales de que Maddie haya estado aquí. Ni en el baño y ni en mi apartamento en general. Su vestido ha desaparecido de la sala de estar. Sus zapatos no están en el pasillo. Y sé que es cien por cien posible que se haya despertado y se haya ido por la puerta, pero... me habría dejado una nota. O llamado. Enviado un mensaje de texto. ¡Algo!

Busco mi teléfono. Pensamiento lógico, actuación lógica. Recorro mis registros de llamadas y toco su número. Espero a que suene. Bien, su teléfono está encendido. Suena una vez. Dos veces. Paralelamente, oigo un zumbido en algún lugar de la casa.

No tardo en encontrar el teléfono de Maddie bajo mi cama.

Estoy muy confundido ahora mismo.

Tan jodidamente confundido.

Si dejó su teléfono aquí, ¿dónde está? Después de lo aterrorizada que estaba cuando la encontré anoche, dudo que haya vuelto a su apartamento.

Compruebo la puerta principal. Está cerrada. El cerrojo está todavía en su lugar.

El miedo se apodera de mí, ya que no hay otro lugar donde pueda comprobarlo.

—¿Qué coño está pasando aquí? —me pregunto, cada vez más frustrado ante la falta de respuestas. El teléfono de Madison vibra. Esta vez no soy yo quien llama.

Es un mensaje de texto.

Paso un dedo por la pantalla, sorprendido al ver que no hay código de seguridad. Un escalofrío me recorre desde la nuca hasta la columna vertebral cuando abro el mensaje. Tal vez no debería. Es el teléfono de Madison. Privacidad y demás. No está bien. Pero el mensaje contiene una foto adjunta de alguien conocido.

El mensaje es simple. *Hola.*

—¿Qué coj...?

Alguien ha sacado una foto de Madison y la ha enviado a su número. Lleva el vestido de anoche y está atada a una silla. Amordazada y, por lo que parece, también inconsciente.

—Joder. ¡JODER! —Gruño, a milisegundos de estrellar el teléfono contra la pared, solo para hacer desaparecer la imagen. Solo que no puedo. La necesito, eso es evidente.

Alguien entró aquí, de alguna manera. Dejaron la puerta cerrada, pero entraron. Por la forma en que me siento, el dolor en el cuello, la confusión de mi cerebro, el hecho de que he dormido durante todo el puto día, no creo que sea exagerado asumir que me hicieron algo. La urgencia me inunda como agua helada, bombeando mi sangre con fuerza y hielo por mis venas. Las implicaciones de esta inesperada situación transforman el sueño de la noche anterior en una fea y despiadada pesadilla.

NINETEEN

RHUE

Lo primero que hago después de salir del apartamento en un frenesí es conducir de vuelta a Rochester. Me dirijo a casa, sabiendo que mi padre tendrá respuestas. Esto es claramente obra suya. No me cabe la menor duda.

Agarro el volante con tanta fuerza que mis nudillos se vuelven blancos.

Tras una rápida llamada a Rita, que, según el relato de Madison de la noche anterior, era la única que podría haber visto mejor a ese tal Jake, solo consigo algunos términos descriptivos poco convincentes: pelo rubio oscuro, quizá ojos azules o verdes, buen aspecto. No es suficiente. Definitivamente no es suficiente. Tampoco le he dicho a nadie lo de la desaparición de Madison. Si puedo resolver esto antes de que se me vaya de las manos, estará bien. No puedo causar pánico. No puedo dejar que el Sr. Willis sepa que literalmente he perdido a su hija.

La furia arde a través de mí como un fuego abierto, frustra el crepitar de las brasas en el fondo.

La mansión se eleva por delante, destacando entre las demás villas y McMansiones de esta zona residencial. Ni siquiera recuerdo haber pasado por el cartel de «Bienvenido a Rochester». No estoy seguro de lo largo que fue el viaje, dado que lo he estado

pavimentando desde que salí de Ithaca. Lo que sí sé, sin embargo, es que cuanto más me acerco, más me enfado. Sin embargo, enfrentarme a mi padre con una furia ciega no ayudará. Se aprovechará de ello. Es experto en explotar las debilidades de la gente, y la ira, por mucho que odie admitirlo, es una debilidad.

Me desvío por el estrecho callejón que lleva a la mansión y me detengo con un fuerte chillido. Salgo del todoterreno y respiro profundamente. Aquí llueve a cántaros y no tengo chaqueta después de haber salido con tanta prisa. Sin embargo, agradezco el frío. Me ayuda a calmarme. Estoy lo suficientemente tranquilo como para pensar y pongo mi teléfono a grabar. Lo que diga ahora, es mío.

Momentos después, irrumpo a través de las puertas dobles.

—¿Dónde coño estás? —Grito, sabiendo que me escuchará. Su coche está aparcado delante. Está en casa. Me tomo un segundo para mirar brevemente a mi alrededor.

Laura está en la sala de estar con Steve, el niñero. Estaban jugando a una especie de juego de mesa hasta que he entrado. Ahora, los dos me miran fijamente, con las mandíbulas caídas al suelo. No puedo culparlos. Estoy en racha y no puedo parar. No cuando estoy a punto de enfrentarme al monstruo de nuestra familia.

—Rhue —me llama Laura, con el codo apoyado en el reposabrazos de su silla de ruedas eléctrica.

—¿Dónde está? —pregunto, bajando la voz.

—En su estudio, pero...

No llega a terminar lo que quería decir porque ya estoy cruzando el vestíbulo y saliendo al pasillo. Entro en el estudio sin llamar, y me encuentro a mi padre al teléfono, detrás de su escritorio de ébano, riendo ligeramente. Por supuesto, su humor se desvanece cuando me ve.

—Martha, voy a tener que llamarte después —murmura—. Sí, envíame esos números de las encuestas y veremos qué más podemos hacer mañana.

Cuelga y me mira largamente.

—¿Dónde está ella?

—¿De qué estás hablando? —Mi padre no lo hará fácil.

—Madison. ¿Dónde está Madison?

Mi padre se encoge de hombros.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Verás, sé que eso es una puta mentira porque anoche enviaste a uno de tus matones a por ella —digo, señalándole con un dedo duro. —Hiciste que la abordara y la amenazara fuera de un restaurante, y por la mañana ya había desaparecido.

—Creía que la estabas cuidando —responde, sin esforzarse en ocultar su diversión mientras se reclina en su silla giratoria—. ¿Qué, la chica acaba de desaparecer delante de tus narices? ¿Cómo sabes que fui yo?

—Porque eres el único con tanto valor. Al menos sé un hombre y admítelo.

Se levanta, con los hombros anchos y cargados de tensión. Estoy golpeando en ese gran ego suyo.

—Rhue Echeveria, la próxima semana podría ser elegido en el ayuntamiento de la ciudad de Rochester. Es un puesto prestigioso y honorable que me permitirá aportar un cambio significativo a este lugar. Gracias a eso, estoy a pocos pasos del Congreso. Este es nuestro futuro.

—¿Dónde está Madison? —Vuelvo a preguntar, apretando los dientes. Me cuesta muchísimo no lanzarme sobre él, pero a juzgar por su mirada, me preocupa que siga poniendo a prueba mis límites.

—En algún lugar seguro —dice finalmente. Mirando un segundo por encima de mi hombro, veo que Laura se acerca, acompañada de Steve. Mi padre no volverá a decirlo en presencia de otras personas. Esto era solo para mis oídos—. Me juego mucho en esto. No puedo permitir que la petulancia de nadie se interponga en mi camino.

—¿Petulancia? ¡Tú eres el que va implacablemente a por ella! —Yo me desahogo—. ¿Qué coño te pasa? ¿Qué te ha pasado? ¿Siempre fuiste un pedazo de mierda colosal?

Ahora le toca a él enfadarse.

—¡No me hables en ese maldito tono, muchacho! ¡No tienes idea de lo que he sacrificado por el bienestar de esta familia! No comprendes todo lo que nos ha costado llegar hasta aquí, para que tú y tu hermana tengáis tantas comodidades. Nunca has tenido que

trabajar o dejar la escuela para poner comida en tu mesa, ¡mierda desagradecida! ¡Así que no vengas a hablarme con desprecio como si te debiera algo! Cierra la boca, ve a la universidad y sácate tus putos títulos. Dios sabe que no eres bueno para manejar nada más.

—¿Dónde está Madison? —Vuelvo a preguntar, sin dejarme impresionar por su chulería barata. Pretende intimidarme, pero se olvida de que ya no tengo catorce años.

—¡No es mi problema! —Señala a Laura en el momento en que entra— ¡Lárgate de aquí!

—¡Papá! ¿Qué demonios está pasando? —responde ella.

—No, Laura tiene que quedarse —interrumpo, entrecerrando los ojos. Sigue hablando, viejo. Muestra al mundo lo que veo—. Ella necesita ver lo que realmente eres.

—¿Y quién es ese? ¿Tu padre? El hombre que pone un techo sobre tu cabeza... —responde él.

—Olvidas que ya no cuento contigo —le recuerdo—. Tengo un fondo fiduciario con cero contribuciones tuyas. ¿Este techo? No es mío, ni tampoco vivo ya aquí. Así que, no tienes absolutamente ninguna influencia sobre mí. ¿Dónde está Madison?

—Laura, vete a tu habitación —comenta mi padre, tratando de apartarla.

—¡No me voy a ninguna parte hasta que alguien me diga qué demonios está pasando aquí! —suelta mi hermana, y la quiero aún más por esto. Puede que no esté preparada para enfrentarse a él, pero no se echará atrás cuando el juego esté en marcha.

—Se llevó a Madison —le explico. Mi padre se burla, poniendo los ojos en blanco como si acabara de decir la gilipollez más grande del mundo—. La ve como una amenaza porque la violó el año pasado, así que decidió secuestrarla antes del día de las elecciones.

—¡Eso es una gilipollez! —interviene.

—¿Papá? —Laura está interpretando bien su papel. La hija inocente, confundida por su padre manipulador.

—La tiene en algún sitio. No quiere decirme dónde está. Y sé que ella está segura en cualquier otro sitio excepto en sus garras. No es solo un violador. También es un secuestrador, ¿y quién sabe qué más?

—No es mi culpa que no hayas podido mantener a la niña a salvo —añade mi padre, cruzando los brazos—. No me culpes por tus insuficiencias, Rhue. Tú eres el que quería jugar al juego de los adultos.

Algo se rompe dentro de mí. No sé si es la indignación lo que realmente rompe mi resolución en miles de astillas afiladas, pero es demasiado para soportarlo. Antes de que pueda reaccionar, atravieso la habitación y salto sobre su escritorio como una maldita pantera que se abalanza sobre su presa. Lo derribo y golpeo todo lo que puedo.

Mis nudillos crujen contra su pómulo. Lanzo un gancho de izquierda que le da en las costillas. Él patalea, gruñe y trata de apartarme, pero tengo demasiada rabia sin control dentro de mí como para dejar pasar esta mierda. Ya no.

Estoy a punto de darle un puñetazo, con la sangre brotando de su labio roto, pero alguien más fuerte que yo me hace retroceder. Steve. Tiene los brazos enganchados bajo mis axilas y bloqueados a mi espalda, forzándome a una posición incómoda. Me aleja de mi padre. El imbécil rueda sobre su costado, tomándose un momento antes de levantarse de nuevo.

Sí, he tocado su timbre un par de veces. Fue increíble. Debería experimentar una apariencia de culpa, al menos, pero no hay nada. Me duelen los nudillos. La piel que los rodea arde, se magulla y se rompe. Necesitaré hielo en algún momento. Pero necesito aún más a Madison.

—¡Maldita sea, Rhue! —grita mi hermana. Echa una mirada salvaje a mi teléfono, que está en el suelo y sigue grabando. Ella adelanta su silla unos metros para ocultarlo y yo lucho con Steve para agarrarla. Puede que sea mi imaginación, pero siento que él me ha dejado ganar esta pequeña victoria.

—Tienes que irte —me dice Steve.

—Tiene a Madison —digo—. La tiene, y va a hacerle daño.

—¿¡Tienes alguna prueba!? —grita Laura, con lágrimas en los ojos.

No puedo evitar preguntarme si he estado esperando demasiado de mi propia hermana todo este tiempo. No tiene sentido, porque la

pena en sus ojos está dirigida a mí. Cada vez que mira a nuestro padre, se desvanece. ¿Está actuando? ¿Me estoy perdiendo algo? Ya están pasando muchas cosas, y con Madison en peligro, me temo que mi mente no es lo suficientemente rápida para procesar todo.

—Suéltame —le indico a Steve.

—Primero tienes que calmarte —responde.

VOLVEMOS A LA PUERTA. Mi padre se levanta, usando una mano para apoyarse en su escritorio. Saca un pañuelo del bolsillo para cubrir el labio partido.

—Vete de mi puta casa —exclama.

—No hasta que me digas dónde está Madison.

Sin embargo, no es mi decisión, como dice Steve tan elocuentemente mientras me arrastra fuera de la mansión. Trato de alejarme, pero el muy difícil desprenderme de su agarre. No tengo ninguna posibilidad de librarme de él. Me atrapó inesperadamente, y ahora estoy en su poder. Jodidamente indefenso. Parezco un imbécil mientras me arrastra por los escalones de la entrada y me deposita delante de mi todoterreno bajo la lluvia torrencial.

—Tienes que mantenerte al margen, niñero —le advierto, pero Steve no se inmuta.

Puede que no sea el hombre más intimidante del mundo, pero sé cómo transmitir un mensaje. Es un poco desconcertante ver a alguien tan poco impresionado, especialmente después de la paliza que acabo de pegarle a mi propio padre.

—Tienes que controlarte —me propone Steve—. Estás haciendo daño a tu hermana con estas tonterías.

—Esto no se trata de ella. ¡Ni siquiera se trata de mí! —le respondo—. Tiene a Madison. ¿Por qué le cubres, eh?

—Si estás tan seguro, ¿por qué no presentas una denuncia a la policía?

No es la idea más descabellada, pero tampoco la más brillante. ¿Por qué Steve, su empleado, sugiere esto?

—Te estás burlando de mí —le suelto.

—No. Simplemente te estoy proponiendo que puedes hacer otras cosas para recuperar a tu amiga. El Sr. Echeveria negó cualquier implicación, por lo que presentar una denuncia policial es tu única opción.

—Me cago en todo, Steve.

—Ah, ¿ya no soy el niñero, entonces?

Le frunzo el ceño. Una vez más, frío como una piedra, parece que esto no le ha afectado. Me molesta.

—¡Rhue...! —Laura grita desde lo alto de la escalera— Rhue, ¿¡qué cojones te pasa!?

—Tienes que preguntarte si... —Mi voz se apaga cuando veo un todoterreno negro que se acerca. Un joven sale. Tiene los ojos azules, el pelo rubio oscuro cortado y lleva un bonito traje verde musgo con corbata gris. No puedo evitar preguntarme. Quiero decir, honestamente, ¿cuáles son las malditas probabilidades? —¿Jake?

Sus hombros se crispan, pero no responde. Lo que me enfada.

—¡Jake! —le llamo.

Finalmente, me mira justo cuando pasa al lado de Laura.

—¿Perdón?

—Tú eres Jake.

—No lo soy.

—Sé quién eres —insisto, aunque ahora mismo no estoy nada seguro.

—Métete en tus asuntos, no tienes ni idea de quién soy yo —responde el tipo, y entra.

Nada me gustaría más que entrar tras él, pero Steve me retiene. La mirada de Laura me dice que he metido la pata hasta el fondo, pero me falta paciencia para explicarle lo equivocada que está. Mi padre es mi peor pesadilla en este momento. El enemigo que nunca quise. El monstruo al que debo vencer, de una manera u otra. Sin embargo, Steve tiene razón en una cosa. Laura no necesita unirse a mí en este conflicto.

Ya ha perdido una madre. No puedo obligarla a destruir también a su padre. Ella ha tomado su decisión, guardarse la información indefinidamente hasta que alguien más acabe con Julian. Es

demasiado joven para tomar esta decisión. Necesito hacer esto por los dos.

Steve me aprieta el hombro.

—Todo esto le está pasando una factura insostenible a Laura, Rhue. Tienes que cambiar eso. Lidia con tu viejo de otras maneras.

—¿Qué sabes del viejo, eh? —le respondo, el asco se apodera de mí y me llena la boca de un sabor acre e insoportable. Es un fracaso. Estoy probando el maldito fracaso.

—Sé que nunca hará nada en público —añade Steve, con los ojos reducidos a rendijas. Está tratando de decirme algo, y tengo que escuchar con atención—. Y tú solo eres indefenso. Si quieres acabar con él, necesitas pruebas, y necesitas a alguien que haga que el mundo te crea. Hasta entonces, solo eres un hijo emocionalmente inestable que perdió la pista de su novia.

—Eres cruel.

—¡Rhue...! —Laura vuelve a gritar, visiblemente frustrada porque no me acerco a ella.

—Te llamaré más tarde —le indico. Miro a Steve—. Será mejor que la mantengas a salvo.

—No te preocupes por mí, chico. Yo hago mi trabajo. Pero tienes que dejar de intentar cazar la ballena con un puto palillo —comenta y vuelve a subir. Laura no está convencida de que esto haya terminado, y no deja de señalarme mientras le pide que la ayude a llegar a la base de los escalones. Es la única cosa que mi padre no ha instalado, una rampa en este lado de la mansión. Sin embargo, por ahora retiene a mi hermana, así que hay un lado positivo.

—Tengo que hablar con él —le dice a Steve, que me mira de reojo.

No puedo arrastrarla conmigo. Por mucho que lo odie, tiene razón.

—Laura, estoy bien. Entra y mira a ver si papá necesita ayuda. Te llamaré más tarde. Te lo prometo.

No está contenta con mi respuesta, pero es lo mejor que va a conseguir y lo sabe. La dejo a ella y a Steve allí arriba y me pongo al volante, con el agua de la lluvia empapando mi asiento. El tipo que acaba de entrar todavía me molesta. ¿Quién es él? Tomo nota de su

matrícula y arranco el motor. Minutos más tarde, conduzco hacia el centro de la ciudad, mi determinación se recupera lentamente.

Ladrillo a ladrillo, pieza a pieza, mi mente comienza a diseñar un primer borrador de un plan.

Mi padre tiene a Madison. Si la quisiera muerta ahora mismo, su cuerpo aparecería en alguna parte. Él no me dejaría atormentarme así. No, él la tiene, y la tiene como garantía. No es a ella a quien tiene miedo. Es a mí a quien quiere mantener bajo su control.

Obviamente, no puedo dejar que eso ocurra.

Pero Steve también tiene razón. No puedo vencerlo solo, y mi hermana está demasiado cerca de esto. Podría ir a la policía, tengo la foto de ella. Me resisto a ello, sobre todo porque es lo que Steve me dijo que hiciera. ¿Cómo puedo saber de qué lado está? ¿Cómo puedo saber de qué lado está la policía? Contreras dijo que tenía un mal presentimiento... quizás su mal presentimiento me favorezca. Mi único otro posible aliado es Noelle. Ya está investigando a mi padre, pero la primera persona a la que se lo diría es al Sr. Willis. No puedo dejar que lo sepa. Todavía no. No hasta que la recupere de una pieza.

Mi padre empezó esta guerra.

Yo voy a terminarla.

TWENTY
MADISON

Tardo una eternidad en despertarme.

Curiosamente, soy consciente de estar dormida. Este sueño vívido que estoy teniendo se ha detenido de repente, como si todos supieran que lo sé. Se acabó la fiesta, y esas personas que ni siquiera recuerdo haber conocido en ningún momento de mi vida comienzan a disiparse como volutas de humo en una repentina ráfaga de viento. Estuvimos reunidos aquí, en un colorido y extraño recoveco de mi mente. Estuvimos hablando y riendo, aunque no podría decir de qué. Todo está borroso, ahora, con la excepción de mi aguda autoconciencia.

—Esto es un sueño —digo. Creo que eso es lo que digo, de todos modos. A decir verdad, no puedo oír las palabras que salen de mi boca.

No queda nadie. Solo estoy yo, rodeada de manchas de color que se desvanecen. Este solía ser un lugar familiar, no hace mucho tiempo. Creo que tenía asientos de cuero marrón y mesas lacadas en blanco y negro. ¿Tal vez un restaurante?

—No lo sé.

Esto es raro. Sé que lo he dicho en voz alta. He sentido que las palabras salían de mi lengua, pero no había ningún sonido. A mi alrededor, los colores se disuelven en un «no color». Quizás un gris,

un gris cálido que se supone que significa algo. Ugh, me duele la cabeza. Tengo que despertarme.

Sí, así es.

Necesito despertarme porque estoy en un sueño. Llevo un buen rato en un sueño y el mundo real me llama con urgencia. Pero ¿por qué? ¿Qué era tan importante ahí fuera para requerir mi atención inmediata? Estaba haciendo el amor con Rhue...

No, nos estábamos quedando dormidos. Habíamos hecho mucho el amor. El calor me llena como la luz del sol líquida, el sabor de la miel se asienta en mis labios. Sus besos. Por Dios, sus deliciosos y voraces besos. Sí, hemos superado el umbral. Estoy cansada de las muchas formas en que adoró mi cuerpo anoche. Por eso estoy durmiendo.

El rostro de Rhue se abre paso a través del tejido de mi subconsciente. Puedo verlo, una silueta alta y de hombros anchos. La luz rebota en él como si fuera invisible, pero sé que es él. Sé que es Rhue. Mi corazón canta al verlo. Nadie más me ha hecho sentir así. Entonces, ¿por qué no puedo llegar a él?

—¿Rhue?

De nuevo, no hay sonido. Esto no está bien. Algo no va bien.

—¡RHUE! —Grito, pero nada. Nada. ¡Constantemente nada!

Finalmente, vuelvo a sentir mis párpados. Se están abriendo.

Poco a poco, la luz inunda mi existencia. Una luz blanca y cegadora se extiende por mi visión, llenando todos los rincones hasta que el mundo real se enfoca. No estoy donde debería estar. Ese es el primer pensamiento que me viene a la mente. No estoy donde debería estar. Mi cuerpo se estremece con el recuerdo de la noche anterior. Daría cualquier cosa por volver a estar allí, en los brazos de Rhue. Pero no lo estoy. Y su lengua no está trazando líneas invisibles por mi cuerpo. Su boca no está haciendo el amor en mis húmedos, dolorosos y anhelantes pliegues.

—Rhue —mi voz es apenas un susurro, y su nombre sale mal.

Mi boca. Ugh. Saboreo polvo y algodón. Tengo la boca seca. Es... joder, estoy amordazada. ¡Oh, Dios, estoy amordazada! El pánico se apodera rápidamente de mí, y es la peor reacción posible porque estoy firmemente atada. Una gruesa cuerda mantiene mis tobillos

atados. Hay una cremallera apretada alrededor de mis muñecas. A mis espaldas. Oh, Dios mío. Oh...

—Jo... —Joder. Quería decir joder.

La débil sensación de escozor en mi cuello me trae un recuerdo de cómo me derrito en los brazos de Rhue, un sueño profundo a punto de complacer mis sentidos. La sensación de las sábanas acariciando mi cuerpo desnudo pegado al suyo. Y la aguja. Joder, la aguja. El escozor. Sí, lo recuerdo. Estaba... oh, no, estaba drogada. Y ahora, estoy atada y amordazada.

El miedo sustituye al pánico y dejo de luchar por completo.

Necesito calmarme. Independientemente de lo que ocurra a continuación, tengo que mantener la cabeza fría y evaluar esta situación. Este lugar me resulta familiar. Ya he estado aquí antes. No entra la luz del sol por las ventanas, pero fuera es de día, seguro. Veo árboles a raudales. Un manto de hojas marrón oscuro y negro. Está todo seco, así que no ha llovido recientemente. Es un bosque. Sí, este lugar. Está en un bosque. Es una cabaña.

El ritual de las novatadas.

Sí, Rhue y yo nos refugiamos aquí esa noche. Reclamamos este lugar y no dejamos entrar a Lindsey y Cameron. Así fue como terminaron follando en el sofá de ratán, fuera, en el porche. Por Dios. ¿He vuelto aquí? ¿Por qué?

Midiendo cuidadosamente mis respiraciones, echo un vistazo a mi alrededor. Sí, definitivamente es la cabaña. Está el sofá de dos plazas, aunque está cubierto con mantas de aspecto más reciente con un estampado de cuadros verdes y azules. Han sacado de la despensa las latas de cerveza y las galletas saladas en cajas de hojalata y las han dejado sobre la mesa de centro, justo al lado de un botiquín de primeros auxilios. Un par de botas militares están en el suelo a su lado. Hay un cargador conectado a la toma de corriente junto a la puerta de la cocina. No hay ningún teléfono conectado, pero este lugar parece más cálido que la última vez que estuve aquí.

Hay una cesta de mimbre llena de leña. Cenizas y brasas gastadas en la chimenea. Alguien se ha quedado aquí constantemente, el tiempo suficiente para que el calor impregne las paredes y el suelo de madera. Me doy cuenta de que se ha limpiado

el polvo de la mayoría de las superficies. Hay un hervidor eléctrico enchufado en una de las encimeras de la cocina. Una caja de hojalata con café, puedo olerlo hasta aquí, ya que no está tapada.

Empiezo a sudar frío mientras intento asimilarlo.

Alguien estaba dentro del apartamento de Rhue cuando estábamos en la cama. Ninguno de nosotros los oyó entrar. Pero me han dado una dosis de algo. Una inyección. Y ahora estoy aquí, atada y amordazada y rígida como una tabla de madera contrachapada, con todas las articulaciones doloridas. Debo haber dormido en esta posición. Mi espalda me está matando. Siento los músculos hinchados y en carne viva. Es solo una sensación de malestar agravado. Pero nada me duele más que la conclusión que he sacado: me han secuestrado. Soy una prisionera aquí. La semana de novatadas terminó y, aunque no fuera así, aunque los mayores quisieran prolongar las novatadas, algo me dice que no lo harían de esta manera.

Intento gritar, esperando que alguien me oiga. Pero mi voz es ronca y nadie responde. Me arde la garganta. El sudor me sale por los poros, frío al filtrarse por la tela de mi... oh, mierda, llevo el vestido de anoche. Claro, porque yo estaba desnuda cuando ellos... oh, Dios, me vistieron. ¡Ellos *me tocaron* a mí!

Antes de que pueda gritar, la puerta principal se abre con un chirrido inesperado. Grito, sorprendida por lo repentino que ha sido. Un hombre se encuentra en la puerta. Él es... nos hemos conocido antes. Jake. Lleva vaqueros y un jersey negro, pero es él. Reconocería esos ojos azules muertos en cualquier lugar.

—Siento haberte dejado así —comenta, cerrando la puerta tras de sí. Sostiene una bolsa de papel con un brazo, parece que ha ido a comprar. Veo la punta de una baguette ahí—. Estabas tardando en despertarte y pensé que tendrías hambre.

—Qué... —intento hablar, pero la mordaza lo hace imposible. No me sale nada entendible, salvo mi ira hirviente. Yo también estoy aterrorizada, pero no quiero que se dé cuenta. Imagino que, si me quisiera muerta, no estaría despierto ahora.

—Oh, claro. Es culpa mía. Un momento —señala Jake y cruza rápidamente el salón. Deja la bolsa de la compra en la encimera de

la cocina, luego vuelve y me quita la mordaza. Joder, tengo los labios secos. Siento la lengua como un algodón.

—Hijo de...

—Llámame como quieras. Pero no grites. De todas formas, nadie puede oírte, pero no me gustan los ruidos fuertes —comenta Jake, agachándose frente a mí con una sonrisa infantil—. Me imaginé que te gustaría este lugar. Es donde tú y Rhue reavivasteis vuestro romance, ¿no es así?

—¿Qué coño sabes tú de eso? —Me resulta difícil ocultar mi desprecio.

—Oh, lo sé casi todo. Te sorprendería lo que puedo hacer con un teléfono, un portátil y un navegador Tor, Madison —me explica Jake —. Pero ya hablaremos de eso más tarde. Ahora mismo, necesito que me digas cómo te gusta el café. —Se levanta y vuelve a la cocina.

Me duele el cuello, pero giro la cabeza para vigilarlo siempre que puedo. Todo lo que hace puede decirme un poco más sobre el tipo de persona que es. No soy una perfiladora, pero estudio la cultura de los humanos. Nuestros gestos y hábitos provienen de construcciones sociales.

—Aquí tengo azúcar y un tarro de miel de aspecto extraño —añade Jake mientras empieza a sacar la compra de la bolsa—. Creo que está impregnada de algo. Se detiene para desenroscar la tapa y olerla. —Oh, lavanda. Genial. Y he comprado dos tipos de leche. No estaba seguro de si te gustaban los lácteos de verdad o la soja, así que he cogido de las dos. Por favor, no me digas que querías de almendra.

No puedo evitar burlarme.

—Eres un psicópata funcional, ¿no?

—«Funcional» es quizás demasiado generoso, pero sí. Buen ojo —se ríe—. Escucha, tengo leche entera. La verdad es que no entiendo las chorradas del 2 % y del 1 %. Eso es solo agua blanca, si me lo preguntas. Eso ya no es leche. Eso es una puta estafa. Así que es eso o la soja.

—¿Hay agua? —pregunto. Enfrentarme a Jake podría meterme en problemas. Mi mejor opción ahora mismo es intentar hacerme

amiga del cabrón hasta que encuentre la forma de liberarme. Tal vez pueda hacer que sienta empatía. Pf, me pregunto dónde está Rhue. ¿Se habrá dado cuenta de que he desaparecido? Tengo los zapatos puestos. Me preocupa que Jake se haya asegurado de dejar la impresión de que me he largado. Hace que me duela el corazón. —Tengo sed. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—¡Por Dios, tienes toda la razón! —exclama Jake.

Lo dice como un anfitrión ligeramente avergonzado en una fiesta de los años 60. Un poco delicado y excesivamente correcto, sonriendo y yendo a lo suyo como si no hubiera absolutamente nada malo en el secuestro y el encarcelamiento.

Pasa un minuto y Jake vuelve con un vaso alto de agua. Ha guardado una jarra en la nevera.

—Gracias —refunfuño. Es difícil mantener cualquier forma de cortesía en este momento, pero tengo que hacerlo. Me ayuda a beber la mitad, y luego hace una pausa.

—Respira —me indica Jake—. Estás deshidratada.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —pregunto de nuevo.

—Solo unas horas.

—¿Cuántas?

Me deja terminar el resto del agua y vuelve a la cocina.

—¿Café?

No me gusta su forma de evitar una respuesta concreta. No quiere que lleve la cuenta del tiempo, eso es obvio.

—¿Quieres mantenerme aturdida y confundida? —pregunto.

—No realmente. Solo te estoy midiendo, tratando de conocer tus límites —responde como si hubiera normalidad en lo que hace, como si fuera una especie de rutina diaria. Eso me asusta. *Él me* asusta.

Pone agua en la tetera y café en una prensa francesa. Le observo como un halcón, con los ojos recorriendo todo a su alrededor, buscando soluciones y posibles vías de escape. No tengo intención de pasar más tiempo del necesario en su compañía. Todo lo que rodea a Jake implica peligro, y hasta que no tenga claras sus intenciones, asumo que estoy jodida a menos que salga.

—¿Por qué estoy aquí, Jake?

—Bueno, es un poco complicado. Nunca quise que las cosas llegaran hasta aquí, pero tus decisiones de anoche me pusieron en una situación difícil —explica. Pasa un minuto en un silencio pesado e imposiblemente tenso mientras le veo preparar el café y verterlo en una taza. —¿Leche?

—Sí. Sin azúcar, gracias.

Sonríe.

—¿Y la miel de lavanda? Huele genial.

—¿Puedo comer?

—¡Claro! Guardaré esto para el desayuno —dice y deja el tarro de miel a un lado con cuidado. —Voy a atarte las manos por delante —comenta Jake mientras vuelve a entrar en el salón y deja mi café sobre la mesa. Se empeña en mostrarme la pistola que lleva en la funda. —No hagas nada estúpido. Créeme, te conviene ser amable conmigo.

No necesita decírmelo dos veces. Además, tengo más posibilidades de hacer algo con las manos atadas al frente.

—Gracias —respondo, observándolo. Mis hombros casi estallan cuando corta la cremallera. —Joder... Me duelen...

—Lo siento, Madison —susurra, pero tira sin piedad de mis manos hacia la parte delantera y vuelve a atarlas con la cremallera, lo suficientemente apretada como para dejar claro que no puedo librarme de ellas. Recuerdo haber visto una vez un vídeo de TikTok con una chica que mostraba a la gente cómo escapar de una cremallera. Es una pena que no le prestara más atención en aquel entonces porque ahora no recuerdo mucho. Por otra parte, no soy material de víctima de secuestro. Esto no tiene mucho sentido. —Ya está. Todo listo. Aquí tienes tu café —dice Jake y me da la taza.

Lo sostengo con las dos manos, dadas las circunstancias, y doy un largo trago. Le hace gracia, como si estuviera haciendo algo ridículo.

—Tranquila, no está envenenado —suspira.

Tomo un largo sorbo, con la mirada clavada en la suya.

—¿Qué quieres, entonces? ¿Por qué estoy aquí?

—Lo que quiero es no tener que matarte, Madison... porque si estás aquí, es para que te mate.

Se me hiela la sangre mientras trato de entender lo que acaba de decir. Jake parece brillante, pero no es bueno con el lenguaje críptico. Se sienta en el sofá y coloca su pistola en la mesa de centro entre nosotros.

—Yo... no lo pillo...

—Julian Echeveria te quiere muerta. Tengo veinticuatro horas para completar esta tarea —explica Jakes, con toda naturalidad—. Pero la verdad es que no quiero hacer eso. No creo que sea correcto. Así que necesito que me convenzas de que no te mate. Necesito que me des una buena razón de por qué este mundo será mejor contigo en él, de manera que me beneficie, personalmente. No me cuentes toda la historia de los sueños que tienes y demás, soy muy consciente de lo infravalorados que están los antropólogos, así que no hace falta ese discurso en particular. Necesito saber por qué será bueno para *mí* dejarte vivir.

—¿Qué?

Él sacude la cabeza hacia mí.

—Creo que necesitas terminarte ese café antes de empezar a usar tu cerebro. No te preocupes, no tengo prisa. Veinticuatro horas es más que suficiente, seguramente, para una chica con tu inteligencia. ¡De todos modos! —Se levanta y se dirige de nuevo a la cocina. —Hora de desayunar. ¿Te apetecen huevos y bacon?

Como si pudiera ser mi última comida.

Siento que se me saltan las lágrimas, que el horror de mi mortalidad me recorre la columna vertebral. Pase lo que pase, no puedo dejar que este hombre se alimente de mi debilidad o de mi miseria. Julian ya se llevó lo peor de mí, de todos modos. Que me retengan en contra de mi voluntad... que me vaya a morir, joder, en veinticuatro horas... ni siquiera creo que sea lo peor. No, la violación fue lo peor.

En este momento, las probabilidades no están a mi favor, pero si Jake es sincero en su oferta, podría ser capaz de convertirlas. Necesito un plan. Tiene razón en que yo también necesito más café, así que le doy un buen trago. Necesito un cerebro que funcione. Calma. Un enfoque metódico.

Podría morir en un día.

Y soy la única que puede detenerlo, porque dudo que alguien pueda rastrearme hasta estos bosques. Jake es una especie de sicario profesional. Sabe lo que hace. Tengo que ponerme al frente de esto antes de que acabe a dos metros bajo tierra.

TWENTY-ONE
RHUE

El mismo policía está sentado en el escritorio cuando entro corriendo a la comisaría. Es una mañana fría y gris y no he dormido ni una sola vez. A Laura le han lavado el cerebro, Steve está del lado de papá, Madison se ha ido y yo estoy frenético. Me pasé toda la noche tratando de averiguar a dónde han podido llevar a Madison. Hablé con Rita, Lindsey y Cameron para asegurarme de que no se trataba de una broma pesada y cruel, ahora todos están intentando averiguar cómo encontrarla.

Supongo que eso es útil, pero francamente no sé qué pueden hacer.

El policía me mira y suspira.

—¿Contreras? —Pregunta, con la frente arrugada.

—Sí

—Espere. —Se gira en su silla para coger el teléfono, pero yo ya he terminado de esperar. Contreras me avisará, es todo lo que necesita. Subo las escaleras de dos en dos, ignorando el grito que llega desde el escritorio de abajo, e irrumpo en el segundo piso. Algunas cabezas se vuelven hacia mí, pero no muchas. Corro hacia el despacho de Contreras y apenas me detengo a tiempo.

Papá está ahí. Se inclina sobre el escritorio de Contreras, agitando un dedo en su cara. Contreras mantiene la misma postura,

mirando fijamente a Julian. Es un enfrentamiento, pero no puedo escuchar lo que dicen. Papá golpea el escritorio con el puño. En la fracción de segundo en que baja la cabeza, Contreras me mira fijamente y mueve la cabeza hacia las escaleras. ¡Joder!

Vuelvo a bajar las escaleras y salgo por la puerta, pasando por otro grito frustrado. Joder. Me apresuro hacia mi coche, queriendo estar bien lejos de la vista antes de que papá vuelva a bajar. Mientras me deslizo en el asiento del conductor, suena mi teléfono. —¿Sí? —Yo me sobresalto.

—Tranquilo, tigre, soy Rita. Mira, dijiste que los secuestradores enviaron una foto, ¿verdad?

—Sí.

—De acuerdo, genial. Reenvíame eso. No una captura de pantalla, reenvíame el maldito mensaje completo. Estoy en la comisaría de Ithaca.

—Rita, no creo...

—Obviamente. Reenvíame el maldito mensaje y deja de intentar jugar al vaquero, Duke. Por si no lo sabías, el secuestro y el chantaje van contra la ley. Por una vez en tu vida estás en el lado correcto. Deja de joderlo.

Me rechinan los dientes. Quiero decirle que está equivocada, que esto va más allá de la policía, pero no va a escuchar. Dios, odio la idea de que alguien más vea a Maddie así, pero a la mierda. Saco el teléfono de Maddie y reenvío el mensaje a Rita.

—Enviado —le digo—. ¿Te ha llegado?

Silencio durante un tiempo. Y entonces...

—Oh, Dios mío. ¡Maddie!

—Sí. Así que, ahí tienes. No he conseguido ayuda aquí... voy a volver.

—¿Qué pasa con la madrastra de Maddie o lo que sea?

—Noelle es... —Estoy a punto de decir que es un último recurso, pero entonces se me ocurre que ella podría saber más que yo sobre los bienes específicos de mi padre— Mi próxima llamada. Llámame si averiguas algo nuevo.

—Lo mismo digo. ¿Y Rhue? Vamos a encontrar a nuestra chica.

Llamo a Noelle desde el teléfono de Maddie.

—¡Hola, amiga! —responde— ¿Tienes algún trapo sucio más que contarme? ¡Las elecciones están a la vuelta de la esquina!

—Tengo trapos sucios —le digo—. Pero tenemos que vernos en persona. ¿Dónde estás?

—¿Quién eres? —Ella exige.

—Digamos que soy alguien que sabe más sobre los Echeverias que prácticamente cualquier persona de este planeta.

Hay una larga y tensa pausa.

—Me dirijo a Beach Avenue. ¿Sabes dónde está?

Beach Avenue, ¿por qué me suena a... Sibel?

—Sí. Voy de camino.

Me encuentro con Noelle a una manzana de la casa de Sibel. Es un día frío y gris, con vientos fuertes y aullantes. El lago Ontario tiembla bajo él, con sus aguas heladas lamiendo la orilla rocosa. Por encima de nosotros, un halcón de cola roja rodea la zona. Estas aves permanecen en vuelo durante eones antes de abalanzarse sobre su presa. Debería aprender algo de ellos. La paciencia. La paciencia y la crueldad para acabar con mi enemigo.

Noelle sale de su coche, un elegante y discreto sedán gris. Está perfectamente preparada y hambrienta de una historia, pero también preocupada. Al menos esa es mi impresión. Hay demasiados coches aparcados aquí para la época del año, estoy seguro. Por otra parte, estoy permanentemente al límite, dividido entre la desesperación y la furia mientras retienen a Madison en contra de su voluntad... o algo peor. Sacudo la cabeza. No. No es peor. No puede ser peor. No podría vivir conmigo mismo si le pasara algo.

—Bueno, bueno, el pequeño Echeveria —dice Noelle mientras se acerca a mí con recelo—. ¿Puedo preguntar por qué me llamaste desde el teléfono de la hija de mi novio? Y, a propósito, ¿dónde está la mencionada hija?

Lleva un traje azul marino debajo de una gabardina marrón. Está pulcramente arreglada y elegantemente perfumada. Supongo que tiene una reunión más tarde, algo importante para requerir tanto esfuerzo por su aspecto físico.

—Tiene a Madison.

Noelle se queda quieta, con los ojos abiertos de sorpresa.

—¿Qué quieres decir con que tiene a Madison?

—Mi padre. Hizo que alguien entrara en mi apartamento. La secuestró. La arrancó de mis malditos brazos, Noelle. Todo lo que creía saber sobre mi padre, apenas araña la superficie, y me aterra que lo que hay debajo sea mucho peor.

—Lo siento, Sr. Echeveria, tengo que...

Le arrebato el teléfono de la mano antes de que pueda terminar de marcar. Me mira boquiabierta mientras el horror aparece en sus ojos.

—¿Qué está pasando aquí, Rhue?

—Mi padre tiene a Madison. La retiene en algún lugar para que no pueda decir al mundo que es un maldito violador antes de las elecciones. Eres la única en el mundo que puede saber más que yo sobre sus movimientos y propiedades. *No puedes llamar al Sr. Willis.*

Sus ojos grises brillan peligrosamente.

—¿Quieres decirme por qué, chico? ¡Es su padre!

—Sí —admito en voz baja—. ¿Y qué es lo primero que va a hacer un padre amoroso cuando se entere de que han secuestrado a su niña?

Pone los ojos en blanco. —No es John Wick, Rhue. Irá a la policía...

—Exactamente. —Su boca se cierra de golpe cuando la corto. —¿Adivina dónde está mi padre ahora mismo, Noelle? Te diré algo, te lo pondré fácil. Verdadero o falso: ¿Julian Echeveria está intimidando al último detective honesto de la Brigada de Investigación Criminal?

—¿Verdadero?

—¡Correcto!

Noelle hace una larga pausa, repasando todas las opciones en su cabeza.

—¿Admitió el Sr. Echeveria realmente que la tiene?

No puedo evitar fruncir el ceño ante ella.

—¿Qué, crees que me equivoco? ¿Que he oído mal?

—No. Es solo que tiene una manera peculiar de hablar. Hay más en lo que no dice que en lo que dice, he estudiado sus entrevistas y

déjame decirte que es un estudio del espacio negativo, si es que alguna vez lo hubo.

Le devuelvo el teléfono.

—Si te devuelvo esto, ¿vas a llamar al padre de Maddie?

—No.

Confío en ella ahora que sabe lo que está en juego. Le devuelvo su teléfono, luego saco el mío y encuentro la grabación. Se lo pongo, observando su cara todo el tiempo.

—Santo cielo —respira cuando lo paro. No necesita escuchar toda la paliza. —El hombre cree que es intocable.

—Mi temor es que tiene razón —le digo—. He enviado todas las pruebas que tengo a mis amigos en Ithaca. Están intentando hablar con la policía de allí, aunque hay una buena posibilidad de que mi padre haya llegado a esos cabrones también.

—¿Por qué iba a...?

—Porque voy a la universidad allí —la interrumpo con impaciencia—. Porque Maddie va a la universidad allí. Porque es un maldito fanático del control y está poniendo toda su puta vida en ganar estas malditas elecciones.

Se queda callada un momento, pensando.

—¿Qué pruebas tienes?

Realmente no quiero enseñárselas, pero no veo otra opción aquí. Saco el teléfono de Maddie y le enseño la foto.

—Esta —le digo mientras ella jadea de sorpresa y se tapa la boca con ambas manos—. Esto es lo que tengo.

Ella estrecha los ojos ante la imagen y luego parpadea.

—¿Puedes enviármela?

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque tengo una basura de edición de fotos en mi teléfono, y hay un fondo allí. El flash hace imposible ver nada, pero si pudiera iluminar el fondo, tal vez podamos hacernos una idea de dónde está.

—¿Cómo vamos a encontrar una sala entre los cientos de miles de lugares potenciales? —Yo me sobresalto. —¿Crees que Julian la llevaría a un lugar que yo reconocería, solo para que su matón me envíe una foto de ella? ¿Crees que juega a...? —Me quedo sin palabras, sintiéndome como un maldito idiota. Por supuesto que sí.

Se reiría ante la idea de verme siguiéndole los talones, mientras la tiene encerrada en algún lugar con el que me tropezaría si me dedicara a mi rutina diaria. —Hijo de puta —murmuro, y le envío la foto.

El viento azota el hielo del lago. Noelle se estremece y luego asiente a la casa de Sibel.

—¿Sabes dónde estamos? —Pregunta.

—Es la casa de Sibel Osman. La última víctima antes de Maddie.

Ella asiente.

—Me va a llevar tiempo mejorar esta imagen. Te va a llevar tiempo elaborar un plan. ¿Quieres unirte a mí? Puede que ella esté más dispuesta a hablar conmigo si estás ahí. Todo lo que pido es que me sigas el rollo. ¿Crees que puedes hacerlo?

Es una pregunta difícil. Ahora mismo, nada me gustaría más que derribar todas las puertas y golpear a todo el mundo hasta encontrar a Madison. Por desgracia, eso es exactamente lo que mi padre espera de mí. Que pierda el control. Frenesí furioso. Comportamiento de berserker. Cualquier cosa que justifique las represalias por la vía legal. Es lo que se le da bien: presionar a la gente hasta que arremete contra ella. Lo demostró antes con Laura y Steve. Haciéndose el puto inocente justo después de admitir que tenía a Madison. Hijo de puta.

—Haré lo que pueda. —Es todo lo que puedo ofrecer, dadas las circunstancias.

Noelle se lo toma con un sombrío asentimiento y se dirige hacia la casa de Sibel. Le sigo de cerca, mirando con frecuencia hacia atrás y hacia delante para observar brevemente el tráfico peatonal. Un vecino saca la basura, dejando las bolsas frente a su entrada. Una corredora comprueba su FitBit mientras pasa junto a nosotros, en dirección al oeste. Una anciana pasea sus terriers más adelante, a paso ligero. Más ruido proviene de las patitas de los perros que arañan el pavimento. Así de tranquilos son los domingos aquí junto al lago.

En cuanto llegamos a la entrada, mi pulso se acelera.

Llamo al timbre y espero. Un segundo. Dos. Robo una mirada a Noelle. Me observa atentamente y con visible preocupación. Me

pregunto si lo hace en serio o si solo intenta ser empática. Bueno, si solo quiere utilizarme contra mi padre ya no tengo motivos para preocuparme. El viejo tiene que vivir el resto de sus días en una celda oscura y sucia.

La puerta se abre y mi corazón se detiene por un segundo. Supongo que Sibel también se detiene, ya que me reconoce.

—¿Qué... qué estás haciendo aquí? —logra decir, y luego da un par de pasos hacia atrás— ¡Entrad antes de que alguien os vea!

—Gracias —dice Noelle, y entra.

La sigo y observo a Sibel mientras sale a la entrada un momento, mirando hacia arriba y hacia abajo del camino para asegurarse de que no nos han seguido. A juzgar por su grado de paranoia, creo que ha estado pasando algo aquí desde la última vez que nos vimos.

En cuanto Sibel cierra la puerta y se vuelve hacia nosotros, lo veo. Está pálida como una hoja de papel. Sombras oscuras anidan bajo sus ojos almendrados.

—Siento la intromisión —comenta Noelle—. Pero el asunto urgente por el que te llamé esta mañana se ha convertido de repente en una emergencia.

Sibel se cruza de brazos y mueve la cabeza hacia mí, ignorando deliberadamente a Noelle.

—Te dije que no vinieras más aquí.

—Sé que lo hiciste —respondo—. Pero tenemos un problema, y tú eres la única que puede ayudarnos.

—¡No quiero ayudaros! ¡Solo quiero que me dejéis en paz! ¿Por qué no podéis respetar eso? —gruñe, ya con lágrimas en los ojos.

Algo me dice que lleva el mismo chándal desde hace días. Hay tenues manchas de mostaza y otras salsas salpicadas aquí y allá. Restos de migas de patatas junto al cuello. Si ahora entro en el salón, es probable que me encuentre con una pocilga, aunque lo más probable es que los cerdos sean más civilizados que un humano traumatizado y deprimido.

—Julian tiene a Madison —interviene Noelle—. La tiene como rehén. Ahora, tú aceptaste hablar conmigo sobre tu experiencia con Julian, de forma anónima. Pero ahora tengo que pedirte algo más.

Sibel, ¿sabes a dónde llevaría Julian a alguien si quisiera quitarla de en medio durante, digamos, una semana?

Sibel palidece y me mira con horror. La mera mención del nombre de Madison tiene un fuerte efecto en ella. Las lágrimas empiezan a correr libremente por sus mejillas. —Oh, Dios... no, no, no...

—Lo siento. Pero tengo que detenerlo. Tengo que salvarla.

Noelle toca el brazo de Sibel.

—Necesitamos tu ayuda, Sibel.

—Necesito saber si hay algo que sepas que pueda ayudarme a encontrar a Madison. Se nos acaba el tiempo.

Sibel se apoya en la pared. Parece que tiene problemas para mantenerse en pie por sí misma. Noelle la ayuda a entrar en la cocina y la sienta junto a la mesa del comedor. Me siento a su lado, mientras Noelle llena un vaso de agua.

—Lo siento de verdad —repito, cubriendo sus manos temblorosas con las mías—. Realmente lo siento, Sibel. Pero Madison... es inocente. Ella nunca pidió nada de esto. Nadie le pagó. Se ha mantenido siempre al margen. No podemos dejar que mi padre destruya más vidas, lo sabes, tienes que saberlo.

Parece que estoy suplicando por la vida de Madison. Pues que así sea, joder, si eso es lo que hace falta para conseguir la colaboración de Sibel, lo haré mil veces. La duda se refleja en su mirada, y sé que quiere ayudar, pero me temo que querer no va a ser suficiente.

Me hace pensar.

—¿Qué tiene sobre ti? —Pregunto, mirándola con atención— No puede ser solo la casa y el dinero que te ha estado pagando, Sibel. ¿Qué más te impide hablar?

—Mi madre está en cuidados paliativos —murmura Sibel, bajando la mirada—. Está en Lavender Acres.

—Es un centro de atención a la tercera edad de primera calidad —explica Noelle.

—Tiene demencia y un caso grave de hidrocefalia —responde Sibel—. Cubrió el implante de la derivación, los cuidados posteriores. Paga cinco mil dólares al mes más los gastos médicos y psiquiátricos que no están cubiertos por su seguro médico.

Le doy un suave apretón en las manos. —Sibel, si se trata del dinero para su hospitalización y las facturas médicas, tengo más que suficiente para asegurarme de que tu madre esté bien atendida. Tengo una propiedad a la que te puedes mudar, mañana mismo. No es una mansión junto al lago, pero es grande, espaciosa y segura, en el primer piso de un edificio seguro. Tienes que ayudarme.

—Rhue... —Hay dolor en su voz. Miedo. Duda. Pero tengo que intentarlo todo si quiero llegar a ella.

—Esto es por Madison. Mi padre ya te ha hecho bastante daño. No la dejes morir porque no encuentres el valor para hablar. ¡Maldita sea, Sibel, la quiero!

Las palabras me sorprenden incluso a mí, pero no puedo retirarlas. Son tan ciertas como cualquier otra que haya dicho. Madison se coló en mi alma y nunca se fue. La he sentido en mis brazos. Sacando los deseos más profundos. Me deleitó con su aroma, su suave piel, su buen corazón y su brillante mente.

Noelle ofrece una media sonrisa cálida.

—Puedes hablar con nosotros, Sibel. Te sentirás genial. Te quitarás un gran peso de encima y quizá también consigas salvar la vida de Madison.

El silencio se instala entre nosotros. Es un tipo de silencio pesado y espeso. Me llena el pecho de algo oscuro y desagradable, como el prólogo de una historia de terror. La anticipación de algo mucho peor que le espera. Justo fuera de la vista o a la vuelta de la esquina.

Sibel me mira, y veo su alma desnuda deshaciéndose en los oscuros charcos de sus ojos llorosos.

—Me violó, sí. Julian Echeveria me violó. Una noche me quedé trabajando hasta tarde. Pasé por la casa para recoger unos papeles que necesitaba revisar para Roxanne. Ella estaba fuera de la ciudad, y volvería por la mañana. Julian... es un oportunista. Él no planea estas cosas. Él solo... estaba allí, y no pude detenerlo.

—Hizo lo mismo con Madison —le cuento.

—Sí, solo que a mí no me pudo asustar como lo hizo con Madison —responde Sibel—. Tampoco creo que haya sido la primera. Esto fue hace unos años, Rhue. Debe haber habido otras entre Madison y yo,

estoy segura. Le gusta la emoción. Le encanta cuando una mujer se tropieza en su camino, lista para ser cosechada.

Noelle sacude la cabeza lentamente.

—Siento que hayas tenido que sufrir eso, Sibel. Es muy valiente por tu parte contarlo ahora. Quiero recordarte que, según nuestro acuerdo verbal de esta mañana, estoy grabando. Sigue adelante, cariño, lo estás haciendo muy bien.

—Valiente, eh —se burla ella, secándose las lágrimas con el dorso de la mano—. ¿Fue valiente pasar página como si nunca hubiera ocurrido y presentarse en el trabajo al día siguiente? ¿Dejar que se salga con la suya como siempre?

Lo veo claramente. Se desprecia a sí misma. Piensa que gran parte de lo que ha pasado es culpa suya. No son solo las amenazas de mi padre las que la están comiendo viva, sino también su culpabilidad.

—Julian probablemente pensó que lo dejaría pasar, que no me volvería a ver. Desde luego, sabía con quién estaba tratando. Lo que su nombre representaba en esta ciudad. Nunca habría dicho una palabra, para ser honesta. Me daba miedo. Pero tampoco quería perder mi carrera por su culpa.

—Así que volviste al trabajo como si no hubiera pasado nada —resumo.

—Sí. Me puse maquillaje, me tomé la píldora del día después y traté de seguir adelante. Me hice la prueba de cualquier ETS, por si acaso. Pero cuando Julian me vio, se puso pálido —continúa Sibel—. Creo que Roxanne sabía con qué clase de cabrón mujeriego se había casado. Nunca nos dejaba solos en la misma habitación. Ni siquiera un segundo. Creo que, en el fondo, sospechaba que había pasado algo.

Noelle emite un ruido de simpatía en su garganta.

—¿Cuándo empezó Julian a pagarte?

—Oh, primero él me pidió que renunciara a mi trabajo —se ríe amargamente—. Como si no hubiera dejado suficientemente claro que iba a mantener mi trabajo en cuanto atravesé las puertas de la mansión la mañana siguiente. Le dio un par de días antes de enviarme un mensaje. Debió haber sacado mi número del teléfono

de Roxanne. Cuando le dije que no lo haría, movió algunos hilos o algo así porque empecé a recibir ofertas de trabajo en LinkedIn. Diferentes organizaciones benéficas de fuera del estado que estaban contratando. Me ofrecieron un mayor sueldo y mejores beneficios que mi trabajo como asistente personal de Roxanne. —Sibel hace una pausa y respira profundamente. —Pero incluso entonces, dije que no. No quería estar en deuda con él. No quería que tuviera ningún control sobre mi vida.

Cuanto más habla, más clara es esta imagen. Mi padre no la persiguió como lo hizo con Madison porque Sibel significaba un poco más para él. Y mi madre probablemente sabía que algo había pasado entre ellos.

—¿Mamá dijo algo? —pregunto.

—Al principio no, aunque probablemente tenía un presentimiento. Julian finalmente me ofreció dinero. Esta casa. Un salario mensual, más el cuidado de mi madre cubierto. Dijo que se apiadó de mí, el muy imbécil.

Noelle no se lo cree.

—No creo que lo haya hecho. Creo que le asustaste. Lo más probable es que esperara que volviera al redil. De buena gana, la segunda vez. ¿Te lo pidió?

—Repetidamente. Hasta tal vez un par de meses antes de que Roxanne muriera —detalla Sibel—. Algo cambió. Se calló, pero los pagos siguieron llegando, así que agradecí a las estrellas y pasé desapercibida. De todos modos, ya era demasiado tarde para decir o hacer algo. Había vendido mi alma al diablo.

—Probablemente tuvo otra oportunidad con Madison, y Sibel ya no era... ¿interesante? —sugiere Noelle, dirigiéndome una mirada interrogativa.

—Es una posibilidad, seguro. Pero la única persona que puede decirnos qué hay en la cabeza enferma de mi padre es mi padre. —Me vuelvo hacia Sibel. —¿Y mi madre? Le enviaste un mensaje sobre la violación. Le dijiste que mi padre te hizo lo mismo... ¿o no era ese el tema?

Sibel cierra los ojos por un segundo.

—Madison le contó lo de la violación. Me preguntó si Julian había sido alguna vez indecoroso conmigo, y yo le pregunté a qué se debía realmente la pregunta. Me llamó... quería llegar a la verdad, ¿sabes? Pero colgué, dije que estaba ocupada. En el trabajo, Roxanne era respetuosa. Intentó sacar el tema un par de veces. Le hice entender que no hablaría de ello y luego, esa noche... no sé, me sentí mal, así que le envié un mensaje. Le dije que Julian me había hecho lo mismo. A la mañana siguiente, estaba muerta. Suicidio.

—Oh, señor —respira Noelle, pasándose una mano por la cara.

—Es el motivo por el que he estado callada y, bueno, aquí. Siempre aquí —dice Sibel—. Porque si mi peor temor es cierto, y Julian mató a Roxanne, es solo cuestión de tiempo que descubra que puede «suicidarme» a mí también. Prefiero mantenerme fuera de su camino, Rhue.

—¿Crees que mató a Roxanne? —pregunta Noelle. Mis palabras me han abandonado. Me quedo mirando a Sibel, sin sentido y aturdido, mientras trato de entender este terrorífico desastre.

Sibel asiente. —Si me quedo aquí y no digo nada, él no... —Y entonces las palabras se detienen y su garganta estalla, saliendo sangre y cartílago a borbotones. El proyectil atraviesa la pared a mi derecha, astillando el yeso. Sibel se ahoga y pierde el último aliento, con los ojos muy abiertos por el shock.

Noelle ya está en el suelo.

Estoy entumecido y mirando fijamente.

Hay mucha sangre.

Un silbido hace que mis oídos se agiten. Un segundo disparo. Solo ahora se rompe la ventana detrás de Sibel, cuando la bala la atraviesa. Destruye su corazón y rompe el vaso de agua que hay sobre la mesa, y luego se clava en la pared, apenas unos centímetros por debajo del primero.

—¡Abajo! —Noelle grita.

La cabeza de Sibel golpea la mesa. Se ha ido. El charco carmesí se extiende por la fina madera y gotea sobre la alfombra, empapando la tela turca. Un tercer disparo suena con fuerza y me caigo de la silla. El sudor me resbala por la cara, la adrenalina lo convierte todo en una secuencia a cámara lenta de la que apenas se

distingue nada. Me quedo congelado en el sitio. Mi mente se bloquea.

Alguien nos ha disparado.

Alguien ha matado a Sibel Osman.

—Oh, Dios —me oigo susurrar al notar sus piernas inertes a centímetros de mi cara. Noelle no se mueve. Tiene los ojos muy abiertos. Creo que está hiperalerta. O peor, en estado de shock.

Consigo alejarme de la mesa, arrastrándome a cuatro patas hasta llegar al pasillo. La única ventana que hay aquí es una estrecha y esmerilada junto a la puerta principal, no es lo suficientemente buena para un francotirador.

Me levanto y miro primero por la mirilla. Hay movimiento en la calle. Alguien corriendo. De repente, como si estuviera poseído por una fuerza invisible, siento mi mano en el pomo de la puerta, girando. Lo siguiente que sé es que estoy en la calle.

Un sedán negro se aleja chillando. Un humo negro rueda a su paso.

Hay rastros negros en el asfalto. No hay matrículas.

—¿Qué... cojones…?

No puedo ver al conductor. Pero nadie sale de sus casas. Ninguno de los vecinos escuchó los disparos, entonces. Joder, ni siquiera yo escuché los disparos. Quienquiera que haya hecho esto debe haber usado un silenciador infernal.

La señora que pasea a sus terriers vuelve, y tiene una mirada de preocupación.

—¿Alguien ha roto una ventana? —pregunta.

¿QUÉ COÑO LE DIGO?

Noelle sale, agitada y pálida.

—No pasa nada, señora, una pelota de béisbol extraviada.

La mujer no se lo piensa dos veces y continúa su paseo, con los terriers ladrando y olfateando nerviosamente por la acera. Son como pequeños caballos que tiran de un carruaje humano bastante decrépito, pero bien vestido. Se me revuelve el estómago. Me dirijo directamente a los rosales que hay junto a la escalera de entrada y

me dan arcadas. Para empezar, no tengo nada que vomitar, pero vomito, gimo y escupo.

—Rhue... esto ya está fuera de nuestro alcance. Lo sabes, ¿verdad? —Noelle hace la pregunta más obvia del mundo. Nada me gustaría más que sacudirla por hacernos venir aquí de nuevo, pero ¿a quién quiero engañar? Yo también iba a seguir con Sibel. Esto es culpa de los dos. Si nos hubiéramos alejado, tal vez Sibel seguiría viva. Me duele el corazón. Era su corazón el que estaba literalmente destrozado, pero el mío lo siente todo.

—Él... hizo que la mataran.

—No lo sabemos, Rhue. Pero si lo hizo, y si tiene a Madison, oh, Dios, pobrecita. Tenemos que avisar a la policía, ahora. Al menos en lo que respecta a Sibel. No podemos dejar que cualquiera la encuentre ahí.

Oigo lo que dice Noelle, pero mi cerebro está fallando. En mi mente, hay una imagen de Madison sentada en esa mesa. De Madison recibiendo un disparo en la garganta. De la sangre de Madison brotando y salpicando todo. Sus piernas inertes junto a mi cara.

El reloj está corriendo, y uno de mis testigos clave ha muerto.

No lo está haciendo fácil, pero que me aspen si me detengo.

TWENTY-TWO
MADISON

El miedo me acecha como una fiebre otoñal, una gripe que intenta atravesar las defensas naturales de mi cuerpo. Si me rindo, me absorberá y acabará conmigo.

Esta sensación de fatalidad no deja de molestarme. El tiempo corre, y no sé qué razones podría darle para evitar que me mate.

Sigo teniendo las piernas atadas a la silla, y aún no he encontrado la manera de librarme de estas ataduras de cremallera. Mientras estaba fuera, Jake se aseguró de volver a atarme las manos a la espalda. Por mucho que odie admitirlo, no es tonto. Sabe que, si no, habría tratado de liberarme. Es difícil pensar con claridad, pero debo encontrar una manera.

—¿Podrías ponerme las manos por delante de nuevo, por favor? —Le oigo caminar y tantear, pero no puedo ver lo que está haciendo desde aquí.

—¡En un minuto! —grita.

Una vez que está de nuevo a mi lado, saca una nueva cremallera y corta la vieja. Con mis manos de nuevo al frente y a pesar del creciente dolor en las muñecas, tengo más posibilidades de intentar algo, especialmente si libero mis piernas primero. Hay cuchillos en la cocina. Podría acercarme con la silla y pescar uno de los cajones.

Pero Jake está presente y me observa como un halcón. Me ve mirando la cocina.

—¿Tienes hambre? —me pregunta, con sus ojos reducidos a frías y heladas rendijas.

—Sí. ¿Hay algo decente? ¿Una lata de algo?

—Puedo preparar unos espaguetis, si quieres.

—Gracias.

Es literalmente solo una lata que se vacía en una cacerola a fuego lento, pero servirá. Necesito comer y mantenerme hidratada si quiero salir de aquí. Lo observo durante un rato y sé que él también me observa cuando no estoy mirando. Cada segundo que paso en este lugar me acerca a un final que nunca planeé. No puedo evitar pensar en mi padre, en Noelle y en el puñado de amigos que he hecho. Pienso en Rhue y desearía poder llegar a él, de alguna manera.

—Nunca mencionaste dónde has estado hoy —comento después de un largo y pesado silencio.

—Realmente no es asunto tuyo. Cuanto menos sepas, mejor, créeme —responde.

—Jake, la verdad es que no entiendo cómo has podido trabajar para un monstruo como Julian. ¿Tiene algo contra ti? O, no sé, ¿qué es lo que tiene que te hace querer siquiera estar cerca de él?

Se ríe amargamente.

—No tienes ni idea, y en realidad es bastante bonito.

—Bueno, entonces, cuéntamelo. Si voy a morir, de todos modos, ¿qué sentido tiene ocultar algo?

Las palabras duelen cuando las suelto. La perspectiva de mi propia muerte es demasiado difícil de soportar. Los ojos me escuecen, las lágrimas amenazan con rodar por mis mejillas. Es el peor momento posible.

—Madison, no te rindas todavía. Todavía tienes unas dieciocho horas para convencerme de que no te mate. Sin embargo, si te digo todo lo que sé ahora, definitivamente tendré que matarte —me explica Jake.

—MENTIRA. Ya sé lo suficiente, de todos modos. Julian hizo lo peor conmigo. Esto es solo... algo extra.

Jake me echa una mirada larga y dura.

—Siento que te haya pasado eso, Madison. Violar el propio cuerpo es el crimen más atroz.

—¿Más atroz que el asesinato? —Me burlo, negando con la cabeza.

—Bueno, sí. Julian te violó y luego te dejó vivir con ello. Si te mata, se acabó. Se acabó el juego. No más dolor. No más malos recuerdos. No más pesadillas de cómo mancilló tu honor y te humilló. Por cierto, me alegro de que tú y Rhue hayáis logrado arreglar las cosas. Admito que apostaba por que volvierais a estar juntos desde el principio.

—Hablas como si fuéramos una especie de *reality show*.

—Cuando no has tenido mucha vida propia, es interesante ver otras vidas.

—No estoy segura de lo que quieres decir —añado, hurgando en los trozos de sí mismo que deja abiertos.

—Mi vida antes de Julian, es... es demasiado fea como para hablar de ella. Demasiado fea como para recordarla siquiera.

Levanto una ceja.

—Pareces increíblemente consciente de ti mismo.

—Oh, soy consciente de mí mismo. Es lo primero que me enseñó Julian cuando nos conocimos. Un psicópata de alto funcionamiento debe aprovechar al máximo lo que se le da. Lo sentí como un soplo de aire fresco después de la mierda piadosa del padre Flanagan. —Aspira profundamente, dándose cuenta de que puede haber dicho demasiado. Sí, ha dicho demasiado, porque recuerdo al padre Flanagan de la diócesis de Rochester. Papá dejó de llevarnos allí poco antes de que mamá se fuera. No recuerdo por qué, aparte de las menciones a un escándalo de abusos.

Sin embargo, mirando a Jake ahora, creo que soy capaz de sumar dos y dos.

—Te criaste bajo el cuidado del padre Flanagan, ¿no es así? —pregunto, estrujándome el cerebro en busca de recuerdos más

precisos sobre esa época. Sin embargo, solo tengo fragmentos borrosos, y cada vez es más difícil sacarlos de la oscuridad del olvido — Te hizo cosas.

—Madison, si deseas vivir al menos otras dieciocho horas, será mejor que te calles. —Es una advertencia, y su voz es tan baja y fría que solo puedo tomarla en serio y mantener la boca cerrada antes de que me corte el cuello.

Pero conozco la verdad. Tiene sentido, y su reacción visceral lo confirma.

Jake estuvo una vez bajo la tutela del estado, dejado al cuidado del Padre Flanagan. Otro escándalo de abuso de menores que plagó la Iglesia Católica hace algunos años. Las acusaciones siguen saliendo a la superficie incluso ahora, mucho después de la muerte cancerosa del padre Flanagan. Jake fue una víctima. Casi puedo imaginarlo como un adolescente, tratando de lidiar con lo que ha pasado. Si ha tenido unos padres adoptivos de mierda además del cura pervertido, sí, puedo ver por qué Julian le tomó cariño.

Con la orientación adecuada de un sociópata como el señor Echeveria, Jake podría convertirse fácilmente en una máquina de matar leal y eficaz.

—Ya le dije a Julian que no quería tener nada que ver con nada de esto —digo—. ¿Por qué no me deja en paz?

—Porque tienes a su hijo comiendo de tu mano, y tu madrastra es una sabelotodo.

—Quiero a Rhue. Y no tengo madrastra.

—Eso es dulce y todo, pero a Julian no le importan tus sentimientos. Necesita un heredero, y... Laura... no quiere que Laura se haga cargo. —Jake hace una pausa y respira profundamente. Puedo ver que está pensando en ella. Oh, vaya. Mi mente se enciende como el motor de un Lamborghini rugiente a punto de superar el límite de velocidad. Las conexiones se hacen en el lapso de fracciones de segundo. Es increíble lo que el cerebro de uno es capaz de hacer bajo extrema coacción.

—Jake, ¿estás enamorado de Laura? —le pregunto.

La mirada de sorpresa en su rostro me dice que he tocado un punto notablemente blando del que ni siquiera él era plenamente

consciente. Es un elemento de sorpresa que podría funcionar a mi favor si soy capaz de jugar bien mis cartas.

—Es solo una niña. No necesita estar en el círculo íntimo de Julian. Ese es el lugar para los monstruos como yo —murmura.

—Entonces, si Rhue se hace cargo, estará bien —comento—. Por lo tanto, estás mejor conmigo muerta y fuera de la vida de Rhue. ¿Por qué vacilas, entonces?

—Porque no quiero matarte. No quiero matar a nadie. Ya no. Incluso hoy... ¡detesté cada segundo! —suelta, pero sigue removiendo los espaguetis con una vieja cuchara de madera.

Se me eriza la piel al comprender el significado de sus palabras.

—Hoy has matado a alguien. Por eso estabas haciendo la voluntad de Julian. Jake, ¿a quién has matado?

—Insisto en que dejes de hacer estas preguntas, y sin embargo persistes. Empiezo a pensar que no eres tan inteligente como te daba crédito, después de todo.

—Jake, solo quiero volver a casa.

No dice nada durante un rato. Para cuando vuelve al salón con un plato lleno de pasta enlatada, mi estómago gruñe ferozmente. Hay parmesano espolvoreado por encima, y no puedo evitar apreciar el suave toque.

—Gracias —murmuro y empiezo a comer, usando las dos manos para un solo tenedor. El plato está en el borde de la mesita, incómodamente bajo. Tendrá que ser así.

—Sibel —suelta Jake, acomodándose en el sofá con una ración de pasta para él. Está hambriento y casi se lo come todo en tres bocados.

—¿Qué?

—Sibel Osman.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Sabes quién era? —me pregunta, y me quedo helada al darme cuenta de que ha elegido el tiempo pasado.

Asiento lentamente.

—La asistente personal de Roxanne. ¿Ella es a la que mataste hoy?

—Sí. Sinceramente, no quería hacerlo. Intenté convencer a Julian de que la perdonara, pero está en modo de control de daños. Son las elecciones en unos días. Está desesperado por conseguir ese puesto en el ayuntamiento.

—¿Por qué, entonces? No lo entiendo. Tiene mucho poder presionando directamente en Washington. No tiene sentido, Jake. Ayuda a que tenga sentido.

Suspira profundamente.

—Si va directamente a por una candidatura al senado, se fastidiará. Pero si primero reúne algo de experiencia administrativa local, puede ser más atractivo para la Cámara de Representantes. Madison, tiene la vista puesta en la Casa Blanca, algún día. Es un juego de poder para Julian, y no parará hasta llegar a la cima.

—Vale, ¿entonces está en la cama con la mafia?

Jake se ríe. Mucho. Parece que he dicho una estupidez.

Me trago el resto de la pasta y le pido agua. Él me obliga a tomar un vaso lleno mientras coge una bolsa de galletas y una cerveza, claramente aún hambriento y buscando llenar su estómago con básicamente cualquier cosa. A decir verdad, a Rhue y a mí nos fue bien con la cerveza y las galletas en nuestra noche de novatadas. Me duele el corazón. Lo necesito. Me gustaría poder ver su cara ahora mismo, pero mis nervios están a flor de piel. Estoy en modo de supervivencia.

—Madison, es la mafia la que está en los bolsillos de Julian —explica Jake—. La Mafia...ugh, podría eliminarlos a todos en dos semanas. Son el menor de nuestros problemas. No, Madison, Julian está metido de lleno en un par de fabricantes de armas y contratistas militares. El tipo de gente a la que nunca quieres deberle un solo céntimo. Confían en él para llegar a la Casa Blanca sin que nadie sepa que están conectados. Para que Julian haga eso, tiene que presentarse a las elecciones, poco a poco, de forma justa y donde mejor funcione el pucherazo, ya me entiendes.

Cuanto más habla, más complejo se vuelve el panorama. Me gustaría poder decir que yo también me vuelvo más confusa, pero eso sería falso. No, a medida que Jake me habla de las ambiciones de Julian, comprendo exactamente lo que está pasando y por qué

soy un lastre, sobre todo si el papá querido quiere a alguien como su compinche.

—Quiere que Rhue se haga cargo de la inmobiliaria y otros negocios no políticos una vez que esté en el cargo —me doy cuenta —. Y no confía en Laura para manejar una cartera tan grande.

—Eso es correcto.

—Y sabe que pagándome no me detendrá.

—Eso también es correcto. Verás, Madison, te respeto. Realmente lo hago. Y Rhue, es un gran hombre. Los dos estáis manchados por Julian. Ves el mundo a través de sus ojos. Podrías ser capaz de hacer el sacrificio si te dejo vivir, ¿verdad?

Le miro fijamente durante unos segundos.

—¿Qué sacrificio?

—Dejar de ver a Rhue.

Por supuesto, podría decir lo que pienso y decir que no, o joder, no. Pero mi único objetivo en este momento es salir de aquí con vida, así que le diré a este hombre lo que necesite oír y de una manera que lo haga creíble.

—Seré miserable, pero sí. Sinceramente, Jake, valoro más mi vida que una relación.

—Acepto ese argumento. Verás, Laura es pura y dulce. Ella no necesita nada de esta mierda. Así que, si consigo que simplemente rompas con Rhue y, no sé, tal vez incluso que desaparezcas, entonces Julian será feliz contigo fuera de su vista, y yo seré feliz con Laura fuera de su alcance. Así que tú estarás viva y empezarás de cero en otro lugar.

—Eso significa renunciar a Cornell. Quieres que renuncie a toda mi vida.

—Bueno, es eso o la muerte —responde Jake—. ¿O no ha quedado suficientemente claro?

Su teléfono suena y le devuelve el mensaje a alguien.

—No puedo decir simplemente que voy a dejar a Rhue para que me creas, ¿eh?

—No, Madison. Tienes que hacer que me lo crea todo. Ahora mismo, Rhue está trabajando con la novia de tu padre para

encontrarte. Tengo que darle crédito al chico. Tiene pelotas para ir contra su padre de esta manera.

Jake se lleva los platos vacíos y vuelve con otra cerveza y un segundo vaso de agua para mí. Estoy sedienta, probablemente ligeramente deshidratada. Necesito ir al baño mientras tengo las manos atadas por delante. La última vez que Jake me dejó orinar, fue humillantemente incómodo. El tiempo no está de mi lado, porque sé que este tipo está dispuesto a matarme en cualquier momento, si se da el caso.

Tengo dos opciones. Una, le hago creer que lo «acepto todo». Dos, le ofrezco una opción mejor.

—¿Quieres decir que Rhue está trabajando con Noelle? —Pregunto.

—Mhm. Ya sabes, estuve allí.

—¿Dónde?

—La noche que Roxanne murió —admite, y el arrepentimiento en su voz parece como una lanza clavada directamente en mi corazón —. Tuve que... tuve que limpiarlo, hacer que pareciera...

—Un suicidio.

Se encoge de hombros.

—Tuve que hacerlo.

—Jake. ¿Qué crees que dirá Laura cuando sepa la verdad?

—¿Cuándo? ¿Qué quieres decir con cuándo? ¿Es esto lo que piensas hacer con tu libertad, Madison? ¿Contárselo a Laura? —Se está enfadando, y necesito alejarme de este tema antes de que me explote en la cara. Ha sido una jugada estúpida. Debería haber tenido más cuidado, maldita sea. La extrema presión me está afectando.

—No, no. Quiero decir... ella va a descubrirlo en algún momento. Nada permanece oculto para siempre.

—Depende de lo bueno que seas ocultando cosas —responde Jake con una sonrisa fría. Es la sonrisa de un asesino que ha dado varias vueltas a la manzana. Sí, está cansado de matar, pero seguirá haciéndolo si es necesario, y ni siquiera parpadeará—. Madison, tu naturaleza noble es inspiradora. Realmente lo es. También está

contaminada por el mundo real, por lo que siento que puedo hablar contigo. Siento que me entiendes. Realmente me entiendes.

Por extraño que parezca, lo hago. ¿Qué dice eso de mí?

No importa.

—¿Supongo que debería dar las gracias?

—Meh. Es la verdad. Como yo lo veo, al menos. Es por eso que me acerqué a ti primero. Julian quería que te cogiera y, bueno... —Utiliza su pulgar para imitar el corte de su garganta. —Pero tú eres una estudiante de Antropología. Significa que tienes una buena comprensión de los humanos, ¿no?

—En cierto sentido, sí.

—Me imaginé que tú también me entenderías bien.

Me inclino hacia delante y le miro a los ojos. Aquí no pasa nada.

—En realidad tengo una comprensión clarísima de ti, Jake. Y creo que podría llegar a ti, después de todo.

—¿Oh? —Parece intrigado.

—Sientes algo por Laura.

—No vuelvas a hablar de eso, o yo...

—Solo escúchame —continúo—. No pretendo faltar al respeto, ni quiero hacerte sentir incómodo. Pero quieres que sea sincero, ¿no?

Se lo piensa un segundo y asiente una vez.

—Sientes algo por Laura —reitero—, y sabes que es un poco inapropiado teniendo en cuenta su edad. La diferencia entre vosotros dos no es astronómica, pero hasta que cumpla los dieciocho años, tienes que tener cuidado. ¿Verdad?

—Sí.

—Puedo ver por qué te gusta ella. Es increíblemente inteligente y muy educada. Es extremadamente inteligente, en realidad, y probablemente llegaría a la Casa Blanca antes que Julian.

Eso le hace reír.

—Sí... puedo imaginármela ahí.

—¿Dónde estarías tú en ese escenario, Jake? ¿Casado con ella? ¿El Primer Caballero de los Estados Unidos de América? —Pregunto, pero él sacude la cabeza, la oscuridad se apodera de sus rasgos.

—Nunca. Yo soy la fruta podrida, Madison. Nunca podré estar con Laura así. Pero puedo asegurarme de que tenga todo lo que

necesita. Que esté a salvo.

—¿Pero alguna vez estará segura con Julian en su vida? —Le respondo.

Me frunce el ceño.

—Vamos, seguro que lo has pensado, Jake. Tú mismo lo has dicho. Julian no quiere que Laura maneje sus negocios. ¿Qué te hace pensar que la querrá como rival política? Seamos sinceros, la única razón por la que ni Laura ni Rhue están muertos y enterrados ahora mismo es por sus lazos de sangre con Julian. No tuvo reparos en matar a Roxanne, ¿verdad?

—No.

—Porque ella... oh, Dios, porque ella ya había cumplido con su deber. Le dio dos hijos. Ayudó a construir su reputación. Se convirtió en una molestia. Jake, se enfrentó a Julian por lo que me hizo, ¿no?

—Sí. Y por Sibel.

—¿Julian también violó a Sibel?

—Lo ha hecho con al menos una docena de mujeres que yo sepa. De tres de ellas tuve que deshacerme yo mismo. A las demás, les pagó. Bueno, excepto a ti, supongo.

—Porque me alejé de él tanto como pude. Porque no quería tener nada que ver con él. Nadie sabía lo que me hizo, excepto Roxanne, y la mató por ello.

Jake asiente de nuevo.

—Sí. Lo siento, Madison. Hace lo que sea necesario.

—¿Harás lo que sea necesario por Laura? ¿O tu lealtad está ciegamente atada a su padre?

Por un momento, imagino que saltará del sofá y de la mesa de café y me romperá el cuello como a un pollo. Pero no lo hace. Se limita a mirarme fijamente durante lo que parece una eternidad. Fuera, la noche empieza a ponerse, marcando otra hora que se va, otra hora que me acerca a la muerte. No puedo dejar que esto termine aquí.

—Quemaré todo el planeta por Laura —responde finalmente Jake.

Eso es bueno.

Puedo trabajar con eso.

TWENTY-THREE
RHUE

Noelle es muy buena diciendo a la gente exactamente lo que necesita oír. Los policías que aparecen piensan que parece un tiroteo, aunque no consiguen que encaje en el barrio. Mientras esperamos a que terminen con nosotros, vuelan algunas otras teorías, pero ninguna tan descabellada como la verdad. Veo a Contreras dirigiendo el equipo, pero no me mira. Sabe lo que vi en la comisaría, sabe que no volveré a confiar en él. Al final le dice a alguien que nos tome declaración y huellas y nos deje libres. El policía que lo hace nos dice que dejemos los teléfonos encendidos y que no salgamos de la ciudad. Elijo tomar esto último más como una sugerencia que como una orden.

Después de todo, acabo en una cafetería, sentado frente a Noelle. Estoy comiendo, aunque intento no darme cuenta, y acompañando la comida con café. Me gustaría que fuera whisky, pero espero llegar pronto en coche, preferiblemente para rescatar a Maddie de donde sea que la tenga escondida papá.

Noelle lleva un rato centrada en su tablet, frunciendo el ceño mientras golpea la pantalla. Dice que está tratando de mejorar la foto, pero no veo cómo podría trabajar con la imagen que nos enviaron. Es solo Maddie atada contra un fondo negro. No hay nada que mostrar.

Finalmente, Noelle suspira.

—Es lo mejor que puedo hacer —dice, deslizando la tablet hacia mí—. ¿Te resulta familiar algo de esto?

Miro la foto y se me para el corazón.

Es imposible.

ROCHESTER SE DESVANECE DETRÁS de mí en un mar de luces parpadeantes.

Más adelante, la oscuridad se extiende, toda negra y ominosa, mientras trato de concentrarme en lo que aún puedo hacer, en lugar de detenerme y sufrir por lo que no puedo. Madison está viva, eso lo supe desde el momento en que dejé a mi padre en la mansión. Está viva y, a menos que me equivoque, está en la cabaña. Nuestra cabaña. Es como una prueba. Una búsqueda del tesoro con la mayor apuesta del mundo.

Se me pone la piel de gallina de los brazos cuando agarro el volante con más fuerza y le piso.

Mi teléfono sigue sonando. Laura. Steve. Al menos dos de los asistentes de mi padre. Se está desatando un frenesí alrededor de nuestra familia con respecto al día de las elecciones de la próxima semana. Todo el mundo está revolucionado y enviando mensajes de texto y llamando, el último gran empujón para que los locales salgan a votar a Julian Echeveria, el maldito diablo con traje italiano.

Me da asco. Me avergüenzo de mi apellido.

Mi madre debe estar revolviéndose en su tumba ahora mismo. ¡La audacia de este hombre!

Me duele a muchos niveles tener esta conciencia de la verdad. Entender que mi padre no es solo un violador en serie y un asqueroso oportunista, sino que también es un asesino. Él la mató...

—Hijo de puta —me oigo decir con voz temblorosa.

Mató a mi madre. Sibel básicamente me lo confirmó. Laura lo sospechaba y yo la ignoraba. Mi teléfono vuelve a sonar, y no puedo soportarlo más. Es Laura, por octava vez. No puedo alejarla de

nuevo. Necesito que vuelva a embarcarse, que deje de hacer cualquier tontería que la lleve a abandonar la misión que empezó en primer lugar.

—Hola —respondo, poniendo el teléfono en el altavoz.

—¿Dónde diablos estás, Rhue? Papá te ha estado buscando desde que te fuiste.

Irónicamente, Laura parece molesta conmigo. Conmigo, precisamente. No puedo evitar poner los ojos en blanco mientras me concentro en la carretera. La interestatal está relativamente libre a esta hora. El carril contrario es un caos, pero la salida de Rochester es un paseo. La gente está volviendo a la ciudad para empezar una nueva semana mañana.

—Estoy de mi camino de regreso a Ithaca. Digamos que han sido un par de días locos.

—Rhue, ¿qué ha pasado? ¿Por qué no quieres hablar conmigo? ¿Cómo puedo ayudarte? Por favor. Quiero ayudar.

—No puedes ayudar si no dejas de engañarte a ti misma y te abres a la posibilidad de que probablemente tenías razón todo el tiempo.

Hay un tiempo de silencio, solo roto por el gemido casi silencioso de su silla de ruedas en movimiento.

—Esto es algo de lo que deberíamos hablar. Fuera de casa, lejos de todo el mundo —propone en voz baja, casi susurrando. Casi suena como una concesión. Como si realmente estuviera dispuesta a escuchar.

—Lejos de Steve el niñero, también, espero. Te das cuenta de que está en la nómina de papá, ¿verdad?

—Sí, de él también —está de acuerdo—. Rhue, realmente creo que tienes que escucharme. Ven a buscarme y hablemos de esto. Siempre hemos podido hablar antes. Siempre hemos estado ahí el uno para el otro, ¿no?

—Sí. Por lo que al menos deberías confiar en que todo lo que hago, lo hago para que tú y cualquier otra persona a la que realmente quiero y aprecio estéis a salvo y seáis felices.

—¿Estás hablando de Madison?

Me duele el corazón con la sola mención de su nombre.

—Sí.

—¿Alguna noticia nueva de ella?

—No. —No hay noticias de ella, exactamente. Resulta que sé dónde está. Un sutil cambio en su tono me impide decirlo, pero no me impide decir lo que pienso. Si está escuchando, puede oír perfectamente lo que pienso. —Él hizo esto, ¿sabes? Quizá no estés preparada para aceptar o admitir la dura verdad, Laura, pero algún día mirarás atrás y entenderás por qué hice las cosas que voy a hacer.

Adelanto a un par de camiones en la interestatal y sigo las señales habituales hacia Ithaca. Son dos horas de viaje, pero con mi velocidad actual, dudo que me lleve tanto tiempo. El motor ruge mientras cambio de carril, intentando acortar la distancia entre aquí y Madison. La obstinada ingenuidad de Laura tampoco ayuda.

—¿Qué vas a hacer? ¡No! No, no me lo digas. Solo llámame cuando estés a salvo, ¿de acuerdo?

Necesitaré pruebas contundentes para Laura. Pruebas indiscutibles de los crímenes de nuestro padre. Cualquier cosa menos, y ella podría rechazarlo. No sé qué le dijo o le hizo para que se pusiera así, pero no haría falta mucho. Con nuestra madre muerta, todo lo que tiene como persona a la que seguir y admirar, todo lo que tiene como padre, es al nuestro. Y él es una puta bestia.

Hay muchas preguntas para las que aún no he encontrado respuestas. Muchas cosas que han sucedido y que aún no he comprendido del todo: la racha de aparentes intentos de suicidio en mi familia, por ejemplo. Primero mamá, luego Laura, y ahora Laura, que pasa de acusadora a protectora de la noche a la mañana sin razón aparente. Es como si todos estuvieran poseídos o algo así, como si las personas que conozco y quiero hubieran desaparecido, sustituidas por personas que parecen y suenan igual, pero sus pensamientos son todos al revés.

—Rhue, ¿sigues ahí? —Laura me recuerda que aún no he colgado.

—Sí, lo siento. Vale, sí, ya te llamaré. Adiós.

Echo un vistazo al teléfono de Maddie. No hay mensajes nuevos del remitente desconocido, y en mi teléfono no hay nada más que

basura relacionada con la campaña. Nunca me apunté a nada de eso, pero supongo que Laura puso mi número en todas las listas de correo posibles. Mi mente es un lío, mis sinapsis se disparan frenéticamente en todas direcciones.

Es difícil quitarme de la cabeza la imagen de Sibel en su mesa. El sonido de su muerte. La ventana que se rompió con la segunda bala. Es aún peor cuando mi subconsciente sustituye de algún modo la cara de Sibel por la de Madison dentro de esa desdichada escena, dando vida a mi peor temor de forma retorcida.

Cuando llego al bosque, siento la piel fría y resbaladiza.

Es el miedo que rezuma por cada poro. No estoy preparado para nada de esto. Nadie me enseñó cómo afrontar un secuestro. Hasta hace unas semanas, ni siquiera era consciente de lo podrida que está mi familia, mi padre, en particular. Supongo que, en cierto modo, todos tenemos nuestros defectos. Mamá permitió que su comportamiento continuara durante demasiado tiempo, incluso mientras trataba las mentes rotas de las mujeres que habían sido víctimas de gente como él. Laura es tan sensible y maleable que basta un día o dos para cambiar toda su perspectiva, todas sus convicciones, y a estas alturas, ni siquiera puedo culparla por su edad. Luego, yo, igual de voluble que Laura, igual de apasionado por la rectitud de mi posición, ya sea a cara o cruz.

Al menos Julian siempre ha sido consecuente con su maldad.

De nuevo, Sibel aparece en mi mente.

En la mesa de la cena. Sangrando por el enorme agujero de su garganta.

Con la cara de Madison.

—¡Joder, mierda... Argh!

Tengo que parar. Es una carretera local en la que estoy, una franja de dos carriles de asfalto negro que serpentea a lo largo del lado sur del bosque. Apenas hay nadie más por aquí. Estoy temblando cuando salgo y empiezo a respirar profunda y sorprendentemente fuerte. Ni siquiera me doy cuenta de que estoy llorando hasta que las lágrimas corren por mis mejillas. Joder.

Los minutos pasan. Pequeñas y pesadas cosas que ruedan, aplastándome con su peso.

No recuerdo haber llorado desde el funeral de mamá. Esto... esto es mucho peor porque casi puedo sentir que Madison se me escapa de las manos. Es la desesperación lo que me está afectando. Con mamá, no tuve nada que hacer en su muerte. Ella se fue, y eso fue todo. Pero con Madison, tengo la oportunidad de detenerla, la oportunidad de salvarla.

Y, sin embargo, tengo tanto miedo al fracaso que no puedo dejar de imaginar el peor de los escenarios. Porque eso es lo que son estas visiones de Sibel con la cara de Madison. Simples manifestaciones de un posible resultado que temo más que nada.

Necesito algo de tiempo para recomponerme. Pasan coches. Algún que otro camión.

Cada vez, la corriente de su repentino paso me golpea en la cara, fría e implacable. Ya es de noche. Está oscuro, salvo por las farolas lejanas y las estrellas que titilan en el cielo. Esto es muy tranquilo y agradable. Frío y solitario, también, pero tranquilo.

No puedo quedarme aquí.

Ella me necesita. Vuelvo a ponerme al volante y arranco. Conduzco como el diablo loco que sé que puedo ser. La carretera se convierte en una delgada línea mal iluminada hasta que llego a mi destino. Es un camino lateral sin apenas gravilla, pero que no tiene salida cerca de la cabaña. Desde allí, cojo una linterna y me abro paso por el bosque.

Según el mapa, aquí es donde debo estar. He estudiado todas las rutas posibles, pero esta me da una ligera ventaja. Llevo una pistola en la guantera. Nunca la he necesitado, aunque me temo que eso cambiará esta noche. Comprobando que está cargada y que el seguro está puesto, la meto en la parte trasera de mis vaqueros, cojo la linterna y respiro profundamente. Justo cuando estoy a punto de adentrarme en el bosque, recibo un mensaje de Rita, es una sola palabra.

Novatadas.

Hago una pausa, con el corazón palpitando. Recuerdo haber corrido por estos bosques, esquivando balines, recibiendo golpes. Esos perdigones quemaban como una mierda, pero ¿cuánto peor habría sido para mí si las balas fueran de verdad?

He hecho las llamadas correctas. Nuestros amigos, Noelle y los servicios de emergencia de Ithaca saben a dónde me dirijo y dónde tienen a Maddie. Podría esperarlos, pero ¿qué pasa si llegan a toda prisa, con las armas en ristre, y el secuestrador entra en pánico? La mataría. ¿Y si se aburre mientras espero y hace algo aún peor? Ese pensamiento me revuelve el estómago y, antes de tomar una decisión consciente, empiezo a moverme. Despacio y silencioso, me pego a las sombras.

Es un camino rápido hasta la cabaña, siempre que uno sepa que, de hecho, hay una cabaña a menos de kilómetro y medio al noreste de la vía de servicio. Me muevo despacio y con cuidado. Cuanto más me acerco, más ligeras se vuelven mis botas. No quiero que nadie me vea venir, y con el último mensaje de Rita, estoy seguro de que quieren que venga. Me han atraído hasta aquí y sé que es una trampa, pero no puedo alejarme y no puedo quedarme de pie como un bulto inútil y esperar.

Una rama cruje sobre mi cabeza y oigo la réplica un segundo después. Joder. Me dejo caer y ruedo entre los arbustos, y luego salgo por el otro lado mientras las hojas y las ramitas salen volando bajo una lluvia de balas. Con la pistola en la mano, me lanzo a través del bosque, subiendo el lecho de un arroyo, hacia la cabaña. Pequeñas explosiones me buscan, en la tierra detrás de mis tobillos, en los árboles sobre mi cabeza. Una falda de raíces me invita a entrar en su sombra oscura y me sumerjo, luego me concentro en respirar en absoluto silencio. No es fácil. El corazón me retumba con tanta fuerza que estoy segura de que mi perseguidor puede oírlo, y me está chupando el oxígeno de los pulmones. Deseo desesperadamente jadear y tragar aire, y sé que eso es lo peor que puedo hacer.

—¡Sal, sal, dondequiera que estés!

¿Mackenzie? ¿Qué carajo?

—¡Oh, Rhue! ¿Dónde estás, mi pequeño conejito saltarín? ¿No quieres jugar?

Una bala repiquetea en las piedras planas del lecho del arroyo a un metro de donde me escondo.

—Sabes que pierdes si no juegas —dice. Lo dice como un niño mimado y decepcionado. Vuelve a disparar, arrancando la copa de un arbusto del tamaño de un hombre que está enfrente de mí. Está en la zona correcta, lo que no es ideal. Ni siquiera un poco.

—¡Uf, Dios mío! ¿Por qué tenéis que hacer todo tan difícil, gilipollas?

¿Puedo grabarla sin delatarme con la luz de mi teléfono? Tanteo por un momento, pero finalmente lo consigo. Mientras no encienda accidentalmente el flash o algo así, estaré bien. Solo que no sé si captará lo que está diciendo a través de la distancia y las raíces y... vale, solo las raíces. Contengo la respiración mientras las piedrecitas de tierra caen sobre mí. Está a unos centímetros de mi cabeza.

—Sabes, diría que es una cosa de familia, perseguir a Julian para que pague, perseguir a Rhue por el puto bosque una y otra vez, pero luego me di cuenta de que no es genético. Es solo el tipo de personas que te aguantan, Rhue. El tipo de personas que te hacen perseguirlas. ¡Como Madison! Esa maldita perra. ¡Casi me mata con ese truco que hizo! Frenando de golpe justo antes de una curva, enviándome a toda velocidad hacia el lago, juro por Dios que si no tuviera que jugar a este estúpido juego la habría matado yo misma.

Mi corazón se hunde. Madison... no está muerta. ¿Lo está? ¿Está Mackenzie enfadada porque está viva o porque no fue ella quien la mató? Mi mente se acelera. Joder, ¿dónde está todo el mundo? Sabía que llegaría primero, pero no pensé que tardarían tanto.

—¡Oh, Dios mío, Rhue! ¿Qué es lo más difícil de esto? ¡Solo muérete, joder!

Las balas explotan en un semicírculo alrededor de mi escondite. Hay un hueco entre las raíces justo encima de mí, puedo ver el tacón de su bota izquierda. Si apunto bien, podría...

¿En qué estoy pensando? ¿Realmente voy a matar a Mackenzie a sangre fría? Seamos honestos, joder, no hay nada frío en mi sangre. No en este momento. Estoy hirviendo, cocinando a fuego lento. Pero también estoy temblando. La adrenalina y los interminables horrores del día me han hecho temblar, y podría fallar. Si fallo, ella tendrá la ventaja, y no dudará. Cada disparo hace que mi corazón dé un

vuelco, y entonces los disparos se detienen, sustituidos por un frenético chasquido metálico.

—¡Maldita sea! Rhue, gilipollas, más vale que te estés muriendo en algún sitio. La munición no es gratis, sabes. —Ella salta al arroyo, justo delante de mí. Es mi única oportunidad. Tiene más munición en alguna otra parte, y si le doy la oportunidad de cogerla, estoy acabado. He estado disparando armas por deporte desde que tenía ocho años, y sé que le daré exactamente a lo que apunto. Supongo que a veces hay que hacerse las preguntas importantes: ¿soy un asesino?

Odiándome con cada fibra de mi ser, apunto y aprieto el gatillo.

TWENTY-FOUR
MADISON

El grito de dolor de un animal herido me hace saltar. He oído los disparos durante los últimos cinco minutos, y cada uno de ellos ha sido como un cuchillo en mi corazón. He estado fantaseando con el rescate, pero cuando empezaron los disparos, Jake me informó entre risas de que tenía un guardia armado con un cuerpo asesino a la altura de su actitud asesina. También me dijo que solo conocía a una persona que tenía la más mínima posibilidad de saber dónde encontrarme: Rhue.

Jake escucha el grito como si fuera música, sonriendo suavemente y balanceándose hacia adelante y hacia atrás. Abre los ojos y se encoge de hombros.

—Oh, bueno. Eso me pasa por dejar que Julian me ensucie con un aficionado. No te preocupes, no son tus gritos de Rhue-Rhue. Es mi aprendiz, una perra psicótica con la que Julian me ha hecho trabajar. Tía, ojalá hubiera podido hacerlo yo mismo. —Se ríe por lo bajo, mirando al techo.

El miedo me recorre la columna vertebral. A pesar de todo lo que creía que me unía a él, ver la emoción de sus ojos vidriosos ante el grito de una mujer herida, verle soñar despierto con... Dios, no quiero ni saber con qué, hace que la pequeña esperanza que me había permitido mantener muera lenta y dolorosamente. Mi aliento

se agita en el pecho mientras lo veo limpiar y cargar su pistola, todavía con esa sonrisa tonta y aterradora.

Me pilla mirándole y su sonrisa se amplía.

—No te preocupes, corderito. Pronto llegará el Sr. Rhue y le contaré el trato: cambiarte por su hermana. Entonces la pequeña Laura y yo nos escaparemos a las Bahamas, y tú y Rhue podréis ir al Tíbet o a Venezuela o a donde sea que vayan los aspirantes a antropólogos en estos días. Un final feliz para todos.

No soy tan estúpida como para decir nada en este momento. Está claro que está al borde del colapso: si cree que va a salir del país con la hija de Julian, está loco.

—Oh, sé lo que estás pensando —continúa—. Estás pensando, ¿y si Laura no quiere ir contigo, Jake? Y la respuesta es que sí quiere. Sé que quiere. Hemos tenido momentos, Madison, momentos profundos y significativos. Cada vez que pongo un pie en la mansión, nuestros ojos se encuentran y es como si el mundo entero se detuviera. Los ángeles cantan. La luz la rodea y caen pétalos de rosa. Ella me sonríe, me ve, sabes. Me ve de verdad, como tú, pero le gusto. Una vez me saludó, sabía mi nombre, Madison. Me llamó Jack. —Suspira tan felizmente que si fuera un dibujo animado tendría corazones en los ojos.

Su enfermiza obsesión por Laura es lo único que me mantiene viva en este momento, y me odio por ello. Conseguí convencerle de que era un buen plan (el de cambiarme por Laura), apostando por el hecho de que Rhue tardaría al menos un par de horas en salir de aquí, otro par en volver a casa de su padre, y otras dos antes de que Jake se diera cuenta de que su plan no era bueno. Tenía la esperanza de poder convencer a Rhue, de alguna manera, sin que Jake se diera cuenta, de que llamara a la policía o al FBI o a búsqueda y rescate para que me sacaran de aquí en ese plazo de cuatro horas. Pero entonces los disparos anunciaron su llegada, y mi ventana se hizo mucho más pequeña.

Jake, con la pistola en la mano, empieza a pasearse por la sala, todavía riéndose. Odio el sonido: es como si las burbujas estallaran en su garganta, como si la gravilla rodara por un tobogán de plástico. Es chirriante, irritante y aterrador, como el gruñido extraño

de un gato montés que resuena en la oscuridad. Los segundos se convierten en minutos, y ya no hay más sonidos del exterior; no hay más gritos, no hay más disparos, ni siquiera una tabla que cruje.

Se me ocurre un pensamiento horrible. ¿Y si fuera como en las películas, donde disparan al mismo tiempo? ¿Y si él la hirió y ella recibió el disparo mortal? Él se habría ido, para siempre, muriendo en el frío suelo, solo. Estaría atrapada aquí, sin poder ayudarlo, sin poder aliviar su sufrimiento, al menos hasta que Jake se cansara de esperar, lo cual, a juzgar por la forma en que está moviendo esa pistola, no tardará mucho.

—¿No deberías ir a ver a tu aprendiz?

—¿Hm? Oh, no, ella está bien. O no. Lo que sea. Si fue una herida mortal, ya está muerta. Si es una herida superficial, entonces volverá en cualquier momento.

—¿Incluso aunque le hayan disparado en la rodilla o algo así?

—Eh, ella es resistente. —Jake se encoge de hombros y continúa balanceando su arma. Comprueba su reloj un par de veces, resoplando a medida que pasan los minutos.

Unos minutos después, el silencio se ve perturbado por un ruido sordo. Jake, con un aspecto ligeramente curioso y nada preocupado, ladea la cabeza y apunta con su arma a la puerta. La puerta se cierra de golpe, revelando el rostro enfurecido y embarrado de una Mackenzie extremadamente cabreada. Se arrastra a medias, tirando de sí misma con las manos y dando trompicones con la rodilla izquierda, mientras la pierna derecha se arrastra inútilmente tras ella. La sangre gotea de una profunda herida en el centro de su nalga derecha.

—Munición —grazna—. Dame un poco de puta munición.

—¿Qué? —Jake la mira, horrorizado. —¡Te he dado mucha! Las balas no son gratis, sabes.

—¡Eso es lo que dije, pero el cabrón no se quedó quieto! —Ella lo mira desde el suelo, agarrando una pistola en cada mano. Realmente espero que se haya quedado sin munición, porque una de esas pistolas me está apuntando a la cabeza.

—Bueno, no puedes llevarte más munición —dice Jake, girando la nariz hacia arriba—. Ya has tenido suficiente. No querrás joder tu

cena, ¿verdad?

—¡No me la voy a comer, friki!

—Oh, cállate ya, no quiero usar un lenguaje desagradable delante de la bella dama. Ahora, Kenzie, escucha. Ha habido un pequeño cambio de planes, ¿vale? Ya no queremos matar al niño. Ahora queremos que nos traiga a su hermana, ¡entonces podemos hacer un intercambio!

Mackenzie gira la cabeza lentamente y me mira fijamente.

—¿Qué?

—Te falta un puñetazo —le digo—. Solo tienes el ojo derecho morado.

Parpadea como si no pudiera creer lo estúpida que soy. Sinceramente, es una reacción comprensible. Me siento un poco delirante y el mundo se vuelve cada vez más salvaje. Creo que sus ojos desorbitados han sido el punto de inflexión para mí. Siento que me entra la risa floja y me esfuerzo por reprimirla. Estoy segura de que Jake me mataría a tiros si empezara a ser molesta.

—Dame tu pistola —pide Mackenzie, extendiendo la mano en dirección a Jake sin quitarme los ojos de encima—. Voy a disparar a esta perra.

—¡No! —Jake grita, apartando su mano de un manotazo. —Ella es nuestra moneda de cambio, Kenzie. ¿Qué hicimos ayer? ¿Sin una moneda de cambio...?

—Eres una zorra sin blanca —gime ella—. Por Dios, Jake, ¿por qué tuviste que elegirla?

—¿Yo? Yo no la elegí, lo hizo Julian. Y luego Rhue. ¿O fue Rhue y luego Julian? No lo sé. El caso es que Rhue la quiere, y Julian la quiere muerta. Es una mercancía muy deseada y matarla ahora sería como tirar el dinero.

—¡Si Julian la quiere muerta, entonces mátala ya para que nos pague!

—No —responde Jake, con firmeza—. No hasta que tenga a Laura.

Mackenzie pone la cara en el suelo y gruñe de frustración. Jake se pone en cuclillas junto a ella y le palmea el hombro.

—Lo sé. Sé que es frustrante. Pero tienes que ver el panorama general, cariño.

—¿Qué panorama? Si el jefe nos dice que matemos a la novia de su hijo, matamos a la novia. Si el jefe dice que matemos al asistente personal, matamos al asistente personal. Tú... tú mataste a la asistente personal, ¿no es así? Porque te juro por Dios, Jake, que si tienes otra situación de rehenes improvisada...

—La maté, la maté, buen señor, pensarías que soy el aprendiz yo por la forma en que me hablas. No hay respeto, no hay respeto en absoluto. Escucha, seguir órdenes está muy bien, pero a veces hay que pensar a largo plazo. No quiero ser el sicario de Echeveria para siempre. Por eso te estoy entrenando. Julian solo quiere que Maddie muera porque si lo delata por violarla, sus amigos traficantes de armas dejarán de apoyarlo y estará en la mierda con Rusia y en deuda con Irán. Nadie quiere eso.

—¿Um-duh? Pues dispárale.

—Ah, ah, ah, pero no estás pensando en el futuro. Si la mato, voy a estar atrapado en un ciclo perpetuo de matar a todas las mujeres que Julian toque el resto de su vida mientras Laura se desvanece a su lado, matándose tratando de encubrir sus crímenes y limpiar sus desastres. Nadie tiene un final feliz. Pero si yo huyo con Laura y Maddie huye con Rhue y todos abandonamos el país, ninguno de nosotros estará cerca para amenazar el ascenso de Julian al poder, ¡y todos podremos ir a tener lunas de miel interminables!

Un chasquido metálico desde la ventana hace que todos se congelen.

—De todas las cosas que nunca van a pasar, esa es la que más va a pasar.

TWENTY-FIVE
RHUE

Tengo mi arma apuntando a la espalda de Jake a través de la ventana. Veo que se estremece y me dispongo a apretar el gatillo. Sin embargo, antes de que Jake pueda hacer algo más que estremecerse, un rifle se desliza por la puerta principal, con el cañón apuntando al pecho de Jake. Un hombre con todo el equipo del SWAT lo sigue, y otros dos hombres lo siguen. Jake suelta el arma, riéndose.

—Maldita sea, Maddie —dice—. Me has pillado, bien. Toda esa charla sobre el «felices para siempre» con mi Laura... solo era una estratagema para evitar que te matara y que tus amiguitos pudieran venir a por mí. Muy buena. No, lo digo en serio, estoy impresionado. Qué manera de jugar, Maddie.

Me hierve la forma despreocupada en que lanza su apodo. Me pica el dedo del gatillo, pero si cedo al impulso, yo sería el malo. Jake y Mackenzie están en inferioridad numérica y abrumados, y el equipo SWAT no tarda en sacarlos de la cabaña. Uno de ellos libera a Maddie, que se precipita hacia la ventana. Pongo el seguro y vuelvo a meter la pistola en los vaqueros, y me inclino por la ventana para besarla.

—Creí que iba a morir aquí —exclama, con los ojos llenos de lágrimas—. Me has salvado la vida.

—Pensé que iba a morir ahí fuera —confieso—. Las cegadores bragas blancas de Mackenzie me salvaron la vida. El blanco perfecto.

Se ríe sin poder evitarlo y se apoya en mí. Los paramédicos nos separan rápidamente para atender los parches y las ampollas de las muñecas y los tobillos. Mientras lo hacen, me doy una vuelta por el exterior de la cabaña: besar a través de la ventana está muy bien, pero prefiero no trepar por ella. Antes de llegar a la puerta, el sheriff me detiene.

—Escucha, hijo. La policía de Rochester me está dando largas, tratando de decirme que el caso es suyo. No sé cómo se lo imaginan, ya que la mujer fue secuestrada en mi condado y retenida en mi condado, pero parecen creer que esto tiene algo que ver con un tiroteo cerca del lago".

—Probablemente sí —le cuento—. El tipo que acabas de arrestar fue y explicó todo el asunto a su aprendiz, la chica con el agujero extra en el culo, y yo lo grabé todo.

—Eso es lo que me gusta oír —responde—. Esos pájaros nocturnos cantan dulcemente, ¿no? Qué sorprendente coincidencia que te tropezaras con un crimen mientras grababas a los pájaros nocturnos en un terreno público.

No puedo evitar reírme.

—Maldita y sorprendente coincidencia, señor.

ESA NOCHE y todo el día siguiente están llenos de preguntas y respuestas. La oficina del sheriff del condado de Tompkin es mucho menos reacia a perseguir a mi padre que la policía de Rochester, aun así, solo tienen la palabra de Jake de que Julian lo contrató. Mackenzie se niega a corroborar, y ha negado todo conocimiento de todo, incluso después de que los interrogadores le mostraran mi grabación. Afirma haber estado hablando de una ardilla rabiosa, y dice que le dispararon por su propio rebote.

Les he dado copias de todas las pruebas que tengo, y siguen investigando a Jake y Mackenzie, pero hasta ahora no hay ninguna

prueba concreta que los vincule con Julian. El cabrón cubre bien sus huellas. Es un poco descorazonador, pero al menos Maddie está fuera de peligro por ahora. Al menos hasta que Julian encuentre algún otro sicario que la elimine, uno que no se divierta tanto con su propia voz, tal vez, cuya ética de trabajo se alinee más con la de Mackenzie. La idea me revuelve el estómago.

Creo que la investigación iría mucho más rápido si Rochester estuviera dispuesto a trabajar con Tompkins, pero por lo que estoy escuchando, parecen estar dando largas. Es muy frustrante. No he necesitado mucho a la policía en mi vida, pero las pocas veces que lo he hecho, nunca he sabido que fueran incompetentes. Voy a faltar a clase por esto, pero tengo que volver a Rochester. Va a haber consecuencias y no quiero que mi hermana, o la familia de Maddie, se vean afectadas.

Tomo el camino largo para pasar por la casa de Sibel. No sé por qué, exactamente, tal vez solo para mostrarme a mí mismo que la pesadilla realmente ocurrió. Encuentro a Contreras aparcado frente a su casa, mirando por la ventana y tomando un café. Curioso, me detengo y salgo. Al acercarme, veo que la cinta de la escena del crimen sigue en su sitio.

—Pensé que sus hombres ya habrían procesado esto —comento con indiferencia, apoyándome en el coche a su lado.

Contreras gruñe.

—Las encuestas dan a Echeveria una gran ventaja. A este ritmo, su escaño está garantizado.

—¿Y?

Me lanza una mirada plana y cansada del mundo.

—Ella trabajaba para tu madre. Las balas coinciden con las nuevas y elegantes pistolas SBD en las que tu padre ha estado invirtiendo. El chico de Tompkins jura que fue contratado por Julian Echeveria. Un trato que no va a conseguir hasta que haya algún tipo de garantía de que podemos usarlo. El fiscal de Monroe y el de Tompkins llevan toda la mañana hablando por teléfono. —Suspira y da vueltas a su café. —Hasta que no se ocupe ese puesto en el ayuntamiento, nadie en las fuerzas del orden moverá un solo músculo.

—No lo entiendo —le digo con el ceño fruncido—. Si lo detienen por asesinato, ¿no sería más probable que perdiera las elecciones?

—No será detenido por asesinato —responde Contreras con rotundidad—. Como mucho, lo detendrían por conspiración para cometerlo. Procesado y fuera el mismo día. Un abogado defensor medianamente decente haría que su expediente quedara limpio al final de la semana. Los medios de comunicación harán que todo sea un sucio complot político, y él ganará. Cuando gane, todos los involucrados en su arresto perderán sus trabajos.

—Vamos, es un puesto en el ayuntamiento, no en la maldita alcaldía.

—El maldito alcalde es el mejor amigo de tu padre —explica Contreras—. Los dos tienen un trato. Julian consigue el asiento en el ayuntamiento de la ciudad de forma justa, el alcalde Benson ayuda a Julian en la gran silla en un par de años. Benson y Julian son amigos del gobernador. ¿Ves a dónde va esto, chico?

—Protección de arriba abajo —me doy cuenta en voz alta, mi corazón se hunde. —Bueno, ¿cómo coño se supone que vamos a luchar contra eso?

Contreras sacude la cabeza.

—Demasiado tarde, ahora. Una vez que está en ese asiento, será intocable. A menos que ocurra algún tipo de milagro, Julian se va a salir con la suya.

—¿Qué clase de milagro?

Contreras suspira.

—A fin de cuentas, por mucho que estos políticos se muevan en la trastienda, trabajan para el pueblo. La única manera que veo de que esto cambie es que todo Rochester empiece a pedir a gritos la cabeza de Julian en una bandeja. —Se encoge de hombros y aprieta su taza vacía. —Bueno, despídete de la escena del crimen, hijo. A primera hora del miércoles, se considerará violencia aleatoria. No me extrañaría que se inventara toda una historia del cártel turco para explicarlo, nada como una pizca de xenofobia para hacer convincente una mentira.

Le doy una palmada en el hombro y permanezco un momento en silencio con él. Incapaz de encontrar palabras para aclarar la

situación, le dejo y vuelvo a mi coche. Mi teléfono estaba en silencio mientras hablaba con él, así que lo compruebo antes de arrancar el motor. Tengo dos mensajes de texto, y ambos hacen que mi alma se sienta cansada.

Laura: ¿A qué distancia estás de Rochester?

Laura: Llámame cuanto antes

—Vale —suspiro, anticipando otra reprimenda sin sentido por su parte—. Acabemos con esto.

TWENTY-SIX
MADISON

Espero en el callejón, con el corazón palpitando tan fuerte que se me seca la garganta. Al cabo de un momento, la puerta se abre y el corpulento ayudante de Laura me hace pasar al interior. La pequeña oficina bulle de actividad, solo quedan unos días para asegurar la victoria de Julian Echeveria, y cada persona de su campaña tiene un interés personal en su victoria final.

Todas las personas, excepto su propia hija.

Está en la sala de audiovisuales, editando los vídeos que están programados para salir en todos los canales de televisión locales y regionales y en todos los servidores locales en las próximas 24 horas. Los archivos ya han sido cargados y aprobados, anuncios básicos de campaña que pintan a Julian como una especie de héroe conservador y hombre de familia progresista, pero Laura tiene acceso por la puerta trasera, cortesía de Lindsey. Ella y Cameron están aquí, llevando insignias de voluntarios y mucha mercancía de Echeveria para pasar desapercibidos.

Rita también está aquí, arreglando su maquillaje. No es vanidosa, pero hay un reportero esperando a que surja una gran noticia, y cuando lo haga, Rita estará preparada con su sombrero de Echeveria y su maquillaje listo para la televisión, para dar la nota. Ahora solo nos falta una pieza del rompecabezas.

—Ha llamado, está de camino —dice Laura, volviéndose hacia mí —. ¿Tienes los archivos?"

Le entrego el pendrive. Me sudan las palmas de las manos y se me revuelve el estómago: en unos minutos, toda la ciudad va a conocer mis secretos. Laura lo coge con naturalidad y lo conecta a su ordenador. Lindsey, a su lado, empieza a ordenar los archivos.

—Hombre de familia —dice, y deja las fotos en una carpeta. «Integridad» añade después de abrir otra, y la desliza en otra carpeta. Me envuelvo con los brazos y me acurruco contra la pared junto a Cameron, que vigila el despacho a través de la ventanilla de la puerta.

—No sé qué hacer ahora —admito.

—Solo mantente fuera de la vista —me aconseja—. Te mereces estar aquí para esto, pero lo estropearás todo si alguien te reconoce.

Me subo la capucha a la cabeza y me muevo al otro lado de la sala, lejos de la ventana. No estoy al tanto de todo el plan, muchas cosas se pensaron mientras yo estaba desaparecida. Así que cuando Cameron mira a Rita y dice: «Está aquí» frunzo el ceño, confundida.

—¿Rhue? —pregunto.

—No —responde Cameron—. Julian.

Mi sangre se convierte en hielo y siento que voy a vomitar. Rita se ajusta el sujetador para resaltar su generoso escote y me lanza un guiño descarado.

—Esa es mi señal —me muestra.

—Espera, ¿qué? —Me saluda con la mano y sale corriendo hacia la oficina, con el aspecto de una fanática de Echeveria, alegre y entusiasta. —Creía que solo había venido a hablar con la prensa —susurro.

—El interés de Rita por la antropología siempre ha sido de investigación —me dice Lindsey sin apartar la vista de su pantalla—. Quiere una experiencia de primera mano.

Me siento como si me hubieran dado una patada en el pecho.

—Va a salir ahí fuera, deliberadamente, para conseguirlo...

—¡Sshh! —todos me sisean a la vez.

—Maldita sea, baja la voz, ¿quieres? Vas a arruinarlo todo. —Cameron susurra frenéticamente. Vuelve a mirar por la ventanilla y

retrocede justo a tiempo para evitar ser golpeado por la puerta cuando Steve la abre y hace entrar a Rhue. Steve sigue a Rhue y cierra la puerta tras ellos.

—¿Lo tienes? —exige Laura.

—Está todo en mi teléfono —dice mientras lo entrega de mala gana—. La mayoría son archivos de audio. Y un par de vídeos.

—Bien.

—Y ya hice una copia de seguridad —explica—. Le di copias a la oficina del sheriff en Ithaca y me las envié por dropbox a mí mismo. También las subí a mi portátil. Solo por si estás pensando en destruir las pruebas o algo así.

La sala se queda en silencio y se me cae la mandíbula. Laura sigue trabajando como si no hubiera dicho nada horrible, pero el resto nos quedamos mirando, sin palabras.

—Rhue, ¿qué narices? —Por fin consigo decir.

Sus ojos se suavizan al verme, pero su postura sigue siendo defensiva. Señala a Steve y a Laura.

—Estos dos llevan semanas defendiendo a papá. Discutiendo conmigo sobre su culpabilidad e inocencia, exigiendo pruebas, actuando como si yo fuera el que está destrozando a la familia por intentar desenmascarar a ese cabrón... y ahora ella exige ver todas las pruebas que he reunido para poder «acabar con él». Lo siento, no me lo creo.

—Dios, eres un idiota —murmura Steve.

—¿Disculpa, imbécil? —Rhue se gira, con los puños ya apretados. No hay suficiente espacio aquí para una pelea: romperán algo si empiezan a dar puñetazos, lo que arruinará todo el plan.

—He dicho que eres un idiota —repite Steve—. Cada vez que hablabas de tu padre, con tu padre, él se peleaba para cubrir sus huellas. Laura nunca dijo una vez que era inocente, ella exigía pruebas. Pruebas que siempre pensó utilizar exactamente como lo está haciendo ahora. ¿Crees que esto es un esfuerzo de última hora? Chico, eres tonto. Laura lleva meses trabajando en estos vídeos.

Rhue mira fijamente a Laura y luego a mí. La vergüenza me sube a la cara, pero me la trago. No tiene derecho a saberlo todo en todo momento.

—¿Sabías de esto? —Me pregunta.

—Sí —respondo—. Así es como todo el mundo se involucró. Laura tenía un plan, pero necesitaba ayuda. Como a Lindsey se le dan bien las cosas de la informática y a Rita las de las relaciones interpersonales, aceptaron echar una mano. Laura estaba a punto de rendirse el día en que Julian me amenazó, pero después de que yo me fuera, Rita llamó y mantuvo una conversación enigmática con ella.

—Llevamos semanas trabajando en esto —afirma Lindsey—. Si no hubieras insistido tanto en enfrentarte a Laura cuando está en casa de tu padre y la vigilan, probablemente habrías sabido mucho más y mucho antes.

Rhue parece furioso por un momento, luego confundido.

—Vale, pero espera... ¿cuál es el plan?

—Espera —dice Laura irritada—. Lindsey, comprueba la cronología.

Hay una tensa pausa.

—Las marcas de tiempo se ven bien. La cronología es correcta.

—¿Orden de carga?"

—Comprobado. Narración sólida. Máximo impacto.

—Bien —respira Laura—. Steve, Cameron, Rhue, aguantad la puerta. Tengo que subir estos archivos uno por uno, y el primero estará sonando antes de que el último esté terminado. Si irrumpe aquí antes de que termine, estamos fritos.

Los hombres se colocan en su sitio. Rhue busca mis ojos. Voy hacia él, pensando que un cuerpo más contra la puerta no puede hacer daño. Lo beso ligeramente y me aferro a su mano. Estamos a punto de hacer algo muy valiente... o muy estúpido.

—Y... enviar. —Laura pulsa el botón y traga con fuerza. Exhala un suspiro, luego, con los dedos temblorosos, empieza a subir los demás. Lindsey se acerca para encender el televisor, que muestra cada uno de los anuncios de la campaña a medida que se reproducen.

Julian aparece en la pantalla, elegante y pomposo. Suena su tema musical, pero en lugar de su mensaje de unidad y

responsabilidad personal, la voz temblorosa de una mujer habla sobre su imagen.

«Julian Echeveria me violó. Una noche estaba trabajando hasta tarde. Pasé por la casa para recoger unos papeles que tenía que revisar para Roxanne. Ella estaba fuera de la ciudad, volvía por la mañana. Julian... es un oportunista. No planea estas cosas. Él solo... estaba allí, y no pude detenerlo».

La voz de Julian del anuncio de televisión original lo condena.

«No me van a parar. Estoy aquí para ganar, por Julian Echeveria».

—Qué edición más jugosa —susurro, impresionada—. Pobre Sibel.

Observamos en sombrío silencio cómo salen los demás spots, uno tras otro. Todo lo que hemos descubierto sobre Julian se reproduce sobre su rostro, cada uno confirmado por su voz grabada. Los cristales que se rompen y los gritos de terror al final de la confesión de Sibel me hacen acurrucarme en Rhue, agradeciendo que siga vivo.

Al final del segundo anuncio, Julian Echeveria ha perdido la cabeza.

TWENTY-SEVEN
RHUE

—¡¿Qué está pasando ahí dentro?! —El grito frenético y furioso de papá atraviesa la puerta. Laura ni siquiera parpadea, sigue editando y cargando. —¡Abrid esta puerta! ¡Abridla, ahora mismo! —Golpea con el peso de su cuerpo la puerta una y otra vez, pero los cuatro nos negamos a ceder. Su rugido frustrado se extiende hasta la oficina principal, chocando con los sonidos de la gente que se apresura y grita. Los teléfonos empiezan a sonar, una docena de ellos, todos a la vez.

Papá grita a algunas personas y brama a otras. Algo se estrella contra la pared, haciendo llover trozos de yeso sobre el escritorio. Laura coge tranquilamente una lata de aire comprimido y rocía el polvo de yeso, luego vuelve a su tarea.

—¡No podéis hacerme esto! ¡Esto es una calumnia! ¡Difamación! ¡Steve, Steve! Sé que estás ahí dentro, hijo de puta. ¡Yo pago tu salario! ¡Abre esta puta puerta!

—Lo hace, sabes —digo, mirando a Steve—. ¿Qué te ha convencido para apuñalarle por la espalda? ¿No te preocupa tu trabajo?

Steve se encoge de hombros sin apartar sus anchos hombros de la puerta.

—Me contrataron como guardaespaldas —explica—. Matar niños y encubrir asesinatos no estaba en la descripción del trabajo. Supongo que, si el viejo va a cambiar las reglas, yo también puedo.

Le miro fijamente.

—¿De qué demonios estás hablando, Steve?

—¡Difamación! ¡Calumnia! ¡He llamado a la policía! Acabas de echar por la borda tu futuro... ¡toda tú! ¡Espero que estés orgullosa de ti misma, Laura! ¡Te has arruinado! ¡A tu hermano! A tus amigos. Eres demasiado débil para vivir con eso, eres demasiado débil para vivir.

Steve mira como una daga a través de la puerta.

—Para empezar, permíteme seguir adelante y confirmar que tu padre mató a tu madre —dice entre dientes—. Yo estuve allí.

Maddie jadea y se acurruca contra mí y menos mal que lo hace. Estoy cegado por la rabia. Un año... un año entero en el que este imbécil me hizo creer que mi madre se había suicidado. Un año entero, y ni una sola vez entregó a mi padre a la policía. ¡Un año!

Se oyen más gritos desde la oficina, órdenes oficiales que suenan a ladrido, pero entonces la pequeña ventana de la puerta se rompe y Cameron grita, sujetándose el hombro mientras cae al suelo. La sangre se cuela entre sus dedos.

—¡Cameron! —grita Lindsey.

—¡Agáchate! —exclamo.

Ella apenas reacciona a tiempo. La pared explota exactamente donde estaba su cabeza una fracción de segundo antes. Laura intenta frenéticamente zafarse de su asiento, pero está inmovilizada por el escritorio y no piensa con claridad en su pánico. Empujo a Maddie al suelo y me abalanzo sobre mi hermana, pero Steve llega a ella primero y luego gruñe cuando una bala le atraviesa el torso. Sudoroso y pálido como la muerte, protege a Laura con su cuerpo mientras la saca de la silla.

—Steve —susurra, horrorizada. Las lágrimas caen de sus ojos mientras se quita la chaqueta. Hace una bola con ella y la desliza por debajo de él, contra el orificio de salida. Tirando de sí misma con los brazos, se arrastra sobre él, tumbándose sobre su espalda —. Presión en la herida —murmura para sí misma—. Presión.

Está debajo de la mesa, pero un buen disparo podría encontrarla. Me agacho donde aterricé cuando me abalancé sobre ella, justo al lado del escritorio. Manteniendo la vista en la ventana, busco algo, cualquier cosa, que pueda usar como arma. Mis dedos se cierran en torno a un pesado punzón de metal y sonrío. En cuanto veo el reluciente cañón de la pistola, lanzo la perforadora con todas mis fuerzas.

Un disparo perfecto. Un gruñido, un grito de dolor, una bala perdida que zumba en el techo y Julian se desploma frente a la puerta. Un momento después, el edificio se llena de policías.

—¡Necesitamos un médico aquí! —Grito.

Los siguientes momentos son un poco borrosos. Julian se pone en pie e inmediatamente empieza a gritar, con una voz gruesa y borrosa por la sangre que le sale de la nariz rota. Los paramédicos atienden a Cameron y a Steve, después de haberse distraído momentáneamente con la parálisis de Laura. Tardan unas pocas palabras en aceptar que sus piernas inútiles son una condición preexistente.

No hay más que caos durante un rato. Como precaución —y probablemente para mantenernos unidos— nos llevan a todos al hospital, escoltados por la policía. Más preguntas. Más respuestas. Rochester llamando a Tompkins, los fiscales exigiendo respuestas, los disturbios estallando en las calles, porque los anuncios siguen sonando. Laura se las arregló para subir cada uno de ellos, y ahora toda la ciudad los está viendo.

Gritando por la cabeza de Julian en una bandeja.

ESTOY SENTADA con Laura y Maddie en la sala de espera, esperando a que Steve salga de la operación. A Cameron ya le han puesto un parche y Lindsey está con él. El televisor sigue mostrando los anuncios, y yo los veo todos, empapándome de ellos. Hay muchas cosas que no sabía. Hay muchas cosas que sí sabía, que no tenían el mismo impacto que ahora con el montaje de Laura.

—Este —comenta Laura en voz baja, subiendo el volumen—. Este es el que tienes que ver.

«Julian Echeveria, un hombre de familia. A través de la desgarradora noticia del suicidio de su esposa y el posterior intento de suicidio de su hija, Julian ha mantenido...»

La voz de Laura interrumpe la locución.

«Yo no salté esa noche. Papá me empujó por el balcón».

La imagen de ella en su silla de ruedas, silueteada sobre el fondo rojo, blanco y azul, aparece en la pantalla. Me quedo sin palabras. La verdad debería tener un efecto menor en mí después de todo lo que he aprendido sobre mi padre, pero esto... esto todavía se lleva la palma.

«Me enfrenté a él por la muerte de mi madre. Encontré su diario no mucho después del funeral. Ella tenía sospechas sobre papá, hablaba de Madison, de Sibel, de Claire y… Dios, de tantas otras mujeres. Ella tenía planes, sólidos planes, que iban a acabar con él».

—Laura —Es todo lo que soy capaz de decir.

Mi corazón vuelve a sangrar y Madison mantiene su mano fuertemente entre las mías, sabiendo que estoy a punto de colapsar por completo. Lentamente, me inclino hacia ella, agradecida por su valentía.

«Lo descubrí», continúa la voz de Laura, *«Descubrí que papá le hizo algo a mamá. Hubo otras cosas de las que me di cuenta antes y después de la muerte de mamá. Cosas que no relacioné hasta que leí su diario. Estábamos en el gimnasio del tercer nivel. Él estaba en la cinta de correr, haciendo una de sus carreras de 5 kilómetros. Estaba tan enfadado que le dije que iba a ir a la policía».*

No hay mucho que pueda decir. Lo que Laura está recordando ahora es algo que ha estado guardando en su interior durante casi un año.

—Joder... te dejó pensar que intentaste suicidarte —murmuro.

—No. Solo pensó que lo había hecho —afirma ella con tristeza—. Nunca lo olvidé, Rhue.

La cojo de la mano, las lágrimas amenazan con caer mientras su historia se desarrolla ante mí.

«Me agarró por el brazo y me tiró por la terraza. Intentó matarme. Cuando caí al suelo, pensó que estaba muerta».

«Cuando descubrió que no lo estaba, se puso furioso. Furioso porque sobreviví y no se atrevió a acabar conmigo. Recuerdo haber oído su voz, diciendo a uno de sus guardaespaldas que me rematara. El guardaespaldas se negó y se le dio una alternativa. Ser mi guardaespaldas, vigilar mis palabras, asegurarse de que nadie se enterara de lo que realmente ocurrió aquella noche».

El anuncio pregrabado desaparece por completo y el rostro de Laura aparece en la pantalla, sombrío y hermoso, inocente y tan cansado del mundo.

—Pero ahora todos os habéis enterado —dice ella—. Si esto sigue reproduciéndose, mi padre está muerto o en la cárcel. Si se sale con la suya, moriré junto con él. Pero eso no importa: mientras no pueda hacer daño a nadie más, he hecho más de lo que él jamás pensó que podría hacer. —Hace una pausa, tragándose la emoción, con los ojos llenos de lágrimas. —En caso de que nunca pueda decirlo de verdad, soy Laura Spaulding y apruebo este mensaje.

Ahora todos estamos llorando. Arrastro a Laura a un abrazo y atraigo a Maddie conmigo. Estamos abrazados, llorando, cuando una suave voz interrumpe de mala gana.

—Lo siento —comenta el señor Willis—. Pero ¿Maddie? ¿Cariño? ¿Estás bien?

—¡Papá! —Maddie se separa de mí y se lanza a los brazos de su padre.

Él la sostiene, con lágrimas rodando por su cara, cuando entra Noelle. Parece cansada, pero orgullosa, como debe ser. La mayoría de las grabaciones son obra suya. La saludo con la cabeza y ella me devuelve el gesto.

—Me he cruzado con Contreras en el pasillo —dice—. Quiere hablar con vosotros dos.

—No me anunciaban así desde el baile de fin de curso —dice Contreras malhumorado mientras se pone detrás de ella—. Hola, chicos. Vamos a un lugar privado. Tengo algo que deciros.

—Por favor —le digo—. No más secretos. Confío en todos los presentes con mi vida, y ya no tengo energía para esconderme.

—Estoy de acuerdo —responde Laura—. Llevo semanas teniendo que hacerme la tonta con el idiota de mi hermano.

Le sonrío. Ni siquiera me molesta. Estamos vivos, estamos juntos y toda la ciudad sabe la verdad. Contreras se encoge de hombros y se sienta frente a nosotros.

—A vuestro padre lo llevaron a la cárcel —explica Contreras—. Normalmente no ocurriría así, pero con los disturbios que estallaron a diestro y siniestro, el lugar era un caos. Había muchos indigentes en la cárcel, mucha gente conocía a tu madre personalmente, mucha gente la quería. Y... muchas televisiones sonando.

Laura me aprieta la mano.

—¿Qué pasó? —Pregunta.

Contreras suspira.

—Estalló un disturbio. Podría haberse salido con la suya, con lo de la nariz rota y todo eso, si no llevara su propio estilo y discutiera con la televisión. Todo terminó antes de que pudiéramos detenerlo, toda la gente pequeña a la que Julian estaba tan feliz de aplastar con los talones, se les echó encima. Murió antes de que pudiéramos llevarlo a la enfermería.

El silencio aturdido llena la sala. Debería sentir algo, ¿no? Me acaba de decir que mi padre ha muerto. Golpeado hasta la muerte. Debería sentir algo. Pero todo lo que siento es alivio, se ha acabado. Se ha acabado de verdad, y ese hombre no tendrá otra oportunidad de arruinar algo bueno.

—Gracias por avisarnos, agente. —Pongo mi brazo alrededor de los hombros de Laura, y luego deslizo mi otro brazo alrededor de la cintura de Maddie mientras ella viene a ponerse a mi lado. El señor Willis viene con ella, y Noelle se coloca detrás de mí con una mano en mi hombro y su brazo alrededor de Maddie. Miro a mi alrededor, a todas esas personas que se han convertido en algo tan importante para mí, que han arriesgado por mí más de lo que mi padre hubiera soñado, y sé que he encontrado a mi verdadera familia. —Creo que estaremos bien.

Y lo estamos. Steve logra salir de la cirugía y lo contrato yo. Cameron tiene una nueva e impresionante cicatriz que mostrar. Lindsey se atreve a contarle al mundo lo de su relación, y al mundo

no le importa porque aún está conmocionado por la historia de corrupción política que sigue desenredándose (bajo la firme y persistente dirección de Noelle) tras la muerte de mi padre. Laura está en terapia de verdad ahora que puede ser honesta con sus recuerdos, y ha abandonado la mayoría de sus actividades extracurriculares para centrarse en su propia salud mental.

Maddie y yo nos vamos a casar después de la universidad. Contraté a su padre para que me administrara la casa y las inversiones mientras yo estaba en la universidad. Al principio dudó, pero resultó que administrar la casa grande no es mucho más trabajo que administrar la pequeña, simplemente es más delegación. Se le da muy bien, y estoy agradecido de tenerlo en mi vida.

Casi tan agradecido como de tener a Maddie a mi lado: mi compañera, mi amante, mi rival ocasional. Mi Maddie, por siempre y para siempre.

FIN

MANTEN EL CONTACTO

ASC

AMELIA SAVANNAH CASSIE

¡Mantente en contacto para enterarte de todas las historias increíbles que tenemos preparadas!

Facebook: únete a nuestro grupo de lectura AQUÍ
Newsletter: Apúntate a nuestra newsletter AQUÍ